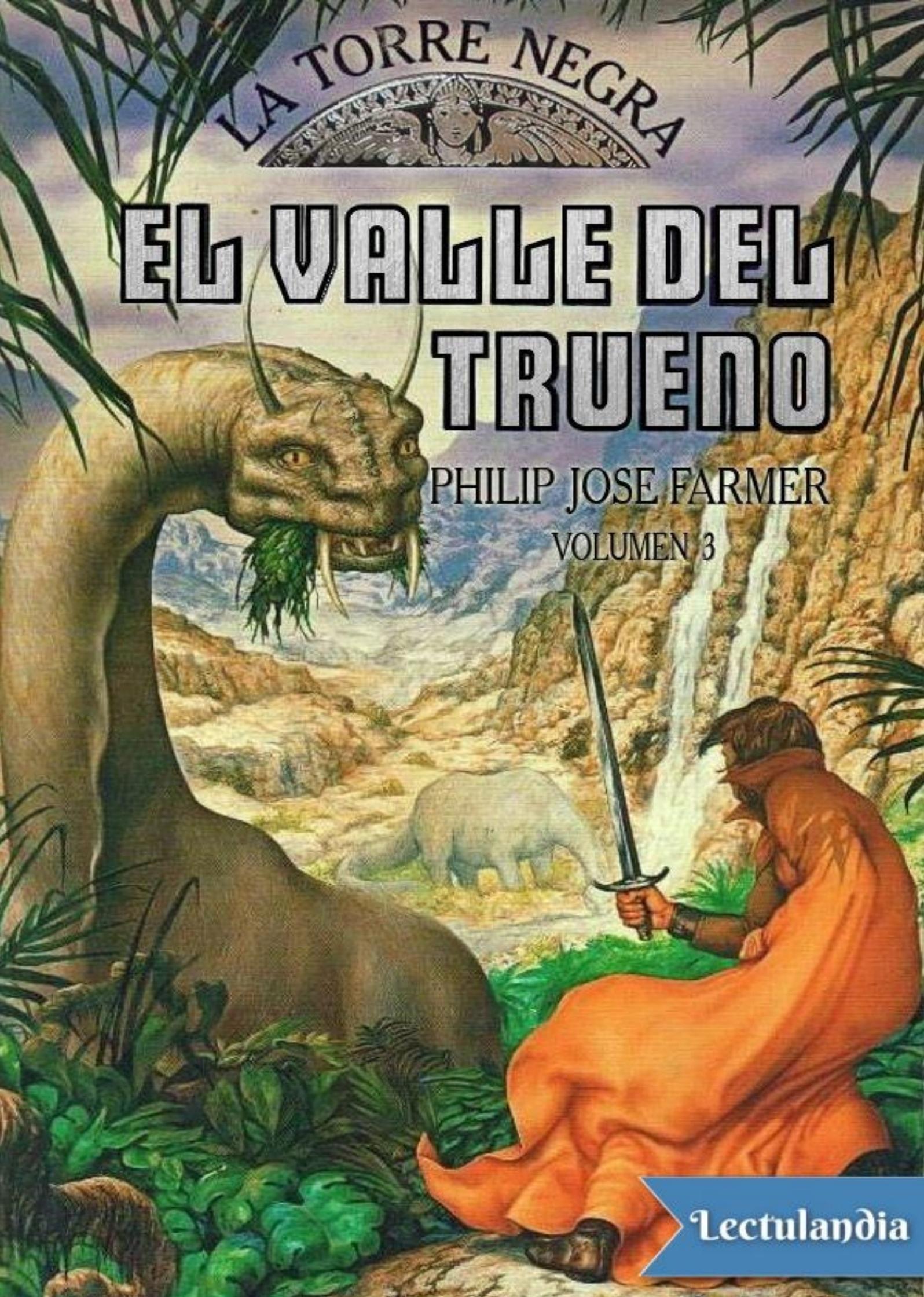


LA TORRE NEGRA

# EL VALLE DEL TRUENO

PHILIP JOSE FARMER

VOLUMEN 3



Lectulandia

Quizá la palabra «pesadilla» sea la más adecuada para describir el mundo de La Torre Negra, una pesadilla que aturde, atrapa y sumerge en un universo fuera de cualquier contexto, en niveles no identificados, en un ignoto cruce de tiempo y espacio.

La Torre Negra también podría compararse al Infierno descrito por Dante, pues, al igual que en La Divina Comedia, los personajes de Farmer descienden a un reino subterráneo donde sus moradores están prisioneros y acechados por una serie de monstruos y seres extraños. Sin embargo, la diferencia entre el Infierno y La Torre Negra es muy significativa, pues en ésta brilla la esperanza a pesar de todo.

En El Valle del Trueno, Clive Folliot siente la necesidad de escapar de la terrible aventura en la que está implicado y logra «ascender» hasta la Inglaterra de la que partió. No obstante, movido por la inquietud, regresa al caos de La Mazmorra.

Mientras tanto, Neville ha hecho, por fin, diversas apariciones. ¿Es él realmente o son sus clones?

Clive y sus compañeros se reúnen en el Valle de los Señores del Trueno, unos terribles gigantes que se apoderan de los humanos y le chupan la vitalidad a través de unos tubos que les salen de la nariz. Y es en ese lugar donde encuentran al verdadero Neville, pero ¿podrán «recuperarlo»?

**Lectulandia**

Philip José Farmer y Charles de Lint

# **El Valle del Trueno**

**La torre negra 03**

ePub r1.1

Titivillus 05.06.15

Título original: *The Valley of Thunder*  
Philip José Farmer y Charles de Lint, 1989  
Traducción: Carles Llorach  
Diseño de cubierta: Ciruelo Cabral

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para  
*Philip José Farmer*  
porque no puedo pensar en mejor oportunidad que mi trabajo  
en este proyecto para agradecerle todos los años de lectura  
placentera que me ha dado.

## Prólogo

Pesadillas...

La palabra *nightmare*, «pesadilla», proviene del inglés medieval *nihtmare*, que significa *night demon*, «demonio nocturno». De pequeño, creía que la palabra derivaba de yegua (*mare* en inglés), de yegua que penetra galopando en el sueño, con ojos encendidos por el fuego, con dientes (poco ecuestres) afilados como los de un tigre, con ollares refulgentes lanzando gases venenosos y con pezuñas rodeadas de púas. Sus monstruosos relinchos resonaban entre los aterrorizados y desesperados gritos de socorro de mi despertar.

Pero incluso el Mundo de los Sueños tiene sus seres agradables, que pueblan los sueños placenteros. Aunque siempre despierto en medio de una pesadilla, a veces también lo hago en medio de un «buen» sueño. Tanto si son felices como si son terroríficos, si son fácilmente analizables, pronto me vuelvo a dormir. Si las pesadillas no son de una comprensión transparente (sueños y pesadillas son señales luminosas en el mar de la noche), dedico algún tiempo a sondear sus orígenes antes de volver a dormirme. La mayoría de las veces estoy demasiado cansado para dedicarles mucho esfuerzo, pero al menos procuro recordar que he de meditar sobre ellos durante el día.

Los sueños y las pesadillas existen en gran abundancia, pero creo que recuerdo al menos uno de cada semana de mi vida. Evidentemente, he olvidado muchos. Pero, contando el período de la infancia, al menos tres mil seiscientos cuarenta sueños, salpicados de pesadillas, han brotado de mi inconsciente. Sólo me han quedado grabados unos pocos, y sólo puedo evocar los más impresionantes del revuelto archivo llamado memoria.

Sueños/pesadillas me han inspirado para escribir relatos. Uno, por ejemplo, es un breve relato titulado *Sail On! Sail On!* Trata del primero (y último) viaje de Colón en un universo optativo. En éste, la Tierra es llana y está en el centro del cosmos. Y Roger Bacon, el franciscano inglés del siglo XIII, defensor de la ciencia experimental, no sufre la persecución de la Iglesia como sufrió en nuestro universo. Además, funda la orden monacal de los baconianos. Así, cuando Colón zarpa hacia el Atlántico en busca de una nueva ruta hacia Oriente, el buque insignia tiene, en la cubierta de popa, una cabina de radio; en su interior hay un monje que opera una simple radio de galena.

Esta narración derivó de un sueño en el cual se me apareció un galeón enviado por el príncipe Enrique el Navegante, de Portugal. El galeón tenía una cabina de radio y un monje como los descritos en el párrafo anterior. Transmitía sus mensajes en latín.

La transición del sueño del príncipe Enrique al Colón del otro mundo se hizo, claro está, en la mente consciente.

Pero el sueño que inspiró el breve cuento *The-Sliced-Crosswise-Only-On-Tuesday-World* parece no tener relación racional con el argumento que desarrollé a partir de él. En el sueño, yo iba errando por una selva tropical (muchos de mis sueños tienen este mismo escenario) hasta que salí a un claro. En el claro había chozas de bambú y de paja; en las entradas de las chozas estaban los indígenas. Tenían la piel de un blanco de yeso y mostraban grandes y oscuras ojeras de cansancio. Permanecían inmóviles, con los rostros rígidos y los ojos sin vida.

Nunca he conseguido descubrir cómo a partir de este sueño llegué al tema del breve cuento y de la trilogía resultante, *Dayworld*. Pero se me reveló a la mañana siguiente, mientras meditaba sobre el sueño.

En algunos casos he tenido, como mucha gente, sueños en serie o, quizá debería decir, una serie de sueños. Las aventuras que habían empezado en el primer sueño continuaban en otro y luego proseguían hasta tres o hasta cinco sueños. No había pauta en el espacio de tiempo entre los sueños. A veces, la secuela tenía lugar al día siguiente; a veces, una semana o incluso dos semanas más tarde. Desafortunadamente nunca llegué a completar ninguna de estas series. Era como el niño que sigue los episodios de la serie de los domingos por la tarde, en la sala de cine de mis días de infancia y luego le impiden ver el capítulo final. Me frustraba enormemente.

Dos series han quedado grabadas en mi memoria, y quizás algún día las pueda utilizar como bases para relatos. Uno de los sueños en serie era acerca de una banda de vikingos que habían invadido el reino subterráneo de los enanos, o de los trolls, para hacerse con el oro de esos seres subterráneos. (El enano rey tenía algún parecido con el rey gnomo de Oz, de los libros de Baum, no de la segunda película de Oz.) Los vikingos tenían que abrirse paso hacia las profundidades luchando, luchaban para salir y se enfrentaban con una serie de ingeniosas trampas.

El otro sueño fue inspirado en realidad por una fiebre. Estudiaba yo en el instituto cuando caí con una de aquellas enfermedades tan típicas de los años 30. No recuerdo cuál era. Pero tuve que guardar cama, con fiebre muy alta y casi delirando. «The Shadow», la Sombra, también conocida como Lamont Cranston, estaba en una especie de mundo, y una banda de seres que parecían sólo parcialmente humanos lo perseguían a través de una jungla. No iba armado, como era usual, con su par de automáticas del 45. Sólo tenía un arco y un carcaj lleno de flechas. Finalmente, después de acabar con muchos de sus perseguidores, se refugiaba en una cueva en medio de la ladera de una montaña. El enemigo subía penosamente la inclinada pendiente. ¡Sssang! Al menos alcanzó a seis de ellos. Seis enemigos de la Sombra, un vicario de El Bueno, mordieron la dura roca y cayeron rodando hacia la letal jungla verde de abajo.

Este sueño tuvo lugar como una serie que duró tres días. No recuerdo cuántos episodios fueron, pero al menos seis o siete. La rapidez de su sucesión fue inspirada

sin lugar a dudas por la fiebre.

Todo lo cual nos conduce hacia la serie *La Torre Negra* y a su volumen tercero, el libro que están leyendo ahora, *El Valle del Trueno*. El título evoca el espíritu de mis escritos. Tal como he dicho en prólogos anteriores, esta serie surge del espíritu, o de uno de los espíritus, de mi ficción. No es un derivado, no es un subproducto, de ningún relato concreto mío. Da forma al *Geist*, a la psiquis, que mis cuentos de fantasía, aventura y ciencia ficción contienen.

En esto es como una pesadilla. Y, a veces, parece ciertamente estar inspirada por la fiebre.

Pero, a diferencia de muchas de las pesadillas que he sufrido, al final sus misterios (y los hay en abundancia) quedarán explicados. También, contrastando con mis series de sueños inacabados, tendrá una conclusión definitiva y satisfactoria. No habrá cabos sueltos en el sexto y último volumen de la serie de *La Torre Negra*. Richard Lupoff, que escribió el primer volumen, escribirá el número seis. Llegará con las respuestas y, aunque sé tanto como ustedes cómo terminará la serie, estoy seguro de que no dejará de imprimirle un excitante clímax.

Por el momento, nuestro héroe, Clive Folliot, y su puñado de compañeros están luchando por la supervivencia en otro universo. Crean que serán capaces de resolver el misterio de las fuerzas que hay detrás de aquel mundo siniestro. Están a medio camino de sus sufrimientos (aunque ellos no lo saben) y parece que las cosas ya no pueden empeorar. Pero empeoran.

En este aspecto, el mundo de la Mazmorra se parece a nuestra Tierra. Nosotros los terrestres no sabemos realmente por qué hemos nacido en este planeta, o quién lo creó, o por qué objetivo, si hay alguno, estamos luchando. Tenemos muchas teorías (religiones y filosofías) para explicar los porqué, los cómo y los para qué. Ninguna nos ilumina por completo o nos satisface absolutamente. Al menos no a todo el mundo. Todo son opiniones, sin hechos que respalden estas opiniones. Incluso los que rechazan las religiones y las filosofías lo hacen basándose en una opinión, la opinión que se deriva de la personal idiosincrasia mental y de las condiciones del individuo.

Las opiniones son exactamente como los fuegos artificiales. Producen ruido en el silencio y luz en la oscuridad y luego desaparecen. Sea como fuere, cada día en la Tierra es el 4 de julio<sup>[1]</sup> de las opiniones, y su inagotable provisión de fuegos artificiales produce, en este mundo, gran cantidad de luz y de ruido.

Los fuegos de artificio son reales. Las opiniones son reales. Todos los pensamientos son reales, por muy efímeros que puedan ser. Y la ficción es tan real como la Realidad. La ficción es parte de la Realidad.

Nadie puede negar con éxito que la ficción es tan real y tan causante de acontecimientos como la política, la religión, las hemorroides, las jaquecas, un golpe en el dedo gordo del pie o un choque con el coche contra un poste de teléfonos. La ficción existe, y los pensamientos y las reacciones emocionales mientras uno lee pueden tener su efecto. Este efecto varía según la narración y según las reacciones

individuales del lector. Ciertas historias nos afectan profundamente a algunos, y estas historias se pegan a nosotros como un emplasto.

Los efectos son el resultado de impulsos electroquímicos, los cuales son las reacciones a la ficción que leemos. Estos son reales porque existen, y dan existencia permanente a cosas como libros, películas, edificios, cuadros, música (todas obras reales del hombre) e instituciones y demás, o producen cambios en estas cosas.

Los pensamientos que uno tiene mientras lee esta serie pueden llegar a materializarse en algo tan real y tan macizo como un rostro de piedra de la isla de Pascua.

Los pensamientos y el lenguaje de los hombres de la Edad de Bronce y de la Baja Edad de Hierro fueron efímeros. Pero, a causa de estos pensamientos y palabras, forjaron armas, herramientas y construcciones. Algunas de sus producciones han sobrevivido. En Grecia dieron como resultado la transcripción definitiva de las obras de Homero, *La Iliada* y *La Odisea*, obras de un gran impacto. Sé lo que provocaron en mí. Han influido en mis escritos más que mis lecturas de relatos de las revistas *pulp*, aunque sin menospreciar en absoluto el efecto de éstas. Y después ha resultado que la influencia de Homero en mí ha influido a otros, los cuales escriben historias que provienen de Homero, pero de enésima mano, podríamos decir. La materia de Homero ha pasado por la criba de los siglos, que la ha seleccionado entre muchas otras.

Luego está la Biblia. La leía a menudo de niño y de joven, y aún la releo de vez en cuando. Me produjo una profunda impresión, aunque originalmente hubiera nacido de una serie de impulsos electroquímicos de las mentes de una serie de hombres de la Edad de Bronce y de Hierro. Finalmente, llegó a ser «real», llegó a ser un libro. Éste, aunque parcialmente sea ficción, ha tenido una enorme influencia a lo largo de los siglos, tanto para bien como para mal. Como estudioso de la historia y de la biografía, he deducido que, en conjunto, se ha usado la Biblia más para mal que para bien. Y es que todo tiene su capacidad para hacer el mal o para hacer el bien. *Casi* todo, me apresuro a corregir.

El *Inferno* de Dante deriva de la Biblia y del odio del propio autor hacia ciertas personas. Creo que no ha influido a nadie en el sentido religioso, pero ciertamente ha dado realidad a una visión particular del Infierno. Esta visión ha provocado impulsos electroquímicos en los cerebros de mucha gente, principalmente predicadores y escritores. Y ha tenido como resultado muchos, muchos sermones, y mucha ficción escrita. En varios sentidos, la serie *Torre Negra* debe alguna parte de su geografía y algunos de sus personajes a Dante.

En un prólogo anterior, comparé el mundo de la Mazmorra con el Infierno. La diferencia más importante entre ambos mundos es, sin embargo, muy significativa. En Dante, el Infierno es la única razón de la existencia de sus moradores. Sufrirán para siempre, y sus caracteres no mejorarán ni empeorarán. Pero en el mundo de la Mazmorra, a pesar de todos sus horrores, el optimismo arde con vitalidad. Nuestro

héroe y sus colegas sufrirán, pero sus personalidades pueden cambiar para mejor.

En este sentido, y en otros, el mundo de *La Torre Negra* se parece a mi serie *Riverworld*... y a nuestra Tierra.

**PHILIP J. FARMER**

# 1

El mundo fue un estallido de azul, salpicado de chispas.

Cuando la banda del comandante Clive Folliot cruzó la Puerta, el suelo se hundió bajo sus pies como si nunca hubiese existido. Un zumbido llenó sus oídos. La náusea se agolpó en su estómago, arrastrada por el vértigo, pero no hubo sensación de caída. Simplemente flotaban en un limbo de azul; todo el universo era un cielo nítido, tan brillante que contemplarlo hería los ojos. Cada parpadeo levantaba otra rociada de centellas y hacía brotar lágrimas ardientes que esclarecían momentáneamente la visión hasta que el destello azul azotaba de nuevo.

«¿Hemos muerto?», se preguntó Clive.

Los miembros de su cuerpo se agitaban inútilmente en medio del azul que se percibía demasiado denso para ser aire. Respirar le era un trabajo laborioso. El estómago quería salirse por la boca. Cada vez que parpadeaba, punzadas de dolor neurálgico le atravesaban como un flechazo la cabeza.

«¿Hemos llegado tan lejos sólo para morir?»

Porque aquel vacío se parecía mucho a la muerte. ¿Tendrían razón Chambers, Darwin y el resto de ateos evolucionistas? Venimos de la nada, trepamos por la maldita escalera de la evolución y regresamos a la nada. Sin Dios. Sin Cielo. Aunque quizás aquello era el Infierno. Ni fuego ni azufre, ni el Purgatorio que acababan de dejar en el nivel anterior, sino un limbo de azul tan doloroso que enloquecería al hombre más cuerdo.

Clive apretó con fuerza los puños y se clavó las uñas en las palmas hasta que los nudillos se tornaron blancos.

«Maldito seas, Neville. Desde el momento en que fuimos destinados a compartir el mundo, fui conjurado a andar bajo tu sombra. ¿Debo morir ahora bajo esta misma sombra?»

Los demás miembros de su partida eran meras manchas negras en su visión. Los llamó a gritos, pero el aire espeso no quiso arrastrar su voz, que subió por su garganta raspando sus paredes, extrayendo toda la humedad de la membrana ya reseca. El pecho le dolía, los pulmones se hiperventilaban en un intento de aspirar el oxígeno necesario, pero sólo conseguían crear una pérdida anormal de dióxido de carbono en su sangre.

Su visión empezó a nublarse, no a causa del dolor que producía el resplandor azul sino a causa de la falta de la simple sustancia de la cual depende la supervivencia de todo hombre.

Aire.

Como una nube oscura, la inconsciencia llegó desplegándose a través de los horizontes de su dolor. El resplandor casi había desaparecido..., chispas como puntas de alfileres llovían en el límite de la oscuridad.

«Así pues, esto es la muerte», pensó Clive.

No era tan malo. Casi recibiría con alegría el alivio del dolor que le ofrecía. Sería tan fácil dejarse ir, simplemente, apartar a un lado las responsabilidades que había asumido, abandonar su lucha, dejar que los demás se diesen de cabeza contra los infinitos muros de la maldita Mazmorra mientras él se limitaba a dejarse ir...

Pero no era su modo de actuar.

Aunque siempre había tenido que esforzarse más que su hermano gemelo en cualquier empresa que llevase a cabo, no era de los que abandonaban, fueran cuales fuesen las fuerzas que se le oponían.

*¿Aunque le ofrecieran lo máspreciado de su vida?*

Clive frunció el entrecejo ante la voz desconocida que interrumpió sus pensamientos...

Y se dio cuenta de que el azul se había esfumado.

Se encontraba en un lugar desprovisto de color y de luz. Podía respirar de nuevo. Bajo sus pies había una superficie sólida. Una brisa ligera le acariciaba la mejilla y le hacía cosquillas en los pelos del bigote. Una suave fragancia de clavo llenaba el ambiente. En su lengua escocía el punzante sabor de anís.

—¿Quién habló? —preguntó.

Se volvió lentamente, atento a mantener el equilibrio. Bajo sus botas, el suelo era tan liso como el mármol pulido.

La voz, comprendió, no había hablado. Más bien, había sonado sólo en su mente: una comunicación telepática como la que Chillido utilizaba. Pero no había sido la voz de Chillido.

Luego le llegó un sonido susurrante, como de una cortina que se baja.

—¿Quién hay? —gritó—. ¿Quién es?

Hacia su derecha vio que la oscuridad se hacía más leve. Mientras que a su alrededor todo era negro como una tumba precintada, allí el aire se tornaba de un gris prometedor. El olor de clavo se desvanecía. El intenso sabor todavía permanecía en su boca, aunque disminuía a cada instante.

Dio un paso hacia la zona grisácea. Otro.

Como la última Puerta que habían cruzado, aquí el aire era denso, pero podía avanzar a través de él. Era como atravesar una espesa bruma. La oscuridad se le pegaba al rostro como una telaraña, pero él se abrió paso apartando la negrura con las manos, hasta que el final llegó a la zona gris.

Al principio, aquel velo de niebla le impidió ver algo. Clive extendió una mano y tocó una pared membranosa, que cedió cuando hizo presión sobre ella. La niebla empezó a escampar y los ojos de Clive se abrieron estupefactos.

Estaba contemplando una habitación muy, muy familiar. Al instante, la voz que había oído antes resonó de nuevo en su mente.

*Lo máspreciado de su vida.*

La habitación que contemplaba estaba iluminada sólo con un quinqué. De pie, frente a la ventana que daba a Plantagenet Court, había una mujer. La luz del quinqué la dejaba en un ángulo sombrío, pero no tanto como para que Clive no pudiera reconocer aquella curva de los hombros, aquellos rizos del pelo, aquella esbelta silueta. *Lo máspreciado de su vida.*

¡Dios santo! De algún modo, alguien le había ofrecido una ventana al hogar londinense de su amante, Annabella Leighton. Los kilómetros que separaban Londres de África, o de donde fuera que estuviese la maldita Mazmorra, habían sido suprimidos en un instante para que él pudiera conseguir aquella visión momentánea.

La llamó, pero no respondió.

Empujó la membrana que lo retenía. Ésta se estiró pero no se rompió.

Maldijo a los Señores de la Mazmorra por haberlo llevado hasta allí y no más, y empujó con más fuerza.

Durante un momento su mano se hundió en la barrera invisible que la retenía y quedó cubierta por ésta; luego la membrana cedió y la resquebrajó. Animado, dio un paso adelante y empujó su cabeza y su pecho contra la superficie pegajosa, mientras se la quitaba de encima con la otra mano. Lentamente, muy lentamente, la pared se abrió por completo.

Y ya estaba dentro.

Asombrado, comprobó que se encontraba en la habitación de Annabella. Volvió la vista atrás pero no pudo distinguir ningún indicio del lugar por donde había entrado. Al contemplar con más atención la pieza, no vio nada diferente de como la había dejado la noche en que se había despedido de Annabella, hacía ya demasiados meses. Era como si todo el tiempo en la Mazmorra nunca hubiese existido.

¡Que Dios lo ayudase! ¿Había sido todo un sueño?

¿O le estaban ofreciendo una segunda oportunidad? ¿Y si esta vez no se embarcaba, si se quedaba en Londres en lugar de marcharse y, aunque tuviesen que vivir pobres, se casaba con Annabella? ¿Podría entonces reparar el daño que le había causado al embarcarse en el *Empress* y partir hacia África?

Clive frunció el entrecejo. Pero, si su hermano continuaba desaparecido, regresar a Londres sin él no podía descargarlo de sus responsabilidades. Simplemente tendría que volver a marcharse...

Pero ¿cómo podría? Sabiendo lo que sabía, ¿cómo podría dejar a Annabella por segunda vez? Con toda seguridad sería un crimen mucho peor abandonarla ahora, cuando él ya *sabía* lo que su partida significaría para ella.

Y luego estaban sus compañeros. ¿Habían sido abandonados a su suerte y tendrían que seguir por sí solos, o también habían recibido, cada uno de ellos, su oportunidad?

Miró a Annabella. Desde aquella perspectiva no podía distinguir nada que delatase su embarazo. Quizás aún no se mostraba. Quizás aún ni era consciente de que estaba encinta de su hija...

En aquel momento ella se volvió, con aquella sonrisa familiar que iluminaba sus facciones. Y Clive se percató de que su mirada no era de sorpresa ante su súbita aparición. Era como si nunca se hubiese ido.

—¿Estás dispuesto a levantarte ya, dormilón? —le preguntó con una mirada burlona en los ojos.

—Yo...

El sonido de su voz le partió el corazón. Su rostro, su sonrisa, el azul celeste de sus ojos...

Extendió los brazos hacia Annabella, pero ella sacudió la cabeza.

—Otra vez no, amor mío. Si no te vistes pronto, llegaremos tarde a la fiesta... y no estaría nada bien. George no te lo perdonaría nunca.

«¿Fiesta?», pensó Clive. Pero, en nombre de Dios, ¿qué estaba ocurriendo? ¿Cómo podía estar ella tan tranquila? Actuaba verdaderamente como si él nunca se hubiera ido, como si todo lo que había sufrido Clive no hubiera sido más que una pesadilla.

La observó con detenimiento y entonces reparó en cómo iba vestida. Llevaba un traje de noche, muy escotado, con la falda muy ancha. Se había espolvoreado los hombros y se había recogido el pelo hacia arriba, en rizos que brillaban en la luz que emitía el quinqué del tocador.

Una fiesta.

—Pero luego, cuando regresemos —prosiguió Annabella—, celebraremos tu nombramiento en privado, hasta que ninguno de los dos tenga fuerzas suficientes para moverse.

La promesa que expresaban sus ojos hizo que Clive sintiese unos inmensos deseos de abrazarla. Pero se concentró en las singulares cosas que ella decía. Su nombramiento. Una fiesta.

De nuevo le llegó aquel eco.

*Lo más preciado de su vida.*

¿No era lo que siempre había deseado? ¿Ser capaz de poder tomarla como esposa, los dos juntos llevar su propia vida, y... al diablo con su padre y su hermano, al diablo con su trabajo de institutriz?

Bajó la mirada hacia sí mismo. Estaba desnudo junto a la cama. A su lado, las sábanas y mantas se amontonaban arrugadas.

«Acabas de sufrir un largo y perturbador sueño», se dijo a sí mismo. «No puede haber otra explicación».

Nunca se había embarcado en el *Empress* en busca de Neville, nunca había quedado atrapado en aquella Mazmorra infernal... evidentemente. Eso sí tenía sentido. Claro: toda aquella experiencia le había parecido siempre una pesadilla.

Pero la había sentido tan real... Y todavía había...

Volvió la vista hacia Annabella.

—Mi hermano... —empezó.

Ella soltó una carcajada.

—No tienes que preocuparte por él: no ha sido invitado.

Clive se sentó en la cama y se frotó el rostro con las manos. Con un ansia súbita, Annabella corrió a su lado y se arrodilló frente a él, junto a la cama. El miriñaque de su falda dificultaba que pudiera abrazarlo, así que le tomó las manos entre las suyas.

—Clive, ¿qué te ocurre?

—He tenido una experiencia totalmente incomprensible —respondió él despacio—. Yo... —Clive levantó los ojos hasta encontrar la mirada firme de ella—. No puedo recordar nada de una celebración o de un nombramiento. He soñado que iba a África en busca de Neville y que quedaba atrapado en una Mazmorra laberíntica y sin fin.

—¿Quieres que llame a un médico? —sugirió Annabella.

Estaba claramente preocupada. Clive hizo un signo negativo con la cabeza.

—No. Físicamente estoy bien. Sólo que estoy... confundido.

—Podemos cancelar la fiesta del club. Mandaré una nota a George diciéndole que no podremos asistir.

Clive la miró con aire apenado.

—¿Dices que ha organizado una fiesta en mi honor?

Annabella asintió.

—Entonces es como has dicho hace un momento: nunca me perdonaría que no asistiésemos.

Cuanto más hablaba con ella, más fácilmente sentía que se deslizaba hacia su vida anterior. La Mazmorra se convertía más y más en un doloroso sueño.

—Has dicho que mi hermano no había sido invitado —dijo Clive—. Pero, ¿está a salvo?

Annabella parpadeó.

—¡Pues claro que está a salvo! Hace más de un mes que regresó; y, según tus informaciones, se ha recobrado ya lo suficiente como para reiniciar su antiguo trato contigo.

Los ojos de Annabella refulgieron de cólera cuando habló de su hermano gemelo.

—¿Y yo no me embarqué nunca para África?

La cólera se desvaneció y dio paso a una sonrisa.

—¡Oh, Clive! Te estás burlando de mí ¿no?

Clive paseó la mirada por la habitación y al fin la detuvo en Annie. Le apretó las manos.

Si la Mazmorra había sido un sueño, entonces todo había terminado, y para siempre. Podía apartarla ya de su mente. Pero si *esto* era el sueño, maldición para él si no lo aferraba desesperadamente.

—Me has cogido esta vez —repuso Clive.

Annabella se puso en pie con suprema elegancia y, con gestos rápidos y gráciles,

ajustó la caída de su falda.

—¡Arriba! —le dijo a Clive—. Tienes el uniforme planchado que te espera colgando en la puerta del armario. Te daré el tiempo de contar hasta diez para que puedas arreglarte para salir. Si para entonces no estás listo, me buscaré otro acompañante. —Y le hizo un guiño exagerado—. Uno... dos... tres...

Clive se levantó de un salto de la cama. El uniforme, la guerrera escarlata y los pantalones oscuros de la Guardia Montada Imperial, colgaban de donde había dicho Annabella, pero no era el uniforme de un comandante: era el de un teniente coronel.

Dejó la cama y se dirigió hacia donde colgaba el uniforme y pasó el dedo por el paño de la guerrera.

¡Que el Señor lo ayudase! Ya no sabía lo que era real y lo que no.

—Siete... ocho... —contaba Annabella.

Sacudiendo la cabeza, Clive empezó a vestirse apresuradamente.

## 2

En Plantagenet Court tomaron un coche que los llevó al club de George du Maurier, un establecimiento algo bohemio, como admitía George de muy buena gana, frecuentado por artistas y escritores, pero que al menos permitía la presencia de las damas en el bar.

La niebla londinense entorpecía el tráfico más de lo que era habitual en aquella hora del atardecer, pero a Clive no le importaba en absoluto. Se dejó sumergir en su entorno, saboreando cualquier cosa con que topase su mirada: el bullicio del tráfico a pie y en coche, los vendedores y los buhoneros que todavía ofrecían sus baratijas a los que esperaban frente al teatro o frente a los restaurantes. Desde la miseria de los barrios bajos hasta las mansiones de lujo, Clive contemplaba todos aquellos escenarios conocidos como a través de unos ojos nuevos.

Nunca había pensado que volvería a ver Londres, y sin embargo ahora circulaba por sus calles iluminadas a gas, con Annabella a su lado y una fiesta en perspectiva.

¡Oh, Dios! ¿Qué más podía pedir?

Cuando por fin llegaron al club, Clive se apeó y tomó la mano de su acompañante para ayudarla a descender a la calle adoquinada. Pagó el coche, ofreció el brazo a Annabella y se dirigió a la entrada, atendida por un portero uniformado. No obstante, antes de que tuviesen tiempo de llegar a la escalera, un mendigo harapiento que surgió de las sombras se les acercó, arrastrando los pies con presteza, con la gorra en la mano.

—¡Ea! —gritó el portero—. ¡Fuera de aquí!

—Por favor, jefe —rogó el mendigo fijando su atención en Clive—. ¿Podría ayudarme con algo, buen señor?

Annabella se apretó contra Clive. Normalmente, Clive hubiera echado al hombre con la misma celeridad con que intentaba hacerlo el portero, pero algo en la fisonomía del mendigo llamó su atención. Bajo la suciedad que veteaba el rostro del hombre, había ciertos rasgos que le eran familiares.

—Un momento —dijo Clive.

Dejó a Annabella junto al portero y se aproximó unos pasos hacia el mendigo para escudriñar su cara con más detenimiento.

—¿Lo conozco a usted? —le preguntó.

El mendigo hizo un gesto de negación.

—Yo no soy nadie, jefe. Nadie que un noble caballero como usted pueda conocer.

En general, aquello era verdad. Clive nunca había sido de los que gustan de

entablar conversación con los mendigos y gente de su calaña. Pero el tiempo que había pasado en la Mazmorra le había enseñado que las apariencias engañan con una prodigiosa facilidad. Y además estaba aquella persistente sensación de haberlo visto antes...

—Sólo un chelín..., si no es mucho pedir, jefe... —continuó el mendigo.

Extendió una mano abierta, todavía más sucia que su cara. Un olor fétido, una combinación de hedor de cuerpo sin lavar y de cerveza pasada, se desprendía de aquel personaje.

—¿Cómo se llama usted, hombre? —le preguntó Clive.

Mientras hablaba con el miserable, la niebla iba transformándose en una ligera llovizna.

—¡Clive! —llamó Annabella.

Clive hizo una señal con la cabeza en su dirección, pero no se volvió.

—¿Su nombre? —repitió.

El mendigo dio un paso atrás y una expresión atemorizada cruzó su rostro.

—No tenía intención de molestarlo, jefe —dijo—. Por favor, no llame a la policía contra el pobre Tom.

Y con aquellas palabras se volvió y echó a correr.

Clive dio unos pasos tras él, pero se detuvo y dejó que se fuera.

Tom. Aquel rostro...

—Clive —volvió a llamar Annabella.

Bajó las escaleras y fue a reunirse con él en medio de la calle. Cuando Clive volvió su atención hacia ella supo, por la expresión de sus ojos, que volvía a estar ansiosa por él. Clive se encogió de hombros y le dedicó una breve sonrisa.

—Tuve la curiosa sensación de que conocía a ese hombre —explicó—. Una tontería absoluta, claro está.

Cogió del brazo a Annabella y la condujo hacia la escalera. El portero, que mantenía una expresión completamente impávida, les abrió la puerta y entraron en el club.

—Empiezas a preocuparme —le dijo Annabella una vez que estuvieron dentro—. Primero pretendes haber perdido la memoria y ahora parece decidido a callejear y a hablar con el primer mendigo con que tropiezas.

—Creí que podía tratarse de alguien de mi antiguo regimiento —replicó Clive—, alguien que está pasando por tiempos difíciles. No todos los hombres son tan afortunados como yo.

Esa referencia evidente a ella consiguió arrancarle una sonrisa.

En el vestíbulo, un empleado recogió su chal y la gorra militar de Clive; luego se dirigieron a donde George los esperaba. Un enorme fuego llameaba en la chimenea, como protección contra el frío húmedo del aire del atardecer y la niebla del exterior. George se levantó de su butaca con una sonrisa acogedora y la mano extendida.

—Ya os daba por perdidos —dijo—. La cena está reservada para las ocho, pero

todavía nos queda algo de tiempo para tomar una copa, si os parece bien.

Clive miró a Annabella. Cuando ella asintió, Clive ordenó dos copas de jerez al camarero, que aguardaba cerca.

—¿George? —interrogó Clive.

Su amigo levantó su propia copa, que todavía estaba medio llena y negó con un movimiento de cabeza.

—Sólo dos copas, pues —dijo Clive al camarero.

—¿Así, qué? —dijo George una vez que Clive y Annabella estuvieron sentados—, ¿ya habéis decidido la fecha?

«¿Fecha?»

Por fortuna, Clive había pensado esta respuesta y no la había soltado en voz alta, como habría hecho de no haber visto a Annabella ruborizarse y bajar los ojos, lo que le hizo comprender de inmediato a lo que estaba refiriéndose George: a su boda. La verdadera cuestión era: ¿habían decidido ya una fecha? Annabella pensaría que era un completo patán si no lo recordaba, en el caso de que la hubieran fijado.

Echó una mirada a su compañera, pero no encontró respuesta en su expresión. Se aclaró la garganta.

—Ah... —empezó, pero la llegada del camarero con las copas de jerez lo sacó del apuro.

—¡Por vuestra prosperidad! —exclamó George, levantando su copa—. ¡Que gocéis siempre de buena salud y que seáis felices uno en compañía del otro! —Antes de que Clive y Annabella pudieran chocar sus copas contra la de George, éste añadió, con un guiño—: Y un poco de promoción no hace daño ¿cierto, no?

—Por nosotros —dijo Clive chocando su copa con las otras, con los ojos fijos en Annabella.

—Por nosotros —repitió Annabella. Y le sonrió; luego se volvió hacia George—. Y por el mejor amigo que una joven pareja pueda tener... ¿sea bohemio o no!

Riendo, chocaron las copas y bebieron.

Y entonces un pensamiento helado hirió la mente de Clive.

El mendigo.

Tom.

Ahora lo tenía. Aquel hombre tenía un misterioso parecido con Tomás, el marinero español a quien había dejado en la Mazmorra, junto con sus compañeros. Como mendigo de Londres, tenía un marcado acento *cockney*<sup>[2]</sup>, era cierto, pero la semejanza física era tan profunda que Clive se resistió a creer que fuera mera coincidencia.

Salvo que la Mazmorra fuera tan sólo un sueño.

Ahora se había librado de ella. Había despertado de las cadenas del sueño con el bendito alivio de saber que todo no había sido más que un sueño..., una pesadilla, por decirlo más claro; nada más que una fantasía, en definitiva.

La Mazmorra no era real. Era así de simple. Pero volvió a recordar aquella voz. *Lo*

*máspreciado de su vida.*

Si la cosa en conjunto no había sido una ilusión ¿entonces por qué *parecía* tan real?

—¿Clive?

Parpadeó y se dio cuenta de que George y Annabella lo observaban con preocupación. Se levantó de la silla.

—Un mareo..., un leve mareo... —dijo—. Necesito un poco de aire.

Y, antes de que ninguno de los dos pudiese protestar, Clive ya se estaba encaminando hacia la entrada. Cuando salió al exterior, el portero se volvió hacia él. La sonrisa del hombre adoptó súbitamente un matiz cauteloso.

Clive había estado a punto de preguntarle por el mendigo, pero, al ver aquella expresión en el rostro del hombre, comprendió que se estaba poniendo en ridículo.

—¿No habrá... visto por casualidad... un guante? —le preguntó Clive.

El portero negó con la cabeza.

—No, señor. Quizá lo olvidó en el coche.

—¿El coche? —repitió Clive.

«Tienes que dominarte, Clive», se dijo a sí mismo.

—Ah, claro —repuso con una rápida sonrisa, una sonrisa que, con toda seguridad, pareció tan artificial como en verdad lo era—. El coche. Muchas gracias.

Volvió a entrar en el club antes de que el portero pudiera tener ocasión de decir nada más. En el vestíbulo sonrió de nuevo al empleado que se le acercó a recogerle el quepis. El hombre pareció confundido al darse cuenta de que repetía la operación que había realizado sólo pocos momentos antes.

—Fui a tomar un poco el aire —explicó Clive—. Una noche espléndida.

«Absolutamente espléndida», pensó. «Niebla espesa y llovizna. Bien, maldita sea, después de meses en la Mazmorra (sea sueño o no), tiene que ser una noche *maravillosa*».

Y huyó del confundido empleado para reunirse con sus amigos. Nada más verlo, George se levantó y fue a recibirlo en medio de la sala. Cogió a Clive por el brazo y miró con atención su rostro, con evidente preocupación.

—Clive ¿estás enfermo?

Clive negó con la cabeza.

—Ahora mismo Annabella me estaba diciendo que, desde que te has levantado de la siesta de esta tarde, pareces como ausente.

—Los nervios —lo tranquilizó Clive—. Que le suban a uno de grado al mismo tiempo que se promete en matrimonio son cosas que no ocurren cada día, por decirlo así.

La verosimilitud de la explicación fue rápidamente aceptada. George lo escrutó un momento más, le dio un apretón en el brazo y lo condujo de nuevo junto a la chimenea en donde Annabella esperaba.

—Todo correcto, amor mío —le dijo Clive.

Pero prestó mucha atención a controlar su mano cuando levantó el jerez. Parecía como si pudiera ponerse a temblar por su cuenta.

—Conque... —dijo mientras bajaba de nuevo la copa—, ¿a quién has invitado al restaurante, George? A toda la tropa del teatro, sin duda alguna.

—No, no —rio George—. En honor a la ocasión, tendremos una compañía respetable, salvando mi propia persona, claro está.

Clive mostró una sonrisa adecuada, pero no pudo evitar la sensación de que se estaba volviendo loco. ¿Qué era real: aquello o la maldita Mazmorra?

Con un gran esfuerzo, apartó la cuestión de su mente y se zambulló en el ánimo festivo que requería la noche. Sin embargo, no podía esquivar la sensación de que no estaba más presente allí, compartiendo aquellos acontecimientos, que si los estuviera observando a través de un cristal ahumado. Volvieron a aparecérselo los rasgos del mendigo, y recordó a Tomás y a sus demás compañeros: Chillido, Finnbogg, Smythe y sus tantas veces nieta Annabelle...

«No», se dijo a sí mismo. «Déjalo».

Y, mientras salían del club para ir a cenar, consiguió apartarlo de su cabeza durante el resto de la velada.

Varios de sus colegas oficiales estaban también en el restaurante, acompañados de sus damas; también había algunos amigos de George que Clive y Annabella habían llegado a conocer con el tiempo. Las felicitaciones continuas (tanto por su promoción como por su futura boda) provocaron muchos brindis. Hubo buena comida y mejor conversación, vino selecto y baile posterior. Pero, durante todo el tiempo, un ansia persistente permanecía en un recodo de la mente de Clive, dando un sabor amargo a su forzada alegría.

Con todo lo que ya había experimentado (o que creía que había experimentado) en la Mazmorra ¿no cabía pensar que aquello no era más que otro movimiento de piezas en el inexplicable juego que llevaban a cabo los Señores de la Mazmorra? ¿Cómo podía saberlo? Si aquello era una mentira...

*Lo máspreciado de su vida.*

Si aquello era una mentira y lo dejaban elegir entre regresar a la lucha o vivir en la mentira, ¿qué decidiría? ¿Cómo podría elegir?

### 3

Era ya tarde cuando al fin regresaron a los aposentos de Annabella. La llovizna había proseguido durante toda la noche y, en las callejuelas, la niebla se había hecho todavía más densa, con lo cual su trayecto de vuelta fue un viaje miserable... o lo habría sido, si no hubieran estado en compañía uno del otro. Annabella tenía las mejillas encendidas por el baile de la velada y por el vino, y Clive se percató de nuevo de lo vacío que sería el mundo sin ella.

Tal como había sido en la Mazmorra. Su sueño.

Las habitaciones de Annabella no fueron acogedoras hasta que los quinqués iluminaron y en el hogar ardió un fuego vivo que apartó el frío. Mientras Annabella tomaba un baño, Clive permaneció en la ventana, contemplando las calles mojadas. Su mente era un torbellino de confusión. Debería haber disfrutado de la fiesta, y en la mayoría de los sentidos lo había hecho. Todo había sido perfecto, la compañía y el lugar; sin embargo, Clive no había sido capaz de sacudirse la sensación, durante toda la fiesta, de que un mal presagio lo acechaba.

Bajando la vista hasta el alféizar de la ventana descubrió una pequeña y alargada semilla de hinojo en la madera, con su verde pálido, rayado de blanco, brillando contra la oscura caoba. Lamió un dedo y con él tocó la semilla, que quedó pegada en su saliva, y se la acercó al ojo.

Como el vago recuerdo que quiso alcanzar cuando se le aproximó el mendigo a la puerta del club de George, la semilla parecía evocarle algo...

Con un gesto ausente se la llevó a los dientes y la mordió. El penetrante sabor de anís llenó su boca. Una fragancia de clavo flotó en el aire. Cuando volvió a mirar por la ventana, la niebla se espesó repentinamente y se adhirió contra los cristales de la ventana, imposibilitando por completo ver la calle.

Y volvió a recordar otra vez.

La Puerta. Cayendo a través del azul. Aquel mismo sabor, aquel mismo olor. ¿Cómo expresaría con palabras uno de los principios básicos de su vida: que nunca abandonaría una lucha, por superiores que fuesen las fuerzas contrarias? No había hablado en voz alta, pero aquella voz replicó igualmente.

*¿Aunque le ofrecieran lo maspreciado de su vida?*

*¡Que Dios lo ayudase! ¿Era aquello locura?*

Tiempo atrás había escuchado a George y a sus amigos discutir sobre raras filosofías; una de las cuales afirmaba que aquel mundo, el mundo en que habitaban, no era más que un sueño. Cuando el soñador despertase, todo se desvanecería.

Tonterías, evidentemente, mera diversión intelectual. Ya que ninguno de ellos, ni los que argumentaban a favor de la idea ni los que lo hacían en contra, lo creían de verdad.

Pero ¿y si el mundo *era* un sueño?

*Lo maspreciado de su vida.*

Imposible. Pero ¿el tiempo que había pasado en la Mazmorra parecía menos real?

Aplicó con fuerza la frente contra el cristal y cerró los ojos. Sintió el frío del vidrio en su piel. Calmante. La fragancia de clavo menguó, el gusto agudo en su lengua ya era casi un recuerdo.

—Clive...

Abrió los ojos al oír la voz de Annabella. Pudo ver de nuevo en el exterior la calle, con las luces de gas reflejadas en los charcos del pavimento y la fina niebla creando halos en cada farol.

—¡Clive!

Se volvió y vio a Annabella en pie junto a la bañera, con las mejillas todavía ardientes y brillantes. Iba envuelta en una toalla y no llevaba otro adorno que las horquillas que le sostenían el pelo.

—Clive, dime —dijo ella—. ¿Qué te ocurre?

Le dolía mirarla, odiaba mentirle.

—Nada.

—Si es algo que yo he hecho...

Sacudió la cabeza enfáticamente.

—Nada.

Ella se le acercó y descansó sus manos en los hombros de él. Clive contempló todo su cuerpo y sólo fue capaz de preguntarse cómo era posible que la criatura más espléndida de Dios en su propia Tierra pudiera sentir aquel amor por él. ¿Qué había hecho para merecerla?

—No puedes esconderme nada —dijo Annabella—. Sé que no estás bien.

Clive la condujo hasta la cama y la hizo sentarse.

«Mis sueños me preocupan», hubiera querido decirle mientras se sentaba junto a ella. «Mis sueños son tan reales que me hacen dudar de qué es más real, si la vida o los sueños».

O: «Me temo que estoy volviéndome loco».

Pero, en lugar de hablar, la tomó en sus brazos y la besó. Suavemente, suavemente. Se tumbaron en la cama y, durante un tiempo, Clive pudo olvidar sus temores y sus ansias.

Hicieron el amor lentísima, lánguidamente. El amor apaciguó la sensación de desesperación de Clive, fue como un bálsamo para su perturbado corazón. Después, mientras Annabella dormía, se incorporó apoyándose en el codo y la contempló, maravillado por el ligero crecimiento de su vientre. Reposó la mano en él, acariciando la suave piel, imaginando que podía percibir a su hija moviéndose en el interior,

aunque sabía que todavía era pronto para aquello.

¿Lo sabría Annabella?, se preguntó. ¿O era demasiado temprano para ella?

Y entonces comprendió que la única razón por la que creía que ella estaba embarazada era que se lo había contado su descendiente.

En la imposible Mazmorra.

Locura.

—Nunca te dejaría por mi voluntad —dijo a su amada durmiente—. Siempre querré regresar. Si no lo consigo, no será por falta de esfuerzos por mi parte.

Al hablar él, Annabella se movió, pero no despertó. Con un suspiro, Clive se levantó de la cama.

La húmeda noche más allá de la habitación lo llamaba. Permaneció desnudo ante la ventana durante largo tiempo, contemplando la oscuridad; luego se vistió. En silencio, cerró la puerta de los aposentos de Annabella tras él, y salió a las calles nocturnas, en busca de algo. Pero qué era ese algo, no hubiera podido decirlo.

Clive vestía un capote para protegerse de la humedad helada del aire de la noche, pero ésta penetraba en su cuerpo como si no llevara nada. Los pasos de sus botas resonaban chapoteando en el adoquinado. Había renunciado al tocado, y el cabello le había quedado pegado, lacio y mojado, contra su cráneo. Pero no prestaba atención a sus incomodidades físicas. Su mente vagaba muy lejos: deambulaba a través de recuerdos de un lugar imposible que él, en aquellos momentos, parecía conocer más que el propio Londres. Que aquellos recuerdos se refirieran a muchos meses de duración no hacía sino desconcertarlo más.

Al principio vagó por calles desiertas, pero, a medida que se alejaba de Plantagenet Court, su entorno se volvió cada vez más rudo. Ahora había rameras en las esquinas: mujeres cansadas, maltratadas por sus chulos para que ganaran al menos unos pocos chelines antes de que pudieran llamar noche a la noche. Hombres de dudosa reputación permanecían apoyados en las paredes de las casas observando el paso de Clive, calibrándolo con la mirada. Los mendigos lo abordaban. Los pilluelos callejeros tiraban de su capote.

Él hacía caso omiso de todos.

Hacía caso omiso de ellos con tal determinación que incluso los carteristas lo pensaban mejor y lo dejaban pasar sin molestarlo.

No era tanto la robustez de sus hombros ni la cadencia militar de su paso. Eran sus ojos, que los miraban sin verlos. No porque estuvieran por debajo de su posición social, y por tanto indignos de su atención, sino porque parecía andar completamente en otro mundo, un mundo por donde ellos no se atreverían a pisar.

Físicamente, él caminaba por las calles londinenses, pero su mente caminaba por Bedlam<sup>[3]</sup>.

Aunque el elegante corte de su atuendo los tentaba tremendamente, incluso los

criminales de Seven Dials, Spitalfields<sup>[4]</sup> y demás eran demasiado cautelosos para habérselas con un loco. Había maneras más fáciles de procurarse un chelín. Y así lo dejaban pasar sin molestarlo, espiándolo desde sus escondrijos de aquel caos laberíntico de aberturas secretas, portezuelas, túneles, pasos escondidos y salidas ocultas. Un caballero bien plantado y bien vestido, aunque sin sombrero, rondando por sus peligrosas callejas sin ninguna precaución, murmurando para sí mismo, con la mirada fija en aquel otro mundo que sólo los locos podían ver, disuadía cualquier intento de asalto.

Pero una habitante de los barrios de la delincuencia no tuvo reparos. Salió tambaleándose de una callejuela para abordarlo bajo la luz difusa de un farol de gas. Tenía el pelo mojado y enmarañado y su vestido barato se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Lo miró con la mirada borrosa, y se interpuso en su camino plantándole una mano en el pecho para evitar que la atropellase. El impacto del cuerpo de Clive contra su brazo la hizo oscilar ligeramente, pero pronto recobró el equilibrio.

Clive tardó aún unos momentos en escapar de la trampa de su ensueño y ser capaz de dirigirle una mirada. Y, cuando se fijó en aquel rostro, su familiaridad no le sorprendió.

Habría podido ser Annabella.

Annabella, si la fatalidad la hubiera tratado peor, obligándola a hacer la calle y a vivir una miserable existencia, como debía de ser la de aquella prostituta. El alcohol o el opio eran la causa de su andar inseguro. Ejercer su trabajo en las callejuelas, la causa de la suciedad en su piel y sus ropas.

Habría podido ser Annabella. O su descendiente, Annabelle.

Salvo que Annabelle era sólo parte de una ilusión que erraba en el interior de su mente. No era real, no más real que la misma Mazmorra.

—Pareces un alegre caballero —dijo la mujerzuela, pronunciando las palabras con dificultad—. ¿Qué dices a un poquito de diversión?

Y al tiempo que habló empezó a levantarse la falda, mostrando unos muslos tan mugrientos como sus manos y su rostro.

—Largo de aquí —le dijo Clive.

Pero no pronunció aquellas palabras con energía, y no porque la desease. Sólo era por el parecido, por aquel parecido terriblemente misterioso.

—Vamos, no me hables así, cariño —respondió ella—. No querrás que tu Annie vuelva a su chulo con las manos vacías ¿verdad? No estaría bien.

Dejó caer la falda, pero como estaba mojada continuó levantada, pegada a sus muslos. Se llevó una mano insegura al escote de su vestido, lo bajó de su hombro y descubrió un gran y descolorido cardenal.

—Mi Jack se enfada ¿ves, amigo? Me hace daño cuando no llevo lo suficiente a casa.

—No quiero...

La mujer lo interrumpió.

—Todos queréis —dijo—. O si no ¿por qué estarías rondando por estas calles?

Ella lo cogió del brazo y empezó a arrastrarlo hacia la entrada de la callejuela.

Clive se soltó el brazo de una sacudida.

—¿Dijiste que tu nombre era Annie? —le preguntó.

—¿Lo dije?

—Annabella Leighton, supongo.

Ella parpadeó, momentáneamente confundida; luego sonrió.

—Seré quien quieras que sea, cariño.

De nuevo ella alargó el brazo hacia él.

—Vete —dijo Clive.

Y esta vez le puso una mano en el hombro y le dio un empujón. Ella se tambaleó y, perdiendo el equilibrio, chocó contra la pared. Los ojos de la mujer brillaron de furia.

—No querrás tratarme mal ¿verdad, amigo?

—Me das asco —contestó Clive.

¡Que Dios lo ayude! Ahora sabía qué era qué.

La Mazmorra no había sido un sueño.

*Lo máspreciado de su vida.*

*Esto* era el sueño. Tan agradable como lo deseara, con Annabella y con su promoción, o tan doloroso como ver a su amante representada en una miserable mujerzuela lasciva, echada a la calle a buscarse la vida trabajando de ramera.

Si hubiese permanecido en las habitaciones de Annabella ¿habría continuado el sueño? ¿Era saliendo fuera, dudando de su veracidad, que el sueño se estaba desvaneciendo?

¿Qué importaba si todo era un engaño? Era mejor el tormento de la Mazmorra (realmente mejor, por muy doloroso que fuera) que vivir la vida drogado como un fumador de opio, apartado del mundo y abandonado a la suerte de sus sueños.

Levantó la mirada hacia el cielo.

—¿Me oyen? ¡Me da asco! ¡Me doy cuenta de sus mentiras!

—Tú no estás bien de la cabeza, amigo mío ¿verdad? —dijo la mujer.

—Fuera de aquí.

Clive ni tan siquiera la miró. Esperaba a que los Señores de la Mazmorra se revelaran. Que el sueño finalizara. Que la Puerta se abriera y lo lanzase a algún otro nivel, a algún otro tormento.

La mujer se llevó los dedos a la boca y soltó un silbido agudo.

—¿Me vas a negar el dinero que podría ganar? —preguntó ella cuando Clive volvió a mirarla.

Antes de que pudiese responder, algo se agitó en el callejón. Un hombre de anchos hombros apareció en la zona iluminada por el farol. Tenía el pelo aplastado contra la cabeza por la llovizna y la pomada. Vestía un harapiento remedo de traje de

caballero. Iba descalzo.

—¿Algún problemilla, por aquí? —dijo suavemente.

Aquel tipo debía de ser Jack, pensó Clive. Su chulo. El rufián que la enviaba a vender su cuerpo por las calles, mientras él recogía el dinero después. Y, si ella no era lo suficientemente lista o no ganaba bastante, le pegaba.

—¿Así que el caballero no quiere que mi chica se gane la vida honradamente? —prosiguió el hombre.

Así pues, tenía que ser de aquella forma. El sueño hacía sus últimas jugadas; el juego había durado hasta que había dejado de divertir a los Señores de la Mazmorra; luego limpiaban el tablero para empezar otra vez con un nuevo juego de piezas. Y con nuevas apuestas.

—Usted se equivoca —repuso Clive al hombre, a la par que éste daba un paso hacia él.

—Yo no me equivoco, amigo. Debe usted dinero y va a pagar... de un modo o de otro.

—Quiero decir —añadió Clive— que se equivoca respecto a mí si me toma por un estúpido o por un cobarde. No soy ni lo uno ni lo otro.

Dos rápidas zancadas llevaron a Clive frente a Jack. Cuando el hombre iba a levantar las manos, Clive apartó su defensa y lo golpeó. El choque de su puño contra el mentón del hombre le produjo un dolor que le subió rápidamente por el brazo. Pero fue un dolor que le causó un inmenso alivio.

Quizá lo habían manipulado para llevarlo a aquella situación, pero maldito sería si caía víctima de tal maniobra.

Descargó una ráfaga de golpes y, momentos después, Jack, el de la prostituta, yacía en el pavimento hecho un ovillo y con un hilo de sangre que le salía de la boca. Al menos tenía una o dos costillas rotas.

—¿Se da cuenta de a qué me refería cuando le decía que estaba equivocado? —preguntó Clive con calma.

La mujer se lanzó entonces contra él, pero todo lo que se requería para hacerle perder el equilibrio era un leve empujón. Y ella también cayó al pavimento, junto a su chulo.

Clive apartó la vista de ellos y de nuevo volvió su atención hacia el cielo.

—¿Bien? —gritó—. ¿Qué más tenéis para mí?

No hubo respuesta.

¿Y si estaba en un error?, pensó. ¿Y si no existía la Mazmorra..., si aquello era el mundo real? ¿Y si él *estaba* loco?

No. Sabía que tenía que ser un engaño. *Lo máspreciado de su vida.*

El sueño le ofrecía lo máspreciado de su vida, eso no lo negaba, pero continuaba siendo un engaño.

«Perdóname, Annabella», pensó. «Pero no puedo vivir en una mentira».

—¡Quiero una respuesta! —gritó.

Olvidados por él, la prostituta y su chulo se alejaron a rastras hacia la callejuela y se perdieron en la oscuridad.

—¡Malditos sean! —gritó Clive—. ¡No voy a vivir esta mentira!

Y luego le llegó: una vacilación en su visión, la fragancia de clavo, el agudo sabor del anís en su boca.

El miserable barrio londinense que lo rodeaba se hizo pedazos como un papel azotado por la tempestad. La niebla se arremolinó a sus pies y se lo tragó. Clive perdió la sensación del suelo adoquinado bajo sus pies, y una vez más flotó en un limbo oscuro.

Su visión mental se llenó con una imagen de Annabella tal como estaba cuando la había dejado, dormida en la cama: la perfección de los miembros, la dulzura angelical de su rostro, suave y feliz en su sueño.

Perdida de nuevo.

Separada de él.

—¡Malditos sean! —gritó otra vez—. ¡Aparezcan ante mí!

## 4

Clive no tenía modo de juzgar cuánto tiempo hacía que flotaba en la oscuridad. Podían haber sido sólo unos momentos, podía haber durado una hora; pero, sin puntos de referencia, sólo con la oscuridad que lo envolvía y con el torbellino de confusión que gobernaba su mente al intentar medir el paso del tiempo, no podía ni siquiera dar una cifra aproximada.

Le parecía una eternidad.

Había maldecido a sus invisibles verdugos dura y largamente —con innovaciones que a él mismo lo habrían sorprendido—, pero no había recibido respuesta. Había intentado propulsarse a través de la oscuridad, pero, aunque podía mover sus miembros, el aire de su alrededor era espeso y sus manos y pies no encontraban dónde apoyarse. Por fin, relajó totalmente sus músculos y esperó, flotando en la oscuridad como un muerto.

Y transcurrió más tiempo.

Minutos interminables prosiguieron su ritmo, cada uno alargado mucho más allá de cualquier proporción razonable. Clive se sintió arrastrado a la deriva, lejos de su presente situación, lejos de esa oscuridad propia de un útero, fuera de sí mismo.

Era como si, liberado de la información sensorial que normalmente le proporcionaba el cuerpo, su espíritu estuviera resuelto a viajar por su propia cuenta, como el espíritu de una bruja que cabalgara en los vientos de la medianoche mientras su dueña yacía dormida; como si su espíritu hubiera decidido que, si no podía arrastrar su caparazón físico, entonces, simplemente debía dejar el cuerpo atrás.

Así pues Clive navegó más allá de su ira y de su frustración, más allá de su memoria, hasta un lugar tranquilo y oculto donde la sensación de paz lo envolvió como un oscuro manto de bienestar y donde él pudo simplemente existir. Lentamente, recuperó su visión, pero si lo que veía provenía de los estímulos externos o era extraído de su propia mente, ya no le preocupaba.

Él era una presencia invisible en un jardín de complicadísimo dibujo, en donde parterres de flores y paredes de seto conformaban intrincadas figuras a su alrededor. Y él flotaba como polen y su visión abarcaba un ángulo de trescientos sesenta grados. Cuando su olfato despertó, le llegaron las fragancias de las flores del jardín, dulces y embriagadoras, junto con un sabor a frutas. El aire se llenó de sonidos quedos: el susurro de una suave brisa y el murmullo de los insectos.

Pero no todo era bueno en aquel refugio. Pudo percibir, más allá de la periferia de su visión, una plaga invisible. El dolor y la desolación se cernían allí.

El mundo que había dejado atrás.

El mensaje era claro.

Aquella superficie era suya. Allí podía permanecer a salvo, libre de la locura que había dominado su vida al otro lado de los límites del jardín. Pero, si se extraviaba, si se permitía a sí mismo ir a explorar más allá de aquellos confines, entonces todo retornaría.

El dolor.

La locura.

No necesitaba aquel aviso, pensó Clive entre sueños. Había dejado de luchar. Había acabado con todo. Con la demente Mazmorra. Con las mentiras que la infestaban como una enfermedad cancerígena. Allí se quedaría, allí podría estar satisfecho.

*Regrese.*

Al principio no percibió realmente la voz.

*Clive. Debe regresar.*

Podía ver en todas direcciones a la vez en aquel jardín propio, pero no podía distinguir la fuente de aquella voz.

«Debe de ser un fantasma», pensó. Alguna presencia errabunda, imperceptible para el ojo humano.

*Déjeme*, le respondió, dando forma mental a sus palabras, ya que él mismo era meramente una presencia invisible en aquel lugar. *He acabado con sus juegos.*

*Tiene que regresar*, fue la respuesta de la voz monótona.

Ahora Clive la reconoció. Contemplando el laberinto de aquel jardín, su intrincada red de parterres de flores y sus setos, se preguntó cómo era posible que hubiese tardado tanto en reconocerla. Era la voz secreta de su infancia.

*¿Es usted parte de la conspiración?*, le preguntó Clive. *¿Acaso sus raíces se hunden tan profundamente que llegan a mi pasado?*

El tono de su voz fue ligero, como si sólo tuviera una débil curiosidad.

*Lo han drogado*, respondió la voz, *mientras deciden su destino. ¿Cómo puede permitir que lo traten de ese modo?*

Si hubiera poseído un cuerpo, se habría encogido de hombros.

*No tengo elección*, replicó. *Hacen conmigo lo que quieren, tanto si me rebelo como si no.*

*Usted es un Folliot*, repuso la voz, *y un Folliot nunca se rinde. Usted mismo lo dijo.*

*Pero ellos cambian las reglas cada vez que me vuelvo*, dijo Clive empezando a interesarse en el tema, a pesar de sí mismo. *Manejan poderes divinos, mientras que lo único que puedo hacer es avanzar a trompicones por su maldita Mazmorra, como un muñeco.*

*¿Verdaderamente tan diferente es el mundo de donde lo arrancaron?*, preguntó la voz. *¿No es por el modo como lucha un hombre que se mide su valor?*

*Sí, pero...*

*¿Quiere que su epitafio sea éste: «Puso todo su empeño, hasta que la lucha fue demasiado difícil y simplemente abandonó»? Es fácil decirlo, pero...*

*El valor verdadero nunca se adquiere con facilidad. ¿Quién es usted?*

Hubo una larga pausa; luego de nuevo la voz repitió su orden inicial: *Regrese.*

La palabra resquebrajó la paz de Clive y siguió resonando y resonando en su interior hasta que su refugio comenzó a disgregarse. El jardín que lo rodeaba se transformó en una visión oscilante. La voz oculta se ahogó entre el murmullo de la brisa y el zumbido de los insectos. Los olores de las flores se echaron a perder y el sabor a frutas perdió su dulzura, se agrió y se amargó. *Regrese.*

*¿A qué?, preguntó Clive. ¿A más de lo mismo? ¿A la espiral sin fin de sus malditos juegos?*

*No. Regrese para ser el hombre al que no pueden someter, el hombre que no se rinde, no importa lo que le hagan. Regrese como un Folliot.*

*¡Y vuélvase loco!*

*La locura es relativa.*

*O locura o la muerte: es todo lo que me aguarda en su maldita Mazmorra.*

*Es demasiado fuerte para caer presa de la locura. ¿Y si muero? ¿De qué servirá lodo entonces? Al menos morirá como un hombre.*

Ahí estaba, comprendió al fin Clive. Expresado en esos términos, no podía refutarlo. Ya que creía firmemente que no importaba tanto lo que un hombre realizaba con éxito, como lo que (con toda buena fe y haciendo uso de sus mejores habilidades) intentaba realizar.

Sintió que se despejaba la niebla de su cabeza.

«Lo han drogado», había dicho la voz antes. «Mientras deciden su destino».

Un hombre debería decidir su propio destino. Un hombre debería mantenerse firme contra monstruos tales como los Señores de la Mazmorra, sin importarle las consecuencias que pudiera sufrir por ello. Era esto sólo lo que lo hacía diferente de sus verdugos.

¡Por Dios! ¿Qué estaba haciendo *allí*, cuando debería estar con sus compañeros, devolviendo golpe tras golpe a los canallas?

*Regrese*, insistió la voz una vez más.

*Regresaré*, replicó Clive.

Su regreso fue instantáneo.

Durante un minuto planeó por encima de la evanescente ruina del jardín, y al siguiente ya estaba de nuevo en su cuerpo, envuelto en la oscuridad. Tuvo una breve sensación de claustrofobia por la apretada funda que era su cuerpo. Después de la libertad de flotar sin impedimentos, su espíritu se sentía atrapado y encogido dentro de la piel. Pero esta sensación desapareció pronto al ejercitar una a una sus extremidades, las cuales se acostumbraron rápidamente a su talla habitual.

*¿Todavía está ahí?*, preguntó Clive a la voz.

No hubo respuesta. Su misterioso benefactor había vuelto a desaparecer, tan

inexplicablemente como había llegado.

Viendo imposible demostrarle su agradecimiento, Clive concentró su atención en su estado actual.

No podía percibir un cambio real en su entorno. El denso aire continuaba aprisionándolo en su interior y él seguía siendo incapaz de desplazarse ni un centímetro en aquel medio. Pero, al volver la cabeza, distinguió dos manchas pálidas de luz borrosa a su espalda. Aunque no pudo identificar sus facciones, las reconoció como dos figuras humanas.

Nadó muy despacio a través del aire, intentando alcanzarlas, y se detuvo cuando alcanzó a oír sus voces.

*Deciden su destino.*

Las voces pertenecían a dos hombres; una era profunda y ronca, mientras que la otra era suave, no afeminada, pero ciertamente con algo femenino.

Y en efecto estaban discutiendo su destino.

*Lo han drogado.*

Intentó llamarlos, esta vez no para dar rienda suelta a su odio, sino para hacerles saber que todavía no lo habían sometido. Las cabezas se volvieron hacia él.

—¿Ve? —dijo el de la voz ronca—. Es tan malo como el otro. Nunca se rendirá.

«¿*El otro?*», pensó Clive. ¿Se referían a su hermano Neville?

—Ese es precisamente su valor —repuso el segundo hombre, con un ligero ceceo.

—¿Y si el instrumento se vuelve contra usted? —preguntó el primero.

El segundo rio.

—Pero ése es el desafío ¿no? Sin riesgo personal, no seríamos mejores que los demás. Cuando se haga realidad nuestra victoria, será porque *nosotros*, al menos, estuvimos dispuestos a arriesgarlo todo.

Era tal como había supuesto, comprendió Clive. Para ellos *era* exactamente un maldigo juego.

—¡Yo les enseñaré a arriesgarse! —les gritó.

—Así pues ¿tiene intención de enviarlo de nuevo? —preguntó el primero, como si Clive no hubiera hablado nunca.

—Nunca tuve ninguna duda al respecto. Le permití a usted este experimento, precisamente porque sabía que él vencería.

«Experimento ¿no?», pensó Clive.

—¡Malditos sean! —gritó—. ¡No descansaré hasta aniquilarlos, a todos y cada uno de ustedes!

Lo mismo habría podido gritar al viento, por el caso que le hicieron.

—¿Tan seguro estaba usted de sí mismo? —preguntó el primero.

—Estaba seguro de él —repuso el segundo señalando a Clive.

—No juegue conmigo —advirtió el primero con voz colérica—. Yo no soy un monigote, para que me vayan moviendo por el tablero.

—Claro que no —respondió el segundo—. ¿Pero atenderá a razones ahora?

—*Sus razones.*

—Razones evidentes —replicó el segundo—. Si discutimos entre nosotros, nos exponemos a perderlo todo.

—¿Los demás están de acuerdo con usted? ¿*Todos?*

«¿Los demás?», pensó Clive. «Continúen, continúen. Cuéntenmelo todo».

—¿Después de esto? Sí.

El primero suspiró.

—Entonces devuélvalo. Pero los trajes deben desaparecer. El suyo y los de sus compañeros. Ni siquiera sé por qué Green permitió que los llevaran.

—Los trajes han desaparecido —acotó el segundo.

—Y él no debe recordar nada de esto.

«¿Recordar nada?», pensó Clive. «Por el Dios de los cielos ¿cómo esperan que lo olvide?»

—Absolutamente nada —coincidió el segundo.

—¿Ve cómo se aferra a cada palabra? Si recordase, sería insoportable.

—Estoy de acuerdo.

—¡No olvidaré *nada!* —gritó Clive—. ¿Me oyen? Voy a recordar cada maldito detalle de lo que me han hecho.

Las dos cabezas se volvieron al fin hacia él.

—No es probable —dijo el segundo—. Admito que el proceso no ha sido perfeccionado con la precisión deseada (con el tiempo lo será), pero creo que realizará el trabajo que se le ordene. Si usted pierde unos cuantos recuerdos más durante el procedimiento... —la figura encogió los hombros—, bien ¿qué se le va a hacer? Pero le puedo garantizar que no será nada que usted eche en falta.

El primero se rio ante este comentario.

Clive renovó su esfuerzo para alcanzarlos, pero la débil iluminación que recortaba sus siluetas se estaba apagando, hasta que la oscuridad los envolvió y él quedó solo una vez más. Con grandísimo esfuerzo, describió un círculo completo, en busca de algo, cualquier cosa, pero el negro vacío continuaba en todas partes.

Entonces sintió un dolor súbito y agudo en el brazo izquierdo (el aguijón de una avispa multiplicado por doce) y luego una oscuridad interior empezó a absorberlo, tan negra como la que lo rodeaba. Y luchó contra la pérdida de la conciencia.

*¡Recordaría!*

Oyó voces a su alrededor. Sintió manos que lo palpaban, pero no podía mover ningún miembro. Luego la negrura se lo llevó.

## 5

Cuando Clive recuperó la conciencia, caía a través de la brillante llamarada azul una vez más. Y pudo distinguir los diminutos puntos que eran sus compañeros, esparcidos a su alrededor en todas direcciones, cada uno de ellos cayendo tan inevitablemente como él mismo.

Sentía una laguna en la memoria, como si el tiempo hubiese pasado de largo mientras él permanecía inmóvil. Era una curiosa sensación, una sensación de pérdida..., pero no podía definir qué era lo que había dejado atrás.

Sentía una laguna en la memoria, como si el tiempo hubiese pasado de largo mientras él permanecía inmóvil. Era una curiosa sensación, una sensación de pérdida..., pero no podía definir qué era lo que había dejado atrás.

Debía de haber perdido la conciencia un momento, pensó, y no era de extrañar. Si sólo pudiese respirar...

No recordó nada de lo que había experimentado en el negro vacío.

El vértigo hacía que su cabeza diese vueltas. El estómago le pesaba por la náusea. La frente le dolía terriblemente, como si hubiera sufrido una contusión. Su brazo estaba hinchado y cada vez que lo movía era un tormento. Se esforzaba por respirar en el espeso aire azul, pero simplemente no había oxígeno para llenar sus pulmones.

Escudriñó hacia abajo y se dio cuenta de que ya no sabía con certeza lo que estaba arriba y lo que estaba abajo. Ciertamente tenía la sensación de caer, pero, por todo lo que sabía de aquel lugar, bien podía estar desplazándose hacia un lado.

Necesitaba aire.

Desesperadamente.

Si no respiraba pronto, él...

Entonces sus pies sufrieron una brusca sacudida: sus botas habían entrado en contacto con algo sólido. Sus rodillas se doblaron y Clive se desplomó como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Extendió los brazos para amortiguar la caída y sus manos se hundieron en lo que parecía una hierba alta y espesa. Tenía los ojos como pegados con soldadura, pero estaba demasiado ocupado en mantener en su lugar el contenido de su estómago para prestar atención a su entorno.

Finalmente sus brazos cedieron y su rostro quedó aplastado contra la hierba. Y, antes de que pudiera intentar sentarse, la negrura lo engulló.

Clive fue de los primeros en recuperarse. Abrió los ojos, con la sensación de salir

de un naufragio, y se sentó con sumo cuidado. El mundo giraba lentamente a su alrededor; luego todo se asentó.

Parecía que él y sus compañeros habían aterrizado en una especie de meseta recubierta de hierba. Otras mesetas más elevadas se alzaban a sus espaldas y se extendían hasta una sierra de peñascos escarpados; detrás de éstos, un inmenso macizo montañoso casi obstruía la vista del cielo. Enfrente y hacia abajo, el paisaje daba paso a un espeso bosque selvático a la izquierda, y, a la derecha, a una anchísima planicie de veld<sup>[5]</sup> salpicado de árboles y matorrales. Dividía los dos espacios un ancho río que serpenteaba hacia lo lejos, donde una vasta península de jungla lo ocultaba a la vista.

Clive estaba maravillado de que pudieran existir tales vastas extensiones de terreno bajo la Tierra. Se volvió y pasó revista a sus compañeros; luego se dio cuenta de que el mono blanco que había vestido hasta entonces había desaparecido, y que iba ataviado nuevamente como la primera vez que había entrado en la jungla.

Mientras caían a través de la última Puerta, los Señores de la Mazmorra debían de haberles quitado los vestidos que les había regalado Green. Pero al menos habían sobrevivido al paso del nivel anterior de la Mazmorra a aquél... (¡que Dios los amparase!), que era el quinto.

Al observarlos uno tras otro, Clive pensó una vez más en la abigarrada mezcla de compañeros que tenía.

Obviamente indemne de la transición por la Puerta, el ciborg Chang Guafe estaba en pie en el borde de la meseta, escrutando el paisaje del nuevo nivel. Las láminas metálicas de su cráneo y rostro relucían a la luz del sol. Sus ojos artificiales refulgían ligeramente mientras proporcionaban información a su cerebro, que era más un ordenador que carne y sangre humanas.

Le recordó a Clive los juguetes mecánicos que estaban tan de moda en su Londres natal, las máquinas andantes y parlantes; pero Clive no habría cometido el error de considerar al ciborg como un juguete de niños. Este había demostrado ser capaz de una peligrosidad extrema y, por cierto, no podía subestimárselo.

Pero al menos tenía cierta forma humana.

No como Chillido.

Esta era un monstruo hembra de cuatro brazos y cuatro patas. Su inmenso cuerpo estaba recubierto de pelos parecidos a púas, que podía arrancar a voluntad y lanzar como dardos; y podía impregnar estos pelos-púas de diferentes sustancias químicas, que variaban según el efecto que deseara provocar en la criatura a quien tenía la intención de aplicarla. Pero era algo más que una simple criatura: era una araña humanoide.

Su rostro tenía una apariencia de lo más perturbadora, con vestigios de mandíbulas a cada lado de su boca sin labios y ocho ojos compuestos, de color rubí, incrustados en la mitad superior de su cabeza y dispuestos como si un niño los hubiera lanzado allí al azar. Y, como toda araña, tenía un par de glándulas hileras

justo debajo de la base de su espalda.

Pero, bajo aquel rostro alienígena, desarrollaba su existencia un ser que, según la conclusión a la que había llegado Clive, tenía más corazón que muchos de los hombres que conocía.

El aspecto de Finnbogg era menos chocante, si bien sólo en comparación con Chillido. Era un enano humanoide que parecía estar emparentado más de cerca con la familia canina que con la humana. Tenía un carácter tan voluble que podía pasar de enamorarse a llorar a lágrima viva, o a estallar en un odio violentísimo, todo ello en un solo instante. Achaparrado, peludo y tremendamente fuerte, afirmaba ser nativo de un planeta oprimido que tenía una bioquímica lo bastante parecida a la de la Tierra para permitirle respirar el mismo aire y comer la misma comida que los humanos. Pero, a pesar de eso, seguía siendo un monstruo.

El resto de compañeros de Clive eran humanos, aunque difícilmente hubieran podido formar parte de las relaciones de un caballero inglés.

Tomás, el español, podía ser confundido perfectamente con el peor de los asesinos estranguladores que pudiera hallarse en un barrio bajo de Londres. Era moreno de piel y bajo de estatura; tenía el pelo oscuro y brillante. Una rata de puerto, borrachín, sucio y sin duda traicionero. Había llegado a la Mazmorra desde la cesta de vigía de la carabela *ha Niña*, que navegaba en el Atlántico occidental por el año 1492.

El indio Sidi Bombay se había añadido al grupo de Clive en las primeras etapas de la búsqueda de su hermano; eso fue antes de cometer el error de adentrarse demasiado en el Sudd, lo cual había acabado llevándolos a cruzar la resplandeciente Puerta que los lanzó a la locura de la Mazmorra. Sidi era flaco como Tomás, pero su parecido con él no acababa aquí. Tenía la piel de un moca oscuro y su pelo era negro como la medianoche. Pero el esquelético indio era experimentado e inteligente y se rodeaba de un profundo misterio que contrastaba con sus maneras abiertas y alegres.

También la presencia de Annabelle Leigh era perturbadora, aunque por razones muy diferentes. Mientras que Tomás provenía del pasado, ella había llegado a la Mazmorra desde el año 1999, cuando su grupo musical y teatral, los Crackbells, estaba actuando en Picadilly Circus, durante la Nochevieja de aquel año. Era una chica picara y descarada que exhibía sus encantos femeninos en un atuendo masculino que le marcaba tentadoramente las formas. Llevaba el negro pelo cortado a tijeretazos y formando varias capas, sin ninguna consideración por la moda o por el estilo. En su antebrazo tenía implantado parte de su Baalbec A-nueve, una especie de artefacto electrónico alimentado con las energías de su cuerpo, lo cual le daba un inquietante parentesco con el ciborg. Tenía los controles del aparato en la parte superior de su pecho, bajo la camisa.

Era también la descendiente de Clive, su propia tataranieta, por la línea de la amante que había dejado en Inglaterra al partir en busca de su hermano, la señorita Annabella Leighton.

Era molesto saber que aquella golfilla era pariente suya, saber que las buenas

costumbres inglesas habían podido cambiar tan drásticamente en apenas siglo y medio; pero lo que le preocupaba más era cómo, día tras día, la encontraba más y más semejante a su propia Annabella. Ya que tenía los mismos llamativos ojos azules, de un azul de aciano, la misma piel pálida teñida con un saludable rubor rosado, la misma esbelta figura.

Para él era demasiado fácil mirarla y ver a Annabella. Se imaginaba aquella descendiente suya con un vestido de cuello levantado, cintura estrecha y falda de ancho polisón, y con un leve chal recubriendo el contorno de sus hombros. Llevaría el largo pelo recogido en la nuca y coronaría la cabeza un pequeño sombrero. Podría llevar una sombrilla...

Cuando dejaba que su mente soñara despierta de este modo, pensamientos poco caballerescos cobraban vida, pensamientos inmorales. ¡Por el amor de Dios!, ¡era de su propia sangre!, tenía que recordarse a sí mismo. Sin embargo aquel parecido... y saber que quizá nunca más volvería a ver a Annabella...

El único rostro totalmente familiar en el grupo (aunque por entonces Clive ya se estaba acostumbrando a todos, incluso al más extraterrenal) era el de quien una vez había sido su ordenanza, el sargento mayor Horace Hamilton Smythe.

—¿Ordenanza? —había preguntado Annabelle cuando se enteró del antiguo cargo de Smythe—. ¿Y tú de qué hacías, pequeño Clive? ¿De Robin<sup>[6]</sup>? —Aquella era sólo una de las muchas oscuras referencias que soltaba Annie y que no podía explicar con toda claridad a alguien que había dejado el mundo ciento doce años antes de su nacimiento.

Clive y Smythe habían pasado muchos años juntos; por eso Clive había experimentado un gran alivio la noche en que, después de zarpar de las costas de Inglaterra en el *Empress Philippa*, Smythe había aparecido a bordo disfrazado de mandarín.

Smythe tenía un don innato para los disfraces y las imitaciones. Tenía la habilidad de pasar de un petimetre de voz cansina a un *cockney* vulgar, un patán campesino y un charlatán de voz atropellada, todo en cuestión de minutos. Todavía más curioso era que, cuando no iba disfrazado, Smythe aparentaba ser el más anodino de los individuos y prácticamente desaparecía en el escenario de fondo que lo rodeaba, fuera una muchedumbre, una jungla o una recepción elegante.

—¡Cristo, vaya con el viajecito, parece efecto del ácido! —dijo Annabelle refiriéndose a la caída y atrayendo de nuevo la atención de Clive al intentar éste descifrar lo que había querido decir.

Guafe se dirigió hacia ellos desde su posición elevada, en el borde de la meseta.

—Sí —asintió, con su voz ligeramente metálica—. La travesía ha tenido la cualidad alucinógena de una experiencia narcótica.

«¡Ah!», pensó Clive. «Opiáceos».

Echó un vistazo a Annabelle pero se apresuró a desviar la vista cuando ésta se levantó y se estiró con un movimiento inconsciente que acentuó cada curva de su

esbelta figura. Ella miró a su alrededor con aire pensativo.

—Me imagino que fue una especie de viaje espacial —comentó—. Como una teleportación. —Y, al ver que la mayoría de sus compañeros la miraban sin comprender, añadió—: Ya sabéis, a través de mundos no conectados físicamente.

—De nuevo coincido —dijo el ciborg.

Los demás se fueron poniendo en pie con gran esfuerzo. Smythe se acercó a Clive, mesándose su barba reciente.

—Parece que sir Neville se nos ha vuelto a escapar —dijo.

Ciertamente, comprendió de súbito Clive. La experiencia del paso por la Puerta lo había desorientado tanto que la razón por la que estaban allí se le había ido de la cabeza. De nuevo observó el vasto panorama de jungla de veld que se extendía ante él. Por algún lugar de allí, su gemelo mayor Neville había emprendido su huida. El paisaje era una visión descorazonadora. Hasta un ejército habría podido estar escondido en cualquier punto del paraje sin ser nunca visto.

—¿Por dónde empezaremos a buscar? —preguntó Clive en voz baja.

—Finnbogg cree que podría estar en cualquier parte —intervino Finnbogg. El enano can había seguido con su mirada la de Clive, a la par que distraídamente se limpiaba de hierba el pelo de su pecho—. La puerta puede haber dejado caer al compañero de carnada en cualquier parte.

—Vamos a ver —dijo Annabelle—, no me gusta entrometerme pero... ¿no creéis que ya es hora de que dejemos de ir tras ese idiota e intentemos, simplemente, salir de este lugar? Quiero decir que ya basta y sobra de persecución. Nunca vamos a atraparlo. Está jugando con nosotros como si fuéramos un hatajo de imbéciles.

—No hay camino de regreso —le recordó Sidi. El indio le dedicó una de sus peculiares sonrisas—. La única salida es hacia adelante.

—Quizá —replicó la joven—. Pero yo digo que lo pongamos a votación. —Más miradas de desconcierto—. Ya sabéis: cada uno piensa qué es lo que cree que se debería hacer y la propuesta que consiga levantar más manos a favor, es la que se lleva a cabo.

—Yo soy el comandante de esta compañía —empezó Clive cuando se percató de lo que ella pretendía.

—Annabelle tiene razón —interrumpió Tomás—. Siempre que seguimos a vuestra merced, no encontramos sino más y más problemas.

—En este punto soy de la misma opinión —coincidió Guafe.

*Yo también*, dijo Chillido. Su voz sonó directamente en sus mentes.

—Finnbogg está...

El enano echó una mirada a Annabelle y captó su enojo. Por culpa de él ella había perdido una oportunidad única de abandonar la Mazmorra con Náufrago Fred y L'Claar. Si él no se hubiese abrazado a sus piernas en el último momento...

—Creo simplemente que deberíamos separarnos —dijo Annabelle.

—No puedo dejarte sola —objetó Clive.

—¡Oh, déjate de chorradas! ¿No crees que puedo cuidar de mí misma?

Cómo una mujer de su evidente buena sangre podía ser tan cabezota, estaba más allá de la comprensión de Clive.

—Yo soy responsable de ti —insistió—. Por tanto, mientras...

—Venga, vale. Ya soy mayor, Clive, y la única responsable de mí soy yo misma, ¿te enteras? Así que fuera.

Un rubor encolerizado subió por el cuello de Clive; dio un paso hacia ella, pero Smythe puso una mano en su brazo.

—¿Qué dice el diario de su hermano acerca del presente nivel, mi comandante? —lo interrumpió. Sidi asintió.

—Sería el recurso más sensato. Tenemos que saber lo que nos aguarda a nuestro alrededor antes de elegir nuestro objetivo. —Y sonrió a la vez a Clive y a Annabelle—. ¿Quién sabe? Podría ser que nuestras rutas siguiesen el mismo camino algún trecho más.

Annabelle soltó un suspiro.

—De acuerdo. Veamos la maldita biblia.

—No es una biblia —replicó Clive.

Cada vez que Clive pensaba que su descaro iba a sacarlo de quicio, ella conseguía sorprenderlo nuevamente.

*¿Pero acaso aún conservas el diario?*, inquirió Chillido.

Clive no lo había pensado. Con el cambio de vestimenta... Pero palpó en su bolsillo y encontró el bulto familiar del diario de su hermano.

—Vamos —apremió Annabelle—. Lee el libro de una vez.

¡Qué no daría por unos buenos soldados ingleses que conociesen su posición, en lugar de aquella abigarrada tropa!, pensó Clive. Pero sacó el diario del bolsillo de su chaqueta, se sentó y lo abrió encima de sus rodillas. Sus compañeros se reunieron a su alrededor.

## 6

Annabelle se tumbó de espaldas en el suelo para contemplar el cielo, mientras Clive buscaba otra de las misteriosas anotaciones que aparecían en el diario. El cielo del lugar, con su sol de color salmón, tendía más hacia una tonalidad verdosa que a la azul del mundo que habían dejado atrás. Los singulares tonos que captaba la visión de Annabelle le producían una sensación espeluznante, aunque en aquel mismo momento no echara mucho en falta los cielos de su mundo propio. Sólo pensar en azules nítidos le recordaba demasiado a la última Puerta, que era lo mismo que recordar su tremendo vértigo.

Había pensado que iba a morir en aquel limbo azul y casi estaba a punto de recibir con alegría la liberación de los escalofríos y del mareo que le prometía la muerte, cuando al fin aterrizaron en aquel nuevo nivel y ella perdió el conocimiento. ¡Menuda juerga se habrían corrido los chicos de su banda si la hubieran podido ver! La vieja y dura Annie desmayándose como un *fan* de primera fila se desmayaría ante el meneo del inmenso trasero de Tripper.

Era la altura..., siempre las alturas.

Pensar en su guitarra solista la sumió en un diferente ataque de melancolía. Todo aquello había desaparecido ahora. Pocas oportunidades había de volver a ver a ninguno de ellos. No sólo a sus amigos, no sólo Londres, ni aquella actuación para celebrar el Año Nuevo en compañía del legendario Prince y de The Revolution, festejando el siguiente milenario al ritmo de la canción *1999*, el *hitparade* de más de veinte años de la ya vieja estrella del rock.

En lugar de aquello, todo lo que le cabía esperar era morir allí, en la Mazmorra, o envejecer hasta la muerte junto a aquella pandilla de figurantes de un film de ciencia ficción de segunda categoría. Eran una partida de desechos, todos. Para no mencionar especialmente a su tatarabuelo, quien estaba sufriendo un terrible ataque de complejo de papaíto.

Si Finnbogg no la hubiese retenido, abrazándose a sus piernas el tiempo suficiente para que aquella maldita salida se cerrase y desapareciese...

Ahora sólo escuchaba a medias a los demás; mientras, Clive hojeaba el diario de su hermano.

Desechos.

Tuvo la sensación de que ahí estaba la clave de aquel sitio. Recogía a los que no encajaban en el lugar de donde provenían, y los vertía allí. ¿Y qué les ocurría entonces? ¡El diablo lo sabría! Todo lo que ella sabía era que todos los que estaban allí

eran o inadaptados o, como Clive y Finnbogg, tipos heroicos que eran demasiado leales para pensar en nada más salvo en correr a salvar a alguna víctima.

La idea de que alguien pudiera estar corriendo tras ella le hacía mucha gracia. Era endiabladamente improbable. Tripper, o el que tocaba el bajo, Dan the Man, o la pequeña Chrissie Nunn... Todos debían de pensar que ella se había cogido otras de sus pequeñas vacaciones y debían de estar esperando a que apareciese de nuevo al cabo de una o dos semanas, como siempre había hecho. Evidentemente, cuando vieran que no volvía a aparecer, se preocuparían; pero ¿qué iban a hacer? No era probable que hubiera indicadores o mapas que mostrasen el camino hacia aquel lugar o algo por el estilo.

Quizá debería escribir también ella un diario o hacer un cuaderno de apuntes, como hacía Clive, para que, quien fuera que mandase en aquel lugar, pudiera robárselo y enviarlo al mundo real. De este modo conseguiría enganchar a más incautos, como había hecho el hermano de Clive, arrastrándolos por la nariz como se merecían por ser el hatajo de perdedores que eran.

Entonces se sentó bruscamente.

—¿Qué es lo que estabas diciendo? —preguntó—. ¿Era acerca de la otra Puerta en este nivel?

Clive le echó una de sus miradas de resignación.

—¿No estabas escuchando?

—Pues claro que estaba escuchando. Sólo quiero sentir la emoción de oírlo de nuevo, eso es todo. Así que suéltalo.

—Está en un pueblo llamado Quan —dijo Clive después de consultar el diario una vez más—, un lugar habitado por el «pueblo azul», a quienes debemos evitar a toda costa.

—¿Y dónde está?

—No se ve muy claro. En algún lugar en el curso del río.

Annabelle asintió.

—A Quan es a donde deberíamos ir. Si allí hay una salida, quiero verla. Es probable que nos lleve a un nivel más profundo, pero quizá nos saque fuera. De cualquier forma, vamos a continuar... con nuestros propios medios.

Clive puso el dedo bajo una línea de escritura.

—Dice «evitar a toda costa».

—Pues claro que lo dice. Y por eso mismo debemos ir. ¿No te das cuenta, Clive? Cuando llegamos a donde tu hermano quiere que lleguemos, todo lo que conseguimos es hundirnos más y más en la mierda.

*Eso no es totalmente cierto, Annabelle, dijo Chillido. Nosotros mismos nos hemos puesto solos en más peligros que aquellos a los que nos condujo el diario de Neville.*

—De acuerdo. Pero creo que ya es tiempo de que dejemos de jugar con sus reglas y que juguemos con las nuestras.

—Mi hermano se dirigirá a la ciudad perdida que hay más allá del veld.

Annabelle tampoco había prestado mucha atención cuando Clive había leído aquella parte. Pero, antes de que pudiera pedirle que lo relejera y así ganarse otra de las miradas reprobadoras de Clive, Finnbogg habló.

—Finnbogg sabe una historia acerca de Quan —dijo el can-enano—. Los quananos adoran una piedra blanca que es la tumba de todas las almas de los que han muerto en sus tierras.

—¿Muerto, cómo? —preguntó el ciborg—. ¿A manos de los quananos?

—También hay un relato —interrumpió Annabelle— acerca de cómo los enanos son aquellos tipos listillos que cuidan de las princesas en peligro y que silban mientras trabajan, aunque esto no tiene por qué ser también verdad.

Esto produjo una pausa en el coloquio. Por aquel entonces todos sabían ya que, a causa del largo tiempo que había pasado en la Mazmorra y por los cuentos que contaba de ella, Finnbogg tenía muchas dificultades en distinguir entre la realidad y la fantasía, lo cual hacía que separar los hechos reales de los imaginarios fuera una causa desesperada. Que Annabelle tuviera un motivo para estar enojada con Finnbogg de ninguna manera disminuía la veracidad que se deducía de su burla. Ciertamente, todas las reservas con que uno consideraba las historias de Finnbogg, eran pocas.

—Sí, pero, en su diario —dijo Smythe—, sir Neville también nos ha advertido de los peligros.

—Y todos sabemos lo mucho que se esfuerza por dar con nosotros el viejo Neville —repuso Annabelle.

—A pesar de todo, es mi hermano —insistió Clive—. Y, a pesar de todo, tengo que encontrarlo. —Su tono no fue beligerante, aunque sí firme—. No eludiré ese deber.

—Lo sé, lo sé. Y nadie te pide que lo hagas. Sólo haremos como dije antes: tú te vas hacia aquella ciudad en ruinas con los que quieran ir contigo y yo me voy hacia la siguiente salida con los que quieran ir conmigo. Es simple, ¿verdad?

Clive pareció dispuesto a discutir, pero entonces simplemente exhaló un suspiro y asintió mostrando su acuerdo. Uno a uno, los demás tomaron sus decisiones. Smythe iba a ir con Clive, lo cual no era una sorpresa. También se unían a él el ciborg, Chang Guafe, y Finnbogg. Este había mirado esperanzado a Annabelle, pero, cuando todo lo que le ofreció ella fue una mirada severa, eligió, tristemente, el partido de Clive.

Chillido optó por añadirse a Annabelle, como hizo Tomás. La joven se mostró satisfecha con la decisión de la primera, pero no pareció muy encantada de que el español viajara a su lado. El único que quedaba por elegir era Sidi Bombay.

—¿Y usted qué decide? —preguntó Clive al indio.

—Bien, yo... acordé guiarte y no soy de los que se desdican, pero, como no conozco este país, de poca utilidad sería como guía.

—Lo eximo de todas las obligaciones que crea que todavía me debe —dijo Clive.

Annabelle frunció el entrecejo. Clive hablaba como si Sidi le perteneciese. Lo que necesitaba era que alguien le diese un buen rapapolvo y que le pusiese las cosas en claro.

—Entonces iré con Annabelle —declaró Sidi.

Bien, gracias a Dios, pensó Annabelle. Alguien en su pleno juicio con quien poder hablar, alguien que las ayudaría, a ella y a Chillido, a vigilar a Tomás.

Emplearon la mayor parte del día para llevar a cabo el laborioso descenso de la meseta y llegar al llano; allí acamparon en un solo grupo al pie de la elevación. La bajada fue muy dura a causa de las nada agradables sensaciones que a Annie le producían las alturas. Después de descansar, se pusieron a la tarea de conseguir comida para la cena.

Smythe pescó en el río, utilizando para ello un resistente hilo que había sacado del dobladillo del fondo de su chaqueta y uno de los muchos pendientes de Annabelle, doblado en forma de anzuelo. Como cebo utilizó gusanos que desenterró del suelo. Finnbogg y Sidi hurgaron a lo largo de la orilla del río en busca de las variedades de tubérculos y de berro de aquel mundo. Cuando regresaron, Smythe había pescado tres peces de muy buen tamaño. Eran de color azulado, pero una vez que les hubieron sacado las entrañas y las escamas y los hubieron asado al fuego, resultaron ser deliciosos. Los berros acompañaron al pescado, como ensalada. Los tubérculos, asados a las brasas, presentaron una textura parecida a patatas dulces, con un sabor semejante al de las nueces.

Montaron turnos de guardia durante la noche. Y, a través de los cielos de la noche, constelaciones desconocidas hicieron su camino. Las estrellas parecían mucho más cercanas, más parecidas a los efectos especiales de la iluminación de una de sus actuaciones (pensaba Annabelle) que a estrellas reales; aparentaban pedacitos centelleantes de zafiro.

Ella y Clive compartieron la tercera guardia. El aire era cálido y húmedo, de modo que dejaron que el fuego muriese. Annabelle se había sacado la chaqueta y vestía tan sólo sus pantalones vaqueros y una camiseta sin mangas.

—Aseguraría que te sientes algo decepcionado conmigo, ¿no? —dijo ella cuando el silencio entre los dos le pareció demasiado largo.

A Annie le sorprendió que lo que él pensase acerca de ella pudiera importarle. Reflexionó que debía de ser porque, a pesar de todas las críticas que le hacía a Clive, y éste a ella, seguían siendo de la misma familia. Y aquello era mucho más de lo que parecía poder conseguirse en aquel lugar. ¡Cuando recordaba lo que había sufrido sola en aquella cárcel, antes de que Clive y su grupo se tropezasen con ella...!

El rostro de Clive fue tan sólo una sombra cuando se volvió para mirarla.

—Te comportas de una manera muy... distinta de las mujeres de mi tiempo —dijo al fin.

—Ya, sí, bien, las cosas cambian. El mundo es diferente.

—Demasiado, creo.

—Eso no lo sé, Clive. Pero me parece que la libertad es una buena cosa.

—Libertad, sí. Pero cuando uno olvida su condición... lo encuentro desconcertante.

—¿Como cuando una mujer hace lo que quiere hacer? Vamos, no me dirás que lo crees de veras.

—Bien, no exactamente. Pero, no obstante..., las mujeres no son como los hombres. En Inglaterra...

—¡Oh, déjate de historias! ¿Quieres saber lo que está ocurriendo realmente en tu alegre y vieja Inglaterra ahora mismo? Es un ridículo y pequeño país, cargado de deudas hasta el cuello, que se rebaja ante cualquier poder superior. La mitad de la población activa está en paro, mientras que la otra mitad a duras penas puede ganarse la vida.

»Y, respecto a tu actitud machista hacia las mujeres, ¿de dónde diablos has sacado que no somos mejores que vosotros?

—Las mujeres, Annabelle, constituyen el sexo débil —respondió Clive—. Es un deber de todo caballero cuidar de ellas.

—Correcto. De la manera en que cuidaste de mi antepasada, Annabella. Haciéndole un bombo y largándote a dar una vueltecita por el mundo en busca del mequetrefe de tu hermano, y éste ni tan siquiera *quiere* que lo encuentren. ¡Despierta, Clive!

—No tenía ni idea de que Annabella estaba embarazada.

—Así pues, dime, ¿era una fulana, según tus consideraciones?

—No voy a consentir que me hables de ella en ese tono y en esos términos.

Annabelle suspiró. Estiró la mano y añadió algo de leña a las brasas moribundas de la fogata. Pronto se levantaron nuevas llamas, que iluminaron sus rostros. Las sombras se alargaron más allá de la periferia de la luz del fuego.

—Mira —dijo ella—. Voy a intentar aclararte una cosa. Tú crees que soy vulgar, descarada, una basura como mujer. Pues bien, yo tengo mis opiniones y las expreso libremente, igual que tú; soy capaz de aguantar las mismas penalidades que tú, y me he acostado con hombres. He tenido una hija, que ahora estará añorándome en algún lugar del mundo real. ¿Qué nos hace diferentes? Estoy aquí, ¿no soy tu descendiente? Y tú nunca te casaste. ¿No intentarás decirme que nunca te has acostado con una mujer?

—No, pero...

—Oh, vale. Lo sé. Está bien porque eres un hombre. Vaya con el machito Clive.

Y entonces sonrió. Por la expresión arrepentida del rostro de Clive comprendió que ya lo tenía casi rendido.

—Esta no es una conversación adecuada para una reunión mixta —intentó discutir él, pero ella supo que no lo decía con verdadera convicción.

«Un tanto por su comprensión», pensó Annabelle. «Quizá todavía haya esperanza para él».

—He aquí lo que quiero hacerte comprender —dijo ella—. No somos «mixtos»,

mezclados. Tú eres varón y yo hembra, de acuerdo, pero, en todos los demás sentidos, somos simplemente personas. Si hacemos tabla rasa, no importa el sexo, todos somos iguales. ¿Comprendes lo que te quiero decir? Eres un hombre inteligente, así que, por el amor de Dios, presta atención. Fíjate en lo que digo. Todas las personas son iguales, no importa ni la raza ni el sexo.

Clive permanecía sentado en silencio, sin responder.

—Lo cual no quiere decir que las mujeres tengan que ser rudas —continuó Annabelle—. Siempre hay un lugar para los sentimientos. A las personas les gusta que las arrullen: tanto a las mujeres como a los hombres. Que se preocupen por ellas, ¿sabes? Pero también quieren que se las respete. He aquí un mundo duro, Clive. Tendremos que combatir contra muchos enemigos... y no deberíamos luchar uno contra otro.

Hubo otro silencio, esta vez más largo.

—Comprendo... —dijo Clive al fin.

Annabelle asintió. «Sí», pensó. «Al menos crees que sí. Pero ya es bueno para empezar. No se podían esperar milagros, pero ha valido la pena si al menos se detiene a pensar en ello de vez en cuando».

—Así que, ¿a quién representas en la serie «El Mundo»? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—Bueno, sólo era una broma. Cambiemos de tema, mejor.

—Eres una mujer muy extraña, Annabelle Leigh —dijo Clive.

Annie sonrió.

—Sí. ¿Qué te parece si levantamos al siguiente turno de la guardia y echamos una cabezadita?

A la mañana siguiente, las dos compañías emprendieron sus caminos separados. Al despedirse de Clive, Annabelle le dio un fuerte abrazo y un rápido beso en los labios que lo hizo ruborizarse. Y le acarició el rubor rojo del cuello con un delicadísimo toque de sus dedos.

—Nunca hasta ahora había visto a un hombre que se pusiera colorado —dijo ella—. Cuídate bien a partir de ahora, ¿lo harás?

Aunque parecía que Clive tuviera más por decir, se contentó con un simple «Adiós».

Annabelle se quedó observando cómo emprendían la marcha a través de la alta hierba del veld y continuó observándolos hasta que se perdieron de vista; luego volvió la vista en la dirección hacia donde los llevaría su propio camino.

Una tupida jungla cubría la orilla occidental del río. Aunque la margen oriental también estaba poblada de árboles, la maleza allí no era tan densa. A pesar de que Annie no era muy ducha en geografía, no le pareció muy lógico que la jungla terminase tan abruptamente en el río y se convirtiese en praderías casi

inmediatamente después de dejar las aguas al otro lado. Claro que allí no había una zona entera que tuviese mucha lógica geográfica; no cuando el veld tenía un tinte malva en su hierba amarillenta y cuando la jungla tendía a un verde azulado, como de caparrosa azul, con manchas de puro púrpura que no eran frutas. Lo único realmente verde (del verde familiar) que podía observarse allí eran los brotes de una enredadera cercana casi en flor.

Se volvió para mirar a sus propios compañeros. Chillido le devolvió la mirada impasiblemente, mientras que Tomás evitó encontrarse con sus ojos. Sólo Sidi le dedicó una sonrisa fugaz, mostrando sus blandos dientes contra su piel oscura.

—Bien, chicos —dijo—. Me parece que ya es hora de que nos vayamos a jugar a Tarzán.

—¿Tarzán? —preguntó Tomás.

—Sí. Andar por la jungla y todo eso. Sabiendo la suerte que tenemos, es muy probable que seamos sacrificados a algún dios mono o algo por el estilo. Pero, ¡qué diablos!, nadie ha dicho que esto iba a ser un *picnic*, ¿verdad? —Nuevas miradas desconcertadas—. Bien. Vámonos.

Cuando Chillido encabezó la marcha, Annabelle indicó a Tomás que siguiese a la araña. De ninguna manera quería Annie aquella comadreja a sus espaldas. Ella y Sidi tomaron las posiciones de retaguardia. Al entrar en el bosque menos denso de la orilla este y tomar un sendero paralelo al río, el follaje de rara coloración se cerró sobre ellos.

«Esto me da muy mala espina», se dijo Annabelle mientras echaba un vistazo por encima del hombro al campo soleado que dejaban atrás.

El veld era un vasto mar sin huella de hierbas, salpicado de pequeñas islas de arbustos y árboles. Bajo el verde pálido de los cielos, la hierba se extendía en interminables leguas de malva amarillento, alzándose hasta los hombros de Clive, Smythe y el ciborg, y tragándose con su altura al voluminoso, pero bajo, Finnbogg. Las hojas de la hierba eran consistentes y tenían el filo cortante, y se volvían a enderezar después de su paso como propulsadas por un resorte. Hacia media mañana dejaron de divisar la jungla. Ahora lo único que podían ver en dirección al rastro que dejaban eran las inmensas elevaciones del macizo montañoso, que trepaban hacia el nítido cielo.

Andar y andar con tan escasa variedad de paisaje se convirtió en algo monótono y tedioso. Las islas de arbustos y de árboles les proporcionaban de vez en cuando cierto alivio, pero los árboles eran tan enormes (el más pequeño era muchas veces el tamaño del roble más grande de Inglaterra y los arbustos eran tan altos como los árboles con los que los ingleses estaban familiarizados) que, siempre que pasaban bajo ellos, su presencia sumía a la compañía en una sensación de inquietud.

—Es una mujer encantadora, la joven Annabelle —comentó Smythe al Clive—. Estará usted orgulloso de ella, mi comandante.

El ciborg Guafe andaba muy adelantado (sólo observar su marcha incansable bastaba para fatigar a Clive), mientras que Finnbogg se rezagaba; así pues los dos ingleses caminaban uno junto al otro. Clive había estado relatando a su compañero la conversación de la noche anterior con Annabelle (una versión resumida que no hacía mención de las relaciones más personales de Clive con su amante en Inglaterra).

—¿Usted lo cree así? —le preguntó Clive—. Annie tiene unas nociones más bien curiosas acerca de la jerarquía de clases y del lugar de la mujer en la sociedad.

—Si permite que le hable con franqueza —dijo Smythe—, creo que hay mucha verdad en lo que dice ella. Tome a Sidi, por ejemplo: tiene una inteligencia superior. Déle una piel blanca y déjelo caer en Londres, y apuesto a que al cabo de un mes no podría distinguirlo de un auténtico caballero inglés. Sidi Bombay se adapta a las circunstancias. Un hombre extraordinario, no importa el color de su piel.

—Oh, seguro que sí. Pero es..., continuaría... bien, siendo de otra clase.

—Y yo también lo soy. Y sin embargo comemos en la misma mesa, usted y yo; y usted me respeta, lo mismo que yo lo respeto a usted. Y no es sólo el uniforme que compartimos lo que hace posible nuestra amistad. Al menos eso espero.

—Ningún hombre tuvo nunca un amigo tan fiel como usted lo es y ha sido para mí, Horace.

—Me satisface profundamente oírlo hablar así, mi comandante.

—Pero el discurso de Annabelle en conjunto es... debo admitir que me resulta perturbador.

Smythe asintió.

—Una nueva idea siempre es perturbadora (así se justifica el furor que hay en nuestro país contra los evolucionistas), pero, si es una idea que habla en favor de la verdad, entonces el hombre sensato hará mejor en escuchar. Estamos en otro mundo, mi comandante, un mundo del cual quizá nunca escapemos. En este sentido, haríamos bien en dejar de lado algunos de nuestros prejuicios y disponernos a aceptar a los desconocidos que encontramos, en sus propios términos, sin importarnos cuan alienígenas o cuan «de otra clase» nos puedan parecer.

—Pero, maldita sea, Horace, somos ingleses. Debemos ser un ejemplo para los demás.

—Empieza a recordarme a su hermano, mi comandante —repuso Smythe con una sonrisa.

—Usted sabe lo que quiero decir.

Smythe se encogió de hombros.

—Quizá sea más fácil para mí, mi comandante, al ser de otra clase...

—Usted sabe que no quería decir...

—Pues yo creo que haría bien en reflexionar sobre lo que le dijo Annabelle. Incluso si logramos finalmente escapar de esta Mazmorra, ¿quién puede decirnos en qué tiempo estará el mundo cuando regresemos a él? Y, si el mundo ha cambiado tanto como dice Annabelle, entonces haríamos mejor en aprender a adaptarnos a los cambios *ahora mismo*.

—Me molesta cambiar —dijo Clive.

—No dude que sus mismas reacciones molestaron a Annabelle. Hay mucha parte de Folliot en ella, y no creo que usted pueda negarlo.

Clive sonrió.

—Ciertamente Annie dice lo que piensa.

—Testaruda. Como todos los Folliot que he llegado a conocer.

—Y no sin sus propios encantos, aunque, y Dios lo sabe, no pretendo tener yo mérito alguno en ello.

—Yo no estaría tan seguro —opinó Smythe—. He visto los ojos de la chica en usted, mi comandante, y no era simplemente el uniforme lo que estaban admirando.

—Sí, bien...

Por segunda vez en aquel día, Clive sintió que las mejillas y el cuello le ardían de rubor. Se aclaró la garganta y cambió rápidamente de tema.

—¿Cree que actuamos correctamente, separando la compañía en dos?

—Me inquieta Annabelle —respondió Smythe—, pero parece una joven muy capacitada, y Sidi y Chillido velarán por ella, incluso aunque el español no sea de ninguna ayuda. Además, creo que no tuvimos otra alternativa. Estoy seguro de que

para llevarla con nosotros hubiéramos tenido que atarla y amordazarla.

Clive asintió.

—Tal como Sidi señaló, en este lugar no hay vuelta atrás, sólo camino hacia adelante. Así, pues, espero volver a encontrarla en los tiempos venideros. Y, si ella me promete suavizar la agudeza de su lengua..., pues ¿por qué no?, yo prometo esforzarme por tener una mentalidad más abierta.

—No hay ningún mal en empezar a esforzarse a partir de ahora mismo —murmuró Smythe.

Clive le echó una mirada cortante y luego soltó un suspiro.

—Vaya, si no es uno, es otro.

—Los dos estamos mirando por usted, mi comandante. Se puede ser inglés y tener un espíritu abierto. A mí nunca me ha hecho daño.

Clive sonrió.

—Bien, pues, ahí va mi mano en eso, Horace, y si usted ve que incumplo mi parte del trato, le doy permiso para que vuelva a encauzarme en el camino... de la manera que crea usted más conveniente.

Smythe estrechó la mano de Clive y le devolvió la sonrisa.

—Observe su promesa, comandante —dijo—, mientras haya alguien a su lado a quien haya dado su palabra.

Mientras transcurrió el diálogo, la expresión y la postura de Smythe fueron transformándose imperceptiblemente hasta que llegó a parecer un desenvuelto *cockney* londinense de acento cerrado y, por un momento, Clive se sintió transportado lejos de aquel extraño mundo adonde lo había lanzado la lealtad familiar, hasta las calles adoquinadas de su ciudad natal. Una sensación de pérdida le provocó una punzada de dolor, pero conservó su sonrisa.

—No esperaba menos de usted, Horace —dijo.

Llegado el atardecer, se les presentó un nuevo misterio a resolver. El terreno herboso se terminaba súbitamente y frente a ellos aparecía una vasta franja de terreno, salpicada con hendiduras redondas, algunas de las cuales medían tres metros de ancho. Las había por todas partes, y a menudo se sobreponían unas a otras. También aparecían señales de descomunales troncos o algo por el estilo, arrastrados por toda la zona. La alta hierba estaba reducida a rastrojos; el bosquecillo más cercano se levantaba solitario como una isla, y sus árboles no tenían ni una hoja en ninguna de sus ramas.

El ciborg se había detenido al borde de la llanura herbosa aguardando que ellos llegaran a su altura.

—Vaya, esto es muy curioso —dijo Clive—. ¿Qué hay que deducir de todo en conjunto?

—¿No podría haberlo causado una lluvia de meteoritos? —preguntó Smythe—. El

calor provocado por su descenso bastaría para encender la hierba, ¿no?

—Es improbable —respondió Chang Guafe—. Las hendiduras que habrían producido los meteoritos serían de naturaleza explosiva, mientras que éstas son de naturaleza compresiva.

—Entonces, ¿qué causó estos hoyos? —preguntó Clive.

El ciborg se encogió de hombros, un gesto muy humano que, sin duda alguna, le había contagiado la compañía de las personas.

—¿En la Mazmorra? Podría ser cualquier cosa.

Smythe se agachó para investigar una de las hendiduras. Tenía aproximadamente medio metro de profundidad, y la tierra de los bordes se desmigajaba.

—Chang tiene razón —dijo al levantarse—. Si hubieran sido hoyos causados por meteoritos, entonces deberíamos poder ver algún resto de la piedra en el fondo de los agujeros. Y no hay ni rastro. —Se llevó la mano a la frente para sombrear los ojos, escudriñó el terreno a su alrededor y añadió—: Cena a la vista.

Todos se volvieron hacia la dirección en que señalaba Smythe. Junto a los inmensos árboles del bosquecillo más cercano, un reducido grupo de animales estaba pastando los cortos rastrojos de hierba. Tenían la cabeza y las orejas de una liebre, los cuellos alargados como los de las jirafas y el cuerpo de un ciervo. Su piel era de color pardusco, matizado por el mismo malva de la hierba y punteado con lunares blancos. En la barriga, la piel era blanca. En cuanto a tamaño, no eran más altos que un mastín de buena raza.

—¿Qué son? —preguntó Clive.

—Mamíferos de alguna clase —respondió Chang Guafe.

Smythe asintió.

—Parecen producto de un cruce entre una liebre y un ciervo.

—¿«Lierves»? —ofreció Clive con una sonrisa.

—Una «lierve» me parece más apetecible que un «ciebro» —dijo Smythe. Al ver a Guafe que emprendía la marcha hacia ellas, añadió rápidamente—: No las asuste.

Se sentó en el borde del hoyo que había estado investigando, se quitó las botas y sacó el cordón de una de ellas. Ató una piedra a cada uno de los extremos del cordón y se puso en pie.

—Un truco primitivo —dijo con una sonrisa, mientras hacía girar las boleadoras por encima de su cabeza.

Mientras, los demás observaban, avanzó reptando, a paso de caracol, petrificándose cada vez que una de las largas cabezas orejudas se levantaba. El viento iba a favor del sargento, ya que soplaba en dirección de la presa a él, pero por la constante alerta de las orejas de los animales, estaba seguro de que detectaban el peligro principalmente por su oído;

Cuando consideró que ya estaba lo bastante cerca, volvió a hacer girar las boleadoras. Ante el silbido producido por el movimiento giratorio del arma, varias cabezas del rebaño se levantaron una tras otra. Entonces una criatura saltó y echó a

correr. Smythe hizo girar con más fuerza las boleadoras mientras que el resto del rebaño emprendía la huida, desplazándose en un curioso trote que combinaba el salto con la carrera.

Eran rápidos como la liebre inglesa o como un ciervo, pero Smythe ya había contado con ello. Permitió que su presa tomase carrera y soltó su arma. Mientras el grueso del rebaño avanzaba a toda velocidad, la tira de cuero de las boleadoras golpeó el cuello de su víctima. Las piedras giraron y se enrollaron con tal ímpetu alrededor del cuello que éste se rompió.

—Como yo ya les he proporcionado la cena —dijo al tiempo que sacaba el cuchillo y avanzaba hacia su presa, que aún pataleaba—, dejaré que sea otro quien encienda el fuego.

Tuvieron carne de «lierve» para cenar, y otra vez para desayunar y otra vez más para cenar la noche siguiente.

Tenía una consistencia algo fibrosa y un sabor ligeramente de animal de caza, pero, considerando las circunstancias, proclamaron que era un plato suculento.

Dejaron el campo de meteoros ya avanzada la mañana siguiente y se abrieron paso por las altas hierbas del veld durante el resto de la tarde, hasta que al fin montaron el campamento. La noche pasó sin acontecimientos dignos de mención; Finnbogg los entretuvo con más improbables historias de la Mazmorra y de sus curiosidades. A Smythe le gustaban en particular los cuentos del enano, que acompañaba con otros de su propia cosecha (siempre que Finnbogg se fatigaba), tan absurdos como los de éste. El ciborg no parecía prestar atención a ninguno de los dos: era como si se desconectase cuando no estaban en movimiento o cuando no era su turno de guardia.

Clive escuchaba tan sólo a medias. A veces tomaba apuntes con pedazos de carbón en las páginas en blanco del diario de su hermano, con la pobre luz que producía el fuego. La mayor parte del tiempo, sin embargo, meditaba preocupado por la otra mitad de su compañía, que seguía el curso del río, y preocupado en especial por Annabelle.

Aquella mañana tenía el turno del alba. Estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol, junto al fuego que ya no era más que cenizas muertas, cuando oyó el retumbar de un trueno. El sol de color asalmonado se levantaba ya en el este y el cielo tenía la suficiente claridad como para mostrar que estaba despejado.

«¿Truenos sin nubes?», pensó.

Luego el suelo se sacudió bajo sus pies: primero fue un ligero temblor, y luego creció hasta que fue casi imposible mantenerse en pie. Por entonces, el resto del grupo ya estaba despierto.

—¡Terremoto! —gritó Clive.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Finnbogg. A gachas se acercó hasta el

árbol más próximo y lentamente empezó a trepar por el tronco, agarrado como una lapa a su ruda corteza. Escudriñó el horizonte y luego señaló hacia el norte, y al hacerlo perdió el equilibrio. Medio cayó, medio resbaló tronco abajo, y aterrizó en el suelo con tal violencia que expulsó el aire de sus pulmones.

—¿Qué era? —preguntó Clive—. Habla.

—Déle un momento para recobrar el aliento, mi comandante —dijo Smythe mientras se arrodillaba junto al enano y lo ayudaba a sentarse.

Ahora el terreno vibraba constantemente.

Finnbogg se sentó, sin fuerzas.

—Ahora... Finnbogg recuerda —dijo.

—¿Recuerda qué? —preguntó Clive.

—El peligro del veld: las Montañas Andantes.

—¿Las Montañas...?

Entonces Guafe los llamó desde donde estaba, agarrado al tronco de un árbol. Señaló hacia el norte, como había hecho Finnbogg. El retronar resonaba en todas partes, y el suelo se sacudía tanto que era difícil incluso permanecer sentado.

—Lo que cruzamos antes no era un campo de meteoros —explicó el ciborg—. Era el terreno de pasto de los bronco-saurios.

Clive y Smythe se acercaron a donde estaba, y se agarraron al árbol para sostenerse. El ciborg mantenía su equilibrio ahora sin necesidad de asirse oscilando al compás de las sacudidas. En la lejanía, los dos ingleses pudieron distinguir una manada de bestias enormes que se acercaba hacia ellos.

—¿A qué se refería cuando dijo terreno de pasto? —le preguntó Clive.

—La distancia hace que su tamaño sea engañoso —respondió Guafe—. Las hendiduras que descubrimos no fueron provocadas por meteoritos: son las pisadas de aquellos monstruos.

—¿Pisadas? —repitió Smythe.

La incredulidad en su voz fue evidente para Clive. Él mismo lo encontraba difícil de creer, pero el temblor de la tierra y el tronar del paso de las monstruosas criaturas les abrió los ojos a la verdad con una áspera resonancia. Se agarró al tronco del árbol y miró fijamente la distante manada.

—Alcanzan longitudes de más de veinticinco metros —explicó el ciborg— y su peso varía entre cuarenta y ochenta toneladas. Sería muy interesante poder observarlos más de cerca.

—Montañas Andantes —musitó Finnbogg.

—¿Vienen en nuestra dirección? —preguntó Clive.

—No hay por qué alarmarse —le respondió Guafe—. Son herbívoros. Sólo tenemos que mantenernos fuera del alcance de su pisada.

—¿Y qué ocurrirá si creen que somos plantas? —inquirió Smythe.

—Es poco probable. De lo que tenemos que preocuparnos es de los carroñeros que acompañan a la manada, coelurosaurios y demás.

Clive miró al ciborg.

—¿Y cómo... cómo son de grandes?

—No demasiado..., quizá del tamaño de un avestruz.

Clive observó una vez más el rebaño que se aproximaba y volvió su atención hacia lo inmediato que los rodeaba. Las ramas más próximas a ellos estaban a unos veinticinco metros del suelo. No había otro lugar donde protegerse. Lo más que podían hacer era abrazarse al árbol y esperar que los monstruos no se dieran cuenta de su presencia. Pero entonces recordó el terreno que habían atravesado, y recordó que toda la vegetación (desde la hierba hasta las hojas más elevadas) había sido arrasada.

Las sacudidas del terreno eran ahora tan intensas que Clive y los demás necesitaron todas sus fuerzas para agarrarse a la áspera corteza del árbol. De los cuatro, el único que permanecía en pie sin perder el equilibrio era el ciborg, que continuaba como cabalgando las vibraciones. Los demás se arrodillaron junto al árbol, aferrándose a él lo mejor que podían.

—¡Lo que daría yo por un cañón! —dijo Smythe.

—O por unos caballos que nos sacasen de aquí —opinó Clive.

Ahora el cielo había oscurecido, pero continuaba sin nubes. Eran los inmensos cuerpos de los brontosaurios que ocultaban el sol.

—Al menos, Annabelle está a salvo —comentó Clive.

## 8

«Lo que olvidas cuando miras las viejas películas de Johnny Weissmuller», pensó Annabelle, «es que en la jungla hace calor. Calor y bochorno».

Se abrió paso tras Chillido y Tomás, con la cazadora atada alrededor de la cintura y la camiseta sin mangas pegada a la espalda mojada. Los vaqueros de cuero le resultaban insoportablemente gruesos y le rozaban las piernas. El pelo corto le colgaba pegajoso contra el cuero cabelludo. Había de tener una mano en constante movimiento, para apartar de su cara a los mosquitos y a otros insectos. El calor y la humedad parecían extraerle la vitalidad con cada gota de sudor que le absorbían. Ni siquiera podía ahorrar la energía que su Baalbec A-nueve habría necesitado para repeler los bichos que los atacaban sin descanso.

No podía asegurar que la caminata afectase del mismo modo a Chillido, pero, directamente delante de la araña, Tomás andaba con la cabeza gacha: el calor también le absorbía las energías. Llevaba una camisa sucia, con manchas de sudor bajo las axilas y a lo largo de la espalda; su pelo grasiento colgaba todavía más apelmazado que el de Annie. Sólo Sidi parecía no estar afectado. Caminaba alegremente junto a Annie, sin ni siquiera una gotita de sudor. Pero, en aquellos momentos, Annabelle tenía demasiado calor y estaba demasiado cansada para imaginar algún medio de borrar aquella sonrisita de su rostro.

¡Lo que daría por una lata de cerveza helada!

El sendero por donde andaban seguía sin interrupción la orilla del río, bajo ramas que colgaban cerca de sus cabezas, cargadas de frutos exóticos, salpicadas de hojas verdes y púrpuras y abrazadas por plantas trepadoras en flor. Los insectos formaban nubes a su alrededor, dejándoles poco respiro. Más allá de lo que alcanzaba la vista, la jungla resonaba con singulares gritos de animales. Las escasas criaturas que divisaban eran de una rareza uniforme.

Por dos veces habían avistado tropas de monos voladores en los árboles por encima de sus cabezas: pequeñas bestias de cara arrugada, orejas puntiagudas y barbas blancas. Saltaban de rama en rama, cruzando vastas distancias con el uso de las membranas desplegadas entre sus extremidades anteriores y las posteriores. También localizaron una criatura parecida a la musaraña, aproximadamente del tamaño de una mano, con un largo hocico en forma de trompa y unos diminutos ojos rojos; Annie vislumbró algunas de éstas entre las hojas.

A su paso ahuyentaron pequeñas manadas de unos animales parecidos a los tapires, rayados como cebras, sólo que al revés: blanco sobre negro. En el río vieron

monos acuáticos, con pies palmípedos y cuerpos hidrodinámicos, y también una bestia similar a un hipopótamo que tenía aletas y cola de pez en lugar de extremidades. A Annabelle le recordó un manatí, pero de tamaño mayor. Una vez divisaron lo que parecía un cruce entre un leopardo y un mono: una criatura evidentemente felina que, con su cuerpo de una delgadez que parecía enfermiza, se columpiaba entre las ramas de los árboles. Había lagartos y serpientes, criaturas parecidas a las zarigüeyas con rasgos lupinos, y una especie de roedor saltarín que aparentaba ser un cruce entre un conejo y una ardilla.

Lo único que a Annie le parecía vagamente familiar eran los pájaros. Aunque había algo alienígena en ellos, se asemejaban a los pájaros que conocía de su propio mundo, y variaban desde bandadas de papagayos de colores brillantes hasta aves acuáticas de patas larguísimas, martines pescadores, que volaban rasantes por encima de la superficie del río y se alimentaban de insectos, e incansables colibríes del tamaño del pulgar de Annie. Sin embargo, no había ninguno exacto a los terrestres. Los colibríes volaban en bandadas. Los martines pescadores tenían picos anchos y una visera en forma de abanico en la cabeza. Las aves acuáticas eran como flamencos azules cruzados con cigüeñas. Los papagayos charloteaban y se gritaban mutuamente como monos.

—Este lugar es increíble —dijo mirando a Sidi.

El indio sonrió.

—Estamos aquí, ¿no?, y lo que ven los ojos no es difícil de creer.

—Muy listo, tío. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí. Todo es muy extraño y a la vez muy familiar. ¿Te molesta el calor?

—Me molesta absolutamente todo. No puedo creer que tardemos una semana en atravesar la jungla y llegar al pueblo. Quizá deberíamos hacer como Huck Finn, ¿sabes? Construir una balsa y con una vara seguir nuestro camino río abajo por el agua.

Sidi meneó la cabeza apesarado.

—No tenemos nada para cortar árboles, Annabelle. Nada para atar los troncos entre sí.

—Lo sé. Sólo estoy haciéndome la quejica. No me hagas caso.

—Será difícil no hacerte caso. Ahora eres la jefa.

«La jefa. De acuerdo. Bien, pues la jefa empieza a arrepentirse de haber elegido el camino de la jungla. Al menos, afuera, en el veld, habrá seguramente alguna brisilla».

—Deja de luchar contra el calor —aconsejó Sidi—. Acéptalo y deja que fluya a través de ti, y te sentirás mejor.

—Para ti es fácil hacerlo.

—¡*Keh!* —Este sonido agudo y seco, producido por el velo del paladar, empezaba a ser reconocido por Annabelle como una señal de diversión—. La mayoría de malestares se encuentran en la mente —añadió—. Aniquílalos con la fuerza de tu voluntad.

—En este mismo momento tengo los sesos hechos puré, como si alguien los hubiera pasado por la batidora y los estuviera cociendo a fuego rápido.

—Se te pasará, Annabelle. Te adaptarás.

Annie consiguió esbozar una leve sonrisa.

—Seguro. Pero no esperes que sea pronto.

Aquella noche acamparon bajo un refugio de follaje, tejido por las ramas de los árboles que colgaban encima del río y que dejaban un espacio en forma de choza en su interior. Cuando una tropa de monos voladores pasó muy por encima de ellos, Chillido se arrancó uno de sus pelos-púas y lo lanzó al centro del parloteo, y una de las criaturas cayó dando trompicones contra las ramas mientras el resto huía.

Al ponerse Chillido a despellejar y a destripar el mono, Annabelle sintió una náusea horrorosa y se dio la vuelta, mientras que Tomás hacía chasquear los labios, relamiéndose.

—¿Nunca has comido mono? —preguntó.

Y añadió algo en portugués —la lengua de su infancia que gustaba de emplear— que Annabelle encontró incomprensible.

—Muy gustoso —le aclaró él.

—No para mí, tío —replicó ella—. Para mí sería como comerme a un pariente.

Mientras los otros tres se atracaban de mono asado, ella comió un menú vegetariano compuesto de tubérculos y berros, salvando su insulsez con un puñado de frutos verdosos que parecían uvas, pero que sabían a una mezcla de pera y lima y tenían una textura parecida a la del melocotón.

Annie se propuso para hacer el primer turno de guardia (dudaba de que con aquel calor pudiera conciliar, con cierta rapidez, el sueño); pero, antes de que nadie se acostase, un repentino silencio en la jungla acalló su conversación. A Annabelle se le erizaron los pelos de la nuca y tuvo la repentina sensación de que *algo* los estaba acechando desde más allá del claro de luz de la pequeña fogata. Algo vivo.

*Chaca-chac.*

El sonido provino del sendero por el que habían venido, y era como si alguien hubiera dado una sacudida a unas maracas. Nadie del pequeño grupo parecía siquiera respirar. Y el único movimiento era el de la mano de Chillido que se desplazaba disimuladamente hacia sus pelos-púas.

*Chaca-chac.*

Ahora provino de la dirección que debían tomar por la mañana.

—¿Qué es? —dijo Annabelle reteniendo el aliento—. ¿Alguna clase de animal?

—Eso parece —le respondió en susurros Sidi—. Es como el sonido de un cascabel hecho con una calabaza llena de semillas secas.

Annabelle asintió.

—A mí también me lo parece. ¿Crees que es una persona?

El indio se encogió de hombros y se mantuvo alerta, escrutando la oscuridad de más allá de la lumbre de la hoguera campestre.

*Chaca...*

Ahora el sonido se produjo más lejos y fue apagado e incompleto. Continuaban sentados en silencio absoluto, esperándolo, pero no se repitió. En lugar de ello, los sonidos habituales de la jungla despertaron una vez más. Insectos. El ronquido de un mono-gato. Los grititos distantes de las aves nocturnas.

Annabelle soltó un suspiro que hasta el momento no había sido consciente de contener.

—Ha sido horripilante.

—Este camino es peligroso en demasía —murmuró Tomás.

Annabelle frunció el entrecejo.

—Ea, nadie te obliga a quedarte. Siempre que quieras marcharte, tendrás mi bendición.

El español no respondió, pero algo diabólico parpadeó en lo más profundo de sus ojos antes de obsequiarla con una de sus sonrisas forzadas.

*Huelo algo, dijo Chillido de pronto. Un olor singular desagradable... como de pez, pero que anda por la tierra.*

—¿Como algo podrido? —preguntó Annabelle. Levantó la cabeza e intentó captar el olor que había percibido la arácnida, pero su sentido del olfato no estaba tan altamente desarrollado.

Chillido sacudió la cabeza.

*No, Annabelle. Lo que sea, está vivo.*

—¿Está muy cerca? —inquirió Annabelle.

*No puedo decirlo. Movié la cabeza. Ahora se ha ido.*

Annabelle suspiró. «Perfecto. ¿Así pues que ahora tendremos que estar atentos a una especie de peces andadores que tocan las maracas?»

—Me encargaré del primer turno de guardia —dijo Annie a Chillido—. Ve a descansar. Pronto te despertaré.

La arácnida asintió y se tendió, tras aplanar con cuidado los pelos-púas en los puntos donde podían quedar aplastados por su peso. Annabelle se volvió hacia los otros dos y vio que Tomás estaba riendo.

—¿Peces andadores? —dijo—. Bien. Que anden hacia mi barriga, pues.

Todavía riendo, se acostó, dejando a Annabelle y a Sidi solos junto a la hoguera moribunda. Annabelle echó algunos leños más a las brasas.

—¿Qué crees que era, Sidi?

—No lo sé, Annabelle, pero mejor será que mantengamos una vigilancia estricta. Si Chillido cree que es peligroso... —El indio hizo una pausa—. Confío en ella.

—Yo también. Mejor será que te acuestes.

Sidi alargó el brazo y tocó el dorso de la mano de Annie.

—No pasará nada, Annabelle, ya verás.

Ella dio la vuelta a la mano y cogió la de Sidi unos instantes, dándole un ligero apretón. La piel de las manos de Sidi era seca y las palmas estaban llenas de callosidades.

—Eso espero —dijo ella.

Miró cómo se acurrucaba junto al tronco de un árbol, utilizando una raíz como almohada, y le envidió que cayera dormido tan rápidamente. Luego se levantó, añadió más leña a la fogata y escuchó los ruidos de la jungla nocturna. Cada ruido inesperado la sobresaltaba, pero el horripilante sonido de cascabeles no se repitió en todo su turno de guardia; ni en el de los demás, como descubrió por la mañana.

A Tomás le tocó el último turno; pero Annabelle, al despertar, se percató de que Chillido no dormía, aunque estaba tendida. Tenía dos de sus ocho ojos fijos en él.

«Debería haberlo tenido en cuenta», pensó. «Debo llegar a ser una buena jefa. La maldita comadreja podría habernos degollado a todos mientras dormíamos».

El día siguiente pasó sin acontecimientos dignos de mención. Aquella tarde, Chillido abatió una de las criaturas parecidas a tapires y, esta vez, Annabelle comió con ellos. Aunque aún le provocaba náuseas mirar como despiezaban al animal, podía apañárselas para comerlo. Pero el mono no, eso era demasiado parecido a comerse a un primo, o a un bebé. Al parecer, Chillido había tenido en cuenta su problema, ya que dejó pasar un montón de monos en favor del tapir, y Annabelle le quedó muy agradecida por aquel detalle.

Aquella noche, a Annabelle le tocaba la guardia del alba. Encendió una fogata, se sentó a cierta distancia por el calor y se dispuso a gozar de aquel resplandor reconfortante, aunque el fuego no refrescara precisamente la sofocante noche. Se asomaba la primera luz del alba a través de las ramas que resguardaban al grupo, cuando oyó de nuevo el sonido.

*Chaca-chac.*

Rápidamente miró en derredor suyo, intentando percibir el lugar donde se había originado. ¿A la izquierda?

*Chaca-chac. Chaca-chac.*

A la derecha y a la izquierda.

Con el pie tocó a Sidi y cogió un leño que había tenido intención de añadir al fuego.

*Chac-chac.*

Chillido había despertado y se estaba incorporando. Se arrancó cuatro pelos-púas de la piel, uno para cada una de sus manos.

*Chaca-chaca-chaca-chaca...*

Ahora el sonido provenía de todas partes. En la luz creciente, Annabelle pudo distinguir las figuras humanoides que se les acercaban por entre los árboles. Salvo por el singular sonido como de maracas, la selva estaba en completo silencio. Luego, la primera de las criaturas apareció claramente a la vista.

Chillido echó un brazo atrás, pero se oyó un potente zumbido y la araña se llevó la

mano al cuello, donde había dado el pequeño dardo. Los brazos le colgaron flácidos y al instante siguiente se desplomó.

—Ah, Jesús... —murmuró Annabelle.

Estaba en pie, flanqueada por Sidi y Tomás, ambos armados como ella, con ramas que iban a utilizar como leña. Dos criaturas más se reunieron con la primera, luego dos más, luego tres, hasta que una docena rodeó a la pequeña compañía. Al observarlas, Annabelle recordó lo que Clive había leído en el diario de Neville (acerca de la «gente azul») y lo que Chillido había comentado la noche anterior: «Un olor singular, desagradable... como de pez, pero que anda por la tierra».

No era broma, ya que realmente apestaban, y tenían todo el aspecto de peces. Y eran de piel azul.

Su estatura no llegaba a más de metro veinte, pero poseían los hombros anchos y eran de constitución robusta. Sus rostros tenían la forma hidrodinámica de los peces, con los ojos muy separados, casi a los lados de la cabeza. La nariz era tan sólo un vestigio; la ancha boca, una rendija sin labios que casi partía la cabeza en dos. En lugar de orejas, unos orificios aparecían a los costados de la cabeza. El cabello era negro y apelmazado y estaba situado en la cima de sus cráneos, y el resto del cuerpo carecía totalmente de pelos. Se cubrían los genitales con un simple taparrabos. Cada uno de ellos llevaba una cerbatana y un número de dardos que sobresalían de entre sus dedos, evidentemente para su inmediato uso.

Cuando Annabelle vislumbró el aspecto posterior de uno de ellos, comprendió qué le recordaban: tiburones. Una aleta rígida sobresalía de la espina dorsal y, cuando abrían la boca, exhibían sus hileras de afilados dientes. Al abrir la boca inclinaban la cabeza hacia atrás: entonces Annabelle pudo ver cómo vibraban sus úvulas.

*Chaca-chac.*

«Misterio número uno resuelto», pensó ella. «Ahora: ¿cómo diablos vamos a salir de ésta?»

Uno que parecía ser el líder avanzó hacia ellos.

—Folly, folly —dijo.

Su voz fue un resuello áspero y Annabelle no supo con certeza lo que había oído. ¿Era inglés? ¿Les estaba diciendo que eran unos estúpidos<sup>[7]</sup>? ¿O era una palabra extranjera? Y, si era así, ¿qué significaba?

Annie pensó en Clive y su grupo caminando alegremente por el veld, y deseó haber sido lo suficientemente lista para no despegarse de ellos.

—Ya veis, chicos —dijo a sus compañeros—. Creo que lo más sensato que podemos hacer ahora es dejar estos palos.

Ante el sonido de su voz, varias cerbatanas se alzaron hacia las bocas de los que no estaban emitiendo el espeluznante sonido de maraca, y apuntaron a Annabelle, a Sidi y a Tomás.

*Chaca-chaca-chaca.*

Annabelle soltó el leño de su mano.

—Calma, tíos —murmuró en el tono más apaciguador que pudo encontrar—. Vosotros ganáis.

A cada lado, sus compañeros dejaron caer sus improvisadas armas.

—¿No tenías la sensación de que esto iba a sucedernos en cualquier momento? —le preguntó a Sidi.

—¡Folly, folly! —gritó el jefe.

—Tú lo has dicho, tío.

Varias criaturas se acercaron a ellos y los obligaron a tenderse de bruces en el suelo, con las manos en la espalda. Les ataron las muñecas y los obligaron a ponerse de nuevo en pie. Luego los condujeron por el sendero, empujándolos con los fuertes dedos de sus manos azules cuando se rezagaban. Detrás iba Chillido, atada a dos largas varas. Sus portadores, con las varas a los hombros, marchaban a la cola.

«Reconócelo, Annie», se dijo Annabelle, «la cagaste otra vez».

Los temblores del suelo se intensificaron a la par que la enorme manada de brontosaurios se fue acercando. La partida de Clive podía ahora distinguir también los coelurosaurios carroñeros, aunque éstos, situados a la sombra de la manada, parecían minúsculos en contraste con los monstruos herbívoros. Los coelurosaurios aparentaban ser una especie de lagarto, y eran, en efecto, del tamaño de avestruces. Tenían sus patas traseras mucho más largas que las delanteras, pero parecían igualmente capacitados para correr en cuatro patas que para correr en dos como el hombre; su larga y gruesa cola era como una prolongación de su cuerpo hacia atrás, y les servía para mantener el equilibrio.

Clive comprendió que los carroñeros constituían el principal peligro para el grupo, pero le resultaba difícil desviar la mirada de los behemotes<sup>[8]</sup> que formaban la manada. «Las Montañas Andantes». La descripción que había hecho de ellos Finnbogg era más que adecuada.

Para Clive era casi imposible calcular el extraordinario volumen de aquellas bestias. Era como si la bóveda vidriera del Palacio de Cristal de la Gran Exposición<sup>[9]</sup> se hubiera tornado carne, hubiera desarrollado piernas enormes, cola y un cuello larguísimo y hubiera echado a andar a través de Hyde Park. Pero no era una única bóveda la que se había convertido en monstruo; había cientos de ellos, al menos por lo que su vista podía distinguir.

Cogido fuertemente al árbol para mantener el equilibrio, Clive no dejaba de maravillarse de que aquellos animales pudieran existir todavía. Las estimaciones que había hecho del ciborg acerca de sus longitudes y sus pesos parecían insuficientes.

—Bien —dijo con voz arrastrada Smythe, que estaba junto a él—. Ahora sí que no podremos quejarnos de la monotonía del lugar.

Clive asintió. Por cierto, no se lo podía considerar aburrido.

—Pero quizás un poco de aburrimiento no vendría mal —comentó.

—Finnbogg tendría bastante con sobrevivir para recordar —murmuró el enano can.

—Mis circuitos conservarán el recuerdo —añadió el ciborg—, incluso si no sobrevivimos.

Smythe puso los ojos en blanco.

—¿No es tremendamente esperanzador?

—Deberíamos haber ido con el grupo de Annabelle —declaró Clive—. En el mismo momento en que vimos el terreno de pasto, deberíamos haber dado la vuelta.

Meteoritos y hierba quemada...

—¡Ya lo tengo! —exclamó Smythe—. Finnbogg, comandante, agárrenme fuerte por los hombros y manténganme cogido con firmeza.

Clive echó una mirada interrogativa a su compañero, se agarró como pudo al árbol y aferró el hombro izquierdo de Smythe. Al otro lado de Smythe, Finnbogg hizo lo mismo. Clive echó un vistazo a la manada: se acercaba irremisiblemente. El ruido de sus pisadas era un trueno continuo y arrollador. Los carroñeros estaban más cerca todavía. En cualquier momento se pondrían a escudriñar el bosquecillo en donde se escondía la pequeña partida.

Volvió la mirada hacia Smythe, que estaba golpeando el eslabón contra el pedernal.

—¿Qué está haciendo? —gritó por encima del trueno.

—Quiero provocar un incendio en la hierba —respondió Smythe—. ¿No comprende? Si encendemos un fuego y conseguimos que se propague en su dirección, alejaremos a las malditas bestias.

«Genial», pensó Clive. Pero, ¿y si el fuego prefería arder en su propia dirección? Pero el viento soplaba hacia los behemotes, y era evidente que nadie tenía un plan mejor.

Con un manojo de hierba seca entre sus piernas, Smythe golpeaba el eslabón contra el pedernal, intentando prender fuego a la hierba, mientras juraba con una imaginación soberbia. Por dos veces se le cayó el pedernal a causa de la violencia de las sacudidas del suelo, y una se soltó momentáneamente del abrazo con que Clive y Finnbogg lo sostenían. El ciborg dejó de observar la manada para dirigir su mirada hacia ellos, y Clive habría jurado que en su rostro metálico se reflejaba cierta diversión.

Entonces una chispa saltó a la hierba y la hierba prendió. Smythe sopló suavemente hasta que hizo llama. Con su improvisada antorcha en la mano, se soltó de sus compañeros y, avanzando a gachas y a trompicones, se alejó del árbol y empezó a encender una línea de fuego en la alta hierba.

—¡Ayúdenme ahora! —gritó por encima de su hombro.

Devolvió el pedernal y el eslabón a la cartuchera que colgaba de su cinturón. Se sacó la chaqueta y empezó a abanicar las llamas. La hierba seca ardía rápidamente, y pronto los tres se encontraron pisoteando las chispas que saltaban hacia ellos al mismo tiempo que daban aire a las llamas en dirección a la manada.

El viento soplaba desde atrás, de modo que a los pocos minutos se levantó un muro de fuego que se alejó de ellos a gran velocidad. A través del fuego pudieron entrever las monstruosas cabezas de los brontosaurios que se alzaban en el extremo de sus cuellos extendidos y se volvían en dirección a las llamas.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Smythe cuando la más cercana de las bestias retrocedió aterrorizada.

Pero, al mismo tiempo, el grupo de Clive se vio obligado a apagar con los pies las

llamas que amenazaban con engullir su refugio. Tosiendo y medio asfixiándose, construyeron una barrera de tierra calcinada en tres lados, aunque ya no hubieran tenido por qué preocuparse, pues el viento alejaba el fuego de ellos. No pasó mucho tiempo antes de que un mar de llamas se abatiera encima de la manada; su isla de árboles estaba a salvo.

Los temblores de tierra se incrementaron terriblemente cuando la manada emprendió un amedrentado y pesado medio trote: los behemotes sacudían la llanura con su inmenso peso y los carroñeros saltaban entre ellos, rápidos como lagartos. El polvo y el humo nublaron el aire. El suelo osciló y vibró bajo ellos con tal ímpetu que Clive, Smythe y Finnbogg se echaron a tierra. Incluso Chang Guafe perdió el equilibrio y se mantuvo también en tan indigna posición. El aire retumbaba con el trueno de la estampida.

Cuando el terremoto se redujo por fin a unas ligeras vibraciones, el grupo estaba tan zarandeado que apenas si podía tenerse en pie. Su sentido del equilibrio había perdido el fiel y daban bandazos de un lado a otro como borrachos, con la sonrisa en los labios.

—¡Hurra! —exclamó Smythe—. ¡Esto les enseñará a comportarse!

Clive dio unas palmaditas en la espalda del sargento.

—¡He aquí un hombre con ideas, sí señor!

El ciborg no sufrió ninguno de los tambaleos de efecto secundario. Permaneció rígidamente junto a ellos y se limpió el polvo de la ropa.

—No veo razón alguna para celebrarlo —dijo con su voz metálica más estridente que nunca—. Todo lo que habéis conseguido es arruinar una perfecta oportunidad para realizar observaciones.

—¡No sea tan estúpido! —se exasperó Smythe—. ¿Preferiría estar muerto?

—Ésa no es la cuestión. Creo que hubiera sido mucho más interesante poder recoger datos de una fauna de la que tan pocas informaciones se tienen, en lugar de provocar una estampida.

Smythe no se molestó en replicar. Escupió en el suelo y se volvió para ver cómo el fuego moría al llegar a la zona pisoteada y devastada del sendero de los behemotes.

—No lo comprendo —dijo Clive—. Podríamos haber muerto si a Horace no se le hubiera ocurrido la idea de hacer dar la vuelta a la manada con su incendio.

Guafe miró fijamente al inglés durante unos largos momentos.

—El conocimiento es una preciosa riqueza —repuso el ciborg—. Mucho más importante que unas pocas vidas.

—También tú habrías muerto —objetó Finnbogg—. ¿Y de qué serviría entonces haber salvado las ideas?

—Mis circuitos de memoria están guardados en una caja que sobreviviría a la explosión de una bomba nuclear. —Ante sus miradas desorientadas, añadió—: Con lo que quiero significar una gran fuerza destructiva.

—Pero *usted* no sobreviviría —dijo Clive.

—Eso no es importante.

Smythe se volvió para mirar a Guafe.

—A mí me parece el mismo caso que mojarse el culo para no pescar nada.

Ahora le tocó el turno al ciborg de parecer confundido.

—Un esfuerzo infructuoso —explicó Clive.

Smythe asintió.

—Un hombre es un hombre, a pesar de todo —dijo, parafraseando a Burns<sup>[10]</sup>—. Por lo que es, amigo mío de latón, por lo que hace. Que el corazón de un hombre sea honrado es más importante que cualquier causa idealista. Mejor que lo recuerden a uno por las buenas obras que ha realizado que por las migajas de conocimiento que puedan contener sus sesos. Puede que usted tenga una memoria indestructible en su pecho, pero no serviría de nada si muriese aquí. ¿Quién la encontraría?

—Mi pueblo la encontraría.

—Si su pueblo supiera dónde está usted, vendrían a buscarlo, ¿o no?

—Esta discusión no tiene sentido —declaró Guafe, zanjando definitivamente la discusión—. Ante nosotros tenemos la mejor parte del día, y todavía nos queda un largo trecho por recorrer. Sugiero que continuemos el viaje.

Y, sin esperar respuesta, emprendió la marcha.

Avanzar siguiendo el sendero de la manada de brontosaurios fue más llevadero que batallar contra la hierba. Anduvieron mucho más deprisa que antes y doblaron la distancia que habían recorrido el día anterior, incluso a pesar de tener que esquivar continuamente los cráteres de las pisadas.

—Estamos empezando a parecer un par de tipos importantes —comentó Smythe a Clive mientras iban siguiendo al ciborg, que andaba delante de ellos con paso rígido.

Clive asintió, pasándose el dedo por la barba. Algunas décadas antes (al menos en años ingleses, y contando desde el día en que se fue de Londres), los oficiales que volvieron de la guerra de Crimea pusieron en boga las grandes barbas o las opulentas patillas, que ellos mismos llevaban, y los señores de categoría las tomaron como propias. Además empezaron a hablar con voces arrastradas y lánguidas para indicar su superioridad social. Especímenes de aquella clase sobrevivieron hasta bien entrada la década de los 1860.

—Al menos no hemos caído en aquel estilo de hablar más bien cansino.

—Oh, Horace, ¿cómo está usted? —dijo Clive con tono afectado.

Los dos hombres estallaron en carcajadas, atrayendo la mirada desconcertada de Finnbogg.

—No te preocupes, Finnbogg —lo tranquilizó Smythe—, no nos hemos vuelto amanerados.

—Necesitaba reír —dijo Clive cuando hubo recuperado el aliento.

—La vida es dura en este mundo —asintió Smythe—. Y, hablando de dureza, ¿hay

otros peligros en este nivel de los cuales no nos hayas advertido, Finn?

Clive dio unas palmaditas en el bolsillo que contenía el diario de su hermano.

—Todas las advertencias que nos hagan serán bienvenidas. Neville no dice nada acerca de estos animales.

—Yo no contaría mucho con la ayuda de su hermano, mi comandante —opinó Smythe—. Es uno de los puntos en que Annabelle tenía razón: es más probable que nos metamos en la boca del lobo siguiendo las indicaciones de su hermano, que si vamos por nuestra cuenta. Es lo que *no* dice el diario lo que me preocupa.

Clive estuvo totalmente de acuerdo.

—Más sorpresas, no gracias.

—Finnbogg oyó contar el cuento de las Montañas Andantes y de sus pastores hace ya mucho tiempo —dijo el hombre-perro—. Finnbogg no se acuerda mucho. Pero cuando llegaron y la tierra tembló, entonces Finnbogg...

—¿Pastores? —lo interrumpió Smythe—. ¿Qué pastores?

—Quizá se esté refiriendo a las criaturas carroñeras —dijo, esperanzado, Clive.

El enano arrugó la frente mientras buscaba en su memoria.

—Finnbogg cree que eran una especie de pájaros. Unos pájaros de vuelo bajo.

Clive y Smythe escrutaron el cielo con temor.

—De color plata —continuó Finnbogg—, y tienen su nido en las montañas. —Y con la mano hizo un gesto indicando vagamente hacia el macizo montañoso, el cual, a pesar de haber marchado alejándose de él, parecía tan próximo como dos días antes.

—Para cruzar la llanura al menos se necesita una semana —comentó Smythe—. Si tenemos suerte, por una vez, quizá podamos evitar tropezamos con ellos.

Clive frunció el entrecejo.

—Neville no escribió nada acerca de esos pastores.

—Y tampoco escribió nada acerca del rebaño —le recordó Smythe.

Durante el resto del día no dejaron de vigilar los cielos, con el resultado de una aguda tortícolis, pero sin conseguir ver ni rastro de ningún pájaro, fuera plateado o de otro color. Ya avanzada la tarde, Smythe abatió otra de las curiosas «lierves», que se habían reunido en una pequeña fuente de agua clara que rezumaba del suelo, con lo que tuvieron de nuevo carne fresca para la cena. Mientras Smythe limpiaba su pieza, Clive y Finnbogg llenaron las cantimploras, que estaban ya casi vacías.

Por la noche, mientras ahumaban filetes de carne para las comidas del día siguiente, los dos ingleses interrogaron insistentemente a Finnbogg, en busca de más información acerca de aquel nivel de la Mazmorra. El enano, que intentaba esquivar sus preguntas, fue enojándose cada vez más, hasta que al final estalló en una cólera violenta y arrolladora.

—¡No lo sabe! ¡No lo sabe! —gritó—. Finnbogg sólo recuerda un poco, sólo recuerda trozos. Finnbogg lo diría si supiera más, pero ¡no lo sabe! ¡No lo sabe!

Se había puesto en pie, encendido por la rabia; entonces estalló repentinamente en lágrimas. Clive y Smythe se miraron turbados. Conocían de anteriores ocasiones los súbitos cambios de humor del can-enano, pero no por ello se sintieron menos inútiles.

—Por su modo de comportarse —comentó Guafe sin darle importancia—, no hay ninguna duda de que es un esquizofrénico.

Esto produjo desconcierto en los dos ingleses.

—Con lo cual quiero decir —explicó el ciborg— que en su cerebro tiene un número de receptores de dopamina anormalmente elevado; por lo tanto, él no tiene la culpa de esos súbitos cambios de humor. La neurocirugía podría corregir el problema, aunque dudo de que encontrásemos equipos lo suficientemente avanzados en este nivel para que yo pudiera ayudarlo..., si es esquizofrenia lo que está sufriendo. Al serme desconocida su fisiología, precisaría antes hacer algún examen...

—¿Por qué no cierra el pico, para variar? —soltó Smythe a Guafe mientras se arrodillaba junto al enano, que todavía lloraba, y colocaba un brazo alrededor de sus anchísimos hombros.

—Lo sentimos —le dijo, dándole un apretón—, el comandante y yo. No teníamos intención de ensañarnos contigo.

—Finnbogg... no sabe nada más —repuso el can-enano con un hilillo de voz—. La memoria le viene y le va, y muchas veces no puede recordar.

—Bien, ahora ya lo sabemos, Finn. ¿Verdad, mi comandante? Muchas veces nos has sido de gran ayuda. No estés apenado ahora.

Finnbogg se frotó los ojos con los nudillos. Clive se sentó en cuclillas frente al enano.

—Lo siento de veras, Finn —dijo. El enano parpadeó, y de repente se dio cuenta de que era el centro de atención de todos.

—¿Amigos? —ofreció Clive.

Y extendió la mano. Al cabo de un momento, Finnbogg asintió y estrechó su mano. Y Smythe le dio un achuchón final en los hombros.

—¡Buen chico! —dijo el sargento. Y luego lanzó una fría mirada a Guafe—. ¿Por qué no hace la primera guardia, ya que tanto le gusta observar las cosas?

—Con mucho gusto —contestó Guafe.

—Un día... —musitó Smythe, golpeando con el puño derecho su palma izquierda. Luego condujo a Finnbogg a la fogata y lo invitó a sentarse con él y Clive, y divirtió al enano con algunos de sus absurdos cuentos, hasta que Finnbogg se echó al suelo retorciéndose de risa.

Al día siguiente, exactamente cuando el sol de color salmón alcanzaba su cénit, divisaron lo que parecía ser una colina suave a un kilómetro o dos en la llanura que tenían por delante. Smythe fue el primero en darse cuenta de que se trataba de un

brontosaurio muerto, pero fue Finnbogg quien avistó las pequeñas aeronaves plateadas aparcadas junto a la res muerta; sus conductores recogían la carne del behemot. Guafe llamó «aerodeslizadores» a aquellas aeronaves monoplazas.

—Los pastores —dijo Finnbogg.

Clive sintió que su garganta se secaba súbitamente.

—Lo mejor será que esta vez no nos hagamos los listos —manifestó Smythe—. Hay que esconderse.

Y saltó a la huella de brontosaurio más próxima; Clive y Finnbogg siguieron su ejemplo, pero ya era demasiado tarde: los pastores los habían localizado. Algunos de los aerodeslizadores plateados abandonaron la bestia y se lanzaron a toda velocidad por la llanura en dirección a ellos, volando tan sólo a unos treinta centímetros del suelo.

Los aparatos voladores salvaron la distancia que los separaba de Clive y su grupo con tal rapidez que éstos comprendieron que no tenían ni una sola posibilidad de huir.

El poblado de los hombres-tiburón azules estaba a medio día de marcha por el mismo sendero que habían venido siguiendo hasta el momento. Lo constituía un grupo de pequeñas chozas de una sola estancia, de paredes y tejado contruidos con cañas atadas a estructuras de madera. A sus puertas ardían fuegos para cocinar. Unos primos domésticos de las zarigüeyas de rostro lupino, colgados por la cola de barras de madera, volvieron lentamente la cabeza para observar el avance del grupo de Annabelle y sus capturadores.

Fueron empujados sin contemplaciones hacia el centro del poblado, donde una multitud de seres de piel azul los rodeó de inmediato. Mandíbulas de tiburones estiraban sonrisas de malicia. Niños con aletas a medio crecer en sus espinas dorsales los pinchaban con palos. De todas partes se levantaba el ruido de las maracas, como si el grupo de Annabelle hubiese caído en medio de un nido de crótalos.

*Chaca-chaca-chaca-chaca...*

Por más que lo intentaba, Annabelle no conseguía discernir verdaderas variaciones en el sonido, lo cual le hacía dudar que fuese un lenguaje. ¿Quizás una expresión de excitación? ¿Y qué tal de diversión?

Empujados y pinchados, permanecían en un pequeño grupo, apiñados, con el cuerpo inerte de Chillido tirado a sus pies. El ruido de los hombres-tiburón fue aumentando sin cesar, hasta que Annabelle tuvo que apretar los dientes para soportar aquel repiqueteo. Era una sensación dolorosa, como cuando recordaba su *Les Paul*<sup>[11]</sup> pero también humillante. Era la misma sensación que había experimentado al recibir el multitudinario abucheo contra su banda, en su actuación como teloneros de Death Squad<sup>[12]</sup>. Los *fans* de este grupo (neonazis todos) habían expresado con toda elocuencia su impaciencia ante la combinación de música y teatro que constituía la representación de los Crackbelles.

Vaya con los monstruitos.

Cuando se hizo un repentino silencio, Annabelle tuvo un alivio tan profundo que todos sus miembros se relajaron. Pero se mantuvo firme, en pie, ya que lo que se les acercaba, abriéndose paso entre la muchedumbre, era una impresionante figura, a la cual incluso los seres azules parecían tener más miedo que respeto.

Su altura sobrepasaba en unos treinta centímetros al resto del poblado; tenía también la piel azul, pero su cuerpo entero estaba recubierto de diminutas conchas, colgadas directamente de su piel con alambre, como pendientes perforados. Su pelo era largo y lo llevaba trenzado y adornado con plumas azules. Del cinturón

festoneado de conchas que rodeaba su talle colgaba un racimo de cráneos de monos, y una bolsa plana de piel, con un tinte azulado en su pelaje.

En una mano sostenía una vara, medio metro más allá que él. Del extremo superior de ésta colgaban más conchas, atadas con tiras de cuero, y huesos de brazos de lo que suponía esqueletos de monos, unidos de tal manera que, a cada movimiento de la vara, oscilaban a un lado y a otro.

Se detuvo directamente delante de los cautivos y los estudió con una mirada penetrante. Sus ojos eran una nube blanca, como los de un ciego, pero era evidente que veía.

—Jrak —dijo de improviso, golpeando su pecho con la mano libre.

Las conchas atadas a su piel repicaron por el impacto, y Annabelle se encogió ante el dolor que debía de haberse causado; pero quizás aquellas criaturas no tenían nervios en la piel. Parecía lo más probable cuando se imaginaba lo que sentiría ella si su epidermis tuviera que aguantar aquello.

Un coro de sumisos *chaca-chac* se alzó de la multitud. El que parecía ser el jefe miraba al grupo, expectante, como si aguardara una respuesta.

«Estupendo», se dijo Annabelle. «¿Qué diablos se supone que significa “jrak”? ¿Su nombre? ¿Su cargo? ¿La clase de ser que es? ¿Hola? ¿Qué-tal-cómo-estás?»

—¡Folly! —gritó.

«Jesús», pensó Annabelle con una repentina inspiración. «Está intentando decir “Folliot”. El hermano de Clive debe de haber pasado por aquí y este tiparraco cree que todo el mundo de piel blanca es un “folly”. Ahora bien, de lo que hay que enterarse es de si Neville dejó a estos chicos de buen humor o se cagó en ellos, como ha hecho en casi todos los demás lugares por los que le hemos seguido la pista. Sólo hay una manera de descubrirlo».

Annabelle respiró profundamente.

—Folly —dijo, golpeándose el pecho de manera similar a como lo había hecho el jefe.

Y el jefe clavó sus ojos nebulosos en ella. No hubo dudas acerca de su disgusto.

«Malo», pensó Annabelle. «Annie, lo has arruinado de nuevo».

Sin previo aviso, el jefe, con su puño libre, le atizó un tremendo batacazo en el costado de la cabeza. Annie, con los brazos atados en la espalda, no pudo conservar el equilibrio y cayó al suelo; la cabeza le quedó zumbando por el puñetazo, y el golpe contra el suelo le hirió el hombro. El jefe le lanzó un escupitajo y gritó:

—¡Folly, folly!

La multitud que los rodeaba repitió el grito, mezclándolo con los cascabeleantes *chaca-chac*. El jefe extendió una mano señalando una choza distante, y de inmediato manos obedientes pusieron en pie a Annie y la empujaron, junto con sus dos compañeros, hacia el lugar indicado. Otros hombres-tiburón arrastraron a Chillido, tirando de ella por una pierna y un par de brazos. Ya en el interior de la choza, los arrojaron al suelo de un empujón. Luego cerraron la puerta de bisagras de cuero, y los

rostros sonrientes de los seres azules se agolparon en ella para contemplar a los cautivos.

Silbaban y escupían, sin dejar de hacer vibrar sus úvulas.

*Chaca-chaca-chaca.*

Cuando Annabelle, aún con la mente nublada y oscilante, se incorporó y se sentó, una flema la golpeó en la mejilla y la saliva le dejó una ligera sensación ardiente en la piel. Se frotó la cara en la rodilla y retrocedió hasta el rincón más distante de la choza, lejos de la masa de criaturas de la puerta.

—¿Por qué has sido tan estúpida? —preguntó Tomás.

Annabelle se volvió para mirarlo.

—Vete a hacer gárgaras —le replicó—. No creo que sirvas para nada más.

Los labios de Tomás produjeron un gruñido, pero evitó responder y volvió la cabeza hacia otro lado. Annabelle tanteó sus ataduras. La cuerda de hierbas trenzadas la apretaba fuertemente. Intentó hacer caso omiso de los rostros de sonrisa maliciosa apiñados en la puerta; al fin los mirones perdieron interés y se fueron. Entonces los cautivos vieron que plantaban estacas en la plaza del centro del poblado y amontonaban leña en su base.

Cuatro estacas. Cuatro cautivos. No era difícil adivinar cuál era su futuro inmediato más probable.

—Oh, mierda —dijo Annabelle—. ¿Y qué vamos a hacer?

—Esperar —le respondió Sidi.

—¿Esperar qué? ¿La caballería? Siento tener que soltártelo, pero no van a asomar la nariz por aquí.

Sidi simplemente hizo una señal con la cabeza hacia donde estaba tendida Chillido, todavía inconsciente.

—Si estuviera muerta, no la habrían dejado ahí dentro con nosotros. Así que esperaremos a que el efecto del dardo se diluya. Por suerte, ella no está atada como nosotros.

Salvo que... ¿y si no vuelve en sí a tiempo? Annabelle quería saberlo, pero no manifestó su temor. En lugar de ello, se apoyó en la pared de la choza y cerró los ojos.

Annabelle intentaba no pensar en las estacas y en las piras que estaban levantando al pie de ellas. De tiempo en tiempo, echaba una ojeada al cuerpo inerte de Chillido, pero la alienígena arácnida continuaba sin dar señales de vida. Luego desviaba la vista, y vislumbraba al pasar la mirada de Tomás evitando la suya. O encontraba la de Sidi; éste no se resignaba, pero gradualmente la desesperanza hacía mella en él. O volvía a ver las estacas, con los seres de piel azulada a su alrededor.

Aquellas malditas estacas.

Cerró los ojos una vez más y pensó en la última vez que había visto a su hija, frente a la casa de su madre, donde Amanda permanecía con su abuelita mientras los

Crakbells realizaban una gira.

—¿Volverás, mamá? —le había preguntado Amanda, mirándola con aquel rostro de pilluela lleno de angustia—. No me olvidarás, ¿verdad?

Amanda tenía miedo de que la abandonase, a causa de todas las giras de la banda. Creía que cualquier día Annabelle simplemente no regresaría. «¡Como si alguna vez la hubiese dejado tirada!», pensó Annabelle.

—De ninguna manera —había contestado a su hija, despeinándole cariñosamente aquellos rizos cortos tan morenos—. Volveré tan pronto que ni te enterarás de que me he ido.

La respuesta de Amanda fue extender los brazos para darle un abrazo lleno de lágrimas.

«Regresaré», pensó Annabelle, mientras recordaba. «De acuerdo». Miró al exterior, hacia las estacas. «No quería mentirte, vida mía, pero mamaíta no va a regresar nunca jamás».

—La vida se nos escurre por entre los dedos —le había dicho una vez a Annabelle su madre—. Todo el mundo dice que el tiempo pasa demasiado aprisa, que nunca conseguiremos hacer todo lo que queremos hacer en el tiempo que tenemos, pero en nuestra familia esto es peor. Nunca conservamos las cosas que nos son más queridas, nuestros amores, nuestra felicidad. Nunca conseguimos conservar algo bueno durante mucho tiempo. Tu abuela solía decir que hay una maldición en las mujeres de nuestra estirpe. «Sé feliz con toda la fuerza de tu corazón cuando lo puedas ser», me dijo una vez, «ya que no va a durar. Nunca dura. Si intentas aferrarte a la felicidad, sólo conseguirás hacerte daño».

No, no era hablar por hablar. Annabelle sabía perfectamente lo que había querido decir su madre. Como ahorrar el dinero, que había costado tanto ganar, para su primera *Les Paul*, y que se la robaran al salir de la tienda, de regreso a casa. ¡Preciosa Nueva York! O como acabar de conseguir algunas actuaciones decentes para los Crakbells, y ser borrada del mapa y enviada al País de lo Raro y de lo Curioso, donde parecía tener todas las posibilidades de acabar como aperitivo de un hatajo de monstruos.

«*Los Tiburones Andantes*. Actuando para ustedes en el teatro de la Plaza Mayor. Emoción e intriga. Vean a la estrella mundial del rock y a sus amigos convertidos en potaje para tiburones».

Oh, Jesús.

Lo único que podía ver eran los ojos llorosos de Amanda. Aquella carita de ángel que la miraba con ojos tristes.

*No me olvidarás, ¿verdad?*

Nunca, vida mía.

*¿Volverás, mamá?*

Las lágrimas empezaron a inundar los ojos de Annabelle. Pudo sentir la mirada desdeñosa de Tomás y la comprensiva de Sidi. Ninguno de los dos sabía nada.

Pensaban que lloraba por sí misma, porque estaba asustada, pero no era aquello. No exactamente aquello. Era por pensar que iba a dejar un gran vacío en la vida de su hija. Era por pensar en la pobrecita niña creciendo primero abandonada de su padre, y luego de su madre.

«Soy como el hechizo que utilizan las hadas», pensó, «cuando, en el País de las Hadas, dan oro a los humanos que, al regresar a su mundo real, resulta ser sólo polvo y hojarasca. Todo lo que toco se convierte en mierda».

*¿Volverás, mamá?*

Miró con detenimiento las estacas, la leña apilada en sus bases. En espera de ella y de sus amigos. Su actuación en aquel escenario de la plaza del poblado probablemente tendría lugar a la caída de la noche, al menos así solía suceder en las películas.

*No me olvidarás, ¿verdad?*

Miró a Chillido, todavía inconsciente. Tomás y Sidi también la observaban. Las cuerdas de hierba trenzada que ataban sus muñecas eran demasiado resistentes para poder romperlas con simples tirones. ¿Quizá podría cortarlas con los dientes? Bien. Pero entonces su mirada tropezó con las mangas de su cazadora, que continuaba atada a su cintura.

«Despierta, Annie», dijo para sí.

—¡Sidi!

—¿Sí?

—Ayúdame a coger la chaqueta, ¿quieres?

Aunque pareció extrañado por la idea, el indio se deslizó hacia donde ella estaba sentada y obedeció. Cuando Annie tuvo su cazadora en las manos, buscó a tientas hasta que encontró una cremallera. La cogió firmemente en sus dedos.

—Pon tu espalda contra la mía y acércame las manos —le dijo.

Los ojos de Sidi se iluminaron al comprender su idea. La cremallera metálica no cortaba mucho, pero bastaría para desgastar las cuerdas de hierba. ¡Por todos los santos, tenía que bastar!

Fue un trabajo pesado. La cazadora se le soltaba de las manos y era muy difícil trabajar en algo a ciegas, pero después de unos buenos quince minutos de serrar, la hierba perdió la suficiente consistencia para que Sidi pudiera acabar de romper las hebras restantes.

—Muy bien —dijo Annabelle cuando él empezó a trabajar en las ataduras de ella.

El indio era más fuerte y, en la mitad de tiempo, le liberó las manos; luego cortó las ligaduras de Tomás mientras ella se frotaba las muñecas considerando cuál sería su próximo movimiento. Chillido continuaba inconsciente. ¿Debían intentar abrir un boquete en la pared posterior de la choza, que daba al río, y huir arrastrando consigo a Chillido, o debían esperar hasta que los hombres-tiburón fuesen a buscarlos y entonces intentar abatirlos? En realidad no había ninguna decisión a tomar.

Se acercó a la parte posterior de la choza y exploró la encañizada que recubría la estructura de madera. Salir por allí sería pan comido. Se volvió hacia los demás y vio

que Tomás estaba ya libre también. Sidi regresó a su lado y le devolvió la chaqueta, que ella ató nuevamente a su cintura.

—Buena idea.

—Sí, tuvimos suerte. Pero todavía no hemos salido de ésta.

—¿Vamos a huir por detrás?

Annabelle asintió.

—Me imagino que es nuestra única elección. Llegaremos al río y nadaremos: será más fácil arrastrar a Chillido por el agua que llevarla a cuestras a través de la jungla. ¿Sabes nadar?

Sidi asintió con una sonrisa que exhibió la brillante blancura de sus dientes.

—¿Y tú, Tomás? Un buen marinero como tú... ¿sabes nadar? —Considerando su aversión al baño, era igualmente posible que no supiera.

—*Sim* —contestó el español con un gesto afirmativo.

—Magnífico. —Annabelle echó un vistazo a la puerta, pero nadie parecía prestarles excesiva atención—. Continuemos, pues. Sidi, rompe la pared, pero silenciosamente, por favor; mientras, Tomás me echará una mano con Chillido.

—Déjela —replicó Tomás.

—De ninguna manera, tío.

—Es un monstruo.

—Es una amiga. Escucha bien: o me ayudas con ella o te pego un tortazo que te dejo ahí tirado, para comida de peces, ¿te enteras?

—Es perder el tiempo —discutió Tomás. Y con el pie dio un toque al cuerpo de Chillido, que no respondió—. Ya está muerta.

Sidi había abierto un agujero entre las cañas de la pared trasera de la choza.

—Vía libre —dijo en voz baja por encima del hombro.

—Tenemos un problema con la comadreja aquí presente —le respondió Annabelle—. No quiere ayudarme con Chillido.

Sidi frunció el entrecejo y se apartó de la pared a la vez que apretaba con violencia los puños.

De inmediato Tomás levantó sus manos en un gesto defensivo.

—*Yá nao*. Sólo era una broma —afirmó—. Estoy muy contento de poder ayudar. *Verdade*.

Annabelle le lanzó una mirada asesina. «Ya. Seguro que sí. Hasta que alguien te ofrezca un trato mejor». Pero hizo un gesto a Sidi para que volviera a la pared. Mientras él continuó ensanchando el pequeño agujero que había hecho, ella y Tomás arrastraron el cuerpo pesado de Chillido hacia la parte posterior de la choza. Y cuando el boquete fue lo suficientemente grande, Sidi, con mucho cuidado, asomó la cabeza fuera.

—Aún vía libre —dijo.

Salió por la abertura y ayudó a los demás a mover el cuerpo de Chillido para sacarlo al otro lado de la pared. En pocos momentos estuvieron todos en el exterior de

su cárcel. La orilla del río no estaba a más de cinco metros de la choza, y quedaba oculto de la plaza central del poblado por otras varias chozas.

«Gracias, Dios mío», dijo Annabelle en una plegaria silenciosa, abjurando de su devoto ateísmo. Pero entonces oyó el cascabelero *chaca-chac* de la úvula de un hombre-tiburón. Se volvió y, desde su posición semiagachada, levantó la mirada y vio a una criatura de piel azul erguida detrás de ella. Evidentemente, había rodeado la choza para caer de improviso sobre ellos.

«Mierda», pensó Annabelle. «Todo lo que toco...»

Desarmados y sin lugar adonde huir, la partida de Clive esperó la llegada de los pastores en sus aerodeslizadores; Clive, Smythe y Finnbogg se apiñaban en un grupo compacto, mientras que el ciborg permanecía a un lado, en solitario. Su indefensión era desesperanzadora para todos, pero, considerando su situación, el único plan de acción razonable que les quedaba era aguardar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Para hombres que gustaban de controlar sus propios destinos, no era un fácil programa de acción. Pero lo cierto era que, desde su entrada en la Mazmorra, nada había sido simple ni fácil.

Los aerodeslizadores avanzaban como dardos hacia la compañía sin apenas producir ruido. Los ingleses tenían la inquietante sensación de que los conductores estaban desafiando las leyes de la naturaleza, sensación que compartía claramente Finnbogg. El ciborg no parecía compartir sus temores.

Clive pensó con cierta amargura que debía de estar feliz y satisfecho de poder sacar partido de otra «oportunidad para llevar a cabo observaciones», sin preocuparse por los posibles peligros que se les avecinaban. Los siguientes comentarios del ciborg sólo sirvieron para confirmar la impresión de Clive.

—Fascinante —dijo Guafe, casi para sí mismo—. El artefacto parece ser una especie de patín que se mantiene suspendido por un cojín de aire, con capacidad para desarrollar altas velocidades. Me pregunto qué método de propulsión usará.

Las máquinas se posaron suavemente en el suelo, formando un semicírculo frente al grupo de Clive; los conductores, con trajes plateados, cerraron los contactos y descendieron de las máquinas. El suave rumor de sus motores se apagó. Parados en tierra, los aparatos voladores ya no parecían tan maravillosos. Ahora eran meramente máquinas (de acero brillante y con una capacidad técnica muy superior a la conocida en la Inglaterra de Clive), pero máquinas, al fin y al cabo.

Parecía, concluyó Clive, que la prolongada permanencia en aquella extraña tierra lo estaba acostumbrando a mantenerse impassible ante sus numerosas y variadas maravillas.

Observó atentamente a los conductores que se les acercaban. Al menos eran humanoides, y en realidad muy parecidos a los europeos, aunque era bastante difícil imaginarse sus facciones bajo las gafas y los cascos protectores. El material brillante de su ropa se amoldaba a sus cuerpos como una segunda piel, proporcionando a las dos mujeres del grupo unas formas fascinantes.

Una de las dos mujeres era evidentemente el jefe del grupo.

Avanzó unos pasos por delante de los demás y se quitó el casco y las gafas. Tenía el cabello rubio, y lo llevaba cortado a un centímetro de la cabeza. Sus ojos eran del verde-azul del cielo; sus facciones no poseían una belleza clásica (debido tanto a la falta de cabellera que las enmarcase, pensó Clive, como a las proporciones en sí), pero en conjunto era agraciada. De su cinturón colgaba una cartuchera, que con seguridad contenía un arma de fuego, aunque ni Clive ni Smythe podían siquiera intentar adivinar cómo era ésta.

Una mirada fugaz al resto del grupo les reveló que todos iban armados de un modo similar. La mujer los miró uno a uno durante unos instantes y luego centró su atención en Clive. Sus labios esbozaron una sonrisa amistosa.

—Tú debes de ser el comandante Clive Folliot —dijo.

Clive parpadeó sorprendido.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Ella se encogió de hombros, lo que hizo oscilar sus pechos de un modo seductor. Clive tuvo que hacer un esfuerzo para mantener sus ojos fijos en el rostro.

—Salimos para vigilar la llegada de vuestro grupo —explicó—. Os esperábamos. Creímos que os encontraríamos antes, pero cuando avistamos la manada de pórtens, nos detuvimos para matar un animal y nos retrasamos. —Con la cabeza indicó por encima del hombro—. El resto de mi compañía está descuartizando la res. Sacaremos suficiente carne para alimentar a la ciudad durante un mes. Un retraso que vale la pena, ¿no crees?

La confusión continuaba reinando en la mente de Clive, pero consiguió dominar la expresión de su rostro para no demostrarlo.

—Cierto —repuso—. Pero, dígame, ¿cómo sabía que andábamos por aquí?

—Tu hermano, el cura, el padre Neville, nos pidió que fuéramos a vuestro encuentro.

«¿El cura?», pensó Clive. ¿Acaso Neville estaba bajando de categoría social? La última vez que habían oído hablar de sus inclinaciones religiosas, se hacía llamar obispo.

—Ya veo —dijo Clive—. ¿Y dónde está el padre Neville? ¿Nos puede llevar hasta él?

—Claro que sí. Es la razón por la que os estábamos esperando.

—¿Quiénes son ustedes?

La mujer volvió a sonreír.

—Muchas preguntas. El padre Neville nos dijo que siempre vas cargado de preguntas. Yo soy Keoti Vichlo, Primera Exploradora de la dinastía dramarana.

—¿De Dramara? Es decir, ¿de la ciudad en ruinas, situada a pocos días de viaje hacia el este?

Keoti frunció ligeramente el entrecejo.

—Sí, en ruinas, pero no por mucho tiempo. Ahora que tu hermano nos despertó del Largo Letargo, hemos emprendido su reconstrucción para restablecer su gloria

primitiva. Sin embargo, no temas que todo sea incomodidades en Dramara. Bajo la ciudad tenemos aposentos agradables que todavía están intactos.

—¿Largo Letargo? —no pudo evitar preguntar Clive, aunque lo que menos deseaba era que los recién llegados se dieran cuenta de su ignorancia respecto a sus tecnologías avanzadas y a los fenómenos de aquel mundo.

Pero Guafe había comprendido al instante.

—Eso debe de ser una forma de suspensión de la vida anímica —dijo—. ¿Debo suponer que hubo alguna disfunción en vuestro equipo, que fue la causa de la prolongación de vuestro estado inerte, hasta la afortunada llegada de... ejem... el padre Neville?

Clive y Smythe lanzaron una mirada de curiosidad al ciborg. Nunca habían visto a Guafe dudar en su discurso y eso los sobresaltó. Keoti también echó una mirada escrutadora al ciborg. Parecía que iba a hablar, pero Clive fue más rápido.

—¿Cómo aprendió a hablar inglés tan bien? —inquirió.

—El padre Neville nos enseñó —contestó ella—. Introdujimos su idioma en nuestros ordenadores a través de una conexión bioalimentadora y obtuvimos los datos por el mismo procedimiento. ¿No es el sistema que utilizáis vosotros?

Clive sólo tenía una vaga noción de a qué se refería, pero asintió.

—Naturalmente —dijo.

Keoti volvió de nuevo la atención hacia Chang Guafe.

—Un artefacto extraordinario —comentó—. Vuestro humanotrón parece tener vida propia. Sería fácil creer que es un ser verdaderamente vivo, y no una elaboración.

—Soy un ciborg con conciencia propia —replicó Guafe con frialdad—, y no una elaboración.

—Discúlpame —dijo ella—. No era mi intención ofenderte.

—No ha habido ofensa —respondió el ciborg, aunque era obvio para todos que el caso era exactamente el opuesto.

«No empecemos ahora», pensó Clive. Los dramaranos parecían ser muy hospitalarios, y prefirió dejar las cosas de aquel modo: ni insultarlos ni enojarlos, de lo cual Guafe era muy capaz si empezaba a discutir.

—Sí, bien —terció Clive animadamente—. Será maravilloso volver a ver a mi hermano. Permita que le presente al resto de mis compañeros. A Chang Guafe lo acaba de conocer ya. El caballero de la derecha es mi buen compañero el sargento mayor Horace Smythe.

—Sí —dijo Keoti—. El padre Neville nos ha hablado de ti, Horace Smythe. Tienes algún don especial relativo a los... ¿«teatruco»? , creo.

—No estoy seguro de a qué se refiere, *madame* —contestó Smythe.

Ella sonrió.

—Un talento que te permite aparecer diferente de lo que eres.

—Y éste es nuestro buen amigo Finnbogg —prosiguió Clive.

Keoti saludó al enano con una sonrisa de cortesía, pero no presentó a ninguno de

sus compañeros.

—Podemos llevar un pasajero por volador —dijo—. Si estáis dispuestos, podemos emprender el vuelo de vuelta a Dramara tan pronto como dé mis órdenes al subjefe. —Echó un vistazo hacia donde algunos dramaranos continuaban trabajando en el cuerpo del porten.

Clive miró a Smythe y, por la expresión del rostro de su antiguo ordenanza, supo que estaba turbado por los mismos temores. La mujer Keoti era extremadamente amable y acogedora, pero, con Neville por el medio (¡quién sabía lo que estaría tramando!), podían estar yendo directamente hacia otra trampa. No obstante, ¿qué otra alternativa tenían?

—Estaremos encantados de compartir su hospitalidad —dijo al fin Clive, volviéndose hacia la mujer.

Keoti sonrió.

—¿Subirás conmigo?

—Creo que preferiré andar —respondió Clive—. Al menos hasta... el cuerpo del porten que su compañía está descuartizando. Nos reuniremos allí.

—Como deseas.

Y dirigió a Clive una sonrisa afectuosa. Se volvió a colocar el casco y las gafas y regresó a su volador. En pocos segundos los aerodeslizadores se pusieron en marcha y los dramaranos salieron a toda velocidad al encuentro de sus compañeros.

—Bien —dijo Clive una vez que se hubieron ido—. Parecen muy agradables.

Smythe asintió.

—Demasiado agradables, creo, mi comandante. El asunto no me gusta, y menos si sir Neville tiene mano en él, removiendo la cazuela.

—Al menos tienen cierta tecnología digna de ser estudiada —opinó Guafe—, aunque sus poderes de observación sean algo limitados.

Y emprendieron la marcha hacia el behemot muerto, donde los dramaranos continuaban su trabajo de recolecta de la carne, moviéndose bulliciosamente como una nube de moscas alrededor del monstruo abatido.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó Clive a Finnbogg—. ¿Del Largo Letargo, o de la segunda ciudad, enterrada bajo las ruinas de la primera?

—Ni la más remota idea —contestó el enano.

—¿Qué estará tramando sir Neville? —se preguntó Smythe en voz alta—. Vaya con el «padre Neville». ¡Si el hombre tiene tanta religión como un ladrón viviendo como un sátrapa del producto de sus robos!

—Al menos nos espera —repuso Clive.

—Tal como nos ha esperado otras veces. Y la idea no me consuela mucho, mi comandante. Estaría más dispuesto a propinarle unos cuantos puñetazos en la cabeza antes que tener la suerte de caer víctima de otro de sus embrollos.

—Dudo que nuestros actuales anfitriones lo permitieran —dijo Guafe.

Ahora el voluminoso animal estaba más cerca; y, en efecto, si no era una montaña,

era al menos una gran colina de carne que se elevaba muy por encima de la llana superficie del veld. Los dramaranos cortaban grandes pedazos de carne de los jamones del animal con una especie de sierra que parecía formada por una banda de haces de luz estrechamente concentrados.

—Láseres —comentó Guafe.

Ninguno de sus compañeros se molestó en pedirle que lo explicara. Simplemente estaba más allá de sus posibilidades de comprensión.

—Bien, por lo que a mí respecta, tengo mucho interés en oír lo que nos dirá Neville —dijo Clive, con una mirada severa en los ojos—. Tiene muchas cosas que contar.

Smythe asintió.

—Mucho interés... —concedió—. Procure no dudar en su presencia, o podría ser que nos hallásemos enviados a Dios sabe dónde.

Keoti fue a recibirlos a pie cuando al fin llegaron. Allí tuvieron que doblar el cuello hacia atrás para poder divisar la parte más elevada del cuerpo del porten.

—Mi trabajo ha terminado aquí —anunció—. Si ya estáis dispuestos a partir...

Y se dirigió hacia el aerodeslizador sin esperar la respuesta de Clive.

—Tenga cuidado ahora —le susurró Smythe mientras otro de los dramaranos se le acercaba.

—Y usted también —respondió Clive.

Pero Finnbogg se negaba a acompañar al dramarano que había de transportarlo a la ciudad destruida.

—Finnbogg no quiere ir flotando por el aire —dijo—. No está bien.

—No iremos a mucha altura —lo animó el dramarano—. No más de un metro por encima del suelo.

—Un metro es más de lo que Finnbogg quiere elevarse —repuso el enano. Y dio una patada al suelo—. Donde Finnbogg está ahora, es donde Finnbogg quiere estar. Con polvo en los pies. No quiere jugar al pájaro.

Clive se apresuró a intervenir antes de que Finnbogg estallara en uno de sus ataques beligerantes. Puso un brazo alrededor del hombro del can-enano.

—Todo irá bien —lo tranquilizó—. Nosotros subimos también con ellos, Finn.

—No está bien —repitió el enano, aunque ya con menos determinación.

—Imagínate que es una aventura —intervino Smythe—. ¡Qué historia más emocionante podrás contar!, planeando y planeando durante leguas y leguas por encima del veld hacia una ciudad en ruinas en proceso de reconstrucción. —Y se frotó las palmas de las manos—. ¿No tienes ganas de estar ya allí?

—No queremos dejarte aquí —señaló Clive.

—¡Hum! —refunfuñó Finnbogg.

Pero, a pesar de que andaba tieso y con el entrecejo fruncido, dejó que lo condujeran hasta el aparato volador.

Se subió en él con cautela, como si el aparato hubiera de morderlo. Una vez que

estuvo sentado, Clive y Smythe fueron hacia las naves que debían transportarlos.

Era decididamente incómodo, pensó Clive al sentarse detrás de Keoti, con la máquina entre las piernas. Era como montar un caballo sin patas, sin nada en qué asirse para evitar caerse. Keoti le mostró dónde debía poner los pies: tenía que apoyarlos en unos pequeños estribos a los lados del artefacto, lo cual le levantaba las rodillas al nivel de las posaderas. Luego Clive colocó sus manos alrededor de la cintura de ella.

—Agárrate —le indicó Keoti.

El material de su traje tenía una textura metálica, pero era tan suave que Clive pudo notarle las costillas y la carne blanda de la cintura como si no hubiera nada entre sus manos y la piel. Keoti lo miró por encima del hombro; su cabeza parecía la de un bicho raro, con el casco y las gafas, pero sus labios eran los de una mujer, unos labios que le sonreían alegremente.

Cuando el motor de la navecilla se puso en marcha, las piernas de Clive sintieron una leve vibración; entonces, de súbito, la nave se levantó en el aire y permaneció flotando a una altura de un metro por encima del suelo. El repentino movimiento produjo a Clive una sensación de vacío que lo hizo cogerse fuertemente a Keoti. Pero, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, aflojó su abrazo.

Finnbogg había palidecido. Smythe y Guafe mantenían una expresión impasible.

Enseguida los aerodeslizadores salieron disparados, planearon por encima del veld y dieron una vuelta más entorno al brontosaurio, donde el resto de los dramaranos continuaba el trabajo de descuartizamiento. Los carniceros levantaron sus sangrientas manos, saludaron, y la llanura abierta apareció frente al grupo de Clive. Y se pusieron en marcha para el largo viaje hacia la ciudad en ruinas, donde Neville los esperaba.

El tiempo pareció detenerse para Annabelle. Ella y el hombre-tiburón se observaban mutuamente como si acabaran de localizarse en medio de una multitud y trataran de reconocer unas facciones vagamente familiares. Annabelle sabía que tenía que hacer algo (golpear al ser azul, tumbarlo), pero sentía los miembros pesados, entumecidos, torpes.

Vio que el hombre-tiburón abría su enorme boca. El primer *chaca-chac*, al acercarse, había sido una expresión de sorpresa. Ahora iba a dar un grito de alarma, iba a llamar a los demás seres azules. Sentía que no podía hacer nada para detenerlo, pero sin embargo comenzó a levantarse, con los brazos extendidos hacia él.

Entonces, inesperadamente, algo surgió de la garganta de éste: era uno de los pelos rígidos de Chillido. El hombre-tiburón abrió desorbitadamente los ojos y su grito abortado se tornó un gorgoteo mortal. Empezó a caer hacia ella.

Annabelle mantuvo los brazos extendidos, preparándose para recoger el peso que caía. Y, antes de que topara con el suelo, Sidi ya estaba a su lado, ayudándola. Juntos dejaron suavemente en tierra al hombre-tiburón. Annabelle se volvió despacio y vio a Chillido semiincorporada, con el cuerpo apoyado en tres de sus brazos y el cuarto descendiendo de su posición lanzadora. Aunque la mayoría de sus ojos estaban todavía nublados, tenía uno claro y los demás iban ya aclarándose.

La sustancia química con que había impregnado aquella espina concreta había realizado su trabajo con toda eficacia, y rápidamente, muy rápidamente.

¿*Está muerto?*, preguntó Chillido. Su voz sonó débilmente en la mente de Annabelle.

Annabelle asintió.

*Gracias.*

Chillido escupió en dirección al cadáver del hombre-tiburón. Sidi tocó el hombro de Annabelle.

—No podemos entretenernos —dijo.

Annabelle dio una ojeada al cadáver y luego hizo un breve gesto de asentimiento. Mientras Sidi y Tomás emprendían la marcha hacia el río, ella puso su hombro bajo uno de los brazos izquierdos de Chillido y ayudó a la arácnida a ponerse en pie. Y, juntas, se apresuraron a reunirse con los demás.

Al otro lado del muro de chozas que los cubría, se oía a los habitantes del poblado: fragmentos de conversación en un lenguaje que ninguno de ellos comprendía, algún ladrido penetrante de los perros zarigüeyas, el ruido de las úvulas que ponía los

nervios de punta, los finales vacíos de su cascabeleo, el sonido vibrante magnificado por las cavidades bucales...

*Chaca-chaca-chaca...*

Sin molestarse en sacarse las ropas, Sidi se introdujo en el agua. Annabelle y Chillido siguieron su ejemplo de inmediato, en tanto Tomás dudaba en la orilla del río.

—Vamos —susurró Annabelle imperativamente.

Con el desagrado pintado en el rostro, el español se metió en el agua con ellos. Sidi se puso en cabeza, y los condujo hacia el centro del río, alejándose del poblado, hasta que el agua le llegó al nivel del cuello. Entonces levantó los pies del suelo y se puso a nadar, cuidando de no romper la superficie del agua con un chapoteo que pudiera alertar a sus capturadores.

Annabelle y Chillido avanzaron por las aguas más cercanas a la orilla, ya que Chillido no sabía nadar. En lugar de nadar, gracias a Annabelle que estaba junto a ella para ayudarla a soportar su peso en el agua, Chillido andaba a saltos, usando el lecho del río como trampolín. Tomás seguía en la retaguardia.

Pronto dejaron de divisar el poblado y poco después incluso sus sonidos se desvanecieron. En pleno río los insectos eran peores que nunca, y una y otra vez tenían que sumergir la cabeza en el agua para librarse de las nubes de mosquitos que se posaban en sus cuellos y rostros, e incluso en su pelo.

—Cuanto más pronto salgamos de esta jungla y lleguemos a la puerta de salida del nivel —musitó Annie—, más feliz me sentiré. Y no me importa adonde nos lleve.

—Al menos ya estamos libres de nuestros capturadores —comentó Sidi.

Pero habló demasiado pronto. Incluso con la distancia que habían puesto entre ellos y el pueblo, los súbitos gritos de cólera encarnizada llegaron a sus oídos con toda claridad.

—Mierda.

—Mejor será que salgamos del río —sugirió Sidi—. Teniendo en cuenta lo que son, no dudo de que sean capaces de seguirnos el rastro por el agua, como los tiburones de nuestro propio mundo.

—No puede ser. Creí que el agua ahogaba los olores.

Sidi levantó el brazo para enseñarle unos pequeños cortes en la muñeca, iguales a los que todos tenían.

—Pero un tiburón puede seguir la pista de la sangre durante kilómetros.

Se encaminaron hacia la orilla y treparon por ella, entre espesas lianas y vegetación exuberante. Las ramas de los árboles que colgaban a baja altura los protegían de la vista de sus perseguidores, pero sus huellas conducirían a éstos directamente a donde estaba el grupo.

*Mirad*, indicó Chillido.

Y con un brazo señaló al primer hombre-tiburón que apareció a la vista. Nadaba realizando movimientos ondulantes con el cuerpo, con los brazos apretados a los

lados, la aleta dorsal cortando el agua y la cabeza emergiendo y sumergiéndose a compás del movimiento. En poco tiempo aparecieron tras él tres más; luego otros dos.

Chillido arrancó un pelo-púa de su abdomen y, apartando a un lado una rama para dejarse espacio, lo lanzó al más avanzado de los perseguidores con un rápido movimiento del brazo. La espina dio en el blanco. La criatura empezó a azotar el agua, sacudiendo convulsivamente los miembros, y a toser sangre de sus pulmones. En el acto, los demás arremetieron contra él y le destrozaron los espasmódicos miembros con sus poderosas mandíbulas.

Annabelle volvió la cabeza; un gusto nauseabundo le subió por la garganta.

Chillido lanzó una segunda púa y los hombres-tiburón se lanzaron a despedazar también a la nueva víctima, luchando entre ellos en un frenesí carnívoro.

*Eso los mantendrá entretenidos*, dijo Chillido.

—Pueden venir más por tierra —advirtió Sidi.

Annabelle dejó que el indio los condujera más hacia el interior de la jungla, alejándose del río. A unos veinte pasos en aquella dirección, toparon con el sendero, que parecía haber entrado en el poblado para luego continuar hasta llegar allí. Con un terreno más firme y un techo algo menos tupido comparado con la selva que los rodeaba, prosiguieron ahora el avance a marcha rápida, en un intento de poner la máxima distancia entre ellos y sus perseguidores.

Se marcaron un paso: trotaban durante un cuarto de hora, luego andaban, luego trotaban de nuevo. Al poco rato habían conseguido ganar un buen trecho de ventaja, pero ahora estaban todos agotados. Annabelle sabía que no sería capaz de mantener aquel paso durante mucho más tiempo. Se apretó el costado, esperando que al recuperar el aliento desaparecería la puntada de dolor. Lo único que deseaba hacer era tirarse al suelo y quedarse allí tendida. El calor y la humedad le obnubilaban la mente y minaban sus fuerzas.

Vio a Tomás que, delante de ella, también se rezagaba. A Chillido, que aún estaba recobrándose de los efectos del dardo drogado, tampoco le quedaba mucha de su usual resistencia. Sólo Sidi parecía ser capaz de seguir manteniendo aquella viva marcha eternamente, si la necesidad lo compelia, pero se contuvo y redujo su velocidad para igualarla a la de sus compañeros más lentos.

Todavía no había señal visible ni sonido de sus perseguidores, ni en el camino que dejaban atrás, ni en las periódicas ojeadas que lanzaban al río cuando la densa vegetación de la jungla disminuía por un momento. Pero debían de estar acercándose. Ninguno de los cuatro dudaba de la tenacidad de los seres azules. Aquel rasgo de su carácter saltaba a la vista, pensó Annabelle. No eran la clase de seres que abandonan con facilidad.

«Sí, bien, pero nosotros tampoco».

Pero, media hora más tarde, sus piernas sencillamente cedieron bajo su peso; tropezó y fue a caer de bruces al suelo; por fortuna, consiguió agarrarse a un bejuco que colgaba muy bajo y se salvó de una mala caída. Casi de inmediato su mano se

soltó, pero su asida ya había bastado para frenar el encontronazo. Chocó contra el suelo, pero no fue un golpe duro.

Intentó levantarse, pero sus pantorrillas y sus muslos estaban agarrotados por los calambres. Cuando los demás se volvieron para ayudarla, ella trató, con un ademán, de que siguieran su camino.

—Continuad —dijo—. Salid de aquí.

Sidi sacudió la cabeza. Mientras Tomás y Chillido se desplomaban literalmente en el sitio, él se arrodilló junto a ella y empezó a hacerle masajes en las piernas con sus rápidos y largos dedos, frotando sus músculos a través de sus vaqueros de cuero hasta que consiguió relajarlos. Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas por el dolor, pero no se quejó. El alivio que experimentó cuando Sidi consiguió hacerle desaparecer los calambres fue inmenso, aunque seguía sintiendo punzadas en los músculos.

—¿Te dijeron alguna vez que eras un enviado de Dios? —le preguntó Annabelle. Sidi sonrió.

—*Keh*. Recientemente no.

Annabelle le devolvió la sonrisa, pero su momento de buen humor tuvo una vida breve.

—No sé si podré continuar la carrera —dijo—. Estoy en baja forma; siempre me he mantenido en muy buen estado (si vas de gira, y dura varios meses, mejor estar en buena forma), pero últimamente he abusado demasiado de este cuerpo mío.

—Descansaremos aquí un rato..., una media hora.

—¿Y los hombrecitos azules...?

—Los observé atentamente cuando nos capturaron —respondió Sidi—. Aunque tienen un estilo muy bueno en el líquido elemento, no parece que puedan alcanzar grandes velocidades en tierra firme. Creo que por el momento les llevamos mucha ventaja.

—¿Y qué hay del río?

—Vamos a hacer frente a este problema cuando llegue el momento. Chillido los detuvo allí por un rato. Descansa ahora, Annabelle, mientras examino a los demás.

—Estoy demasiado dolorida para descansar —le respondió Annabelle; pero se quedó dormida antes de que Sidi hubiera salvado los dos pasos que lo separaban de donde yacía Chillido.

A la caída de la noche habían dejado ya casi diez kilómetros tras de sí. Exhaustos, se tumbaron alrededor de una hoguera campestre que habían encendido muy hacia el este del sendero, en el lado opuesto al río. Por dos veces habían creído oír los ásperos *chaca-chac* cascabeleantes de los hombres-tiburón, en la dirección de donde venían. Ambas veces se habían escondido junto al sendero, agarrando las lanzas que Sidi había cortado para cada uno de ellos; ambas veces habían sido falsas alarmas. La segunda, encontraron la fuente del sonido: una pequeña criatura, parecida a un

escorpión, de unos treinta centímetros de largo, con un cascabel de crótalo en el extremo de su cola, en lugar de aguijón.

Para cenar tuvieron pescado cocido, que Sidi capturó en el río con su lanza, después de encender el fuego para los demás. En aquel momento estaba endureciendo al fuego la punta de sus lanzas. Cuando terminó con la última, cubrió el fuego con tierra y se sentó en la oscuridad.

Annabelle por fin había recobrado el aliento. La cena la había recuperado un poco, y ahora se sentía más fuerte, aunque algo culpable porque gran parte de las decisiones de aquel día habían caído en las hábiles manos de Sidi. Estaba decidida a cargar con sus propias responsabilidades al día siguiente...; es decir, si podía encontrar la energía suficiente para levantarse por la mañana.

Tomás estaba sentado en solitario, apartado del resto, musitando para sí en portugués durante un rato, luego cayendo en un torvo silencio. Chillido se estaba acicalando: se arreglaba con cuidado sus pelos-púas. El ligero frote de aquellos capilares era el único sonido no natural que pudo oírse por encima de los rumores de la jungla, hasta que Sidi fue a sentarse con Annabelle.

El sonido de sus pisadas era muy apagado, pero a Annabelle le sonaba muy estridente, debido a la tensión de sus nervios, que estaban a la escucha de los sonidos de la noche, esperando que los murmullos de la jungla cesasen ante el *chaca-chac* de los hombres azules. Se apartó un poco para dejarle espacio, y así él pudo apoyarse también en el tronco del árbol en que Annabelle descansaba. Sus hombros se tocaron afectuosamente.

—¿Mañana —preguntó Sidi—, seguiremos hacia Quan?

—Cristo, ya no lo sé. Me entran ganas de retroceder e intentar encontrar a Clive y al resto de la banda.

—El veld es muy extenso, Annabelle; lo más probable sería que no los encontrásemos.

—Sí, ya. Y pasar el resto de nuestras vidas deambulando por allí. ¿Qué crees que deberíamos hacer, Sidi?

—Continuar.

—Eso supongo yo también —suspiró ella—. ¿Crees que aún nos siguen, los hombres-tiburón?

—Sí, creo que sí.

—Necesitamos alguna defensa contra sus cerbatanas. Quiero decir, estas lanzas son buenas, pero tenemos que estar muy cerca de ellos para poderlas utilizar con eficacia. Y para entonces ya nos habrían tumbado.

La lanza que tenía junto a ella la hizo meditar. ¿Sería capaz de clavarla a alguien, incluso a uno de los seres azules? Suponía que sí, si era necesario, pero no estaba segura por completo. Verdaderamente no estaba hecha para aquel tipo de cosas.

—Podría hacer escudos —dijo Sidi—. Si tuviéramos pieles, madera para la estructura, tiempo...

—Tiempo. Ya. Quizá dirigirse a Quan es un gran error, Sidi. ¿Y si sus habitantes no son mejores que los que nos están siguiendo la pista ahora mismo? ¿Y no dijo algo Finn acerca de fantasmas o cosas por el estilo? Quizá tan sólo nos metamos en más líos.

—Por desgracia, según nuestras experiencias hasta aquí en la Mazmorra, parece bastante probable.

—Me pregunto qué estará haciendo Clive.

—Sobrevivir, espero. Pero el veld tiene sus propios peligros, Annabelle.

—Supongo que sí. De acuerdo. Sigamos hacia Quan. ¿A qué distancia crees que se encuentra?

—A tres días y medio o cuatro.

—No sé si podré aguantar otro minuto más en esta jodida jungla. Me siento como una enorme picadura de mosquito.

—Los atraes por la tensión que proyectas, por tu irritación contra ellos. No les hagas caso y descubrirás que te incordian menos.

—Es muy fácil decirlo: a ti no te molestan.

—Porque...

Annabelle rio.

—Lo sé, porque no les haces caso, lo mismo que al calor. Es un truco estupendo, Sidi. Me gustaría que funcionase conmigo, ¿sabes?

—Funciona, Annabelle —insistió él—. Tan sólo inténtalo.

—Perro viejo no aprende trucos nuevos —respondió ella—. ¿Lo dicen también en tu país?

—No. Allí decimos: «Los cautos apenas yerran». Ciertamente no es lo mismo.

—Las mismas cosas, siempre, son aburridas —repuso ella—. Tienen que ser diferentes si quieres que haya chispa.

Annie se volvió hacia él y sólo pudo distinguir la sombra de la silueta de su cabeza cerca de la de ella. La proximidad de Sidi proporcionó a Annie una sensación de calidez, le hizo olvidar los mosquitos y el calor.

—Te aprecio, Sidi —le dijo ella suavemente—, te aprecio muchísimo.

Annie empezó a levantar una mano hacia la mejilla de él, pero en aquel preciso momento los ruidos de la jungla nocturna callaron y todo fue silencio a su alrededor. Annabelle y Sidi se separaron, buscando sus lanzas. Tomás se sentó bruscamente, con la lanza en sus manos sudorosas. Chillido se inmovilizó, y luego, con gran rapidez, se arrancó cuatro pelos-púas, uno para cada una de sus manos.

*Chaca-chaca-chaca...*

El sonido parecía provenir de todas partes a su alrededor. La noche se llenó de aquel sonido. Annabelle sintió que el pecho le iba a estallar, y se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Espiró el aire lentamente e intentó dar a su respiración un ritmo más suave, pero lo único que querían sus pulmones era hiperventilación a toda costa.

Los cuatro se pusieron en pie, cada uno atento a un ángulo diferente de la jungla. *Chaca-chaca-chaca...*

—Ha sido un placer haberos conocido, muchachos —dijo Annabelle en voz baja.

La tensión le producía un hormigueo irresistible en la piel. Esperaba sentir en cualquier momento, en algún punto de su cuerpo, la punzada de un dardo. Cambiaba continuamente el modo de coger la lanza, tratando de buscar la mejor postura; por fin se decidió por el estilo de Little John/Robin Hood: la cogería por donde podría usarla como un bastón de lucha.

Entonces hubo un silencio total.

—¿Qué...? —empezó Annabelle, pero entonces se percató de que había habido otro sonido, diferente del de las úvulas vibrantes de sus perseguidores.

Un toque de tambores. Parecía tener su origen en los árboles que crecían por encima de ellos: un sonido profundo, hueco, que resonaba por todas partes.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

Por el rabillo del ojo vio una silueta que se movía. Se volvió hacia allí y vislumbró la sombría e hidrodinámica cabeza que se alzaba por encima de la sombra de una aleta dorsal. Annie levantó su arma, dispuesta para lanzarla, cuando algo cayó de los árboles y aterrizó directamente sobre su atacante.

Salvo por el viento que azotaba su rostro y por la leve vibración de la máquina entre sus piernas, Clive no experimentaba sensación alguna de movimiento, de viajar, al menos no en el modo que le era conocido. No había el balanceo de la cubierta de un navío bajo sus pies, el traqueteo del banco de un carruaje, ni la oscilación de la ambladura de un caballo. En lugar de ello, se sentía transportado como una hoja por el viento, o como una cometa, flotando justo por encima del suelo con tal rapidez que éste era sólo una masa confusa.

El concepto en conjunto era decididamente desconcertante, pero, aunque con el paso de las horas se fue acostumbrando, no estaba seguro de que acabara gustándole. En aquel sentido compartía más la opinión de Finnbogg que la de Smythe y Guafe, los cuales parecían disfrutar del viaje: uno, tremendamente, como quien lleva a cabo una nueva experiencia agradable; el otro, admirándolo como un medio de locomoción muy práctico y rápido, muy superior al sistema de ir colocando un pie delante del otro. Para Clive continuaba siendo demasiado antinatural.

Volaban como saetas a través del veld, siguiendo la pista de la manada de brontosaurios, hasta que este camino de hierba devastada que señalaba su rumbo giró hacia el sur, dirigiéndose de nuevo a las montañas. Los aerodeslizadores continuaron rectos, elevándose por encima de la alta vegetación malva-amarillenta que no había sido aplastada o devorada por el paso de los behemotes. Las hierbas se fustigaban unas contra otras al rápido paso de las naves a ras de ellas.

Componían la partida cinco pequeños aerodeslizadores, uno para el transporte de cada uno de los miembros de la compañía de Clive, y un quinto que iba situado delante como explorador; éste se mantenía en contacto con las demás naves con lo que Keoti llamaba radiotransmisor. Clive supuso que era una variedad del sistema telegráfico y le sorprendió enterarse de que por aquel sistema podían transmitirse palabras reales.

Cuando aquella noche se detuvieron para acampar, durante los diez primeros minutos de bajar de la nave, a Clive le pareció que el suelo temblaba bajo sus pies; pero después sus piernas recuperaron su equilibrio terrestre. Del interior de compartimientos situados bajo los asientos de los voladores, los dramaranos sacaron tiendas de campaña que parecían montarse casi solas. Luego siguieron las provisiones y, para cocinarlas, unos hornillos portátiles, sin fuente alguna de calor que Clive pudiese detectar. El término *microondas* no le dijo nada.

—Explicadme algo de vuestras naves —pidió el ciborg a sus anfitriones después de

haber cenado—. ¿Por qué no viajáis en una nave mayor? Seguro que vuestra tecnología es lo suficientemente avanzada como para fabricar aeronaves de mayor capacidad y rapidez, que puedan subir más arriba en la atmósfera.

El teniente de Keoti, Abro L'Hami, respondió. Era un hombre alto, de pelo negro, con la barba de un día, y unos ojos negros y penetrantes. Al igual que los demás dramaranos, a medida que el día había ido avanzando, se había vuelto más amistoso con el grupo de Clive.

—Mucho de lo que ves arriba —contestó Abro— no es cielo auténtico. Mientras que hay agujeros que suben directamente hacia los niveles superiores del mundo, la mayor parte de lo que hay arriba es en realidad una delgada capa de una sustancia pegajosa, cuya naturaleza todavía no hemos podido identificar. Hemos conseguido hacer pasar naves a través de esa capa, pero inevitablemente sus motores se atascan con la masa pegajosa, lo que provoca la caída y la destrucción de la nave.

Guafe levantó la vista hacia los cielos nocturnos, salpicados de constelaciones desconocidas. La tajada de una luna surgía por el este.

—Curioso —dijo.

—Pero, ¿y las estrellas? —preguntó Smythe—. Hemos visto el sol a diario, y la luna está saliendo ahora. Abro se encogió de hombros.

—Si lo supiéramos todo de la Mazmorra, la dominaríamos. Pero no es así.

—Principalmente —agregó Keoti— porque creemos que hay algunas cosas que los hombres nunca sabrán. Viajeros a través de los niveles, como vosotros, son muy raros para nosotros. Nos cuesta mucho comprender por qué llevan a cabo una empresa tan peligrosa.

—Queremos regresar a casa —replicó Clive—. Es así de simple. No estamos aquí por voluntad propia, y deseamos volver a nuestro propio mundo.

Los dramaranos lo miraron con curiosidad.

—Este es un mundo bueno —dijo Keoti al fin—, siempre que uno procure evitar la jungla.

Clive y Smythe intercambiaron miradas de ansiedad.

—¿La jungla? —repitió Clive con cientos de temores que se le agolpaban en el pecho—. ¿Por qué hay que evitarla?

—En la jungla viven muchas tribus primitivas y salvajes, más salvajes cuanto más se penetra en ella. Guerrean constantemente unas contra otras y contra los forasteros que cruzan sus tierras. ¿Por qué pones esa cara de preocupación?

—Tenemos... compañeros que han ido a la jungla.

Keoti lo miró apenada.

—No sobrevivirán, comandante Folliot.

—Por favor, llámeme Clive —dijo distraídamente. Su angustia por Annie y los demás se intensificaba—. Con esas naves voladoras tuyas... ¿nos podrían llevar a la jungla para rescatarlos?

—Imposible. Nunca vamos a la jungla..., Clive. Hacerlo sería la muerte segura.

Dejamos las tribus en paz, como ellos nos dejan en paz a nosotros. No tenemos necesidad de entrar en su jungla. Tenemos nuestro veld y nuestros bosques más allá de Dramara. Tenemos a los pórtens para la carne, Montañas Andantes de proteínas. Todo lo demás que necesitamos, lo cultivamos nosotros mismos. No es mala vida, Clive, y, a causa de tus relaciones con nuestro salvador, aquí serás bien tratado.

—Una pregunta: ¿cómo llegó a ser su salvador sir Neville? —interrogó Smythe.

—Antes os mencioné el Largo Letargo —respondió Keoti—. Aquí nuestras estaciones son largas; verano e invierno duran muchos... —hizo una pausa, como si buscara la palabra exacta—... lo que el padre Neville llama siglos. Cuando los pórtens emigran y los hielos llegan, nos retiramos a nuestro Largo Letargo. Es una forma de hibernación controlada mecánicamente. La primavera anterior, el mecanismo que nos despierta falló y dormimos toda la estación hasta muy entrado el verano. Y fue el padre Neville quien nos despertó de nuevo.

—¿Cuánto hace de esto? —inquirió Clive.

Le parecía muy raro que, en aquel nivel, Neville hubiera podido realizar tanto en tan poco tiempo. Para empezar, ¿cómo había llegado tan pronto a Dramara?

—Hace ahora al menos cinco años —dijo Abro.

—Según vuestro modo de calcular el tiempo —añadió Keoti.

Aquella respuesta fue un golpe inesperado y tremendo para Clive y los suyos.

—¿Cinco años? —repitió Clive lentamente.

El teniente dramarano asintió.

Eso era imposible, pensó Clive. A menos que hubiera habido alguna corriente en el tiempo que hubiera enviado a Neville allí años antes de que su grupo llegara, aunque hubiera abandonado el nivel anterior sólo poco tiempo antes que ellos. ¿Era posible una cosa semejante? En la Mazmorra, ¿quién lo podía decir?

—¿Nos han estado esperando todos estos años? —preguntó Smythe.

Keoti movió la cabeza negativamente.

—Oh, no. Sólo hace unas cuantas semanas que el padre Neville nos dijo que estabais al llegar.

Más tarde, cuando Smythe y Clive estaban tumbados en la tienda que compartían, comentaron los hechos.

—Hay otra posibilidad, mi comandante —dijo Smythe después de haber examinado detalladamente los hechos y de permanecer tendidos en silencio durante un largo rato. Su voz flotó hacia Clive desde la oscuridad, como un sonido incorpóreo—. Quizá no sea Neville quien nos aguarda en Dramara. No sería la primera vez que alguien nos juega esta mala pasada.

—Pero los dramaranos me conocen a mí y lo conocen a usted. Tiene que ser mi hermano. ¿Cómo un desconocido podría estar a nuestra espera?

Ninguno de los dos hombres tuvo respuesta a ello. Al final, dejaron que el silencio volviera a caer entre los dos. La respiración de Smythe se tornó monótona y se durmió, pero Clive permaneció en vela durante largo tiempo, contemplando con

mirada ausente el techo de la tienda.

En aquellos momentos estaba pensando en Annabelle, deseando haber insistido más para convencerla de que continuara con él.

Annie se había convertido en un pequeño y persistente remordimiento en su conciencia, desde el mismo momento en que los dos grupos habían seguido caminos distintos; pero, aunque continuaba preocupándolo, sabía con toda certeza que era una mujer de recursos, y que además iba acompañada (exceptuando el español) por amigos de confianza. Clive había podido mantener esperanzas respecto a su supervivencia. Pero ahora, con la determinación del tono de Keoti, al hablar del destino cierto de cualquiera que osase entrar en la jungla, resonando en su mente, la esperanza se esfumó.

La dura verdad pesaba en su estómago como una roca. Nunca volvería a ver a Annabelle ni a ninguno de sus demás compañeros. Era una amarga conclusión, agravada por el sentimiento de culpa que experimentaba por haberlos dejado ir por cuenta propia. Como jefe, era responsabilidad suya mantener la compañía junta; sin embargo, había fallado en aquel cometido y había firmado la sentencia del destino de Annabelle y los suyos.

«Debería haberlo intentado con más energía», pensó entristecido.

Pero ahora era demasiado tarde.

Llegaron a Dramara avanzada ya la tarde del día siguiente. Nadie del grupo de Clive (ni siquiera Chang Guafe) estaba preparado para la misteriosa inmensidad de aquella ciudad en ruinas. Volaron por encima de acres y acres de edificios abandonados, columnas caídas en medio de calles, muros derrumbados que al caer habían esparcido sus enormes bloques de piedra por doquier, suelos que se habían hundido hacia los cimientos enterrados. Aquí y allí, había torres altísimas que aún continuaban en pie, pero la mayor parte de la ciudad tenía el aspecto de una ciudad de juguete aplastada por una pesada bota.

No divisaron a nadie hasta que llegaron al centro de la ciudad, donde tenían lugar los trabajos de restauración. Cientos de dramaranos trabajaban enfebrecidos como hormigas alrededor del edificio que estaban reconstruyendo. Extraños artilugios mecánicos se usaban para levantar los bloques de piedra y colocarlos en su sitio. Clive habría permanecido observando el curioso trabajo durante horas y horas, pero su vuelo los llevó a una zona de aterrizaje, junto a un descomunal amontonamiento de rocas, donde las naves tomaron tierra, una tras otra.

El grupo fue conducido al interior de lo que pareció ser una gruta alumbrada por globos en forma de bulbo que colgaban del techo. Keoti los hizo pasar a una pequeña habitación en donde apenas cabían los nueve. Cuando las puertas se cerraron con un silbido y la habitación empezó a moverse hacia abajo, Clive experimentó un súbito momento de pánico. La rapidez de su descenso le produjo una sensación de vértigo,

como si el estómago le hubiera subido a la garganta. Junto a él, Finnbogg soltó un gemido profundo.

Clive supo más tarde que aquello había sido su primer viaje en un ascensor, un aparato que lo llevaba a uno de planta en planta de un edificio sin necesidad de subir y bajar escaleras. Fue sólo la primera de las maravillas mecánicas que descubriría en aquella ciudad de ensueño.

El ascensor los depositó en una encrucijada de largos pasillos, muchas plantas por debajo de donde los habían dejado los aerodeslizadores, según comentó Abro. Tres corredores salían del cruce; el ascensor estaba situado exactamente en la intersección de la «T». Las paredes de los corredores eran lisas, y su iluminación provenía del mismo techo, ya no de globos.

—¿Dónde podemos encontrar al padre Neville? —preguntó Clive.

—Os verá mañana —contestó Keoti—. Primero os enseñaré vuestras habitaciones, donde podréis tomar un baño y comer. ¿Me seguís?

Dejaron allí al resto de dramaranos y siguieron a Keoti por una desorientadora serie de pasillos. Por fin la Primera Exploradora se detuvo ante una puerta, que se abrió con un silbido cuando apoyó la mano en la placa de metal incrustada junto al marco.

—Esta será tu habitación —le indicó a Guafe—. Si desconoces el funcionamiento de algunos de los aparatos, sólo tienes que hablar por esta rejilla y alguien vendrá a ayudarte.

Uno tras otro, mostró a Finnbogg y a Smythe sus habitaciones. Smythe tuvo un momento de duda ante su puerta.

—Bien, pues, mi comandante —dijo Smythe—. Lo veré luego.

La puerta se cerró tras él y Keoti llevó a Clive a la habitación que le habían asignado. Llegaron y Keoti entró con Clive. Este quedó boquiabierto ante tanta maravilla. Había pocos muebles, pero eran lujosísimos. La cama era grande y cómoda. Las sillas estaban acolchadas. Una falsa chimenea, con un mecanismo en su parte interior, daba la impresión de que allí ardía un fuego acogedor.

Para mucho de lo que ahora veía, no tenía denominación. Más tarde supo que las pinturas exactísimas a todo color que colgaban de la pared (con pinceladas tan diminutas que no podía distinguirlas y demasiado precisas y coloreadas para ser daguerrotipos) eran en realidad fotografías. Que el curioso aparato parecido a una ventana, en un rincón, era una pantalla de vídeo. Que la alfombra (de la esponjosidad de las plumas) que tenía bajo sus pies, no era de lana, sino de un material sintético.

Al oír el ruido de una cremallera se volvió y vio a Keoti que se quitaba su vestido plateado. Bajo esta ropa no llevaba nada más.

—¿Nos bañamos? —sugirió ella con una sonrisa.

—Yo... es que...

Su atrevida desenvoltura hizo que Clive se quedara sin habla durante unos momentos. Keoti salió del vestido y lo echó en una silla. Se volvió hacia él, y entró en

otro cuarto, que resultó ser el baño. Clive observó el movimiento de sus nalgas al andar, pero levantó la mirada cuando ella volvió la cabeza ligeramente hacia él.

—¿Vienes? —le preguntó por encima del hombro.

Al asentir Clive, ella desapareció de la vista. Clive se despojó apresuradamente de sus ropas. Y, cuando fue al encuentro de Keoti, ésta estaba en pie en un pequeño compartimiento, bajo el agua que le llovía de un grifo situado por encima de ella. Keoti lo atrajo hacia dentro y le puso una pastilla de jabón en la mano, un jabón que dejó su piel maravillosamente resbaladiza.

Después de una larga y algo confusa ducha, que dejó tanta agua en el suelo como la que les había caído encima, Keoti le afeitó la barba y le cortó la salvaje maraña de su pelo. Cuando se retiraban a la cama, Clive se sintió como un hombre nuevo: limpio, afeitado y civilizado. Keoti lo empujó hacia el colchón y ella se sentó a horcajadas encima de él.

—Ciertamente sois un pueblo hospitalario —dijo mirándola.

Ella bajó su rostro para darle un largo beso. Y Clive la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él.

—Muy hospitalario —añadió.

—No hables —le dijo ella, y le indicó otros asuntos en los que podía ocuparse.

En el mismo momento en que el atacante de Annabelle cayó, algo minúsculo pasó silbando velozmente junto a su oreja. «Un dardo envenenado», pensó ella. Instintivamente se agachó, aunque el dardo ya había pasado, y tan cerca que casi había percibido su contacto. Sacudió la cabeza y se acercó hacia el atacante caído, con la lanza todavía levantada.

Quería ayudar, pero lo único que podía ver de las dos figuras enzarzadas en la lucha era una confusa mezcla de sombras. Tantas posibilidades tenía de herir a su benefactor como al hombre-tiburón que había disparado contra ella. Entonces algo la cogió por las rodillas y la tumbó. Ella luchó para desasirse hasta que oyó la voz de Sidi.

—¡Quédate en el suelo! Deja que combatan entre ellos, Annabelle: parecen saber quién es quién mejor que nosotros.

Annie dejó de resistirse a su abrazo. Sidi la soltó y retrocedió a gachas hasta el árbol donde habían estado apoyados momentos antes, y ella lo siguió, manteniendo la cabeza baja. Sidi tenía razón. Lo mejor que podían hacer en aquel momento era simplemente mantenerse al margen.

Chillido ya estaba allí, en posición semiagachada, intentando distinguir algo con sus ojos compuestos, pero sin conseguirlo más que Annabelle, incluso a pesar de sus seis ojos extra.

Por todas partes había figuras que luchaban. Oían las voces conocidas, guturales, de los hombres-tiburón, que lanzaban aullidos de dolor y de odio. Entremezclados con este tumulto, había sonidos de tambores y de voces diferentes que parecían casi humanas, casi comprensibles. Más siluetas continuaban cayendo de los árboles. Luego, de repente, los seres azules supervivientes emprendieron la huida.

Annabelle y Sidi se reunieron con Chillido, quien ya se había puesto en pie. Y, cuando apareció el resplandor de las antorchas, divisaron a Tomás hecho un ovillo junto a otro árbol, cubriéndose la cabeza con las manos.

—Todo ha acabado ya, héroe de pacotilla —le gritó Annabelle.

«Dios, vaya comadreja».

Y desvió la vista hacia sus benefactores, que ahora se les acercaban. Por encima de ellos, los tambores seguían tocando, pero ahora con ritmo diferente, que ya no era amenazante, sino alegre. Las antorchas iluminaron su campamento, ahuyentando las sombras. Y los recién llegados...

«¿Cómo es que no estoy sorprendida?», pensó.

Eran simios, una tropa entera. En la forma, más humanoides que los gorilas y otros grandes monos de su propio mundo, pero, no obstante, definitivamente simioscos. Era como si la evolución de los monos hubiera tomado en ellos una ruta diferente, o todavía no estuviera completamente definida.

Tenían la frente alta, pero la parte inferior de su rostro sobresalía ligeramente como la de un chimpancé. Sus ojos estaban dispuestos muy juntos en la parte superior de una ancha nariz. Tenían el cuerpo recubierto de pelo, pero llevaban variadas piezas de vestir. Todos usaban taparrabos y se adornaban con brazaletes y collares. Algunos ostentaban bandas alrededor de los hombros; otros, una especie de bufanda alrededor del cuello. Otros, cintas de tela en la frente, o atadas en los brazos o en los muslos. En los grandes pabellones de sus orejas brillaban pendientes; algunos de ellos llevaban una retahíla de pendientes que subía por el borde del pabellón, como la misma Annabelle.

Unos iban armados con lo que parecía una especie de bastón lanzable, de unos treinta centímetros de largo y con un nudo o bola en cada uno de los extremos. Todos exhibían puñales en sus cinturones, o en sus manos.

El que iba delante se detuvo a unos pasos del grupo y dijo algo. De nuevo sonó casi familiar, pero Annabelle sacudió la cabeza para indicar que no comprendía.

—Nosotros amigos —dijo entonces el simio. E hizo una ancha sonrisa que dejó al descubierto sus dientes—. Enemigos de... —y agregó algo que Annabelle casi no captó, algo que sonaba como *chasuck*—. Amigos nosotros.

—¿Habláis inglés?

La Mazmorra era una caja de sorpresas imprevisibles para Annie. Con todo lo que les había ocurrido ya... pero ¡simios que hablasen una especie de inglés macarrónico!

El simio cabeceó y dijo:

—¿Inglés, hablas bien, sí?

—Muy bien.

—¿Tú vienes nosotros, sí?

Annabelle dirigió una mirada a sus compañeros. Tomás movió la cabeza en señal negativa, pero los otros dos indicaron su asentimiento.

—Vamos con vosotros —repuso ella—. Gracias por vuestra ayuda. ¿Cómo... ejem... debemos llamarte?

—¿Uh?

—¿Tu nombre?

El simio mostró una sonrisa enorme.

—Yo Chobba. Gran jefe. Mato chasuck... ¿tú?

Annabelle señaló al hombre-tiburón muerto que casi había conseguido acabar con ella.

—¿Eso, chasuck?

El simio asintió con grandes cabeceos y escupió al cadáver. Se arrodilló junto a él, sacó el puñal de su cinturón y empezó a cortarle la aleta dorsal. Muchos de los demás

simios ya llevaban trofeos similares. Annie recordó al jefe de los seres azules, su bastón y lo que colgaba de su cinturón.

—Los cráneos que vimos en el poblado de los hombres-tiburón —dijo a Sidi.

—Eran los cráneos ya secos de esos simios, Annabelle —confirmó él.

Chobba acabó de cortar la aleta y se la ofreció a Annabelle. Ella negó rápidamente con la cabeza, pero se aseguró de no dejar de sonreírle mientras lo hacía. La regla de etiqueta número uno de Annie en caso de encontrarse con simios en junglas desconocidas era: hasta descubrir sus costumbres, nunca está de más sonreír a todo como un bobo.

—No, gracias, Chobba. Quédatela.

Él asintió. Luego, con la punta del puñal hizo un agujero en su parte superior, se la colgó de su cinturón con una tira de cuero y colocó de nuevo la hoja en la vaina.

—Venid —dijo—. Nosotros vamos.

Y saltó a la rama más baja del árbol que le quedaba directamente encima. De todas partes del claro, el resto de la tropa que se encontraba en tierra saltó a los árboles y se reunió con los que arriba los esperaban con los tambores, ahora silenciosos, colgados a su espalda.

—¡Chobba! —gritó Annabelle.

Él la miró arriba, con el rostro arrugado por una expresión de perplejidad que, debido a su amplitud, era casi cómica.

—¿Tú no vienes?

Annabelle extendió las manos en un gesto de desesperación.

—No soy buena en los árboles como tú, jefe —le dijo.

Annabelle ya había visto antes la mirada que apareció entonces en el rostro del simio: era la mirada con que una persona sana contempla a una inválida. Chobba se dejó caer a tierra y se le acercó lentamente. Extendió las manos y apretó los brazos de Annie, pero ésta se mantuvo tranquila. Él meneó la cabeza despacio, arqueando las cejas interrogativamente.

—¿Mareo? —preguntó.

—No, sólo que no voy bien por los árboles —contestó Annie.

—Chobba anda con tú —dijo.

Se volvió y llamó a sus compañeros. Algunos portadores de antorchas y un tamborilero descendieron a tierra. El resto de la tropa se lanzó a través de la noche, columpiando sus antorchas entre los árboles, parpadeando como luciérnagas que desaparecen tras las ramas y reaparecen de nuevo.

—Nosotros vamos ahora —le dijo Chobba—. ¿Andar en piernas, sí?

Annabelle sonrió.

—Sí —dijo—. Andaremos en piernas. Por casualidad no conocerás a un tipo llamado Tarzán, ¿verdad?

—¿Es rogha, como yo?

—No. Es un hombre de una historia, como yo. Pero alto y fuerte y sabe viajar por

los árboles, como tú.

Chobba miró a su alrededor.

—¿El viene pronto?

Annabelle volvió a sonreír.

—Sólo estamos nosotros, Chobba.

Él se rascó la cabeza y luego se encogió de hombros. Los condujo de nuevo al sendero y allí emprendieron la marcha al paso más rápido de que fueron capaces. Mientras seguían a Chobba, Annabelle se acercó a Chillido.

*¿Andar en piernas?*, dijo Chillido con una leve sonrisa. *¿Qué pensará Chobba de todas mis patas?*

Annabelle rio.

—Vaya sitio. Más divertido que un mico...

—¿Que un mico qué, Annabelle? —quiso saber Sidi cuando ella dejó la frase inconclusa.

Annabelle miró los anchos hombros de Chobba, que andaba delante. Otro rogha iba justo detrás, junto a Sidi. Los restantes caminaban más rezagados; uno tocaba el tambor con un ritmo suave. Regla de etiqueta número dos de Annie: no te burles de alguien que acaba de salvarte el pellejo.

—No tiene importancia —le respondió.

Naturalmente, el poblado de los roghas estaba en lo alto de los árboles, muy en lo alto de las copas de los árboles.

Llegaron a él en el mismo momento en que apuntaba el alba: el sol de color salmón dibujaba sombras alargadas en la vegetación azul-verdosa. Annabelle dobló el cuello atrás, miró hacia arriba y, por entre los espacios del follaje y las ramas y a unos veinte metros de altura, pudo distinguir sus chozas de caña, construidas en plataformas. Los fuegos para cocinar ya estaban encendidos y enviaban su humo matutino al cielo.

—Casa ahora —dijo Chobba.

Annabelle bajó la vista del poblado y la posó en las facciones del jefe.

—Es muy privado —comentó ella.

Chobba parpadeó, sin comprender.

—Muy seguro —intentó ella.

—Mucho seguro —le aseguró él.

—Y alto.

Chobba le apretujó los brazos de nuevo.

—Yo llevo tú, ¿sí?

Annabelle tragó abundante saliva.

—Ah... sí. ¿Por qué no?

—¿Qué ocurre, Annabelle? —preguntó Sidi.

—Bien, ya sabes. Las alturas me dan canguelo.

Ella recordó el descenso de la meseta donde habían aparecido al llegar a aquel

nivel. Allí había sido más fácil pasar por alto el miedo que agarrotaba sus músculos, porque las rocas eran sólidas y la inclinación no demasiado pronunciada, y había personas atentas a quien cogerse si sentía demasiado vértigo. Pero esto era ir hacia arriba, y quedarse allí, pues el poblado no era más que un puñado de plataformas oscilantes cerca de la cima de los árboles más altos que nunca había visto.

Sidi le echó una mirada preocupada.

—Quizá deberíamos plantar nuestro campamento ahí abajo.

—Correcto. Donde los hombres-tiburón puedan llegar arrastrándose y atacarnos por sorpresa... o sabe Dios qué más.

—Pero si no puedes subir...

Annabelle soltó el aliento despacio, intentando calmarse.

—Oh, puedo subir —dijo—. Sólo que no sé qué mal lo voy a pasar arriba, eso es todo.

—¿No feliz? —preguntó Chobba.

—Estoy delirante de alegría —replicó ella.

De nuevo el parpadeo de incompreensión.

—Muy feliz.

Chobba sonrió.

—Vienes —dijo.

Con un ademán le indicó que se subiera a su espalda y se cogiera de su cuello. Annabelle tomó aire un par de veces, lentamente, intentando aquietar el súbito y rápido tamborileo de su corazón. Chobba dobló las rodillas y se agachó para hacérselo más fácil. Ella se abrazó a su cuello, sorprendiéndose por el olor a limpio de su pelo (no tenía nada que ver con el hedor de una jaula de monos en el zoo) y por la suavidad de su tacto. Él le indicó que colocara las piernas alrededor de su cintura.

Annie intentó que su miedo no la obligase a agarrarlo tan fuerte que lo asfixiara. Chobba se enderezó un momento, dando un ligero saltito sobre sus talones para ajustarse la carga y luego se lanzó hacia la rama más baja. Annabelle dejó su corazón atrás, en tierra.

El ascenso por las ramas de la jungla fue sólo una secuencia borrosa y vertiginosa. Annie cerró los ojos después de los dos primeros saltos al vacío de su estómago, y los mantuvo cerrados fuertemente, hasta que llegaron a su destino. Cuando Chobba trató de abrirle los dedos para soltarse, Annie aflojó los músculos por completo y se desplomó. Otro rogha la cogió antes de que se precipitase al vacío, pero no antes de que ella captase una fugaz visión escalofriante de la distancia que había hasta el suelo de la jungla.

Dejando escapar un débil gemido, Annabelle se alejó del borde de la plataforma y se agarró violenta y desesperadamente del brazo del segundo rogha. El simio le sonrió tranquilizándola. Se desasíó suavemente de sus dedos, la llevó junto a una choza y la dejó sentada con la espalda apoyada en una pared de cañas, con el borde de la plataforma a unos buenos tres metros de ella.

Otro rogha apareció entonces en el borde, con un Tomás ceñudo cargado a su espalda. Tan pronto alcanzaron la plataforma, Tomás bajó de su transporte y echó a andar con una indiferencia y un pavoneo totales y se volvió hacia el borde otra vez, donde miró hacia abajo. La experiencia de trepar por el aparejo de un barco hacía ya tiempo que lo había librado de cualquier síntoma de acrofobia que pudiera haber tenido.

Sidi llegó poco después, y su rostro quedó surcado de arrugas de preocupación al mirar en dirección a Annabelle.

—Annabelle —dijo al tiempo que se apresuraba hacia ella.

Esta intentó imitar la sangre fría de Tomás y con la mano le hizo una seña de despreocupación, pero lo único que sentía realmente era el balanceo de la plataforma bajo sus pies. Tenía el pecho tan comprimido que apenas podía respirar.

—Yo... ya me pondré bien. No hay problemas. —E intentó hacer lo que esperaba que fuese una ancha sonrisa, pero se dio cuenta de que sólo le había salido una mueca—. ¿Dónde está Chillido?

—Sube por su cuenta.

—Bien.

Evidentemente. Siendo más araña que persona, la arácnida no tendría problemas trepando en su estilo propio.

Annabelle se esforzó por tranquilizarse. Aspiraba, mantenía el aire dentro durante unos segundos, y espiraba. Trataba, desde su posición colgante, de observar lo que podía distinguir del poblado, con las piernas retraídas contra su pecho y los brazos cerrados alrededor de las rodillas.

Las chozas eran similares a las de los hombres-tiburón, incluso con los perros zarigüeyas colgando de ramas o barras junto a las puertas. Pero no había nada de la sensación amenazante que había experimentado en el otro poblado. Aquí, los pobladores, mujeres peludas y niños, ancianos y ancianas de pelo pardo canoso, los miraban con una curiosidad amistosa. Entonces se dio cuenta de que faltaba Chobba.

En el mismo momento en que Chillido aparecía por el borde de la plataforma, Chobba reaparecía junto a Annabelle, llevando una bolsa. De ella sacó una hoja gruesa y se la ofreció.

—Para miedo —dijo, poniéndole la hoja en las manos, ya que ella misma no la cogía—. Tú sentirás mejor. No más miedo, ¿sí?

Annabelle tomó la hoja con vacilación. ¿Ah, sí? Y, de todos modos, ¿qué era exactamente? Si aquello iba a hacer que se sintiera «mejor», era probable que fuera algún tipo de droga; y, mareada como estaba, no tenía la intención de drogarse con una versión local de quién-sabe-qué.

—No... no creo... —repuso ella—. No quiero estar demasiado feliz.

¿Cómo podía decirle que no le gustaban las drogas?

—No feliz —replicó Chobba. Su rostro se arrugó cómicamente al intentar buscar las palabras correctas—. Fetichera, ella ha encontrado. Detiene miedo es todo.

El árbol se balanceó y el estómago de Annie dio un vuelco.

«¡Qué diablos!», pensó ella.

Levantó la hoja y se la puso en la boca. Era carnosa, y nada más morderla sacó su jugo. Tenía un gusto agrídulce que descendió por su cuello con una sensación desentumecedora. Al cabo de un momento, tomó la segunda hoja que Chobba le ofrecía.

—¿Contenta ahora? —le preguntó.

«Es un poco pronto, ¿no crees?», pensó Annabelle, pero entonces se percató de que ya se sentía mejor. No se sentía volar, no era como tomar un alucinógeno como temía, sino que se sentía calmada. Los músculos se aflojaban, el pecho se relajaba, el pánico se desvanecía. Las hojas no le produjeron ninguna especie de pérdida de los sentidos. Sólo la tranquilizaron.

—¿Cómo se llama el producto? —preguntó ella.

—Byrr —respondió Chobba—. ¿Gusta a ti?

—Está bien —respondió Annie.

Estaba a punto de añadir algo cuando un movimiento al otro extremo de la plataforma captó su atención. Y quedó absolutamente estupefacta al ver a un hombre blanco abriéndose paso entre el grupo de roghas. Era delgado y nervudo y debía de tener casi sesenta años o más. Una cabellera blanca como la nieve y una gran barba le daban el aspecto de un pequeño y huesudo Santa Claus; pero no iba vestido de rojo.

Cuando llegó frente a Annabelle y a su compañía se detuvo en seco, mirándolos de hito en hito.

—Dios mío —dijo él finalmente—. ¿Alguno de vosotros habla inglés?

Cuando Clive despertó a la mañana siguiente, estaba en la cama solo. Todo lo que quedaba de la presencia de Keoti era el hoyo que su cabeza había dejado en la almohada.

Paseó la mirada por la habitación en su busca, pero en lugar de ella vio a Smythe, sentado a la mesa junto a la pantalla de vídeo, sorbiendo té de un tazón de porcelana blanca. También él estaba recién afeitado, exceptuando su poblado bigote; además le habían recortado pulcramente el pelo. Los restos de su desayuno se esparcían en una bandeja que tenía ante sí. Junto a su bandeja, había otra cubierta con una tapa metálica.

Clive pensó en la noche anterior y el sentimiento de culpabilidad se despertó en su interior. ¿Cómo podía haber olvidado a Annabella con tanta facilidad? ¿Y por qué? Por un revolcón en el catre con una mujer (de acuerdo, una mujer terriblemente atractiva) que tan sólo acababa de conocer. Era verdad que Annabella estaba fuera de allí, en el mundo de más allá de la Mazmorra, y él estaba dentro, con pocas esperanzas de volver a verla, pero no obstante...

Mientras pensaba en Annabella, lo envolvió una rara sensación y creyó recordar una noche con ella... Se encontraban en sus aposentos, luego salían para ir a una fiesta con George du Maurier..., una fiesta en honor al ascenso de Clive, y por su compromiso con Annabella.

Tan sólo había sido un sueño, claro.

Pero continuaba. Pareció recordar que paseaba solo, la misma noche, aunque más tarde, por los barrios bajos de Londres y que tropezaba con Annabella. Sólo que entonces iba caracterizada como una prostituta...

Imposible. Tenía que haber sido un sueño.

Pero parecía espantosamente real. Y, arrastradas por esos recuerdos, otras evocaciones de ensueño revolotearon en su mente. Una peculiar conversación... oída en la oscuridad... Pero, tan pronto como intentaba concentrarse en la conversación, ésta se desvanecía.

En la cama aún, suspiró y se incorporó. Smythe levantó la mirada al oír que se movía y le sonrió levemente.

—Una noche atareada, ¿no, jefe? —insinuó.

Con un esfuerzo, Clive alejó de sí sus extrañas sensaciones.

—Es demasiado temprano para sus ironías —le respondió.

Smythe dio un rápido tirón al pelo de su frente.

—Lo siento, jefe. Sólo estaba practicando.

Clive no pudo evitar una risa ante la sumisión burlona de Smythe.

—Incorregible —dijo—. Es el único término que se le puede aplicar correctamente, Horace.

—Tiene toda la razón, mi comandante. ¿Tendré que tirarme al Támesis por haberlo molestado por la mañana? Una palabra suya bastará.

—No tengo la menor duda de que en el mismo instante que se tirase del puente me estaría robando la cartera.

—¡Por Matusalén! La idea no me pasó nunca por la cabeza, mi comandante. ¿Cómo podré volver a ganar su confianza?

—Pues póngame algo del té que está guardando tan celosamente para usted.

Clive hizo volar las piernas por encima de la cama, las depositó en el suelo y enseguida se puso los pantalones, sorprendido de encontrarlos limpios.

—Limpios, zurcidos y planchados mientras dormíamos —dijo Smythe tirando de la tela de su propia camisa—. La hospitalidad de nuestros anfitriones es intachable.

Clive se sentó a la mesa con su compañero. Levantó la tapa de su bandeja y encontró lo que le aguardaba: un desayuno compuesto por huevos, filetes fritos de lo que debía de ser carne de porten, bizcochos y fruta fresca. Smythe le pasó un tazón de té.

—Es como si en nuestro mundo estuviéramos en un hotel de lujo —comentó.

Clive asintió. Dio un sorbo al té y de nuevo quedó sorprendido. Tenía el gusto aromático de la mezcla india.

—¿Le enseñó Keoti cómo funcionaba esto? —preguntó Smythe, señalando la pantalla de vídeo.

—No. Estábamos ocupados... en otros asuntos. Me lo describió como una especie de ventana... —Y encogió los hombros: la terminología que había utilizado para describir sus funciones se le escapaba.

—Es una máquina maravillosa. Puede hacer aparecer palabras en la pantalla, como un libro, pero también tiene ilustraciones. No ilustraciones fijas, sino cuadros móviles que han sido grabados previamente y almacenados en su interior, algo en el estilo de lo que nuestro amigo Guafe describió como el funcionamiento de su memoria, creo.

—¿Y qué hay de nuestros compañeros? —inquirió Clive. Dejó a un lado la taza de té y atacó su desayuno. La carne de porten demostró tener una consistencia delicada, a pesar del inmenso volumen de la bestia. Era tierna, sin el toque de dureza de la caza, con un sabor más parecido al de un animal doméstico que al de una bestia salvaje—. ¿Ha hablado con ellos hoy?

Smythe asintió.

—Guafe ha ido a dar una vuelta con un par de dramaranos. Creo que ellos están tan interesados en observarlo a él como él en observar sus máquinas. Y, por lo que respecta a Finn..., no quiere salir de su habitación.

Clive arqueó las cejas.

—¿Por qué no?

—Ahora se le ha metido en la cabeza que este nivel es el reino de los muertos de la Mazmorra. Los dramaranos son espíritus de los muertos, me dijo, jueces que juzgarán nuestras obras. Los está esperando para que lo lleven a juicio.

—¿No dijo nada acerca de una piedra blanca que guarda los espíritus de los muertos?

—Pero eso es en Quan —objetó Smythe—, o así lo afirmó anteriormente.

Entre ellos se produjo un silencio: estaban pensando en la otra mitad de su compañía, ahora perdidos en la jungla. El leal Sidi, Chillido, la arácnida. Y Annabelle.

Clive dejó a un lado el tenedor; su apetito se había desvanecido. No le preocupaba mucho lo que le ocurriese al español, pero a los demás..., en especial a su descendiente...

—Cometimos un grave error al dejarlos ir por su cuenta —afirmó.

—No podíamos evitarlo, mi comandante. Todos ellos son adultos con capacidad de pensar y de razonar, con mentes propias.

—Yo fui responsable...

—De usted mismo, mi comandante. Usted sólo es responsable de sí mismo.

—Pero Annabelle. Es...

—Una señorita muy capacitada, de quien debe estar orgulloso. Y yo no me apresuraría a borrarlos de la lista, como pretenden nuestros anfitriones. En este lugar hemos pasado por momentos peores y hemos sobrevivido. No estoy dispuesto a darlos por perdidos hasta que vea sus cuerpos.

Una imagen pasó como un relámpago por la mente de Clive: Annabelle destrozada por las fieras salvajes. O tendida en algún lugar de la jungla, herida, con sus compañeros asesinados y el peligro al acecho.

Smythe alargó el brazo por encima de la mesa y tocó la mano de Clive.

—No piense en ellos —dijo con suavidad.

—¿Cómo puedo evitar pensar en ellos?

Smythe soltó un suspiro.

—Fíjese —dijo volviéndose hacia la pantalla de vídeo—. Observe cómo funciona.

Manipuló los controles tal como le había enseñado uno de los dramaranos y la pantalla súbitamente se inundó de coloridas imágenes. La pintura de la pantalla les dio la impresión de que estaban mirando por una ventana móvil: era una vista panorámica que se desplazaba a través de una llanura helada, barrida por el viento.

Luego, al continuar avanzando la vista, descubrieron desconcertados que era el lugar de la zona fronteriza entre la jungla y el veld donde habían dejado a sus compañeros; aunque evidentemente en una época diferente, puesto que el veld era un yermo helado, mientras que la jungla retenía toda su exuberancia tropical.

No había sonido, pero sólo porque Smythe había bajado el volumen.

—Esta máquina da vida al pasado —explicó—. Todo lo que ha sido grabado en

ella se puede hacer aparecer en la pantalla, en cualquier momento.

Ambos hombres observaban cómo la cámara continuaba mostrando en panorámica la escena: jungla y campos helados, codo a codo.

—Eso parece imposible —comentó Clive—. La vegetación tendría que estar muerta, marchitada por el frío.

—Esto es la Mazmorra —le recordó Smythe—. Cualquier cosa parece posible aquí.

—Dentro de los límites de la razón —terció otra voz.

Tan enfrascados estaban con lo que aparecía en la pantalla que ninguno de los dos había oído que, a sus espaldas, se abría la puerta de corredera. Se volvieron: era Keoti que entraba. Hoy, su traje era un inquietante modelo de colores negros y rojos, de un estampado arremolinado que atrapaba la vista y la conducía hacia un lado y hacia otro sin permitir que el dibujo completo se evidenciase. Ya no llevaba el arma en la cartuchera que colgaba de su cinturón.

—Pero esto —replicó Clive señalando las imágenes— desafía las leyes de la naturaleza.

Keoti sonrió.

—Lo que veis fue filmado por una remota unidad de exploración que fue enviada allí durante nuestro Largo Letargo. Al parecer, una barrera invisible, hecha de un material que todavía no hemos conseguido identificar, se alza durante la estación hibernal entre la jungla y las llanuras, de tal forma que los dos entornos no se afectan mutuamente. Curioso, ¿no?

Ambos hombres asintieron.

—¿Ha venido a llevarnos a presencia de mi hermano? —inquirió Clive.

Keoti negó con la cabeza.

—Él desea veros esta tarde. Sólo vine a ver cómo estabais y a invitaros, si lo deseáis, a ver algo más de Dramara.

—No tengo muchas ganas —respondió Clive.

Dejó de mirarla para dirigir los ojos a la pantalla. Pero aquel artilugio y sus imágenes tampoco bastaban para evitar que su mente pensara en el destino de Annabelle y de los demás de su grupo. Una vuelta por la ciudad sólo agravaría su sentimiento de pérdida, ya que no dejaría de pensar: «¡Si Annabelle estuviera aquí conmigo, para compartirlo!».

Se maldijo por no conservar el grupo unido. Habría debido mantenerse firme desde el mismo momento en que surgió la idea; pero, sea como fuere, se discutió y se llevó a cabo antes de que tuviera tiempo material para pensar en todas sus consecuencias.

—No me siento... con muchas ganas de tener compañía —añadió—. Sólo sería un pobre visitante. Pero usted vaya, Horace.

Keoti lo miró con aire pensativo.

—Estás preocupado por tus amigos —dijo ella con un breve suspiro—. Los que

entraron en la jungla.

—No puedo olvidarlos.

—Y no debes olvidarlos. Pero lamentarse no hace ningún bien. —Hizo una pequeña pausa y luego sonrió—. De todas formas, ven conmigo, Clive. Sé de algo que ayudará a aliviar tus penas.

—No estoy seguro...

—Hazlo por mí.

Clive permaneció sentado durante un largo momento, hasta que al fin asintió y empezó a levantarse. Al empujar su silla hacia atrás para apartarla de la mesa, se dio cuenta de pronto de que lo único que llevaba puesto eran los pantalones. Un rubor le subió por la nuca; era ridículo, puesto que ella lo había visto en circunstancias mucho más reveladoras, pero él se sintió igualmente incómodo. Cruzó la habitación en dirección a la cama, recogió su ropa apilada y voló hacia el cuarto de baño.

—El tiempo de vestirme —dijo por encima de su hombro.

A sus espaldas, Keoti y Smythe intercambiaron una sonrisa.

—Fíjese en esto, mi comandante —dijo Smythe—. Un estupendo gimnasio. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Keoti los condujo al vestuario; allí, de un armario sacó dos equipos de esgrima de competición: floretes, guantes, máscaras y petos metálicos.

Cuando ofreció uno de ellos a Clive, éste lo dejó todo en un banco y cogió sólo el florete. Comprobó su flexibilidad y su equilibrio, y gozó del contacto de la empuñadura en su mano. La punta de la hoja estaba protegida por un botón.

—¿Practica la esgrima? —le preguntó él.

Keoti negó con un movimiento de cabeza.

—Un amigo mío vendrá a vernos... Ah, estás aquí, Naree.

El hombre que entró en el vestuario era flaco como un palo, con unas facciones muy móviles y expresivas. Tenía el pelo negro, y lo llevaba largo y atado detrás en una coleta; y lucía una cicatriz bajo el ojo izquierdo. Al presentarlos Keoti, esbozó una breve sonrisa, dirigió a Smythe una rápida mirada y luego centró toda su atención en Clive.

—Al fin, sangre nueva —dijo al recoger el otro equipo de esgrima que le presentaba Keoti.

Supieron que su nombre entero era Naree Terin, y que trabajaba de investigador científico en biología.

—El placer es mío —respondió Clive.

Keoti y Smythe se sentaron a un lado del gimnasio mientras los dos hombres se colocaban el equipo. Después, cada uno realizó una serie de ejercicios de calentamiento. Cuando estuvieron listos para la esgrima, Naree ató dos cables revestidos a la parte posterior de cada peto metálico. Los hilos estaban alimentados por unas bobinas situadas a cada extremo de la pista de esgrima.

—Es para apuntar las victorias —explicó Naree ante la mirada perpleja de Clive.

Tocó la punta de su florete contra el pecho de Clive y una pequeña campana sonó en el aparato electrónico de marcación, situado en una mesa próxima a donde se sentaban Keoti y Smythe. Keoti se levantó y volvió a poner el contador en cero. Se sentó y los dos hombres empezaron con la esgrima.

—Esto ha sido un gran detalle por parte suya —le comentó Smythe.

Ella sonrió.

—Yo sé bien lo que se siente cuando la tensión lo destroza a uno por dentro: la mente se agarrota tanto como los músculos.

—¿Y qué hace usted para relajarse?

—¿Sabe algo de gimnasia?

Smythe asintió.

—Puede ser muy agotadora.

—Tiene que serlo, o si no ¿cuál sería el reto?

—Sí, claro.

Smythe volvió la mirada hacia donde Clive y Naree desarrollaban su combate. El rápido chasquido metálico de los floretes resonaba en la gran sala; las dos figuras tejían con los pies un dibujo tan intrincado como un paso de baile, adelante y atrás por la pista de esgrima. Ninguno de los dos había puntuado todavía.

—Naree es muy bueno —comentó él.

—También Clive. Para ser honesta, no creí que lo hiciera tan bien. Naree es el mejor de Dramara.

—Pero lo practica como deporte, ¿estoy en lo cierto?

—Sí.

Smythe sonrió.

—Para Clive ha sido una cuestión de vida o muerte: su destreza era a veces lo único que tenía para salvar la vida.

Keoti miró a los esgrimistas desde una nueva perspectiva.

—Ya veo —dijo con suavidad.

Finalizada su prueba, Clive tuvo el tiempo justo de tomarse una ducha, antes de que Keoti los pasase a recoger para su entrevista con Neville. Clive estaba mucho más animado, con los músculos sensibles y doloridos, pero con un cansancio ganado honestamente. Había vencido por siete combates a cero y dejado a Naree estupefacto y lleno de respeto hacia él.

—Ahora nos van a juzgar —dijo Finnbogg lúgubrementemente cuando se reunió con ellos en el pasillo, delante de la puerta de su habitación.

—Tan sólo vamos a ver a sir... al padre Neville —lo tranquilizó Smythe—. No habrá juicios, Finn.

«Quizá sí, quizá no», pensó Clive. Todavía estaba el desconcertante asunto de cómo su hermano había llegado allí cinco años antes que ellos, si, como suponían,

había cambiado de nivel pocos minutos antes de que ellos cruzaran la Puerta. Y, considerando las pistas falsas que Neville les había dejado por el camino (si, de hecho, había sido él el responsable), Clive estaba preparado para cualquier cosa.

—Clive verá, Clive verá —musitó Finnbogg mientras avanzaban por el pasillo hacia donde Chang Guafe los estaba aguardando—. Todos muertos. El limbo azul era la frontera entre estar vivo y estar muerto. Y ahora viene el juicio final.

—No digas tonterías —soltó Guafe al enano cuando llegaron a su altura—. Han hecho avances tecnológicos muy notables, pero de ningún modo son dioses.

—¿Qué tal lo ha pasado usted? —le preguntó Smythe.

El ciborg captó la hostilidad levemente velada del tono de Smythe.

—Ha sido un placer tratar con otras mentes no primitivas —replicó.

—Creo que nos disponemos a encontrarnos con mi hermano —interrumpió Clive antes de que la cosa fuera más lejos.

De nuevo montaron en el ascensor y subieron hasta la planta justo por debajo del nivel del suelo de la ciudad. A pesar de que ya se había preparado para la sensación que producía el movimiento de la pequeña habitación, Clive continuaba sintiéndose incómodo en aquel aparato. Y dudaba de que alguna vez fuese capaz de adaptarse a los mecanismos dramaranos; pero dominó la expresión de su rostro para aparentar impasibilidad.

Al salir del ascensor, Smythe le tocó el brazo y lo retuvo para quedar un momento rezagados del resto del grupo.

—Mejor que estemos preparados para cualquier cosa —le susurró.

—Lo estoy —asintió Clive.

Keoti había abierto una puerta en el pasillo, frente a ellos, y Clive y Smythe se apresuraron a alcanzar a los demás. Clive cruzó la puerta, y los latidos de su corazón se aceleraron.

«Ahora, Neville», pensó. «Ahora descubriremos el significado oculto de tus juegos».

Pero el hombre de detrás del escritorio era un total desconocido.

«¡Otra vez no!», fue todo lo que se le ocurrió a Clive cuando quedó con la vista clavada en él.

Era un hombre corpulento, de facciones agradables, con la coronilla afeitada como un monje; cuando levantó la vista para contemplar a sus huéspedes, Clive descubrió unos ojos azules, brillantes y curiosos. Vestía un traje dramarano que le apretaba demasiado la barriga, lo cual le daba un aire algo cómico.

Un tipo de apariencia agradable, pero no era sir Neville, por más que uno forzara la imaginación. Si había de parecerse a alguien, Clive diría que le recordaba al endiabrado Philo B. Goode. Tenía con él la semejanza familiar que podría hacerlos al menos hermanos.

Clive y Smythe intercambiaron miradas ansiosas.

Incluso a pesar de que Clive había esperado aquello (o algo por el estilo), ya desde

el momento en que había sabido que su hermano estaba en Dramara, el hecho de ser engañado de nuevo lo sacudió violentamente. Permaneció con la espalda rígida y fijó su mirada en la del desconocido, el cual fruncía el entrecejo con una perplejidad creciente. Clive podía percibir en su piel la tensión de Smythe, la confusión de Keoti.

—Usted no es mi hermano —dijo Clive.

—En efecto, no lo soy —replicó el desconocido—. Pero en cambio soy el padre Neville Folliot. ¿Y usted quién es, señor?

Su nombre era Luke Drew.

—Llámame Lukey —dijo a Annabelle sentándose en la plataforma, junto a ella, con sus ojos azules centelleando alegremente a la luz de las antorchas.

El rogha lo trató con una familiaridad amistosa, haciéndole un sitio en el círculo de cuerpos peludos sentados con las piernas cruzadas o repantigados alrededor del grupo de Annabelle. El anciano constituía una estampa incongruente en medio de todos aquellos simios pardos, con sus miembros huesudos sobresaliendo del abrigo de pieles de animales que vestía.

«Tarzán en sus sesenta años», pensó Annabelle con una sonrisa. Probablemente así sería su verdadero aspecto, salvando la escasez de musculatura.

—Vaya —prosiguió el anciano—, llamadme como queráis mientras sepáis alguna palabra que no sea ese idioma de monos. Pero no me entendáis mal. Estos monos son todos amigos de Lukey, os lo aseguro. Pero uno se cansa de oír día tras día su charloteo, sobre todo si hace mucho tiempo que estás con ellos. He intentado enseñarles, a algunos, un poco de inglés, pero no he tenido mucha suerte. Hay algún buen muchacho que se esfuerza, como Chobba aquí presente, pero la mayoría no quieren molestarse, no quieren perder su tiempo; así que la mayor parte de las veces estoy chapurreando en su jerigonza.

—¿Eres indígena? —le preguntó Annabelle.

—Diablos, no. Soy de Terranova, nacido y criado allí. Vivía, y me hubiera gustado morir, en Freshwater, Bell Island (una isleta preciosa justo en el centro de Conception Bay), si no fuera porque una noche una luz espectral azulada me arrancó de mi viejo bote y me echó aquí. Nunca había visto nada tan fantasmal, aunque he sido testigo de cosas que harían ponerle los pelos de punta a un calvo.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—No lo sé exactamente. Durante un tiempo hice un calendario, pero, sea como sea, perdí el interés. Déjame pensar... Fue después de la gran guerra cuando la luz me engulló hacia arriba...

—¿Qué guerra?

Lukey parpadeó.

—La Segunda Guerra Mundial, chica. ¿Ha habido otra?

—Me temo que sí —respondió Annabelle.

—No me lo cuentes, no quiero saber nada. Sólo dime, la vieja Roca, Terranova, ¿está todavía entera?

—Que yo sepa sí.

—Bien, algo es algo. ¿En qué año te secuestraron a ti?

—En mil novecientos noventa y nueve.

Durante un largo momento, Lukey no dijo nada. Luego meneó la cabeza lentamente y comentó:

—No puede ser que haya permanecido aquí tanto tiempo. Me imaginaba que eran quizá sólo veinte años.

—Todos provenimos de diferentes épocas —le dijo Annabelle—. Sidi, aquí a mi lado, es del siglo diecinueve. Tomás se remonta al siglo quince. Y Chillido...

Lukey contempló a la extraterrestre.

—Ni siquiera es de nuestro mundo. No, a menos que haya cambiado terriblemente, más de lo que quiero creer posible.

—¿Cómo llegaste a vivir con los roghas? —le preguntó Annabelle.

—Pura suerte, eso es todo. Como tú, chica.

—Mi nombre es Annabelle.

—De acuerdo, *Anniebelle*. Bueno, la cuestión es que aquella luz azul me tragó y me escupió muy lejos de aquí. ¿Has estado en los niveles anteriores de este lugar?

Annabelle asintió.

—Tardé medio año en llegar hasta esta jungla —continuó él— y supongo que habría sido comida para tiburones si los monos no hubieran atacado a los chasucks y me hubieran llevado con ellos. Lo mismo que os ha ocurrido a vosotros. Simplemente habéis tenido la suerte de que ayer por la noche Chobba y sus chicos hubieran salido a la caza de aletas.

—¿Qué significa chasuck?

Lukey sonrió.

—Bien, perdona que hable en plata, pero me imagino que lo más aproximado que puedo encontrar en inglés corriente es «sesos de mierda». Eso es lo que imaginan que son los chasucks. Hace años y años que luchan contra ellos, al menos por esta zona. Si penetráis más en el país rogha, puede que no volváis a ver jamás ningún tiburón terrestre. Claro que, si vais demasiado lejos, puede que os encontréis con los grees.

E hizo una pausa, expectante.

—¿Y qué son los grees? —preguntó Annabelle, captando su intención.

—Creí que nunca lo preguntarías. Los roghas los llaman «cara de polla», hablando en...

—En plata, claro.

Lukey le hizo una señal con la mano.

—Deja que este hombre te cuente las cosas a su modo, *Anniebell*. De todas formas los llaman así porque se parecen a aves, ¿sabes? Tienen todo el cuerpo cubierto de plumas negras y un gran pico amarillo en el centro del rostro.

—¿Pueden volar?

—No. Bien, no realmente. Aunque pueden planear en una cosa atroz. Y tienen

manos, vaya, una especie de manos, al final de sus inmensas alas negras. Son un puñado de diablos, casi tan malvados como los chasucks, aunque no buscan especialmente carne viva. Se alimentan de carroña o de cosas por el estilo.

—Este lugar es increíble —dijo Annabelle.

—¡Dímelo a mí! Te vuelves loco de alegría cuando ves algo humano.

—Pues, ¿por qué te quedas aquí?

—¿Adonde voy a ir?

—Puedes venir con nosotros —respondió Annabelle—. Vamos hacia el paso al siguiente nivel, en Quan.

—¿Quan? No va a quedar ni rastro de vosotros, no, ni rastro. ¿Tenéis algo contra la vida?

—¿Qué hay de malo en Quan?

—Fantasmas. Es lo único que podréis encontrar allí. Nadie se acerca por aquel lugar. Cosas malvadas te arrancan la piel a tiras como si te rociaran con ácido. Como aquellas pirañas que corren por América del Sur. Te devoran antes de que puedas decir este cuerpo es mío.

E hizo gestos de morder con ambas manos, acercándolas al rostro de Annabelle. Ella retiró rápidamente la cabeza y de súbito fue consciente de la altura de la plataforma que oscilaba bajo sus pies. Se volvió pálida y los temores olvidados le subieron como un torbellino por la espina dorsal. Chobba le arrancó la bolsa de hojas de byrr de su mano crispada y le aplicó una a los labios.

Annie estaba tan asustada que no podía ni masticar, pero bastó que la mezcla de su saliva con la pulpa carnosa de la hoja se le deslizara garganta abajo para aflojarle las mandíbulas en unos instantes. El alivio llegó enseguida, pero no como una gran alegría desbordante, sino como una calma que disminuyó su pulso hasta la velocidad normal y relajó la repentina tensión de su pecho.

«No pienses en lo que hay debajo», se decía. Pero entonces, *estaba* pensando en ello. Masticó otra hoja.

—Solía mascar mucho de eso —dijo Lukey— al principio de vivir aquí. Pero uno se acostumbra a las alturas y al balanceo. En un par de meses, ni te vas a dar cuenta.

—No tenemos intención de quedarnos aquí más tiempo del que necesitamos para preparar las cosas y marcharnos hacia Quan —le contestó Annabelle.

—Lugar mucho malo, Quan —dijo Chobba.

Annabelle se volvió hacia él. Había estado preguntándose cuánto habían seguido de su conversación él y el otro rogha, y ahora comprendió que Chobba, al menos, entendía mejor el inglés de lo que lo hablaba.

—Tenemos que ir —aseguró ella.

—No hable por los demás —replicó Tomás.

Ella se volvió y lo miró fijamente.

—Te lo he dicho ya otras veces: nadie te obliga a seguir, tío.

—Yo también formo parte de la compañía —repuso el español—, y debería tener

voz en las decisiones, y digo que continuar es *estúpido*.

—Vete al cuerno —le espetó Annabelle, y miró de nuevo a Chobba—. Nosotros no somos de aquí —le explicó—. Y, después de haber llegado hasta aquí, la Puerta de Quan es nuestra única esperanza de regresar a casa.

Chobba se acarició el peludo brazo y murmuró algo en su lengua nativa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Annabelle a Lukey.

El anciano sonrió al traducir:

—El cerebro debe de crecer en el pelo, porque no tienes mucho de ninguno de ambos.

—¿Se da cuenta? —dijo Tomás.

—Te estás buscando una torta —le soltó Annabelle—. ¿No nos vas a ayudar, Chobba?

—Duerme tú —replicó—. Es oscuro. Adiós; nosotros hablamos mañana.

—De acuerdo. Me parece bien.

Chobba asintió, sonriendo de nuevo.

—Acuerdo —dijo.

Su simpatía era tan contagiosa que Annabelle no pudo evitar devolverle la sonrisa. Él le pasó la bolsa de hojas de byrr y le indicó que podía quedársela. Y, cuando la tropa de roghas empezó a disolverse, Chobba enseñó al grupo de Annabelle la cabaña donde dormirían, felizmente, era en la misma plataforma en que se encontraban ya.

Gracias a Dios que no habían de trepar más, pensó Annabelle. Había dado una ojeada a las demás plataformas y se había llenado de angustia al ver que las únicas vías de comunicación entre ellas eran unos puentes colgantes de cuerdas (que parecían destinados únicamente para los muy viejos o los pequeños) y las ramas de los árboles, que usaban la mayoría de roghas.

Simplemente, no lo hubiera logrado.

Más tarde, en su choza, se sentó junto a Chillido. Con las manos cogidas podían comunicarse de mente a mente sin molestar a los demás, y hablaron de lo que se habían enterado por Lukey y Chobba. Tomás estaba sentado en una esquina, con rostro ceñudo, murmurando acerca de que las arañas sólo eran buenas para aplastarlas, y de que ello también valía para las mujeres que creían que sólo con llevar pantalones, tenían ya el criterio de un hombre, hasta que Annabelle le lanzó una de sus miradas penetrantes y él calló como un muerto. Sin embargo, por el brillo de sus ojos, Annabelle supo que aquel monólogo continuaba en el interior de su cabeza.

*Estuvimos de suerte*, dijo Chillido. *Chobba y los suyos llegaron en el momento más oportuno.*

*Dímelo a mí*, respondió Annabelle.

*Vero, a pesar de todo, no podemos quedarnos aquí.*

Pensar en vivir en aquellas plataformas revolvía de nuevo el estómago de

Annabelle.

*Partiremos pronto*, dijo.

*Pronto*, repuso Chillido mostrando su acuerdo.

Tocó la mejilla de Annie con una caricia amistosa y se dirigió a su colchón relleno de hojas. Los roghas habían proporcionado uno para cada uno de ellos.

Annabelle arrastró el suyo más cerca de donde estaba Sidi, que ya dormía, y le dio un casto beso de buenas noches, casto sólo porque la mirada de Tomás estaba fija en ellos.

«No tendrás emociones baratas, pequeña comadreja», pensó ella.

Sidi despertó y captó ambas miradas, la de ella y la de Tomás.

—Eres una buena jefa, Annabelle —le dijo en voz baja, antes de tumbarse de nuevo.

Annabelle permaneció sentada, mirando a Tomás con los ojos entrecerrados, hasta que al fin éste se tendió, con la vista hacia la pared, evitando la de ella. Luego Annie intentó dormir un poco.

«Tengo que hacer algo con Tomás», pensó mientras el sueño se la llevaba. «Cada vez está peor».

Annabelle pasó unas horas intranquilas, con su sueño perturbado por una serie de pesadillas en todas las cuales acababa cayendo de una gran altura. A veces era al intentar pasar de una plataforma a otra y la cuerda o la rama en que se agarraba se rompía. Otras veces, tropezaba con algo en la plataforma y caía al vacío. Una vez era Tomás quien la empujaba.

Cada vez despertaba sudorosa, con los ojos desorbitados, con un principio de grito formándose en la garganta. Se volvía a tender intentando olvidarse del balanceo de la plataforma en la que reposaba su cuerpo. Si ella no se movía (se decía a sí misma), si se quedaba quieta donde estaba, nada le podía ocurrir. Sencillamente no podía caer.

Pero entonces la plataforma de nuevo se columpiaba levemente bajo su cuerpo y ella se sentaba de un salto, abrazándose a sí misma, temblando. A tientas buscó la bolsa de hojas de byrr que Chobba le había dado, pero recordó que la había dejado en la plataforma, fuera de la choza, en el lugar donde había estado sentada.

Contempló el rectángulo de oscuridad de la puerta, más claro que el resto de la pared. No, pensó. No había manera, no tendría coraje para salir a buscar la bolsa.

«Oh, Annie. Tienes que hacerlo».

Afuera, una brisa circulaba entre los árboles. A aquella altura, no era frenada por la espesa maraña de vegetación que había en el suelo de la jungla. La plataforma se movía a compás del viento, inclinándose sólo ligeramente, pero habría podido tirarla igualmente por la borda, tan removido sentía su estómago.

Sidi se agitó en su colchón junto al de Annie y se volvió hacia ella.

—¿Annabelle? —llamó.

Annie odiaba tener que admitirlo; y era peor tener que admitir su debilidad ante él porque quería que él pensase que era fuerte; pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía mantener su respiración a ritmo relativamente normal. Continuaba sintiéndose ahogada..., deseando echar a correr, saltar por el borde de la plataforma al vacío y acabar con todo de una vez para siempre.

Sidi comprendió el problema de inmediato. Se movió como una sombra a través de la estancia y salió por la puerta. Momentos después regresaba con la bolsa en la mano. Colocó una hoja en los labios de Annabelle, tal como Chobba había hecho antes.

—Mastica —le ordenó.

De nuevo tuvo que esperar a que su saliva y el jugo de la hoja se mezclaran y descendieran por su garganta, para poder abrir sus mandíbulas lo suficiente para masticar. Finalmente lo hizo. Sidi se sentó muy cerca de ella y le puso un brazo alrededor del hombro, estrechándola hacia sí mientras masticaba; luego, cuando ella acabó con la primera, le dio una segunda hoja.

—Con ésta tómate el tiempo que necesites —dijo Sidi.

Masticó más despacio. Por entonces el efecto ya había empezado a notarse. La tensión desapareció de sus extremidades; la contracción, de su pecho. Podía volver a respirar. Su estómago paró de agitarse.

Más tranquila ahora, sacudió la cabeza cuando Sidi le ofreció la tercera hoja. Se escabulló de su abrazo y se puso en pie. El ligero balanceo de la plataforma ni siquiera la inquietaba.

—¡Annabelle! —llamó Sidi, con voz claramente angustiada.

—Voy a sentarme afuera —respondió—. Gracias, Sidi. Eres un estupendo salvavidas.

En el exterior hacía más fresco; aún era caluroso en comparación con los climas corrientes de la Tierra, pero el aire no estaba tan cerrado como en la choza y era cien veces mejor que el del suelo de la jungla. Y es que no estaban cerca de los mosquitos. Y la humedad al menos era soportable.

Se sentó, apoyando la espalda en la choza, y contempló la jungla nocturna que se extendía a su alrededor. Un momento después, Sidi se reunió con ella. Annie estiró la mano y capturó la de él.

—No lo estoy haciendo bien, ¿verdad? —interrogó ella.

—Nadie está libre del miedo —repuso él.

—Sí, pero lo que está muy mal es que el único medio de librarme de él sea esto —y sacudió la bolsa de hojas de byrr.

—Podríamos pedir a los roghas que nos bajasen a tierra —dijo Sidi—. De cualquier forma, no falta mucho para que amanezca.

Annabelle denegó con la cabeza.

—No. Voy a quedarme sentada aquí fuera a esperar que se haga de día. Cuando

me vuelva a sentir mal, masticaré otra de esas hojas. Tú ve a dormir un poco.

—Prefiero quedarme aquí contigo.

Annabelle se volvió hacia él.

—Eres una persona extraordinaria, ¿lo sabías?

—En el buen sentido, espero.

—Realmente bueno.

Él le rodeó el hombro con el brazo y la estrechó contra sí. A ella le sentó bien que la abrazaran.

Era algo extraño, pensó ella, recordar a Sidi con el aspecto de cuando se habían encontrado: un hombre de sesenta años, y que los aparentaba. De piel oscura y flaco, desgastado por el tiempo, aunque resistente como el acero. Ahora aparentaba aproximadamente la edad de ella; era igualmente resistente, pero con la oscura piel libre de arrugas y las patas de gallo ausentes de las comisuras de sus ojos.

A Annie ya le gustaba antes del cambio, pero ahora le gustaba más. O en un sentido diferente.

«No vayas a enredarte ahora, Annie», se dijo a sí misma.

Pero era difícil no hacerlo. Uno se sentía tan solitario en la Mazmorra, apartado de todo lo conocido... Cuando pensaba en los días que había pasado sola en aquella cárcel, unos cuantos niveles atrás, antes de que Sidi y el resto aparecieran... No quería sentirse separada de las personas queridas. Otra vez no.

«Así pues, Sidi es un anciano en el cuerpo de un joven. ¿Y qué? Todos deberíamos tener esa suerte».

Ella alzó la cabeza, acercando su rostro al de Sidi.

—¿Recuerdas el momento en que los chasucks nos atacaron? —le preguntó ella.

—Lo recuerdo.

—¿Dónde estábamos exactamente? —susurró ella.

Llevó una mano a la nuca de Sidi y lo atrajo hacia sí hasta que sus labios se tocaron. Sidi se echó atrás, soltando la mano de Annie con suavidad.

—¿Cuál es el problema? —inquirió Annabelle.

—Eso no está bien —contestó él.

—¿Quién lo dice?

—Soy lo bastante viejo como para ser tu abuelo.

—Por tu aspecto nadie lo diría.

—Pero esto no hace que sea más correcto —replicó Sidi.

—A mí no me importa.

—Pero a mí sí —dijo él—. Por favor, compréndelo, Annabelle. No sólo es la diferencia de edad, sino también de los mundos de donde provenimos, que son completamente distintos. Aquí y ahora puede parecer de poca importancia, pero, a largo plazo, nos pondría en contra, y yo no quisiera perder a una buena amiga como tú.

Annabelle quiso discutirsele, pero sabía que tenía razón. No era sólo la edad o la

raza. Era toda su existencia. Una cantante de *rock and roll* y un indio que tenía más de maestro de Zen que de hindú. Siendo amigos podrían salvar las diferencias que se levantarían con el tiempo. Pero, ¿siendo amantes?

Annie apoyó de nuevo la cabeza en el hombro de Sidi.

—De acuerdo, Sidi —dijo—. Pero los amigos se pueden dar calor mutuamente, ¿no? Él estrechó su abrazo.

Para Clive fue como si estuviera en medio de un mal sueño, de una pesadilla donde todo lo conocido hubiera sido retorcido para dejarlo ligeramente ladeado. Allí había un hombre que afirmaba ser Neville Folliot, que esperaba a su hermano Clive y que, sin embargo, no era el hermano gemelo de Clive. En cambio era un perfecto desconocido.

Dado el aplomo y la tranquilidad del hombre, uno casi podía creer que decía la verdad y que todos los recuerdos de los demás eran mera fantasía.

Clive dio una ojeada a Smythe, pero el rostro de su antiguo ordenanza continuaba impasible, y su postura era la de alguien que está preparado para defenderse al más leve movimiento. Keoti se había apartado unos pasos del grupo y ahora los observaba con cautela. La desconfianza con que miraba a Clive llenó a éste de dolor.

—Condenados —musitó lúgubrementemente Finnbogg.

«Así parece», pensó Clive. «Es muy posible que nos hallemos en una situación desesperada, pero no por la razón que tú piensas, Finn».

Su mejor plan de acción hubiera sido emprender una rápida retirada, pero esto ya era, sin duda alguna, completamente irrealizable. Se encontraban bajo tierra, a merced de los dramaranos y de sus maravillas tecnológicas. Incluso aunque lograsen huir y llegar al nivel del suelo, era muy probable que los dramaranos tuvieran sabuesos mecánicos que podrían seguirles la pista y atraparlos.

Como si estuviera leyendo la mente de Clive, el hombre del escritorio sonrió. Aunque Clive no lo vio hacer ningún movimiento perceptible, alguna señal debía de haber dado, puesto que hubo cierta agitación en la puerta a sus espaldas, la puerta por la cual habían entrado. Clive se volvió para mirar, y vio un cierto número de dramaranos vestidos con trajes plateados que obstruían su posibilidad de huida. Cada uno sostenía en la mano una pistola de forma muy curiosa. Recordó las bandas de luz con que los dramaranos habían estado cortando la carne del brontosaurio. Aquellas armas debían de ser igualmente raras y maravillosas. Y mortales.

—¿A qué clase de juego está jugando? —preguntó Clive al hombre del escritorio.

—¿Juego? —La diversión en el rostro del hombre se desvaneció—. Aquí no jugamos a nada. Nosotros no buscamos huéspedes fraudulentos, huéspedes que afirman ser quienes no son. Confiesen ya: ¿quiénes son y qué quieren de mí?

—Mi nombre es Clive Folliot. Soy un comandante del Quinto Regimiento de la Guardia Montada Imperial de Su Majestad la Reina Victoria. Estoy buscando a mi hermano, el comandante Neville Folliot de los Reales Guardias Granaderos de

Somerset, actualmente en un largo permiso de ausencia con el propósito de explorar el África Oriental. Con motivo de su desaparición, solicité y obtuve un permiso especial para buscarlo y encontrarlo.

El hombre del escritorio reclinó su espalda en la silla.

—Muy bonito. Cuenta los hechos con toda precisión (aprendidos de memoria, me imagino), pero no le va a servir de nada, señor, puesto que usted continúa siendo un desconocido para mí, mientras que mi hermano, a pesar de todas nuestras diferencias, no lo es.

—¿Este hombre no es su hermano? —preguntó Guafe.

—Con toda certeza que no.

—No tenía ni la más remota idea —dijo el ciborg—. Confíe en sus palabras y creí que era quien dijo que era. No había manera de que pudiera comprobar los hechos, y no tenía razones para dudar de él, pero desde ahora rechazo cualquier asociación con él.

—Buena jugada —repuso el hombre del escritorio—; una jugada que ciertamente ilumina la honradez de su dedicación y la lealtad para con sus compañeros. Pero llega usted un poquitín tarde, ¿no cree? Ahora es muy fácil dar un paso al frente y descargarse de toda responsabilidad derivada de la asociación con los demás miembros de su grupo.

—No tenía manera de saber la verdad hasta este preciso momento.

—Sí, bien. Es una pena, ¿no? Pero, no creerá que iremos a dejarlo libre ahora, ¿verdad? Sobre todo viendo que ha llegado con ellos y que es un enemigo en potencia.

—Le digo que no tenía conocimiento de los auténticos propósitos de este individuo.

El hombre del escritorio arqueó las cejas.

—¿Y supone que debemos confiar en su palabra y basta?

—Yo no miento —replicó Guafe con rigidez.

—Ah, bien. Estas noticias siempre son gratas, ¿no? Rápido, amigos míos, dejen en libertad al ciborg. Ábranle las puertas de todos nuestros secretos, puesto que es un ser honorabilísimo (o al menos la parte de él que no es máquina) y no nos hará ningún daño.

Ninguno de los dramaranos se movió ni un milímetro. Los ojos cibernéticos de Guafe lanzaron un fulgor rojo frente al sarcasmo de su capturador, pero mantuvo la boca callada.

Clive no estaba demasiado sorprendido, o siquiera herido, por el intento de Guafe de renegar del resto del grupo. Lo que le dolía más era la recriminación que aparecía con toda claridad en los ojos de Keoti. Pero, ¿a quién era razonable que creyera?, se preguntó Clive. ¿A un forastero que conocía de uno o dos días (íntimamente, es cierto, pero igualmente un forastero) o a un hombre que era el salvador de su pueblo y que había vivido entre ellos durante los cinco últimos años?

No había dudas. Pero deseaba que hubiera algún modo de que ella pudiera

conocer la verdad, pudiera saber que no habían recorrido aquel camino bajo identidades falsas, haciendo de toda su vida una gran mentira.

Ella no volvería a mirarlo a los ojos, así pues Clive volvió su atención al hombre de detrás del escritorio.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó.

—Esta es la cuestión, ¿no? ¿Qué haría usted en mi lugar?

Clive se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía.

—Dependería del modo que esperase que me sirvieran mejor mis mentiras... si yo fuera un hombre como usted, lo cual ciertamente no es así.

El hombre del escritorio sonrió.

—Ah, ¿conque tiene la intención de continuar insistiendo en sus pretensiones, que usted es el verdadero Folliot y yo soy el impostor?

—Yo sé quién soy —replicó Clive.

—Sí, claro que lo sabe. El problema es que nosotros no lo sabemos.

—Eso no es de mi incumbencia. Usted puede creerme o no, pero eso no me hará cambiar.

—Oh, sí. Usted presupone que Clive Folliot es un hombre honrado, así que tiene la intención de llevar la mascarada hasta el final, sin ceder ni un milímetro. ¿Y luego, qué hará? ¿Retarme a duelo para dirimir nuestras diferencias, y que gane el más diestro?

Clive no pudo ocultar la momentánea esperanza que brotó en su pecho. Con la espada en mano, los dos solos, él y aquel hombre gordo con aspecto de monje de pies a cabeza, ¿cómo podría no vencer?

El hombre del escritorio rio.

—¡No sea usted necio! Esta tarde vi la cinta de vídeo de sus combates con Naree. Es usted muy hábil con el florete, pero esto no prueba nada. La fuerza no es la razón. La verdad sí.

—Usted tiene miedo —repuso Clive—. El auténtico Neville Folliot (*mi hermano*) nunca rechazó un desafío en su vida.

—Entonces, ese «hermano» de su imaginación es un estúpido, algo que Neville Folliot (yo mismo, señor) con toda seguridad no es.

Bien, se dijo Clive. Si aquéllas eran las reglas del juego, entonces seguiría jugando.

—Ya se ha divertido bastante con nosotros —dijo—. ¿Por qué no deja que continuemos pacíficamente nuestro camino? Es evidente que no tenemos motivo alguno para permanecer aquí y causarles más problemas, teniendo aún nuestra búsqueda por resolver.

—Pero no puedo permitir que vayan rondando por la Mazmorra mancillando mi buen nombre, ¿no cree?

—¿Qué *quiere* de nosotros?

—Sus verdaderas identidades, la verdadera razón por la que han venido a este lugar.

Clive comprendió que no había nada más que pudiera decir. Podría discutir durante una eternidad, pero no serviría absolutamente de nada.

Miró a los demás presentes en la sala. Guafe continuaba con la vista furiosa fija en el hombre del escritorio, con la bóveda metálica de su cabeza reluciente bajo las luces y una mano mecánica vibrando en el costado. Finnbogg permanecía con la cabeza gacha, esperando el juicio a manos de los que creía que eran los espíritus de los muertos. Keoti, rígida, en pie junto al escritorio, parecía cubrir su rostro con la máscara de un rostro desconocido. Clive recordó la suavidad de sus labios; ahora no había rastro de ella en la línea delgada y dura que formaban. A sus espaldas, podía sentir el peso de la mirada de los guardias, preparados para actuar ante cualquier gesto de insumisión.

A su lado, Smythe se movió.

—¿Y ahora qué? —preguntó éste al hombre del escritorio.

—¿Qué quiere decir?

—Le hemos dicho lo que quería saber. Ahora, pues, ¿qué va a ocurrirnos?

—Podría dejarlos libres, así, simplemente, si les parece.

Clive frunció el entrecejo a su compañero, y Smythe desvió su cabeza ligeramente del escritorio, de tal forma que ni el hombre ni Keoti pudieron ver que hacía un guiño a Clive.

—Bien, pues, jefe —dijo—. Supongo que es mejor que aclaremos el asunto. Para empezar, Finn y nuestro amigo de hojalata son justo lo que dicen que son, al menos que nosotros sepamos, ya que tropezamos con ellos por el camino, por así decirlo. Claro que a Guafe los sesos le giran más que un tiovivo (nunca para de darle vuelta a las cosas); así que, ¿quién sabe quién es realmente o lo que está pensando?, ¿me sigue?

—Sí, sí. No tengo mucho interés en los dos, excepto en la medida en que sus planes coincidan con los de este señor.

—Bien, ahora voy a ello, jefe. No soy un hombre de muchas palabras. Voy directo al grano, y lo que se tiene que hacer lo hago en el acto; no tiene sentido hacer esperar a la gente, es lo que siempre digo. Recuerdo una vez en la «pensión» de Newgate..., estaba sentado tomando una pinta de cerveza con un par de compadres, y Casey se vuelve hacia mí y dice... dice algo así: «Jim, cuando hagas un trabajo, hazlo rápido y hazlo bien, o no lo hagas». Un consejo de los buenos, amigo mío. Bien, yo lo miro fijamente a los ojos y le digo...

El hombre dio un puñetazo en la mesa.

—Por favor, vaya rápido al tema.

—Tranquilo, jefe. No sea tan arisco. Una buena historia tiene que tomarse su tiempo, eso ya lo debe de saber usted. No hay que contarla deprisa y corriendo, o el cuento parecerá lo que un pato moribundo aguantando bajo un chaparrón: triste y miserable.

Smythe disparó una brevísima sonrisa al hombre del escritorio y se sumergió en su narración antes de que pudieran interrumpirlo de nuevo.

—Como le iba diciendo, lo que quería decirle es que, aunque yo sé quién soy y sé quién es el capitán aquí presente, en resumidas cuentas: no conozco de nada a estos dos chicos, excepto por lo que me han contado ellos mismos, y, como el mismo Guafe ya le ha comentado, jefe, todo podría ser una sarta de mentiras.

—Sólo dígame quiénes son ustedes.

—Bueno, jefe, es a lo que iba, ¿no?

—Sus nombres.

Smythe se enderezó con dignidad:

—Bien, yo soy Jim Scarperly y (es la pura verdad) este de aquí es el capitán de la mejor banda que nunca arrasó los caminos de Inglaterra, Jack Roper. Somos bandidos, jefe, ¡sí señor!, y estamos orgullosos de ello.

—Bandidos —repitió el hombre del escritorio, en tono seco. Y los escrutó con una expresión que Clive no pudo descifrar.

Locura, pensó Clive. Horace ha perdido el sentido común. Tantos años de disimular y de imitar habían acabado por hacerle perder la noción de la realidad.

Pero de súbito comprendió que era una estratagema, y le fue difícil contener una sonrisa. ¡Que Dios los ayudase a todos!, *era* una locura. Pero la Mazmorra era un manicomio, donde quizá los únicos que podían ver a través de la locura eran los que hacían el papel de locos.

—Éramos endiabladamente buenos, jefe —dijo Smythe moviendo la cabeza—. Al menos, lo éramos hasta que aquella maldita luz azul nos arrancó de donde estábamos y nos trajo aquí. Nos tropezamos con su hermano en una cárcel en uno de los niveles anteriores, y él mismo nos brindó la historia entera de su búsqueda y todo lo demás. Luego, cuando huimos, dejándolos a él y a su sargento atrás, pensamos que podíamos apropiarnos de sus nombres y continuar su empresa. Al capitán aquí presente siempre le había gustado ser un comandante.

El hombre del escritorio apretó los labios. Puso los codos en la mesa y apoyó el mentón en las manos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Bien, ya sabe por qué, jefe. El viejo Clive nos dijo que usted conocía los trucos para entrar y salir de este maldito lugar. Queremos regresar a casa, el capitán y yo, cargar con nuestro botín y poner los pies firmes en las verdes costas de Inglaterra. No hay mucho que un buen inglés pueda hacer en este lugar, tanto si es un bandido como si es un par del reino, ¿está conmigo?

—Está diciendo más mentiras —interrumpió Keoti—. Pidieron veros. ¿Por qué se arriesgarían, sabiendo que los descubriríais en el mismo momento en que los tuvieseis ante vos?

Smythe no dio la posibilidad de responder a nadie más.

—Bien, teníamos que intentarlo, ¿no? —dijo—. Teníamos que llevar el juego hasta el final. O todo o nada. Había una posibilidad de ganarlo por la mano —regaló una sonrisa de entendimiento al hombre del escritorio— o quizá de cogerlo por sorpresa y

luego presionarlo un poco hasta que nos revelase uno o dos secretos. No somos codiciosos, jefe, se lo digo con toda franqueza. No queremos demasiado. Ahora mismo sólo nuestras vidas. Nunca tuvimos intención de causar ningún daño.

Smythe inclinó la cabeza y miró al suelo, retorciéndose las manos.

—No os lo tomaréis en serio —dijo Keoti—. Evidentemente este hombre no sabría lo que es la verdad ni aunque diese de narices con ella.

El hombre del escritorio sacudió la cabeza.

—Yo creo a este hombre.

—Gracias, jefe —le dijo Smythe—. Le estaremos eternamente agradecidos si deja que sigamos nuestro camino, y nunca más le causaremos problemas, ¿no, Jack?

—Llévenselos —ordenó el hombre del escritorio haciendo un ademán con el brazo.

Los guardias los condujeron fuera de la sala y los escoltaron por el pasillo. Keoti y el hombre los siguieron a paso más lento. Clive se inclinó hacia Smythe.

—Buena jugada —le susurró—, pero ¿cree de veras que el hombre se lo tragó?

Smythe encogió los hombros.

—Sólo le di lo que quería, mi comandante. Fíjese: el impostor es el individuo del escritorio. ¿Cree que quiere que los dramaranos lo sepan? Lo único que quiere de nosotros es que demostremos que es quien dice ser, o, a la inversa, que nosotros no somos quienes afirmamos ser.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tenemos que intentar huir antes de que perdamos el pellejo. Ya que puede estar seguro de eso: no van a permitir nuestra presencia en el lugar.

—Capitán Jack —musitó Clive—. Jim Scarperly. Bandidos.

—Él quería un cuento, y cualquier cuento podía servir —explicó Smythe—. Así que le solté lo primero que me vino a la cabeza. Siempre había soñado con que era un intrépido bandido de fama reconocida.

Clive pensó en el odio que los ojos de Keoti expresaban hacia él.

—Hubiera preferido que su rápida cavilación hubiera hallado un modo de poder hacer que nos creyeran.

—Es que el «padre Neville» nunca lo hubiera permitido —afirmó Smythe.

—Lo sé —concedió Clive—. Ahora, si tenemos tan sólo una oportunidad de escapar de este embrollo, mejor será que la aprovechemos antes que meternos todavía más en...

Pero aquel momento nunca llegó. Los llevaron a través de muchos corredores, los bajaron otras tantas plantas en el ascensor, hasta que llegaron a una descomunal puerta metálica que cerraba el camino. Los guardias los mantuvieron agrupados hasta que Keoti y el hombre que se hacía llamar padre Neville se reunió con ellos.

—No soy un hombre que suela hacer trampas —dijo el impostor—. En las cavernas al otro lado de la puerta hay un camino al sexto nivel.

En el pecho de Clive brotó la esperanza. Horace había tenido razón. El hombre

sólo había querido un cuento, cualquiera, y ahora los iba a dejar libres.

—Tengo que añadir, no obstante —prosiguió el impostor—, que allí dentro hay... cosas, cosas a las que les gusta el sabor de la carne humana. —Hizo un gesto con la cabeza a los guardias—. Les deseo buena suerte.

La misma de los diablos, pensó Clive. Miró a Keoti, pero por su expresión dedujo que, por lo que a ella se refería, Clive ya no existía.

—Pagará por esto —le aseguró Clive al «padre Neville» al tiempo que los guardias abrían la puerta apenas lo suficiente para que la pequeña compañía pudiese pasar.

El impostor se acercó a la puerta.

—Lo dudo —respondió.

La caverna era oscura; oscura, fría y húmeda. Clive fue el último en ser arrastrado hacia la puerta y empujado hacia adentro. En el instante en que la hoja de la puerta se cerraba, el «padre Neville» se asomó a la rendija.

—¡Pst, pst! ¡Recuerdos de parte de su hermano! —dijo con un volumen de voz que alcanzara no más allá de los oídos de Clive.

Clive se lanzó hacia él, pero el hombre gordo se retiró con un ágil paso como de bailarín y la gran puerta metálica se cerró con un estallido que resonó y resonó en la oscura cueva en donde estaban atrapados.

Con el hombro de Sidi como almohada para su cabeza, Annabelle se las compuso para conseguir dormir un par de horas sin sueños, hasta que la despertó una pandilla de traviosos jovencillos roghas que jugaban a un enloquecido «pilla-pilla» por los árboles que rodeaban la plataforma donde ella y Sidi se encontraban. Al contemplar sus acrobacias, Annie empezó a sentir otra vez una serie de retortijones en el estómago. Rápidamente alargó la mano en busca de la bolsa de byrr. Sacó una hoja y se puso a masticarla.

Y, cuando sus irrazonables miedos se aplacaron hasta hacerse soportables, llegó Chobba. Bajó columpiándose de una rama; llevaba en perfecto equilibrio una bandeja cargada de lo que parecían tartitas para desayunar, frutos, tazones de arcilla cocida y una tetera humeante. Los tazones no tintinearón ni se vertió ni una sola gota de té.

—¡Vaya exhibición! —comentó Annie mientras él se sentaba en cuclillas frente a ellos.

El gran rogha sonrió.

—¿Duermes bien? —le preguntó.

—Creo que me gustaría volver a tierra, ahora, si fuera posible —le pidió ella.

De pronto se encogió al ver la ruidosa tropa de chicos roghas que pasaban de nuevo volando junto a ella. No parecían tanto columpiarse en las ramas como dar volteretas en ellas. Chobba, pensando evidentemente que la estaban molestando con su jaleo, se levantó y empezó a gritarles, hasta que ella tiró de su brazo peludo.

—No, no —le dijo—. No son ellos..., es la altura. Me... marea.

—¿Tú masticas byrr?

—Sí, pero de todas formas quiero bajar.

—Tú primero come. Viene Lukey. Viene fetichera. Todos hablaremos. Luego tú irás. ¿Acuerdo?

—¿Fetichera? —repitió Annabelle. Recordó habérsela oído nombrar la noche anterior, pero había estado demasiado ocupada con su problema como para preguntar quién era.

—Ella hace fetiches —explicó Chobba—. Muchísimo lista.

—Creo que se refiere a una hechicera —dijo Sidi—. Alguien que hace fetiches y habla con los espíritus.

—Como un chamán —agregó Annie.

Sidi se encogió de hombros, pero Chobba asintió en respuesta a lo que el indio había dicho.

—Llama Reena —dijo—. Fetichera. Habla con roghas muertos, lee raíces y hojas. Viene muchísimo pronto.

Atraídos por el sonido de su conversación, Chillido y Tomás emergieron de la choza. A la vista de la alienígena de cuatro manos, los jovencitos roghas se aproximaron saltando de rama en rama para observarla más de cerca; pero, cuando ella se volvió a mirarlos, los pequeños simios huyeron a toda prisa; luego, cuando volvió la cabeza, se acercaron de nuevo con disimulo. Chillido reía con sus payasadas y su risa agudísima sobresalía por encima de los gritos de los pequeños monos.

—¡Come, bebe! —la apremió Chobba. Se volvió a sentar en cuclillas y empujó la bandeja hacia ella, relamiéndose—. Mucho bueno, ¿sí?

Lukey se reunió con ellos mientras comían. Su llegada produjo un estallido de lo que pareció una serie de afectuosos comentarios burlones que los jovencitos roghas y él se lanzaron mutuamente. Los chicos, colgados de sus asideros con una mano o un pie, columpiaban sus miembros libres y charlotteaban.

—¿Qué significa *bishii*? —inquirió Annabelle. Era el término que los jovencitos roghas usaban para referirse al anciano.

Lukey sonrió.

—Bien, decían que significaba «simio sin pelo», pero Chobba me contó, después de un tiempo de estar aquí, que en realidad quería decir «viejo pedorro».

—¡Bishii, bishii! —gritaron a coro los chicos.

Lukey se levantó y los amenazó con los puños cerrados y con una severidad burlona, al tiempo que intentaba ahuyentarlos. Pero no hubiera necesitado molestarse: los jóvenes roghas ya estaban callando y en pocos instantes todos huyeron rápidamente.

Annabelle se volvió y vio que era la llegada de la hechicera lo que los había amedrentado. Y es que, pensó ella mirando a la extraña rogha, quizá no fuera tan mala idea largarse.

Reena no tenía piernas, pero ello no era impedimento para que avanzase a toda prisa por las copas de los árboles. Aterrizó en la plataforma y se propulsó hacia ellos con sus poderosos brazos. Vestía una falda corta de cuero, que apenas cubría los muñones de sus piernas, y un chaleco de hierba tejida, bajo el cual sus pechos peludos oscilaban. El chaleco estaba decorado con abalorios, plumas y cientos de huesecitos de pájaro que repiqueteaban entre ellos a cada movimiento. De su cuello colgaba una bolsa de piel con adornos, y docenas de brazaletes cascabeleaban en sus brazos. El pelo le olía intensamente a incienso.

Ocultaba el rostro bajo una máscara espantosamente repulsiva. La máscara (una exageración grotesca de las facciones de los roghas) era de madera y cobre, con conchas de cauri y abalorios que cubrían todo excepto la corona, que era un cuadrado de tela basta de color azul-verde oscuro. Un espeso mechón de pelo de antílope hacía el papel de barba en el extremo inferior de la máscara y, surgiendo como una trompa de elefante tras la simple corona, había un diminuto mascarón de yelmo adornado

con un penacho de rafia.

Se detuvo frente a Annabelle y su grupo. Sus ojos oscuros brillaron en las órbitas de la máscara al escrutar con detenimiento a los cuatro.

—¿Qué significa esa máscara? —preguntó Annabelle a Lukey.

—Un espíritu de las tinieblas te observa a través de mis ojos —replicó la hechicera, con una voz que sonó hueca a causa de la máscara de madera.

—¿Hablas inglés? —inquirió, asombrada, Annabelle.

«¡Qué pregunta más estúpida!», pensó ella inmediatamente después de haberla formulado, pero Reena hizo un signo negativo con la cabeza.

—Ella no habla tu idioma —repuso la misma voz hueca—. Pero yo sí.

—Ah...

Annabelle echó un vistazo a Sidi, pero éste comprendía tan poco como ella lo que estaba sucediendo. Ni Luckey ni Chobba la miraron a los ojos.

—¿Quién... ejem... quién eres pues? —preguntó a la voz de detrás de la máscara.

—Un espíritu de las tinieblas.

Estupendo. Una sesión de espiritismo en plena jungla. ¡Lo que les faltaba!

—¿Podrías especificar un poco más? —insistió Annabelle.

—Las tinieblas están a nuestro alrededor; son invisibles, pero están siempre presentes. Os vigilamos, a través de los ojos de nuestros vicarios.

—¿Como un fantasma?

—Nosotros no somos muertos, pero, sí, como un fantasma.

—¿Cómo te llamas?

—No tenemos nombres.

—Entonces, ¿cómo os distinguís los unos de los otros? —inquirió Annabelle.

—Sabemos quiénes somos y eso basta, ¿no crees?

—Supongo...

—Tú deseas ir a Quan —prosiguió la voz ahuecada de la máscara—, para entrar por la Puerta que allí se encuentra, la Puerta que crees que os llevará de vuelta a vuestros mundos. Pero yo te digo, Anne Belle —y pronunció su nombre de pila como si fuera nombre y apellido—, que, si vas, nunca volverás a ver a tu hija Amanda.

—¿Cómo sabes todo esto? —interrogó Annabelle, con expresión desconcertada.

—Desde las tinieblas podemos ver cómo eres realmente, saber tu historia completa, mejor que observando el aspecto exterior que presentas al mundo inmediato que te rodea.

Aquello era misterioso de veras, pensó Annabelle. Nunca había sido aficionada a las cuestiones esotéricas. Todo tenía una explicación lógica. Puede que uno no tuviera los datos necesarios para resolver algo en un momento dado, pero, más tarde o más temprano, uno podía contar con que le encontraría un sentido lógico. Pero esto... simplemente era fantasmal.

—Así que estás leyendo mi mente...

—Estoy leyendo tu esencia.

—Maravilla de las maravillas. Y, después de haber figoneado un poco por aquí y por allí, ¿lo mejor que puedes llegar a decirme es que Quan es peligroso? Me disgusta tener que soltártelo así, tía, pero esto no es lo que se dice una noticia fresca.

—Comprendo tu deseo de regresar a tu mundo, pero tienes que aceptar que es imposible. Cuanto más penetres en la Mazmorra, cuantos más niveles cruces, a más peligros te expones y menos oportunidades tienes de sobrevivir. Quan es terriblemente peligroso, pero no es nada comparado con lo que hay en la misma Puerta y más allá de ella.

—Muy bien —dijo Annabelle—. Pero ¿por qué no me dices algo para animarme? Dime qué es exactamente lo que nos aguarda.

—En Quan, muerte segura a manos de una ilusión. En la puerta, muerte segura causada por tu mayor miedo hecho realidad. En el siguiente nivel, muerte segura producida por la locura.

—Espera un momento, tía —cortó Annabelle—. No paras de decir «muerte segura». ¿Cómo podré encontrar la muerte segura en la puerta si ya habré muerto en Quan?

Hubo una larga pausa; luego, por fin, la voz hueca admitió:

—Es posible, aunque extremadamente improbable, que puedas continuar, que puedas sobrevivir a uno, o a otro, de tus destinos, pero de ningún modo a todos los que se encuentran en tu camino.

—Pero si seguimos, ¿tendremos alguna oportunidad?

—La posibilidad es tan ínfima que no vale la pena ni considerarla.

—Sin embargo, ¿tú no intentarás detenernos, al menos físicamente?

—En este mundo, cada individuo es libre de elegir su camino. Eso nunca puede ser arrebatado.

—De acuerdo. Así pues, no nos vas a detener. ¿Nos puedes ayudar un poco más? ¿Nos puedes dar un poco más de información? Venga, vamos, ¿qué daño puede hacerte?

No hubo respuesta.

—¡Espíritu! —llamó Annabelle.

Más silencio.

Annabelle extendió el brazo y tocó el hombro de Reena. La hechicera se sobresaltó y habló en el lenguaje de los roghas. La voz, aunque seguía sonando con un timbre hueco, no tenía nada que ver con la que había estado hablando momentos antes.

—¿Qué está diciendo ahora? —preguntó Annabelle.

—«¿Qué deseas de mí?» —tradujo Lukey.

—Estábamos hablando... —empezó Annabelle, pero su voz murió al ver que Lukey hacía señas negativas con la cabeza.

—No, no. Estabas hablando con el espíritu de las tinieblas que cede sus poderes a Reena, no con la misma Reena. Lo he visto antes. Pasé por lo mismo cuando llegué aquí.

—¿Qué diablos significa todo esto? —inquirió Annabelle.

Sidi le tocó el brazo.

—He oído hablar de ello antes, entre los hechiceros africanos. Los espíritus llenan el cuerpo del hechicero como el agua llenaría una vasija. Cuando el espíritu se va, el hechicero no recuerda nada.

—Pero no es real —protestó Annabelle—. Espíritus..., fantasmas. No puede ser real.

—Hay demasiados misterios en el mundo —replicó Sidi— para que yo pueda decidir cuáles son ilusiones y cuáles son realidades. En esta Mazmorra ya hemos visto a menudo que lo que pensábamos que era imposible se ha vuelto realidad. Cuando lo normal es lo raro, ¿quién puede decir honestamente lo que es posible y lo que no lo es?

Annabelle asintió.

—Vale. Me cogiste en ésa. Pero no desisto.

—De todas formas, no me gustaría discutir contigo —concluyó Sidi.

Annabelle se volvió hacia Chobba.

—Me gustaría bajar a tierra ahora, Chobba, si ello es posible.

—Yo siento tú te vas —dijo Chobba—. Chobba te lleva abajo. Chobba y tú andaremos en piernas hasta Quan, ¿sí? ¿Acuerdo?

—Desearía que hubiera algún medio de poder hacerte quedar —intervino Lukey—, pero maldita sea si se me ocurre alguno, en especial cuando estás completamente decidida a irte.

Annabelle empezó a levantarse, pero de repente la hechicera alargó su poderosa mano y le agarró el brazo. Y, con la máscara casi rozando el rostro de Annabelle y sus ojos oscuros brillando a través de las rendijas, le habló en un rapidísimo rogha.

—¿Qué ha dicho?

Lukey tradujo:

—Que aunque no tengas nada que pedirle, de todas formas te va a decir algo. En tu cara pálida ve... —el anciano se detuvo, en busca de una palabra—, no un destino fatal, sino más bien un futuro de tiempos difíciles y turbulentos. Y que, si quieres que las cosas salgan bien, tienes que estar dispuesta a depender de la fuerza de los demás, en lugar de tratar de cargarlo todo en tus hombros. Y no busques demasiado lo que crees que quieres, porque podrías encontrarlo.

Tomás, que había permanecido en silencio durante los distintos diálogos, habló ahora.

—¿Me va a escuchar ahora? Yo digo que regresemos a buscar a los demás. Ellos no son tan estúpidos como vuestra merced.

—Regresar —dijo Annabelle—. Correcto. ¿Estás listo para volver a encontrar a los chasucks, tío?

—Iremos con cuidado.

—Tú vete, y cualquiera que quiera ir contigo. Yo continúo. Voy a salir de este

agujero, y la única manera que conozco para llevarlo a cabo es seguir adelante.

Chillido avanzó hasta situarse junto a Annabelle, con su múltiple mirada clavada despectivamente en el español.

*Y no irá sola*, afirmó la arácnida.

Annabelle sonrió y se volvió hacia la hechicera.

—Gracias —le dijo—. A ti y a tus espíritus. —Esperó a que Lukey tradujera—. Sin embargo, debemos proseguir. Recordaré tu consejo.

Reena asintió y habló con voz suave.

—«Eres una mujer fuerte y muy orgullosa —tradujo Lukey— y eso también será de gran ayuda». Y después te da su bendición.

La hechicera se alejó, andando con las manos, saltó hacia la rama más próxima y desapareció.

—Es realmente algo imponente —comentó Annabelle— la manera que tiene de moverse.

—Reena es mucho fuerte —aseguró Chobba, flexionando sus musculosos brazos—. Mucho lista. Gran jefa. Como Chobba, ¿sí?

Annabelle sonrió.

—Cierto —dijo—. ¿Puedes bajarnos al suelo ahora? O si no, no pasará un minuto antes de que caiga.

Con lo que semejó una sonrisa en sus facciones alienígenas, Chillido se lanzó de la plataforma e inició el descenso. Cuando Annabelle y los demás de su grupo llegaron al suelo, Chillido ya los estaba esperando. Chobba y algunos de sus guerreros planeaban guiarlos hasta Quan. Para mayor sorpresa, Lukey también se añadió a la partida.

—Bueno, no digo que siga hasta el final —comentó—, pero no me importaría dar una ojeadita al lugar y, ¡qué diablos!, nunca se sabe. Podría ser que me gustara hacer un viajecito por mi cuenta. He estado viviendo como un mono durante un montón de años. Quizás es tiempo de aprender a vivir de nuevo como un hombre.

—Estaremos muy contentos de tenerte con nosotros —aseguró Annabelle.

—Oh, sí —dijo Tomás—. *Muito felizes*. Muy felices.

Annabelle se volvió hacia el español y, al ver aquella expresión de inocencia en su rostro, lo observó con recelo. El cabroncito actuaba como si hubiera cambiado de opinión y, además, lo hubiera hecho sinceramente. «Bien, ¿quién sabe?», pensó. «Ahora nadie podrá decir que es una comadreja tozuda».

—¿Andaremos en piernas, sí? —preguntó Chobba cuando estuvieron todos reunidos en el sendero.

Cada uno tenía un paquete por cargar, lleno de provisiones y recipientes para el agua. Annabelle llevaba también la bolsa de hojas de byrr, que Chobba había insistido que conservase.

—Eh, chicos, ¿conocéis alguna canción para hacer camino?

Chobba hizo un signo negativo con la cabeza, y ella les enseñó, a él y a sus

guerreros, el estribillo de «Da Du Ron Ron». Inventando letras que se adecuaban a su presente situación y con los roghas respondiendo en un potente aunque algo desafinado coro, Annabelle emprendió el camino hacia Quan, flanqueada por Chobba y Sidi. A pesar de la amenaza de los peligros que los aguardaban, hacía tiempo que no se sentía tan bien.

«Es el suelo bajo tus pies, Annie», dijo para sí. «Pero no te me vayas a volver temeraria ahora».

Quizá sí, quizá no. Lo que tenía muy claro era que era bueno moverse por sus propios medios, con el grupo reforzado y sin el hatajo de tiburones terrestres en el culo.

Las cosas podrían ir mejor, pensó. Pero también podrían ir endemoniadamente peor.

Estaban atrapados en la oscuridad más completa. Clive deslizó las manos por la puerta de metal que los había encerrado allí, pero en aquel lado no pudo encontrar ningún pomo ni cerrojo que les permitiese abrirla de nuevo.

—¡Maldito sea el hombre! —gritó, y lanzó un puñetazo contra la puerta.

Un estruendo apagado y hueco llenó la oscuridad.

—Necesitamos luz —dijo Finnbogg.

—Tengo chispa para encender una antorcha —dijo Smythe, sacando el pedernal y el eslabón del bolsillo de su chaqueta—. Vamos a ver si encontramos algo para quemar.

—¿Qué querría significar con *cosas*? —preguntó Clive.

Smythe se encogió de hombros, pero su gesto se perdió en la negrura.

—En este lugar puede ser cualquier cosa —respondió—. No me sorprendería que nos tropezásemos con una tropa de kobolds<sup>[13]</sup>.

—No consigo encontrar ni una astilla —dijo Finnbogg.

Su voz se oyó muy distante, pues abriéndose camino a tientas, se había alejado en su búsqueda de material que ardiera.

—No te vayas tan lejos —le advirtió Smythe—. He podido hacerme una idea del tamaño del lugar justo antes de que cerraran la puerta y es lo bastante grande como para que podamos perdernos con toda facilidad.

—A lo mejor yo podría ser de alguna ayuda —intervino Guafe.

Clive y Smythe se volvieron en la dirección de la voz metálica del ciborg.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —musitó Smythe.

Había olvidado las ventajas de que un ciborg formara parte de su compañía. Los ojos de Guafe despidieron un fulgor rojo que luego se volvió incandescente y fue dejando caer una tenue luz allí donde posase la mirada.

—Muy amable de su parte, esta ayuda —dijo Clive secamente—, considerando lo pasado.

—Estamos juntos en esto —replicó Guafe.

—Lo más curioso es que hace cinco minutos lo había olvidado usted por completo, cuando hablábamos con ese gordo impostor.

—Fue de lo más... convincente.

—¡No me diga! —ironizó Smythe—. ¡Lástima que usted no lo fuera! Podría haberse librado de nuestra compañía, ¿no le parece?

—Lo que pensemos los unos de los otros es irrelevante en nuestra situación

presente —sentenció el ciborg—. Sólo deseo observar todo lo que me sea posible de este curioso mundo antes de emprender la huida. Y este lugar en particular tiene escaso interés.

Clive asintió para sí mismo. Tendía a olvidar que, aunque el ciborg parecía bastante humano, su mente siempre sería insondable para ellos. En algunos sentidos, el ciborg era menos humano que Finnbogg o que Chillido, recordó. Harían bien en no olvidarlo.

—Ea, ¿qué es esto? —dijo Smythe.

Guafe giró la vista en dirección al inglés e iluminó un montón de lo que parecía herramientas de minero abandonadas. Smythe tomó una linterna de los escombros, la abrió y encontró un cabo de vela en su interior. Buscando más, encontraron otras cuantas linternas, la mayoría de ellas rotas, pero todas con pedazos de vela aprovechables.

—Los instrumentos parecen más bien primitivos —comentó Guafe.

Considerando las maravillas tecnológicas de sus capturadores, Clive no pudo sino concederle la razón.

—Quizás éste sea el motivo por el cual están desechados —repuso—. Porque están en desuso.

—Quizá —respondió el ciborg.

O quizá, agregó Clive para sí mismo, las *cosas* de que el impostor había hablado fuesen la causa de que los dramaranos abandonasen la mina mucho tiempo atrás. Aunque no era propenso a la claustrofobia ni al miedo a la oscuridad, se percató de que tenía los oídos constantemente alerta a cualquier sonido que no fuera causado por ellos mismos. Lo que fuera que los dramaranos guardaban en aquel lugar para alimentarse de sus cautivos, debía de ser extremadamente desagradable si su mejor descripción era la de *cosas*.

—¡Mirad! —exclamó Finnbogg, levantando una caja de velas por estrenar.

—Buen trabajo —lo felicitó Smythe.

Con astillas de madera cepillada y algo de paja del acolchado de un asiento de un viejo vagón de mina, consiguió prender el fuego necesario para encender el primer cabo de vela. Lo colocó en el interior de la linterna y luego la sostuvo en alto, para que pudieran tener una visión más amplia de sus entornos; pero, aunque la lumbre iluminó su área inmediata, no fue lo bastante intensa como para penetrar en las sombras más profundas de la caverna.

—Aquí hay unos raíles —dijo Guafe.

Señalaba hacia donde empezaban unos estrechos raíles, a unos tres metros de donde se hallaban. Los raíles estaban montados en traviesas de madera y se dirigían al interior de la caverna.

—Podemos seguirlos —añadió.

Clive asintió, pero antes levantó la linterna que había encendido para sí y volvió su luz hacia la puerta. La superficie de la maciza puerta era completamente lisa; era

una sola lámina de metal que encajaba tan a la perfección en los muros de piedra que les hubiera llevado largo tiempo intentar descalzarla de su marco, incluso con la ayuda de las herramientas abandonadas entre el montón de aparejos de minería. Y se dio cuenta de que había otra razón para no intentar aquella vía de escape. El ruido de su trabajo atraería seguramente a los dramaranos a investigar. Clive y los suyos quizá fueran capaces de hacerse cargo de una pequeña partida de dramaranos, pero luego deberían cruzar el inmenso complejo de la ciudad subterránea.

No. Tenían que seguir adelante.

—¿Dice algo el diario de Neville acerca de este lugar? —preguntó Smythe.

—En el último mensaje no mencionaba nada. —Era innecesario volver a buscar aquella anotación. Ya se había acostumbrado a la manera totalmente aleatoria en que los mensajes aparecían y desaparecían del grueso diario. De un modo u otro, Neville (o los rens o los chaffris, los amos de la Mazmorra) habían encontrado un medio de escribir en el libro mientras permanecía en posesión de Clive. Quizás habían añadido algo. Dio unas palmaditas en el bolsillo de su chaqueta y frunció el entrecejo.

—¡Maldición! Lo olvidé en mi cuarto. Ahora está en poder de los dramaranos.

Smythe se encogió de hombros.

—Nos traía más problemas que soluciones.

Al pensar en Annabelle y en el resto del grupo, perdidos (o más probablemente muertos) en las junglas, Clive no pudo más que estar de acuerdo. Si se hubiesen mantenido juntos...

—Deberíamos seguir los raíles —aconsejó Guafe—. Tienen que llevar a alguna parte.

—Sólo nos llevarán al último lugar donde estaban excavando —repuso Smythe.

—No necesariamente. En la Mazmorra...

—Cualquier endiablada cosa es posible —concluyó Smythe—. De acuerdo, pero estos raíles...

—¿Tienes una idea mejor? —interrogó el ciborg.

—Este sitio es nuestra tumba —dijo Finnbogg de pronto—. El juicio nos condenó a ser enterrados vivos, o que nos coman las bestias que viven aquí dentro.

—Aquellos seres que nos han encerrado aquí eran hombres y mujeres vivos, de carne y hueso —lo contradujo Clive—. No eran más espíritus de los muertos que lo somos nosotros.

Pero, al intentar escudriñar la oscuridad que se cernía más allá del resplandor de sus linternas, la inquietante sensación de que alguien los estaba espiando le subió por el espinazo como un escalofrío. *Cosas*, había dicho el impostor. Maldito... ¿Qué clase de *cosas*?

—No tenemos ni agua ni provisiones —apuntó Smythe—, y las velas no van a durar eternamente.

El primer cabo que había encendido ya estaba derritiéndose en el interior de la linterna. Encendió otro y se quedó quieto.

—¡Fíjense en eso! —exclamó.

Una corriente de aire arrastraba la llama de la vela desde la puerta donde se encontraban hacia las profundidades de la caverna, en la misma dirección que llevaban los raíles.

—Una corriente de aire —dijo Guafe—. Creada por alguna abertura al exterior situada más adentro. Así pues, los raíles conducen a alguna otra parte que al último pozo donde trabajaban.

Smythe asintió.

—Bien, al menos eso lo decide. Seguiremos los raíles.

Aprovecharon todo lo que pudieron de los aparejos de minería abandonados. Se llenaron los bolsillos de velas. Finnbogg, Clive y Smythe llevaban cada uno una linterna. El enano cogió una pequeña almádena como arma y los demás tomaron barras de hierro. Smythe añadió a su equipo personal un recipiente de hojalata abandonado, atándolo a su cinturón con un trozo de bramante que también encontró. Tenía la intención de usarlo como recipiente para agua, si encontraban alguna. Y en el hombro cargó un pedazo de lona basta, atado a cada extremo con más bramante; la había hallado hecha un fardo en un rincón.

—Me sentiría mucho mejor con una cuerda —dijo.

—Me sentiría mejor simplemente fuera de este lugar —observó Clive.

—Eso es.

Y emprendieron la marcha, siguiendo los raíles metálicos, mientras sus botas enviaban los ecos huecos de sus pasos inseguros entre las traviesas de madera.

Sin medios para calcular la hora, era muy difícil decir durante cuánto tiempo anduvieron por aquella inmensa caverna siguiendo los raíles, pero finalmente llegaron al otro extremo. La mole negra de un muro se alzaba ante ellos y se perdía en la oscuridad que sus luces no podían penetrar. Los raíles penetraban en una gran grieta de la pared. Entraron en ella y continuaron el trazado de los raíles, por una serie de pequeñas galerías que empezaron a descender suavemente.

En algunos puntos, las estalactitas rozaban los raíles o las larguiruchas estalagmitas se erguían entre las traviesas, obligándolos a desviarse del camino directo que marcaba la vía. Algunas de las galerías eran tan pequeñas que su lámpara alcanzaba a iluminar las paredes y el techo, repleto de estalactitas colgantes.

De pronto llegaron a la primera bifurcación de los raíles. Siguieron los que se dirigían a la derecha; éstos cayeron en una súbita pendiente y llevaron al grupo a una galería en donde las paredes y el suelo estaban profundamente recubiertas de excrecencias calcáreas. Aquí las estalactitas habían crecido hasta llegar al suelo, formando una laberíntica serie de columnas. La superficie coralina del suelo volvía insegura su marcha.

En determinados puntos, los raíles desaparecían bajo los salientes calcáreos, tan espesos crecían. El grupo volvió sobre sus pasos hasta donde la vía se había dividido inicialmente, y esta vez tomaron el camino de la izquierda. Aquí la pendiente era más

suave y el aire se iba haciendo más húmedo a medida que avanzaban.

Pararon dos veces a descansar; una vez simplemente en los raíles, pero la segunda después de seguir el borboteo del agua al otro extremo de una larga galería; allí encontraron un charco de agua, alimentado por una pequeña fuente que brotaba de más arriba, y se detuvieron a beber y descansar. Antes de proseguir la marcha, Smythe llenó su recipiente de hojalata.

La sensación que percibía Clive de que observadores ocultos acechaban al grupo ni se agudizaba ni disminuía; pero, cuanto más avanzaban sin encontrar signo alguno de criatura viviente, más inquieto se notaba. La oscuridad que se cernía más allá de sus linternas, el eco amortiguado de sus pasos arrastrados resonando huecamente en las paredes, todo se añadía a su angustia, poniéndolo de un humor lúgubre.

Estaba preocupado por Annabelle y su grupo, y su sentimiento de culpabilidad, por haber permitido que se fueran por su cuenta, se había acrecentado por lo que Keoti había dicho acerca de los peligros de la jungla y de las posibilidades de supervivencia de Annabelle. Una y otra vez se maldecía por no haberse mostrado más firme con ella y por no haber mantenido los dos grupos unidos.

El hecho de que hubieran tenido que abandonar Dramara de un modo deshonesto también le dolía, y no sólo por lo que pensaría Keoti de él. Más bien era el recuerdo del barrigudo impostor sentado y repantigado en medio de todas aquellas maravillas tecnológicas, usando el nombre de Neville como una insignia de honor, proclamando sus mentiras como verdades, mientras que en verdad era una auténtica mascarada...

Los dientes de Clive crujieron. ¡Le habría gustado tanto haber tenido la oportunidad de cruzar las espadas con el impostor que llevaba el nombre de su hermano! ¡Le habría divertido tanto ver cómo se esfumaba aquella sonrisa burlona de las facciones de su rostro fofo!

Pero pensar en el impostor arrastró consigo recuerdos de su hermano gemelo. Desde el mismo momento en que él y Smythe habían entrado en aquella maldita Mazmorra, Neville había estado jugando con ellos como si fueran un par de monigotes. Todo lo que les ocurría parecía formar parte de un juego elaborado, sólo que nadie había tenido la amabilidad de dar a conocer las reglas a Clive y su grupo. Las voces misteriosas, las repetidas veces que reencontraban el diario, todo lo que les había acaecido siguiendo los consejos que Neville había escrito en él...

Quizás Horace tuviera razón: estarían mejor sin aquel maldito libro. Ya que, si había de tener alguna utilidad, ¿por qué no podía estar escrito más claramente? En lugar de adivinanzas y vaguedades, unos pocos hechos claros habrían sido más que útiles. Como por ejemplo, ¿qué les aguardaba en aquella caverna? ¿Adonde los llevaría? ¿Quién la habitaba?

Fue Finnbogg quien tropezó con los huesos.

El enano iba andando por un lado de los raíles cuando soltó un grito y habría caído rompiendo la linterna en las rocas de no ser por Guafe, quien lo asió por el

brazo y lo ayudó a recuperar el equilibrio. Como consecuencia, la linterna osciló, haciendo que las sombras bailasen como derviches. Entonces se dieron cuenta de con qué había tropezado.

A lo largo de la margen izquierda de los raíles de la nueva galería, y desde la vía hasta la pared, había un cúmulo de huesos. Cráneos y costillas, huesos de brazos y piernas, y otros que no eran tan fácilmente reconocibles, quizás incluso no humanos. Y había algunos... que sin duda eran los esqueletos de criaturas humanoides, con manos, piernas y troncos como los de los hombres, sólo que sus tamaños no encajaban. La mayoría eran demasiado pequeños para ser incluso de niños. Uno de ellos, si había formado parte de un humanoide, había pertenecido a un gigante de al menos tres metros de estatura.

—Es una especie de cementerio —dijo Smythe.

—Más bien, un terreno de pasto, diría yo —comentó Guafe.

Finnbogg experimentó un temblor y a Clive un escalofrío le recorrió la espalda. Smythe se acercó un poco más, sosteniendo la linterna en alto, para dar más claridad; Clive siguió su ejemplo, aunque no podía sacudirse la sensación de que estaban siendo vigilados por observadores ocultos. Esta sensación era ahora más intensa en aquel momento que en cualquier otro desde que habían entrado en la cueva. Una sensación que subía como un reptil por su columna vertebral y se alojaba en su cogote, agarrotándole los músculos.

Durante largo tiempo, el grupo contempló sin hablar el campo de osamenta, cada uno guardando sus pensamientos para sí. Luego, justo cuando Finnbogg iba a hacer un comentario, Clive alzó la mano.

—¡Chitón! —ordenó en voz baja—. ¿Qué ha sido eso?

—No he oído nada —empezó el ciborg, pero luego sus ojos se clavaron más allá de Clive.

Éste se volvió y vio docenas de pares de pequeñas rendijas horizontales: eran ojos que los observaban desde la otra parte de la galería y que reflejaban la luz de las linternas del grupo como lo harían los de un zorro o de un gato.

Smythe tiró de su barra de hierro, que tenía sujeta en su cinturón.

—Ahora vamos a ver qué clase de criaturas son las que moran en este sitio —dijo.

—Espere un momento —repuso Clive. Levantó una mano para detener el avance de Smythe—. Veamos si podemos irnos sin que ocurra nada.

Smythe dudó; luego asintió. Lentamente, el grupo avanzó hacia la estrecha entrada que los conducía a la siguiente galería, tanteando su camino con los pies, incapaces de apartar la mirada de los ojos que los estaban observando desde la oscuridad. En el mismo instante en que alcanzaban la entrada, un alarido que les heló la sangre, un alarido como el de un hombre a quien sacaran las entrañas en vivo, hizo añicos el silencio de la oscuridad.

—Bien, eso lo decide todo —dijo Smythe.

Como un solo hombre, los miembros del grupo levantaron sus armas y se

dispusieron a hacer frente al ataque de las criaturas.

Con la presencia de los roghas, a Annabelle le pareció que su viaje se había convertido en una excursión. Era difícil no pasarlo bien en compañía de los bonachones simios. Reían y bromeaban entre sí, y le pedían a Lukey que tradujera lo que, a su juicio, eran buenas salidas. Les gustaba cantar, sobre todo al ritmo de los *rhythm & blues*, de modo que Annabelle les enseñaba viejas canciones de *motown*<sup>[14]</sup> y de música rock de los años cincuenta con montones de *sha-la-lás* y *du-du-ás* y cosas por el estilo.

A Annabelle, sin embargo, le costó mucho más seguir la música de los roghas. Esta contenía muchos chasquidos secos realizados con el velo del paladar y sonidos que parecían toses cortas, combinados en un canto rítmico. Pero, de cualquier forma, le gustaba escucharla e intentar seguir sus extraños ritmos.

Al final del primer día, ya pudo distinguir a los roghas entre ellos con relativa facilidad. Chobba nunca había sido un problema: sobresalía por encima de los demás y su sonrisa enorme era inconfundible. Al principio, por medio de la diferencia de color en el pelaje y, más tarde, por los rasgos faciales (a medida que se acostumbraba a ellos), aprendió a identificar también claramente a los demás.

Ghes era el más pequeño, con una larga nariz y un tinte de alheña en el pelo. Era callado y el que mejor entonaba. Ninga tenía franjas negras y plateadas en el pelo de la cabeza y unos grandes ojos muy separados. Era un bromista auténtico: tanto le gustaba que le gastaran una buena broma a él como ser él quien se la gastara a otro. Tarit y Nog eran los más difíciles de distinguir porque eran gemelos idénticos, pero Tarit llevaba en el cuello, aparte de un collar, un pañuelo de colores brillantes y Nog tenía una risa aguda que era imposible confundir con la de otro.

La única hembra entre los roghas que acompañaban al grupo era Yssi. Tenía un pelo suave de color tostado y unos dulces ojos negros. Después de Chobba era la más fuerte de la pequeña tropa y, como Ghes, era callada; pero tenía un ingenio agudo, de tal forma que, cuando hacía un comentario, todos los roghas invariablemente estallaban en risas. Tampoco era contraria a las pequeñas bromas de siempre.

Ella fue quien, la primera noche que acamparon, intentó que Annabelle y su grupo comieran gusanos blancos y babosas vivitas y coleando; los había ido recogiendo en un cuenco durante el día. Insistió en que eran un plato exquisito que uno no podía perderse y que, según las opiniones más serias, tenían que comerse vivos. Esto constituía, de hecho, la mitad de su delicioso sabor.

A Annabelle le repugnaban, pero, como estaba orgullosa de su buena disposición para probar cualquier comida indígena, viajaran por donde viajaran, casi se traga una

de aquellas criaturas. Lo único que la retuvo fueron las risitas sofocadas de los demás roghas, quienes finalmente le contaron que era una broma.

Después de aquello, a Ninga le dio por llamarla Ilkgar, que Lukey tradujo para ella como «gusanófoga».

—Muy listos, tíos —dijo a Ninga y a Yssi—. Pero recordad esto: no me enfadaré, pero me desquitaré.

Los roghas se destornillaron de risa cuando Lukey les tradujo el comentario de ella.

La verdadera cena de aquella noche fue una especie de abigarrada ensalada de vegetales, como acompañamiento de la carne de un ave acuática que Chillido había abatido justo antes de que acamparan. Situaron el campamento apartado del sendero, en un claro de la margen del camino que daba al veld. La franja de jungla en aquella orilla del río era ahora tan ancha que ya ni siquiera de vez en cuando vislumbraban las llanuras entre los árboles, como en los primeros días después de separarse del grupo de Clive. Fuera del sendero, la maleza era espesa, mientras que el mismo camino estaba densamente cubierto por un techo de ramas colgantes y enredaderas.

Lo que Annabelle echaba en falta del poblado de los raghas era el vientecillo que pasaba por entre las copas de los árboles. Abajo, el aire era quieto y húmedo, y el calor agotador. Los mosquitos fueron un problema hasta que Ghes les habló del barro negro que se formaba en las raíces de una planta en flor; era parecida a los juncos y crecía en matas espesas a lo largo de la orilla del río. El jugo blanco y consistente que segregaban las raíces de la planta constituía, mezclado con el barro, un magnífico repelente para los insectos. A pesar de desprender un olor penetrante que tenía algo, aunque no mucho, de desagradable, era mucho mejor que estar constantemente espantando los mosquitos.

Lo más ridículo de todo, concluyó Annabelle, era el maquillaje con el barro, pues les daba la apariencia de un pintoresco comando en traje de camuflaje.

Cuando aquella primera noche llegó el momento de dormir, los roghas y Lukey saltaron a los árboles, donde cada uno hizo su nido, encajándolo en los codos de las ramas con el tronco principal. Después de la noche que Annabelle había pasado en el poblado rogha, nada pudo convencerla de seguir su ejemplo. Ella, Sidi y Chillido hicieron sus lechos en el suelo, junto a las ascuas moribundas de la fogata. Tomás, no obstante, se encaramó a una rama (que colgaba baja) y, después de mucho agitarse y retorcer sus miembros, cayó dormido como si hubiera nacido para la vida arbórea.

No era muy diferente del aparejo de un barco, pensó Annabelle.

Fue durante su turno de guardia cuando oyó el gruñido de un mono-gato. La primera vez provino de muy adentro de la jungla, pero cada una de las siguientes sonaba más cerca que las anteriores. Con su lanza hurgó en las ramas de encima, donde dormía el más cercano de los roghas. Ghes se movió y luego respondió en voz baja.

Aunque Annabelle intentaba emplear su lenguaje, todavía le quedaba mucho por

aprender. Pero, a pesar de que no comprendió lo que dijo Ghes, captó el sentido interrogativo de su frase.

—¿Has oído eso? —respondió ella en un rogha de acento terrible—. ¿Es un sonido malo?

El mono-gato gruñó de nuevo. Esta vez no estaba a más de unos pocos árboles de distancia.

Ghes inclinó la cabeza. Y, al oír al animal, produjo algo parecido a un leve gorjeo, como el de un ave nocturna. Al instante, los demás roghas despertaron. Mantuvieron una apresurada conferencia, con las cabezas sombrías inclinadas en un círculo, y de inmediato se alejaron por los árboles en direcciones distintas.

Annabelle parpadeó ante su súbita desaparición y agarró con fuerza la lanza. Se estaba preguntando si debía encender el fuego otra vez, cuando del bosque llegó un coro de gritos seguidos de un abrupto silencio.

Sidi y Chillido se levantaron de un salto, blandiendo sus armas. En sus posiciones arbóreas, Lukey y Tomás se agitaron. Entonces, antes de que Annabelle pudiera contar nada, un gemido largo atravesó la jungla, y luego hubo otro silencio.

—Annabelle, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Sidi—. ¿Dónde están los roghas?

—Era un mono-gato que se acercaba al campamento... —empezó a explicar Annabelle.

En ese momento llegaron los roghas. Saltaron de los árboles, ululando de alegría. Chobba sostenía el mono-gato por la cola.

—¡Fijaos en eso! —exclamó Lukey. Y bajó de su nido nocturno—. Esos malditos bichos te abren el corazón de un zarpazo. Les gusta escabullirse en el poblado de los roghas y llevarse a sus bebés.

Annabelle bajó lentamente su lanza.

—Es como matar a un primo —fue su comentario.

—Es matar una alimaña, eso es todo —contestó Lukey—. Son duros de pelar esos pequeños asesinos, más malos que el pecado. Me imagino que éste creía que ya nos tenía en el buche.

Chobba se golpeó el pecho con el puño.

—¡Gran jefe, sí! —gritó.

Los roghas se golpearon los hombros mutuamente, con una gran sonrisa en los labios. Yssi y Nog empezaron a despellejar el animal y Annabelle tuvo que desviar la vista. No podía librarse de la idea de que el mono-gato, al igual que los roghas y los monos voladores, estaban todos emparentados en algún sentido. Para Annie, lo que habían hecho era como si ella hubiera matado a un chimpancé. Además el mono-gato parecía aún de menor tamaño.

—Costumbres diferentes —dijo Sidi junto a ella.

Annabelle asintió.

—Sí, lo sé. Sólo que cuando una piensa en los roghas o en Chillido o incluso en Finnbogg, se le confunden las ideas acerca de lo que es un animal y lo que es una

persona.

A pesar de que hacía poco que acababan de comer, los roghas encendieron el fuego de nuevo. Cuando el mono-gato estuvo despellejado y limpio de tripas, con las garras y la cabeza cortadas y apartadas para recogerles más tarde las uñas y los dientes, los roghas clavaron un espetón en el tronco del animal y empezaron a asarlo al fuego.

—Come corazón, serás fuerte —comentó Chobba a Annabelle—. Más fuerte, ¿sí?

—Supongo que sí —repuso Annabelle, ya algo arrepentida de haber despertado a alguien. Quizá podría haberlo ahuyentado.

—Diablos —dijo Lukey, abriendo la boca del mono-gato—. Fíjate en los dientes de este bicho. —Y los mostró a Annabelle—. Te arrancaría el brazo de un solo mordisco, verdaderamente.

Si hasta entonces el viaje había parecido una excursión, ahora tomó un aire completamente festivo, aunque algo macabro, según la opinión de Annabelle. Los roghas reían y se contaban chistes; y más tarde se atracaron de mono-gato asado. Cuando Chobba ofreció a Annabelle un pedazo del corazón asado, ella lo rechazó, pero en cambio sí probó la carne. Era algo dura, de textura áspera, pero sorprendentemente buena. Sin embargo, vio que no podía comer mucha y que lo que había comido era difícil de digerir.

Pasó mucho tiempo antes de que el campamento, en las pocas horas que quedaban hasta el alba, recuperara algo de su calma anterior. Los roghas contaron cuentos, que Lukey tradujo, y no pararon de cantar hasta casi la salida del sol. Aquella mañana durmieron todos muchas horas y no regresaron al sendero hasta bien entrada la tarde.

Los días siguientes entraron en una rutina de caminar de día y acampar de noche, sólo interrumpida escasas veces. Una fue cuando, al lavarse a orillas del río a la tercera mañana de salir del poblado, los roghas se retiraron rápidamente hacia la jungla cerrada, arrastrando consigo a Annabelle y a sus compañeros, y se ocultaron en la maleza. Al interrogarlos Annabelle, Ninga señaló el cielo por encima del río. Escrutando a través del follaje, Annabelle consiguió distinguir a duras penas un puntito negro flotando en la atmósfera a gran altura, con las alas inmóviles, planeando en las corrientes de aire como un halcón.

—Gree —explicó Ninga.

—Si nos ven lo pagaremos caro —añadió Lukey.

—Creí que eran carroñeros —dijo Annabelle.

—Sí, lo son. Pero la verdad es que no les importa matar algo y esperar tranquilamente a que se pudra, y odian todo cuanto traspase su territorio.

—¿Estamos en su territorio?

—Bastante cerca.

La otra interrupción de la rutina fue cuando tropezaron con el rastro reciente de un mono-gato, y los roghas discutieron acerca de si debían seguir o no la pista del animal. Su desacuerdo fue tan profundo que Annabelle estaba segura de que iban a llegar a las manos; pero la discusión acabó del mismo modo repentino en que había empezado y los roghas se echaron a reír de nuevo y prosiguieron su viaje.

A medida que se iban acercando a Quan, los roghas aumentaban su cautela. Por dos veces la tropa tuvo que rodear trampas cuidadosamente colocadas en el suelo de su sendero. Una era un pozo con estacas afiladas en el fondo, cubierto con hojas de tal forma que parecía formar parte del terreno. La otra era una serie de redes, dispuestas para que cayeran encima del incauto viajero que pisara la cuerda que lo accionaba. La segunda vez que toparon con un pozo, contenía una de las criaturas parecidas a un tapir empalada en las estacas del fondo. Los roghas descendieron a la trampa y se hicieron con el cuerpo, y aquella noche hubo otro festín.

—¿Quién pone esas trampas? —preguntó Sidi a Lukey aquella noche.

—Los quananos, supongo. Yo nunca me había alejado tanto del poblado. Sólo he oído lo que cuentan, eso es todo.

Chobba, que los había escuchado, asintió solemnemente.

—Sitio malo, ¿sí? —dijo—. Muchos problemas.

Cuando sólo estaban a un día de marcha de Quan, Annabelle descubrió un pedazo de ropa desgarrada colgando de una rama junto al camino. Parecía ser de buena tela, y pertenecía a una manga de camisa: había una parte del puño raído.

—Recuerdo que dijiste que los quananos eran fantasmas —comentó Annabelle—. Pero esto no pertenece a ningún fantasma, ni los fantasmas preparan esas trampas.

Luckey cogió el pedazo de ropa.

—Me imagino que pertenecía a aquel otro tipo —dijo.

—¿Qué otro tipo? Nunca dijiste nada acerca de que alguien más hubiera pasado por aquí.

—De veras que me olvidé de contártelo —respondió Lukey—. Hace poco, quizá un par de semanas, quizá menos. El tipo pasó por el poblado y nosotros intentamos hacerlo quedar, pero no hubo manera. Dijo que tenía que llegar a Quan, y que nada ni nadie iba a impedirselo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Annabelle.

Tenía una ligera sospecha de quién podía ser, incluso a pesar de que el marco temporal no encajara. Pero, otra vez: ¿quién sabía cómo funcionaba el tiempo en aquel lugar? Cuando uno consideraba la diversidad de siglos de los cuales la gente era arrebatada, parecía tener perfecto sentido que en la Mazmorra el tiempo marchaba también de un modo diferente.

—Se llamaba Folly —respondió Lukey—. Neville Folly.

Annabelle recordó a los chasucks, con sus gritos de «folly, folly». Debería haberse acordado de preguntar por el hermano de Clive nada más llegar al poblado rogha.

—¿Quieres decir Folliot? —inquirió.

Lukey asintió.

—Ese es el nombre, cierto. ¿Conoces al tipo?

—Parece que hace siglos que vamos tras él.

—Bien, pues, ahora ya podrás dejar de perseguirlo —sentenció Lukey—. No hay modo de que pueda sobrevivir en Quan. Allí nadie tiene manera de sobrevivir.

—Y, sin embargo, vienes con nosotros.

—Bien, sí, sólo para echar un vistazo; eso es todo, te lo aseguro.

Annabelle intercambió miradas con los demás de su grupo y vio en los ojos de todos el mismo pensamiento reflejado (que también coincidía con el suyo): el grupo de Clive seguía una pista totalmente equivocada.

—¿Qué hizo ese tipo, de todos modos? —preguntó Lukey.

—Se supone que sabe cómo salir de este lugar —respondió Annie—. Así que si hay alguien capaz de pasar a través de Quan y sus fantasmas, este alguien es él.

—¿Sabe seguro el modo de salir?

—Según nuestras informaciones —dijo Sidi—, ha salido ya y ha entrado de nuevo.

—¿Y ahora está pasando por aquí por segunda vez? Creo que a este tipo le hace falta que le examinen la cabeza.

—Y nosotros se lo haríamos con mucho gusto —aseguró Annabelle.

Se preguntó si alguna vez volvería a ver a Clive, a Finnbogg y al resto. Había tenido vagas esperanzas de que sus caminos se cruzaran de nuevo, pero ahora sabía que el grupo de Clive iba tan errado de camino que podría estar perfectamente en otro planeta. Incluso echaba en falta a Finnbogg, a pesar de que él fuera el causante de que Annie hubiera quedado atrapada allí.

—Mal sitio ahora —advirtió Chobba desde su posición adelantada.

—¿Quan? —preguntó Annabelle.

El rogha hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Gran trampa. Tú pasa cerca árbol, ¿sí?

Annabelle avanzó hasta donde Chobba se había detenido y miró hacia adelante. No pudo observar nada raro en el camino.

—¿Qué es? —preguntó, adelantando con cuidado el pie a ras del suelo.

—¡No! —gritó Chobba.

Pero era demasiado tarde. El peso del pie de Annabelle había accionado la trampa. Una cuerda salió disparada del suelo y le enlazó el tobillo. Antes de que nadie pudiera agarrar a Annie, un violento tirón la izó en el aire hasta una altura considerable. La brusquedad de la trampa, al arrancarla del suelo y tirar de ella hacia arriba, habría podido perfectamente dislocarle la cadera.

—¡Bajadme! —gritó.

Pero entonces, en algún lugar muy por encima de ellos, en los árboles, sonó una campana anunciando al que había dispuesto la trampa que ésta había sido accionada.

Columpiándose patas arriba y con el mundo al revés girando y balanceándose bajo ella, el miedo que sentía Annabelle por las alturas se transformó ahora en un

ataque de pánico que la dejó totalmente paralizada.

Las criaturas se lanzaron a la carga; Clive y su partida aún tuvieron tiempo de dejar sus linternas en el suelo y de sacar sus improvisadas armas, pero eso fue todo. Finnbogg levantó su almádena y, el resto, sus barras de hierro. El enjambre de alimañas cayó encima de ellos.

La luz de las linternas se reflejaba en las criaturas con un resplandor parpadeante mientras llegaban al grupo como una ola arrolladora. Apenas medían un metro de altura, sus miembros eran larguiruchos y su cuerpo no tenía color alguno, a excepción del fulgor rojo de sus ojos. Una piel de una palidez cadavérica les recubría el tronco y las extremidades. Su pelo colgaba apelmazado, en descoloridos mechones, enmarañado y liado como serpientes. Tenían los rostros planos, y las facciones eran más vestigios que rasgos: la nariz era chata, una simple raja sin labios hacía el papel de boca y los ojos estaban como aplicados contra la inclinación de su frente.

Iban desnudos y desarmados, aunque compensaban esto último con unas hileras de dientes agudísimos, y unas garras afiladas como cuchillos en pies y manos. Después de su espeluznante grito, avanzaron en un ataque silencioso. El único sonido que producían eran los pasos quedos de sus pies acolchados en el suelo de la caverna y el golpeteo de las garras contra la roca.

Clive levantó la barra para el ataque y asestó un golpe a la primera criatura que saltó hacia él. El arma le dio a un lado de la cabeza y partió el cráneo con un repulsivo estrépito. La criatura cayó, pero Clive no tuvo ni un instante para observar su obra, ya que un par de criaturas tomaron inmediatamente el puesto de la que acababa de liquidar.

En pocos momentos, los cuatro luchaban por sus vidas contra la horda multitudinaria.

A causa de su posición en la entrada hacia la siguiente galería, las criaturas sólo podían atacarlos por el frente y los costados, así que el grupo se colocó en formación de batalla, con Finnbogg y Smythe en los flancos y Clive y Guafe en el centro. De esta forma presentaban una sólida línea de batalla contra el enemigo, mientras alzaban y descargaban las armas para aguantar el choque de la ola de horribas criaturas. No pasó mucho tiempo antes de que cada miembro del grupo hubiera recibido numerosos arañazos en los brazos. Las mangas de sus chaquetas y camisas estaban hechas trizas y las tiras batían al aire al blandir sus armas.

Era un trabajo monótono, desagradable. Las criaturas morían rápidamente (pronto hubo un montón de cuerpos a sus pies), pero su cantidad era tal que, durante

largos y fatigosos minutos, Clive y su partida no tuvieron ni un momento para retomar el aliento, tan atareados los mantenían. Al cabo, cuando unos veinte o más pequeños cuerpos yacían tendidos ante ellos, el resto de los atacantes inició la retirada. Los heridos también intentaron ponerse a salvo, pero en el acto Guafe avanzó y los remató mientras intentaban huir a rastras.

Ahora las criaturas si emitían sonidos. Silbaban y escupían al grupo mientras se reunían para lanzarse a la carga de nuevo, farfullando entre ellas con voces agudísimas que rechinaban en el oído. De vez en cuando una u otra de las criaturas se abalanzaba en solitario, hasta casi el alcance de las armas del grupo, y se retiraba con la velocidad de un dardo.

—Esto no es una batalla —dijo Clive—. Es una simple carnicería.

—Mejor ellos que nosotros —opinó Smythe.

—De todas formas es nauseabundo —contestó Clive.

Se limpió las manos en los pantalones. La sangre de las criaturas los había salpicado y ahora todos tenían el aspecto de unos carniceros en plena tarea.

—Al menos ahora sabemos de qué estaba hablando el impostor —añadió Clive.

—Tendrán que trabajar mejor para detenernos —afirmó Smythe—. Son muchos pero, aun así, su fuerza no basta para derrotarnos.

Cierto, pensó Clive, pero aquellas alimañas podían vencerlos por agotamiento.

Al otro flanco de la línea de combate, Finnbogg blandía su almádena ensangrentada hacia las criaturas.

—¡Venga, venid! —les gritaba—. ¡Gusanos sin huesos!

Con la punta de la bota, Clive tocó uno de los cuerpos que habían caído cerca, y tuvo un sobresalto cuando la criatura se agitó e intentó, débilmente, agarrarle el pie. Smythe abatió su barra de hierro y abrió el cráneo de la criatura. Clive iba a darle las gracias, pero la horda eligió ese momento para renovar su frenético ataque.

Las bestias arremetieron todas a una como una ola viva de carne blanca, silbando y chapurreando, con las garras relucientes y chasqueando las fauces. Clive mató a dos, a tres; pero una se escabulló y consiguió hincarle las mandíbulas en el hombro. Su mordisco dañó principalmente la chaqueta, aunque también le alcanzaron la carne, pero la potencia del empuje de la criatura y de su impacto en el hombro bastaron para que Clive se volviera bruscamente sobre sí mismo.

Se arrancó la bestia y la lanzó al suelo. Pero la cosa se arrastró hacia sus piernas. Al levantar la barra para matarla, perdió el equilibrio en las piedras resbaladizas de sangre y sus pies dejaron de sostenerlo. Sin embargo, consiguió descargar la barra con la suficiente fuerza para aturdir a la criatura; pero, en el mismo instante en que ésta caía, dos fieras más saltaron hacia él, le arañaron el pecho con las garras, arrancándole parte de la tela de su chaqueta, y cerraron las mandíbulas con grandes chasquidos a escasos centímetros de su rostro.

Consiguió mantenerlas fuera del alcance de su cuello sosteniendo la barra con las dos manos en posición horizontal y empujándola contra sus troncos. Sentía que la

saliva de las criaturas le mojaba la cara en su lucha por alcanzarlo. Pero Guafe estaba allí. Con dos golpes secos liquidó la escaramuza particular. Luego el ciborg se colocó en posición de dar la cobertura suficiente a Clive para que éste pudiera volver a ponerse en pie.

Echó un vistazo en dirección a Finnbogg y vio que el enano se hundía bajo cuatro o cinco criaturas. Iba a lanzarse en su ayuda, pero Finnbogg se las sacudió de encima como si de moscas se tratara, levantó la almádena y mató a dos con cada golpe. Al quinto le dio una coz en el estómago y descargó el arma en la cima de su cráneo. Sustancia cerebral y sangre salieron chorreando por la fuerza del golpe.

Clive se colocó en posición para renovar su ataque contra las alimañas, situándose ahora junto al can-enano, mientras que Chang Guafe tomaba su puesto junto a Smythe. Clive sentía que los brazos le flaqueaban de agotamiento, pero las bestias continuaban saltando, gruñendo y escupiendo. Morían con rapidez, pero, por cada una que caía, otra la reemplazaba de inmediato.

El aire estaba cargado con olor a sangre. El sudor chorreaba por la frente de Clive y le hacía escocer los ojos. Notaba que cada vez le costaba más blandir su barra. Si al principio había sido un peso llevadero, ahora se volvía más pesada a cada momento que pasaba. Dio una ojeada a Smythe y vio que éste también estaba en el límite de la fatiga. Sus golpes contra el enemigo tenían ahora menos fuerza, y sus respuestas eran cada vez más lentas.

Pero Finnbogg conservaba todas sus fuerzas, y alzaba y bajaba su arma con ritmo incansable, mientras que Guafe era una máquina de matar. El montón de cadáveres se alzaba ahora hasta sus cinturas, pero las criaturas continuaban llegando. Se encaramaban sobre sus camaradas muertos y se lanzaban desde arriba con una ferocidad que Clive nunca había visto. Llegaban y llegaban, hasta que Clive tuvo la certeza de que ya no podría volver a alzar más los brazos.

Y luego, de improviso, los atacantes volvieron a retirarse, pero esta vez desaparecieron en las sombras que se cernían más allá de la luz de las linternas.

—Ahora, rápido —resopló Smythe—. Hacia la otra caverna.

Guafe se apostó como guardia mientras los demás traspasaban la entrada corriendo a trompicones. Todavía no había señales de renovación de la actividad en la oscuridad donde se habían refugiado sus enemigos.

—¡Aquí! —indicó Smythe.

Señaló un montón de escombros. Depositó la barra y la linterna en el suelo, se agachó y empezó a mover una roca hacia la abertura por la que acababan de pasar. De inmediato Clive fue en su ayuda; ambos se pusieron a hacer rodar la enorme roca por el suelo de la cueva.

Cuando Finnbogg y Guafe se percataron de lo que trataban de hacer, rápidamente pusieron sus fuerzas a disposición de la tarea. Vigilando por turnos otra posible aparición de las criaturas, construyeron una pared de piedras para obstruir la estrecha entrada. Al final sólo quedaba Guafe con fuerzas para levantar las piedras que

cerrarían los últimos palmos de la abertura. Los demás sólo acercaban las piedras. Cuando al fin el paso quedó tapado por completo, el grupo entero cayó desplomado allí mismo.

—¡Dios! —dijo Clive—. Nunca había visto unas criaturas como ésas.

Smythe asintió.

—Si el ataque hubiera durado algo más, nos habrían aniquilado.

—Quizá.

Clive experimentó una irritación momentánea ante la calma y el control del ciborg. Aunque su aspecto era tan ensangrentado y desaliñado como el resto, ni siquiera tenía la respiración agitada. Estaba en pie, mirando hacia donde conducían los raíles que cruzaban aquella nueva galería: al parecer, ya había olvidado la batalla.

Pero entonces Clive recordó quién le había salvado la vida no hacía más de veinte minutos, y cuya fuerza, junto con la de Finnbogg, había sido el factor decisivo que les había permitido sobrevivir a la batalla.

—Muchas gracias —dijo Clive al ciborg.

Guafe se limitó a encogerse de hombros.

—Desearía estar fuera de estas cuevas y ver lo que hay en el siguiente nivel —repuso—. Y preferiría viajar en vuestra compañía.

«¿Y por qué?», hubiera querido preguntar Clive, pero comprendió que aquél no era el momento para iniciar una discusión con Guafe. Y aunque no sentía demasiado afecto por el ciborg, poseía el suficiente sentido común para saber que, con toda probabilidad, necesitarían otras veces la fuerza de Guafe para salir de aquel lugar.

—Oigo gotear agua —anunció Finnbogg.

Exhaustos, los cuatro avanzaron por la galería hacia el charco que era la fuente del sonido. El techo de la caverna se levantaba en una bóveda alta y oscura por encima del charco. De allí caía el agua.

Bebieron copiosamente; luego frotaron y limpiaron la sangre de sus cuerpos y ropas. Smythe fue el primero en acabar. Temblando por sus ropas mojadas, aflojó con su barra de hierro un par de las traviesas de madera que fijaban los raíles. Con la almádena y la barra, consiguió romper una hasta hacerla astillas, que utilizó para encender un fuego. Y lentamente lo fue alimentando con leña. Cuando el resto acabó de limpiarse, la fogata ardía ya con buena llama, y el grupo se situó a su alrededor.

—Deberíamos habernos llevado algunas de las criaturas para asarlas —comentó Guafe.

Clive palideció.

—No podríamos comérmolas, eran casi humanas.

—Tenemos que comer —contestó indiferente el ciborg.

—Creo que por el momento me contentaré con apretarme el cinturón —repuso Smythe.

—Como os parezca —dijo Guafe—. Pero, si nos tropezamos con más bestias de la misma especie, yo, al menos, tengo la intención de saber qué gusto tienen.

Descansaron junto al fuego hasta mucho después de que sus ropas estuvieran secas. Se arrancaron las tiras deshilachadas de las mangas, y con ellas se vendaron las heridas de los brazos. El hombro de Clive empezaba a entumecerse allí donde lo había mordido la criatura; y tanto Smythe como Finnbogg tenían heridas en las piernas que les dolían, aunque no eran profundas.

Su mayor preocupación, pensó Clive, era el peligro de infección, pero poco podían hacer para prevenirla, salvo lo que habían hecho: limpiar y vendar las heridas.

Cuando el fuego se apagó, volvieron a los raíles y continuaron su marcha.

El tiempo transcurría, pero no tenían modo de distinguir el día de la noche o de saber cuántas horas habían estado andando. Descansaban cuando estaban cansados, caminaban cuando habían descansado. Dos veces se tropezaron con estanques en donde nadaban unos peces gordos, blancos y sin ojos. Estos animales eran fáciles de pescar y, aunque tenían poco sabor, eran nutritivos. Pero los cuatro eran permanentemente conscientes de la sensación de hambre que los roía por dentro y que no podían aplacar. Les continuaban escociendo las heridas, aunque parecía que cicatrizaban. La provisión de velas estaba menguando, de modo que, al no vislumbrar final a su viaje, utilizaban sólo una linterna.

Mantienen una estricta vigilancia ante la posibilidad de que aparecieran más criaturas asesinas como las que los habían asaltado, pero no sufrieron más ataques después del primero. O bien la abertura que habían tapiado había bastado para detenerlas o bien simplemente aquellas alimañas no se adentraban tanto en la caverna. Ninguno de los grupos quería comentar nada acerca de los motivos de su ausencia, pero era algo que no podían apartar con facilidad de la cabeza. ¿Les aguardaban *cosas* todavía peores?

Los raíles continuaban. A veces la vía se bifurcaba y, más de una, los conducía a un callejón sin salida, pero, la mayoría, los llevaba a más y más profundidad.

—¿Qué podemos esperar encontrar en el siguiente nivel? —preguntó Smythe a Finnbogg de improviso.

—Una gran ciudad —contestó el enano.

—¿Otras ruinas?

—No. Allí vive mucha gente, como nosotros. —«Lo cual quiere decir exactamente cualquier tipo de seres», pensó Clive—. Allí mandan los Señores del Trueno.

—¿Y quiénes son? —preguntó Clive.

—Finnbogg no lo sabe.

—¿Y cuál es su nivel tecnológico?

—Finnbogg no lo *sabe*.

Smythe dio una rápida ojeada a Clive.

—Mejor que lo dejemos, mi comandante.

Clive asintió. No tenía sentido acorralar a Finnbogg hasta provocarle uno de sus ataques.

—Recuerdo haber oído hablar de esos Señores del Trueno —dijo Guafe

lentamente—. Un ser del primer nivel me contó algo acerca de ellos. Son elegidos para su cargo, pero las elecciones tienen lugar cada siete días, con lo cual los auténticos señores cada semana son distintos. Luego, también el mismo ser me dijo que en la ciudad hay un sorteo cada siete días y los ganadores (o quizá debería decir los perdedores) son ofrecidos como pienso a los Señores del Trueno.

—Maravilloso —dijo Clive.

—Parece como si su fuente de información fuese tan de fiar como la nuestra —comentó Smythe.

—No es culpa de Finnbogg si no lo sabe todo —refunfuñó el enano.

—Eso es cierto —dijo Guafe—. Con tantos niveles y todo en una tal confusión, a un humano le sería imposible llegar a su comprensión total.

Finnbogg seguía con la apariencia triste, casi al borde de las lágrimas.

—Venga, venga, Finn —intentó calmarlo Smythe—. Sabemos que lo haces lo mejor que puedes.

Aquel día (como se referían a los períodos en que andaban) los raíles simplemente se acabaron.

Se cortaban en el extremo más alejado de otra enorme caverna, en una grieta que caía con un ángulo bastante pronunciado a otra galería. Desde la abertura descubrieron que la nueva galería estaba cerrada por un muro. La luz de sus linternas bastó para mostrarles que el muro tenía de cuatro a cinco metros de altura. Por encima de esta elevación, el techo de la galería se perdía en la oscuridad. A la izquierda de la grieta había un pasillo que unos tres metros más allá viraba de golpe en una curva cerrada.

Si habían llegado hasta allí, no tenía sentido volverse atrás. Partieron por el pasillo, tomaron la curva y se encontraron frente a otros tres pasillos.

—¿Y ahora qué? —murmuró Smythe.

Pero Clive tuvo una terrible impresión que pronto demostró ser demasiado profética.

—Es un laberinto —dijo.

Con la linterna, Smythe alumbró cada pasillo unos instantes, lo que les mostró que cada pasillo desembocaba en otros.

—¡Demonios del infierno! —exclamó.

—Siempre hay un método lógico para salir de una cosa así —afirmó Guafe.

—¿En la Mazmorra? —inquirió Smythe.

El ciborg asintió.

—Así es.

—¿Qué camino seguimos? —preguntó Finnbogg.

—Nunca saldremos de aquí —murmuró Smythe.

Pero Clive no los escuchaba. En lugar de ello estaba recordando una noche de verano cuando tenía diez años y el laberinto por el que él y su hermano habían andado durante toda la tarde. Neville, como siempre en tales situaciones, no había

tenido absolutamente ningún problema en encontrar el camino de salida, pero Clive había quedado atrapado dentro horas y horas; al final incluso le habían saltado lágrimas de frustración ante su incapacidad de saber ganar la libertad.

Hasta que una voz le habló.

Aquella misteriosa voz.

*Puedes caminar teniendo a la luna frente a ti o sobre el hombro izquierdo*, había dicho.

Siguiendo el consejo de la voz, había conseguido salir sin problemas.

Pero a Clive le asaltó una duda mientras recordaba.

Aquella voz...

De forma difusa podía recordar otra vez, en otro lugar, en que le había hablado la misma voz. Al menos podía recordar el hecho de que había hablado pero, no lo que había dicho. Atada a aquel recuerdo había una mezcla de otras evocaciones de ensueño... de Annabella, de Londres y de dolor.

Se frotó el brazo izquierdo.

La oscuridad había tragado a Clive y había habido voces que le pedían que olvidase...

Sacudió la cabeza. Ahora no era el momento de soñar. Lo único que sacaría en claro sería jaqueca. Puso la mente a trabajar en la tarea que tenían ante sí.

*Puedes caminar teniendo a la luna frente a ti o sobre el hombro izquierdo...*

Clive tomó la linterna de la mano de Smythe y la levantó por encima del hombro. Arriba, en algún punto del techo de la caverna, vio un parpadeo de luz reflejada. No era una luz, pero...

Aquella voz lo había ayudado más de una vez. Pero, se preguntó, ¿podía el laberinto de seto de su infancia haber sido meramente una preparación para la Mazmorra? ¿Cómo podría ser?

Era reacio a poner sus destinos en manos de una esperanza tan remota, pero, al mirar a sus compañeros y percatarse de que ninguno tenía nada mejor que ofrecer, puso el pecho al asunto. Seguir el antiguo consejo era tan buena solución como podía serlo cualquiera de las demás opciones, que se limitaban a la adivinanza o a la suerte ciega. Así pues, ¿qué podían perder?

Clive comprendió que, como jefe del grupo, era responsabilidad suya tomar el mando de la situación, incluso si la fuente de información en la cual basaba su decisión era algo dudosa: se puso de cara a la luz y emprendió la marcha hacia el pasillo de la derecha.

—Por aquí —dijo.

Annabelle oscilaba en la cuerda, como la lenteja al final del péndulo, con los ojos fuertemente cerrados. Su rostro estaba emblanquecido por el miedo. Después de su primer grito de espanto había quedado callada, intentando conservar el contenido de su estómago mientras la cuerda la columpiaba en un arco vertiginoso, hacia un lado y hacia otro, perpendicularmente al camino.

La campana de alarma, en la copa elevada de un árbol, había cesado de tañer, pero su eco continuaba resonando en las mentes del grupo. Los quananos, o quien fuera que hubiera colocado la trampa, no tardarían en llegar allí, ahora que se había disparado la alarma.

Los roghas treparon por las ramas y llegaron a los árboles a los que Annabelle, en su balanceo, se acercaba. Yssi se encaramó a donde estaba atada la cuerda y la hizo oscilar todavía más, hasta que Tarit y Chobba pudieron coger a Annabelle. Entonces, rápidamente le cortaron la cuerda del pie y Chobba se la cargó a la espalda.

—Tú coge fuerte, ¿sí?

Annabelle le puso los brazos alrededor del cuello, pero no creyó que tuviera la fuerza suficiente para agarrarse, hasta que Chobba se lanzó por el aire, volando de una rama a otra. Con el corazón en la garganta, Annabelle se aferró a su cuello con tanta fuerza que debía estar asfixiándolo, pero Chobba pareció no darse ni cuenta.

Gritos de aviso de los que habían quedado en tierra se levantaron hacia ellos. Chobba se colgó de un bejuco y osciló hasta llegar a la horcadura de un árbol. A pesar de su pánico desmesurado, Annabelle consiguió hacer un esfuerzo supremo y abrir los ojos; luego, oteando por encima del hombro de él, buscó el motivo de los gritos.

Una pequeña bola metálica de la medida de una pelota de béisbol flotaba en el aire, cerca de la trampa que habían desencadenado. Tenía protuberancias tubulares de varias formas y tamaños que sobresalían de su superficie; ninguna sobrepasaba los dos centímetros. Un zumbido leve y agudo salía de la bola mientras daba vueltas lentamente sobre la trampa.

«Está examinando lo que ha ocurrido», comprendió Annabelle. Un nuevo terror penetró a través de la nebulosa de su pánico.

—Es una unidad exploradora móvil —le explicó a Chobba—. Tiene una entrada para la recepción de informaciones audiovisuales, y probablemente también sensores de irradiación calorífica. Tenemos que salir de aquí, y pronto.

Chobba se volvió hacia ella y su rostro, a centímetros del de Annabelle, expresó una total confusión.

«No ha entendido una palabra de lo que le he dicho», se percató Annabelle.

—Mucho malo —dijo ella entonces—. Ver rápido. Tú esconde.

Él asintió, pero la unidad exploradora eligió aquel momento para hacer evidente el peligro real que representaba, y de un modo menos vago. Un finísimo rayo rojo emergió de una de sus protuberancias tubulares. Se movió en dirección a donde estaba encaramado Nog.

—Oh, Jesús —gritó Annabelle—. ¡Va armada!

El láser trepanó con fuego hojas y ramas en busca de su diana. Nog saltó, intentando huir, pero la unidad exploradora siguió al instante su súbito movimiento. El láser perforó su camino a través de la vegetación en la dirección del rogha y le taladró el pecho cuando estaba a medio salto. Nog chilló y cayó hacia tierra, tropezando y rebotando en las ramas que encontró en su camino. Murió mucho antes de llegar al suelo de la jungla.

El resto de los roghas aulló de cólera. Intentaron dirigirse hacia la unidad exploradora, pero Annabelle tiró del pelo de Chobba.

—¡No! —le gritó—. ¡Nos matará a todos! Tenemos que entrar más al interior de la jungla, donde las ramas sean tan espesas que no pueda seguirnos. Quizás algunos animales mayores atraigan sus sensores caloríferos. Por favor, Chobba.

El rogha dudó. Iba a gritar una orden a los demás, pero, cuando vio a Tarit lanzarse hacia el asesino de su hermano gemelo, Chobba saltó hacia allí también. Lo único que pudo hacer Annabelle fue pegarse a su espalda.

La unidad exploradora giraba en un rápido círculo, momentáneamente distraída por la presencia de tantos blancos posibles. Chillido eligió aquel momento para lanzar, y con muy buena puntería, uno de sus pelos-púas a la máquina esférica.

La espina rebotó inofensivamente en la máquina, pero al menos desvió su atención hacia el grupo que estaba en tierra. Descendió del cielo a la par que su láser quemaba el suelo del sendero en línea directa hacia Chillido.

Sidi avanzó y tiró su lanza. Erró su blanco porque la unidad exploradora giró sobre su eje, saltó hacia un lado evitando el arma, y con su láser la partió en dos. Chillido le lanzó más púas y, cuando vio que la unidad se volvía hacia ella, se zambulló en la maleza que tenía más cerca. La bola viró en un ángulo agudo y el láser empezó a horadar la hierba en su búsqueda. Luego, de repente, apareció Tomás.

La unidad se volvió, percibiendo su presencia, pero el pequeño español fue demasiado rápido para ella. Blandió su lanza como si de un bate se tratara. El arma acertó la unidad con un golpe seco que la envió a volar por los aires totalmente descontrolada. Dio contra un árbol y cayó al suelo, mientras el rayo láser pulverizaba al azar todo lo que encontraba por delante. Antes de que pudiera corregir su dirección, Tarit aterrizó en el sendero, junto a la bola.

La unidad exploradora intentó girar en la tierra para dirigir su láser al rogha, pero Tarit aplastó el aparato con su porra y, golpe tras golpe, lo fue hundiendo en el terreno. Sin dejar de aporrear la bola, lloró y gritó repetidamente el nombre de Nog.

La unidad exploradora se abrió bajo sus golpes y escupió chispas resplandecientes mezcladas con humo negro.

Chobba se dejó caer en el sendero y depositó a Annabelle en el suelo. Esta se tambaleó, pues su pierna derecha cedió bajo el peso de su cuerpo. Tomás se le acercó rápidamente y puso el brazo de ella en su hombro.

«Jesús», pensó en medio de su dolor. «Primero nos salva el pellejo y ahora me está ayudando. ¿Qué le pasa a este tío?»

Los demás roghas descendieron de los árboles y se unieron a Chobba y a Tarit en la destrucción de lo que quedaba de la máquina. Continuaron durante largo rato, hasta que al fin se alejaron de la pequeña ruina de filamentos, circuitos y chatarra. Las lágrimas formaron hilillos en sus rostros peludos. Tarit desapareció en el bosque y reapareció con el cuerpo de Nog. Y lo dejó en el suelo con toda dulzura.

Annabelle dio las gracias a Tomás y avanzó por sus propios medios, aunque cojeando.

—Dios, cuánto lo siento —dijo—. Nunca creí que nadie pudiera resultar herido...

—Nog muere como jefe —repuso Chobba.

Los roghas pronunciaron llorando el nombre de Nog otra vez.

—Nosotros vamos ahora —le indicó Chobba a Annabelle.

Tarit cargó el cuerpo de su hermano bajo el brazo y saltó de nuevo a los árboles, seguido de Chobba y los demás roghas. En pocos instantes desaparecieron de la vista.

Annabelle se volvió lentamente hacia sus compañeros. Lukey, que continuaba con ellos, se sentó a un lado del sendero y apoyó la espalda en un árbol.

—¿Qué ocurre ahora? —le preguntó Annie.

—Era un auténtico buen hombre-mono —dijo Lukey—. Diablos, me gustaba de veras.

—Lukey, ¿adonde han ido?

—A enterrarlo, al estilo rogha. Lo atarán a la cima de un árbol, el más alto al cual puedan trepar, y lo dejarán allí, para que su alma pueda subir al cielo con más facilidad.

—¿Qué era eso? —preguntó Sidi, apartando con la punta del pie los restos de máquina. Annabelle se volvió hacia él.

—Una especie de aparato explorador. Una unidad móvil, dirigida por control remoto. Tiene una especie de ojo, así que, quien sea que lo ha enviado, sabe que estamos aquí. Tenemos que movernos. ¿Cuándo estarán de vuelta los roghas, Lukey?

—Un día o dos, supongo —repuso el anciano—. Tienen que contar toda su vida allí donde lo dejarán, para que sus antepasados lo conozcan bien y puedan determinar si es un individuo que merece entrar en el cielo con ellos. Eso lleva tiempo.

—¿Dijiste que quien ha enviado esto sabe que estamos aquí? —preguntó Sidi.

Annabelle asintió.

—Entonces debemos irnos. ¿Puedes andar?

Annabelle se frotó la pierna. Le dolía una barbaridad. En su tobillo, por donde la

cuerda la había enlazado, se veía la carne viva. Probó su peso en la pierna. Momentos antes, cuando la había apoyado en el suelo y había cedido bajo su peso, había sido más a causa de la sorpresa ante el dolor que de una real incapacidad de sostener su peso.

—Podré apañármelas —contestó—. Pero ¿y los roghas? No podemos dejarlos así, después de lo que han hecho por nosotros. Y el pobre Nog...

—Si nos quedamos aquí —dijo Sidi—, ¿no van a enviar más cosas de ésas los quananos?

—Supongo.

—Debemos irnos —opinó Chillido—. De inmediato.

—De acuerdo —aceptó Annabelle—. ¿Vienes con nosotros, Lukey?

—No tengo mucho donde elegir, me parece.

—Deberíamos marchar rápidamente, ¿*nao*? —dijo Tomás—. ¿Por el río, quizá?

Annabelle y Sidi intercambiaron miradas de desconcierto total. Ninguno de ellos podía entender el repentino cambio de humor de Tomás, de huraño y murmurador a amistoso y colaborador.

—¿Te encuentras bien, tío? —inquirió Annabelle.

—Sí —respondió Tomás—. ¿Por qué lo pregunta?

—No te comportas como si fueras el mismo.

—He estado pensando. Vuestra merced, Sidi, Chillido y yo estamos en este lugar, juntos. *Camaradas, ¿sim?* Así pues debemos ser buenos *amigos* y ayudarnos mutuamente.

A Annabelle se le ocurrió que confiaba menos en esta nueva fachada de Tomás que en la vieja, pero no iba a demostrar su desconfianza. Simplemente asintió.

—Bien, pues muchas gracias por el voto de confianza —dijo ella.

—Voto, *sim* —dijo el español, recordando sin duda que Annabelle había propuesto el sistema de voto en la meseta, antes de separarse en dos grupos. Obviamente era un nuevo concepto para él—. Voto ir por el río. Este camino es *muito perigoso*. Demasiado peligroso.

Resultó que estaban mucho más cerca de Quan de lo que suponían. Vadearon el río por la orilla y, al cabo de una hora o así, llegaron a una repentina inclinación del terreno. Dejaron el río, puesto que allí empezaban los rápidos, y se dirigieron hacia un promontorio desde donde podrían observar el claro que se extendía ante ellos.

Quan.

Era un grupo de chozas de barro y paja; sin embargo, al otro extremo del poblado había un edificio de piedra blanca. Antenas verticales y antenas parabólicas destacaban en su tejado, junto al edificio se alzaba la piedra fantasmal de que les había hablado Finnbogg. Era una columna alta y blanca de roca que emergía del suelo, muy parecida a un megalito celta. Figuras diversas se movían por el poblado, titilando de un modo extraño, apareciendo y desapareciendo de la vista mientras el grupo

observaba.

—No consigo comprender nada de nada de este lugar —dijo Annabelle—. Fijaos: tienen tecnología para una antena parabólica y unidades exploradoras móviles y, sin embargo, colocan en el sendero una serie de trampas absolutamente primitivas y el poblado no es más que un conjunto de chozas de barro y paja. ¿Qué pasa aquí?

Sus compañeros, no obstante, no parecían tan extrañados.

—Son realmente fantasmas —afirmó Sidi.

Annabelle lo miró sorprendida.

—No son fantasmas. No son más que hologramas de tres dimensiones, es decir una especie de imágenes móviles que tienen también profundidad. Pero, quien sea que dirija este espectáculo, está trabajando con la maquinaria averiada, porque esas cosas no deberían titilar así.

—¿No son fantasmas? —inquirió Sidi.

«Bien, ¿por qué me sorprende?», pensó Annabelle. «Claro, Sidi es inteligente y abierto, pero proviene del siglo diecinueve, y de la India, para colmo. ¿Cómo diablos puedo suponer siquiera que sepa algo de este tipo de cosas?»

—Son proyecciones —explicó ella—. Pinturas que se mueven, producidas por una máquina, eso es todo. No pueden hacernos daño alguno.

—Pero algo pueden hacer —replicó Lukey—. Alguien quiere hacer daño a todo el que se acerque por aquí.

—Sí, eso creo —contestó Annabelle—. Sin embargo, tengo la impresión de que todo funciona por un programa que alguien ha puesto en marcha. Y de que, si queda alguien por aquí, es meramente un hatajo de esqueletos que gobiernan el lugar, y no están haciendo un buen trabajo, que digamos.

—Sí, cuéntaselo a Nog —comentó Lukey.

El rostro de Annabelle se ensombreció.

—Sí —dijo ella con voz apagada—. Cierto. Tendremos que ir con cuidado. Me pregunto dónde estará la Puerta.

Volvió de nuevo su atención al poblado. Desde su promontorio, el suelo se inclinaba en una fuerte pendiente rocosa y abrupta, que alcanzaba desde la jungla donde se habían ocultado hasta los campos despejados que rodeaban el pueblo. El río quedaba a la izquierda. A la derecha y detrás del poblado continuaba la jungla.

A pesar de que se encontraban en un lugar elevado, allí la acrofobia no molestaba a Annabelle. Sólo la experimentaba cuando estaba en una posición expuesta, como un puente alto o arriba de un árbol. Allí, con una gran extensión de terreno firme y sólido bajo sus pies, lo único que notaba era una vaga sensación de querer alejarse.

Retrocedió y miró a sus compañeros.

—Así pues, ¿qué hacemos, muchachos? ¿Explorarlo o volver por el mismo camino por el que hemos venido?

Chillido señaló hacia adelante.

*Nuestro destino está hacia adelante, Annabelle, no hacia atrás.*

—Un voto para continuar —dijo Annabelle—. ¿Qué dice el resto?

Tomás y Sidi asintieron mostrando su acuerdo. Lukey no dijo nada.

—Me disgusta dejar a Chobba y a los demás sin despedirnos —añadió Annabelle—. Eran buena gente.

Luckey suspiró.

—Diablos, ya los saludaré yo en vuestro nombre.

—¿No vienes?

Él hizo un gesto de negación.

—Soy demasiado viejo para empezar una nueva vida en otra parte —explicó.

—Deberíamos trazar un plan —sugirió Tomás.

Annabelle asintió.

—Creo que no es conveniente explorar el lugar: ¿quién sabe qué tipo de trampas explosivas nos tienen preparadas? Me inclino más por buscar la Puerta y salir de aquí.

*O será en aquel edificio, dijo Chillido, o bajo nosotros, al fondo de esta pendiente. No veo otras posibilidades.*

—Salvo aquella roca —contestó Annabelle.

Esperaron a que oscureciera y, después de despedirse de Lukey, emprendieron cautelosamente el descenso por la ladera rocosa. Aunque el ángulo era bastante pronunciado, había tantos lugares donde asirse que no era muy diferente de bajar por una escalera. Ni siquiera Annabelle tuvo problemas. Al llegar a la base, buscaron con detenimiento una cueva o una gruta, palmo a palmo, pero no encontraron absolutamente nada.

—Parece entonces que está en el edificio —susurró Annabelle.

Aunque sabía que las figuras eran hologramas, la idea de andar entre ellas no le resultaba muy atractiva. Pero no tenían otra alternativa. Decidieron dar la vuelta por el río y acercarse al edificio por la izquierda; pero, al pasar por delante de la roca megalítica, su superficie empezó a resplandecer.

—¿Qué diablos...? —murmuró Annabelle.

En el centro del pálido resplandor, estaba apareciendo una mancha oscura. «La Puerta», pensó Annabelle. Tenía que serlo. Con mucha precaución se acercaron a ella. Con los dedos temblando de nerviosa expectación, Annabelle extendió la mano hacia la oscura mancha en forma de puerta. Se oyó el brevísimo zumbido de una descarga eléctrica (no más intensa que la que hubiera producido la electricidad estática de una alfombra) y los dedos penetraron en la roca.

—Esto es... —empezó Annabelle.

En el mismo momento se dispararon las alarmas.

Tañeron campanas, aullaron sirenas y se iluminaron focos en todas las paredes del edificio blanco, transformando la noche en día. Unas siluetas vestidas con monos metalizados surgieron como un torrente del edificio. Llevaban consigo rifles de rayos

láser. Abrieron fuego y el aire de alrededor del grupo crepitó.

—No tenemos tiempo para andar de puntillas —dijo Annabelle—. ¡Vamos, rápido!

Dio un paso hacia el interior y se encontró en una reducida plataforma; los demás entraron pisándole los talones. Annie había creído que dentro estaría oscuro, pero un tenue fulgor fosforescente iluminaba lo que parecía una vasta caverna. La altura del techo y las paredes era inconmensurable... y también la del abismo que se abría un poco más allá de sus pies. Sólo había la pequeña plataforma donde permanecían y una estrecha pasarela que se alejaba directamente por encima del abismo. No tenía más de treinta centímetros de ancho, y a cada lado se abría una profundidad insondable.

Plataforma y pasarela. No había nada más.

—No puedo hacerlo —dijo Annabelle.

Y su cuerpo se agitó con violentos temblores.

—No tenemos elección —gritó Sidi.

A sus espaldas, las sirenas y las alarmas sonaban sin parar. Se oían las voces de los quananos lanzando gritos furiosos.

—Yo... no... puedo... —murmuró Annabelle.

—Simplemente estamos yendo en círculos —dijo Guafe después de largas horas en el laberinto.

—No lo creo —replicó Smythe—. Ya no percibo los muros de la caverna tan cerca como antes. Creo que hemos avanzado un buen trecho.

Guafe negó con un movimiento de la cabeza.

—Hemos...

—Sólo son las curvas de nuestra propia ruta lo que le produce esa impresión —interrumpió Smythe—. Además —agregó mirando a Clive—, el comandante sabe lo que hace.

«Eso me gustaría», pensó Clive. Pero alguna u otra cosa correcta debía estar haciendo. Tanto si se mantenía con la luz frente a él como si la dejaba sobre su hombro izquierdo, siempre que había un punto en donde debían elegir una ruta, resultaba que elegían la que les permitía continuar viajando sin tropiezos, aunque no sin cansancio. No se habían encontrado nunca con callejones sin salida, salvo una vez que Guafe había discutido y había decidido que deberían tomar otro desvío, diferente del que Clive les había propuesto, y fueron a dar en un punto muerto.

Después de aquello, el ciborg había guardado sus ideas para sí, al menos hasta el momento.

—Parece ser una especie de efecto espiral —dijo Clive en respuesta al comentario de Guafe—, pero creo que hemos recorrido ya una larga distancia, incluso con los virajes a un lado y a otro.

—¡Quién sabe lo grande que es este lugar! —añadió Finnbogg.

Pero Guafe había perdido de nuevo la paciencia.

—Dices que aquí debemos girar a la derecha —empezó—, pero yo creo que el otro extremo de la caverna está en dirección recta, por el corredor central.

—La última vez que seguimos sus indicaciones —comentó Smythe—, perdimos una buena media hora desandando lo andado por aquel callejón sin salida.

—Ningún laberinto puede ser tan grande como aparenta serlo éste —replicó el ciborg—. Vamos en círculos y no llegaremos a ninguna parte. Digo que ahora sigamos recto.

Finnbogg y Smythe se volvieron hacia Clive, y éste se limitó a encogerse de hombros. Habían estado marchando por el laberinto durante mucho tiempo, y todo lo que utilizaba para guiarlos era un antiguo consejo de una voz misteriosa oída en otro laberinto cuando era un niño. Salvo el hecho de que el consejo de la voz había

conseguido sacarlo de aquel laberinto de seto, y de que luego lo había ayudado al menos otra vez, en realidad no había razón lógica para que allí también funcionase. Y, aunque era cierto que no habían tropezado con ningún callejón sin salida siguiendo aquel método, tampoco parecía que éste los llevara a ninguna parte.

—Podría probarse también —dijo.

Guafe asintió bruscamente, satisfecho de poder conducir, y emprendió una marcha viva por el pasillo que había elegido. Este serpenteaba y daba vueltas, sin desvíos que partieran de él y, en general, parecía que se dirigía a una dirección determinada. Cuando llegaron a la primera bifurcación, el grupo se detuvo y Guafe estudió con atención cada pasillo.

Al rato hizo un movimiento con la cabeza.

—Yo digo a la izquierda.

No era lo que Clive hubiera elegido, pero no lo dijo.

Guafe los miró interrogativamente a uno y a otro y, satisfecho de encabezar todavía el grupo, reemprendió la marcha. Media docena de pasos en el nuevo pasillo los llevaron ante una curva cerrada a la derecha. Al tomarla, uno de los bloques de piedra se movió bajo su peso.

Un ruido poderoso y estridente, como el de un trueno súbito y quebrado, brotó a su alrededor.

—¡Muévanse! —gritó Smythe.

Dio un empujón por la espalda a Clive y a Guafe y saltó tras ellos, con Finnbogg que le pisaba los talones. La piedra que habían tenido bajo los pies se hundió con un estrépito hueco y atronador, y uno de los muros a sus espaldas crujió, se *desplazó* a través del pasillo y lo cerró definitivamente, impidiendo cualquier posible retirada.

El polvo provocado por el movimiento de rocas llenó el aire e infinidad de motas bailaron en el haz de luz que dejaba la linterna. Tosieron y contemplaron, a través de la nube movediza, la nueva pared que rellenaba el corredor tras ellos.

—Bien, ya está hecho —comentó Smythe volviéndose hacia Guafe—. Bien guiado.

—Finnbogg quiere que el amigo Clive sea el guía —dijo el enano.

Por una vez, el ciborg pareció estupefacto.

—No tenía idea de... —empezó.

Aunque Clive estaba de acuerdo con los demás, no vio razón para desquitarse de Guafe por aquel motivo. El mal ya estaba hecho y no había nada que lo pudiera remediar.

—No tenemos otra elección sino seguir adelante —dijo Clive.

Finnbogg se volvió hacia él.

—Sí, pero...

—No podemos hacer nada respecto a eso —replicó señalando el nuevo muro que les obstruía el paso.

—Conduzca, Chang —le indicó.

Guafe asintió y los guio una vez más, pero el pasillo pronto terminó ante otro

muro infranqueable.

—Me temo que mis errores de cálculo han hecho más mal que bien —dijo.

Fue lo más próximo a una disculpa que Clive había oído de su boca.

—No ha sido culpa suya —le contestó al ciborg—. Todos vamos a ciegas en esta oscuridad y...

—¡Chist! —hizo Smythe de repente.

Todos lo pudieron oír: un rumor susurrante, como el de una gran mole pesada y blanda que se arrastraba por el suelo de piedra.

—¿Serán aquellas criaturas? —interrogó Clive empuñando la barra de hierro de su cinturón.

Smythe negó con la cabeza.

—No. No parece un ruido que puedan hacer ellas.

Tomó la linterna de Finnbogg, quien la estaba sosteniendo en aquellos momentos, y la levantó en lo alto de su brazo estirado para escudriñar la parte superior de los muros. Desplazó lentamente la linterna hasta que vio lo que parecía una grieta en la roca, muy arriba del muro. Era un lugar en donde las rocas no estaban bien encajadas y dejaban hendiduras entre los bloques.

—¿Podría levantarme hasta allí? —preguntó a Guafe.

El ciborg asintió.

—¿Qué quieres hacer?

—Salir de la trampa en donde usted nos ha metido. Si consigo llegar a la parte superior del muro —y dio unas palmaditas al pedazo de lona liado en un fardo que había cargado en el hombro durante todo el viaje por la caverna— les echaré esto para que puedan subir.

—Y podremos seguir el laberinto andando por la cima de los muros —dijo Clive—. Es una idea genial, Horace.

Clive sostenía la linterna y Finnbogg apuntalaba a Guafe, mientras Smythe se encaramaba a los hombros del ciborg. Luego Guafe se alzó en toda su estatura; pero los bloques mal encajados a los cuales quería llegar Smythe aún no estaban a su alcance. Entonces Guafe deslizó las manos bajo los pies de Smythe y, estirando los brazos, lo levantó.

—Casi lo tengo —dijo Smythe mientras manoteaba en busca de un asidero—. No suelte todavía. Espere un momento. Ya está... Ahora.

Guafe dio un empujón final y Smythe trepó el resto del trecho, escalando como un mono.

—¿Qué ve? —le preguntó Clive desde abajo.

—Nada. Necesito una linterna. Pásenmela.

Desató y tiró abajo el bramante con que había enrollado la lona y soltó un extremo de ésta, paralelo al muro, hasta que llegó a la cabeza de Guafe. Con el bramante ataron la linterna a la lona y Smythe la izó.

—¿Puede ver algo ahora? —llamó Clive.

—¡Dios mío! —soltó Smythe.

—¿Qué ocurre, sargento?

Smythe movió la cabeza.

—No hay tiempo para hablar. Rápido. ¡Todos, arriba!

Hizo descender de nuevo la lona y la sujetó en la cima del muro con su peso. Clive fue el siguiente; cogiéndose de la lona, trepó hasta lo alto. Finnbogg lo siguió. El material de su improvisada cuerda soltó inquietantes ruidos de desgarró bajo el peso del enano. Clive y Smythe fijaron la tela en la cima del muro hasta que Finnbogg estuvo al alcance de la mano de Clive. Mientras el enano trepaba los últimos palmos y tomaba el puesto de Clive para sujetar la lona, éste cogió la linterna para ver lo que había alarmado a su colega.

—Vamos, Guafe, ahora usted —indicó Smythe.

La luz de la linterna no tenía la intensidad suficiente para alumbrar a mucha distancia. Mostraba las cimas de los muros, que se extendían en todas direcciones como senderos elevados, pero los espacios a los lados estaban perdidos en la sombra, y los senderos pronto desaparecían en las oscuridades adonde no alcanzaba la linterna. No vio nada alarmante hasta que se volvió en la dirección por la que habían venido.

Allí vio una descomunal forma blanca que parecía llenar el pasillo.

Clive se acercó unos pasos, sosteniendo la linterna en lo alto. Cuando la inmensa cabeza se levantó del pasillo, Clive casi deja caer la luz.

*Cosas*, había dicho el impostor. No se había referido a la bandada de feroces criaturas que los habían atacado hacía pocos días. No. Se había referido a *esto*.

Era monstruoso: un cruce entre una enorme serpiente y una babosa. La piel era blanca y viscosa, pero también tenía escamas. El frote de éstas contra la piedra provocaba el pesado susurro. La cabeza tenía más de un metro de ancho, de forma chata y cuadrada. Sus ojos eran grandes y lechosos, con un par de antenas (una larga y otra corta) encima de cada uno. La boca, cuando abría sus enormes fauces, exhibía tres series de dientes parecidos a los de una barracuda.

Mientras Clive continuaba petrificado mirando al monstruo, éste empezó a ondularse, alzando del suelo la extraordinaria mole de su cuerpo y dirigiéndolo a la cima del muro, hasta que quedó encaramado en él. La cabeza avanzó hacia Clive, pero el volumen de la bestia era excesivo para mantenerse en equilibrio en la parte superior del muro, que no llegaba a medio metro de ancho.

Al perder pie, el monstruo enrolló su cuerpo y llenó el pasillo. Después, usando los anillos como un muelle en tensión, los abrió con gran fuerza y las piedras de cada lado gimieron bajo su presión.

Fascinado a su pesar, Clive observaba cómo la monstruosidad relajaba sus músculos y luego los expandía de nuevo. Esta vez, los muros de cada lado del pasillo se derrumbaron bajo la tremenda presión.

Los bloques de piedras que cayeron encima de la bestia no parecieron

incomodarla en modo alguno. Con una simple sacudida se los sacó de encima. Cayeron más bloques, pero la criatura empezó a subir por los escombros, deslizándose por ellos como por una rampa.

Aunque la serpiente-babosa se le acercaba irremisiblemente, Clive continuaba impertérrito, mirándola cautivado. Había una terrible belleza en su fealdad, en su misterioso poder físico.

—¡Mi comandante!

Clive dejó la linterna en el suelo y pasó por encima de ella, dirigiéndose hacia el monstruo. El irrefrenable impulso de tocar aquella piel pegajosa y sus ondulantes músculos era demasiado intenso para no obedecerlo.

—¡Mi comandante! ¿Ha perdido el juicio?

Los grandes ojos lechosos eran ciegos, estaba seguro, pero aun así lo hechizaban con su poder hipnótico. Oía que Smythe lo llamaba, pero la voz de su compañero sonaba extrañamente remota, como si la oyera bajo el agua, o en un sueño.

En aquellos momentos era la bestia quien captaba toda su atención.

La exigía.

No permitía que no se la otorgasen.

Clive se acercó hasta ponerse casi al alcance de aquellas inmensas mandíbulas; luego, inesperadamente, Smythe lo agarró por el hombro y tiró de él. Clive protestó, hasta que empezó a perder el equilibrio. Entonces se vio obligado a desviar la vista de la criatura: sus ojos ciegos dejaron de llenar la mirada de Clive. Y al instante recuperó la voluntad.

Al serle negada su presa, el monstruo se abalanzó hacia adelante, pero Smythe ya había apartado a Clive de su alcance. El muro donde se había apoyado la bestia se desplomó bajo su peso, y de nuevo el animal se hundió. Esta vez todos los muros temblaron por el impacto, y nubes de polvo se levantaron alrededor del grupo como una espesa niebla londinense.

—Cuidado con su mirada —advirtió Clive mientras seguía a Smythe hacia donde esperaban los demás—. La maldita *cosa* parece ciega, pero me hipnotizó igualmente.

—Rápido —lo apremió Smythe—. Póngase en cabeza y sáquenos de aquí, mi comandante.

A sus espaldas, la monstruosa serpiente se levantaba de entre las ruinas una vez más: una inconmensurable forma pálida que avanzaba a través de la nube de polvo. Bajo su peso las piedras se desmigajaron, y los muros temblaron de nuevo cuando hizo un esfuerzo por alcanzarlos.

—¡Mi comandante! —gritó Smythe al ver que Clive permanecía inmóvil.

—Deje que me oriente —le respondió.

Estudió la bóveda del techo de la oscura caverna en busca de la luna reflejada que lo había guiado anteriormente. Cuando al fin la halló, emprendió la marcha al paso más ligero de que fue capaz por el estrecho sendero de la cima de los muros.

Oyeron otro derrumbe estrepitoso a sus espaldas. Guafe, que iba en la retaguardia,

se volvió. Los rayos rojos que proyectaban sus ojos penetraron la nueva nube de polvo y mostraron la monstruosa serpiente, que había echado abajo el muro de un callejón sin salida y se deslizaba ahora por el pasillo en su persecución.

—Coloquemos algunos muros entre el monstruo y nosotros —dijo Clive.

Dejando de lado por el momento la guía del techo de la caverna, Clive viró bruscamente en un ángulo cerrado.

Debido a la disposición del laberinto, pronto consiguieron dejar unos cuantos muros entre ellos y la bestia. Al detenerse a recuperar el aliento, oyeron que la enorme serpiente abatía ya uno de aquellos muros.

—Es endiabladamente inteligente, de veras —comentó Smythe—. La arquitectura del lugar, quiero decir. Es evidente que nos querían acorralar con el muro corredizo; allí hubiéramos esperado a que la criatura llegase. Luego, sin lugar a dudas, se accionaría algún mecanismo que colocaría de nuevo el muro en su lugar, dando así paso a la criatura a donde estaría atrapada la presa.

—Sólo que esta vez su presa ha conseguido escapar —repuso Guafe.

—Exacto —asintió Smythe—. Lo cual ha enloquecido a la maldita *cosa*. Que se le haya escapado la presa es algo que nunca le había ocurrido antes, lo apuesto. ¿Se ha orientado de nuevo, mi comandante?

—Creo que... sí.

Con la «luna» sobre su hombro izquierdo, Clive abrió la marcha. Mantuvieron un paso vivo, ya que aún oían al monstruo que los seguía, avanzando con estrépito por el laberinto a medida que derribaba muro tras muro.

Quedaría poco del lugar cuando el monstruo se decidiese a acabar, pensó Clive. No era que le importase mucho. Era sólo que los próximos que tuviesen que recorrerlo lo pasarían aún peor que ellos.

—¿Cómo vamos? —le preguntó Clive a Guafe, que seguía en la retaguardia.

—Bastante bien —respondió el ciborg—. Parece que estamos dejando la bestia atrás.

—¿Atrás? —dijo Finnbogg—. ¿Entonces qué oye Finnbogg por allí?

Y señaló hacia la derecha.

—Ecos —contestó Smythe.

Pero Guafe sacudió la cabeza negativamente. Con sus agudísimos sentidos, había percibido lo que los demás aún no.

—No —afirmó—. Es otra de las criaturas. Nos viene al encuentro. —Señaló hacia la izquierda y adelante—. Y hay una tercera, que se acerca por aquella dirección.

—Estupendo —repuso Clive.

*Tu mayor miedo hecho realidad.*

Esto es lo que le había dicho el espíritu de las tinieblas, a través de la hechicera rogha que actuaba como médium. ¿Cómo podía haberlo *sabido* el espíritu? Porque aquí estaba aquel miedo, en toda su oscura gloria.

Annabelle oscilaba en la plataforma. El abismo que se abría abruptamente a cada lado y frente a ella desencadenó su acrofobia, y se sintió llamada desde abajo, desde las negras profundidades.

*Ven a mí*, la llamaba. *Acepta tu destino. Sé una conmigo. No tienes nada que temer.* Y ella lo quería. Quería simplemente dejarse ir y caer en la negrura.

*Ven a mí. A un sitio mejor.*

Annabelle necesitaba un sitio mejor. Donde pudiera estar con su hija y sus amigos, donde todo aquello, la Mazmorra y su incomprensible locura, fuera tan sólo una pesadilla.

*Ven a mí.*

Lo quería. Desesperadamente. Pero, al igual que no podía retroceder, no podía avanzar. El miedo la tenía paralizada.

De un modo confuso, a través del contorno fantasmal de la puerta, le llegaban los gritos de los quananos que se acercaban irremisiblemente. En su entorno inmediato, las voces de sus compañeros no eran más que un balbuceo de sonidos ininteligibles que intentaban decirle que marchase por la estrecha pasarela que cruzaba el abismo.

Pero no podía hacerlo. Y no había tiempo para alargar la mano a la bolsa de byrr.

No había tiempo para sacar una hoja.

No había tiempo para masticarla.

No había tiempo.

Sólo había el abismo, llamándola mientras ella se balanceaba en su borde. *Ven a mí.*

—Annabelle, *por favor* —le rogó Sidi.

Ella se esforzó para volver la cabeza y decirle que sencillamente no podía, pero fue incapaz de arrancar la mirada del abismo. Apenas podía oír nada más excepto la voz hipnótica, llamándola.

Sentía la garganta espesa, obstruida, henchida de miedo. Su pecho era un nudo de tensiones y sus pulmones buscaban aire desesperadamente. Cada músculo de su cuerpo estaba agarrotado.

—Annabelle —dijo Sidi—. Tan sólo coge mi mano.

«No puedo moverme», quería decirle ella, pero las palabras a duras penas se formaban en su mente. Darles voz era imposible.

«Salid de aquí... Sidi... todos vosotros... Dejadme para el abismo, para su oscura promesa...»

Se preguntaba: «¿Es esto el mundo de las tinieblas? ¿Me convertiré en un espíritu del mundo de las tinieblas si me dejo ir?».

Pero el abismo prometía más. Liberarse de la Mazmorra. Reunirse de nuevo con Amanda. Paz.

*Ven a mí*, susurraba la voz oscura.

«Iré», le respondió Annabelle. «Tan sólo deja que me mueva. Tan sólo dame tiempo para pensarlo».

Porque había algo raro en la promesa del abismo. ¿Cómo podía devolverla al mundo que había perdido? ¿A su hija y a sus amigos? Si era tan simple...

No podía ser tan simple. Nada nunca era tan simple.

Oscilaba en el borde, mientras la oscuridad se tragaba su alma. Quería ser libre, no sólo de la Mazmorra, sino también de la oscura llamada del abismo. Ser libre del miedo que la paralizaba, que hacía que su cuerpo la traicionara.

«Tan sólo suéltame un poco», dijo a la oscuridad. «Dame tiempo para saber qué está pasando...»

Entonces Chillido tomó literalmente el asunto en sus propias manos. Cogió a Annabelle con los brazos inferiores, la atrajo contra su pecho y emprendió una carrera por la estrecha pasarela, usando sus brazos superiores para equilibrarse.

Un sonido escapó del cuello hinchado de Annabelle (un grito estridente y agudo que desgarró sus labios), al tiempo que recuperaba su movilidad. Se agitó en brazos de Chillido. Sus sacudidas amenazaron con hacer perder el equilibrio a la alienígena y lanzarlas a ambas al vacío. Sin dejar de avanzar con paso seguro, Chillido se arrancó un pelo-púa con un brazo superior y lo hincó en el brazo de Annabelle.

El pelo espinoso rompió la piel de Annabelle. Su potente contenido químico entró en su cuerpo y, mezclándose con el sistema de riego sanguíneo, le produjo un alivio total en forma de inconsciencia. Annie quedó inerte en los brazos de la alienígena. Chillido tiró la púa al abismo y continuó su carrera.

Tras ella, Sidi y Tomás las seguían al trote. Ya habían recorrido unos buenos cien metros de pasarela, con el vacío a cada lado, cuando el primero de los quananos de vestido metalizado traspasó la puerta. Levantó su arma, apuntó e hizo fuego. El rayo rojo de láser crepitó en el aire junto a la cabeza de Sidi, tan cerca que le quemó un mechón de su moreno pelo.

Sabía, sin ninguna duda, que el próximo disparo alcanzaría a alguien del grupo.

Involuntariamente, contrajo los músculos de la espalda a la espera del disparo. Arriesgó una mirada hacia atrás y vio al hombre apuntando el rifle con cuidado y se preparó para recibir el impacto. Pero un segundo hombre se adelantó en aquel momento y apoyó una mano en el cañón del arma del primero. Y éste bajó el rifle.

Ambos hombres se quedaron contemplando al grupo de fugitivos, ahora con las armas cruzadas en sus pechos.

«¿Por qué no disparan?», pensó Sidi.

Y la respuesta le llegó por sí sola. Tenía que haber algo peor aguardándolos al otro extremo de aquella franja de estrecho camino. Algo que aseguraba a los quananos el destino del grupo, de tal forma que no tenían necesidad de perseguir a los intrusos o de tumbarlos a tiros. Sencillamente, mantendrían la guardia para que nadie del grupo intentara la retirada.

Sidi les dio una última mirada y se apresuró a seguir a los demás. El resplandor fosforescente continuaba envolviéndolos. Miró hacia adelante y lo único que pudo distinguir fue que la pasarela continuaba y continuaba, sin un fin visible.

Al cabo de un tiempo tuvieron que detenerse a descansar. Se sentaron a horcajadas en la pasarela, con las piernas colgando a cada lado y las tinieblas del vacío lamiendo las suelas de sus zapatos. Chillido continuaba teniendo cogida a Annabelle con sus brazos inferiores, pero ahora descansaba el peso de la humana criatura en sus rodillas. La alienígena se había dado la vuelta, de manera que ahora estaba frente a los otros dos.

Al ver la forma inerte del cuerpo de Annabelle en sus brazos, Sidi tuvo un momento de pánico. «¿La habría herido alguna de las armas quananas?»

—¿Qué ha ocurrido, Chillido? —le preguntó.

*Ha sido necesario inyectar un tranquilizante a Annabelle, respondió la arácnida. De otra forma nos habría echado a ambas de la pasarela.*

—¿Pero está...?

*Estará bien, le aseguró Chillido. Solamente duerme. El tranquilizante pronto acabará su efecto.*

El alivio de Sidi fue casi físico.

Descansaron unos buenos quince minutos, antes de que Chillido se volviera a poner en pie.

*El tiempo pasa, dijo la araña.*

Alzó a Annabelle con toda facilidad y miró a los otros dos. Tomás y Sidi se levantaron con ella y los tres reemprendieron la caminata siguiendo el estrecho sendero.

Estuvieron horas cruzando la caverna. Annabelle empezaba ya a agitarse cuando la pasarela los depositó en otra plataforma. Allí, la pared de la caverna tenía otra abertura, pero no estaba enmarcada en el mismo resplandor centelleante de la de Quan. La fosforescencia de la caverna continuaba en el interior del túnel. Ya muy adentro, Chillido se agachó hasta llegar a su posición de sentada y sentó a Annabelle

en el suelo. La sostuvo firmemente así hasta que ella tuvo las fuerzas suficientes para mantenerse en aquella posición por sí sola.

—Oh, mi cabeza —murmuró Annabelle.

Abrió y cerró los ojos lentamente, intentando situar su entorno. Lo último que recordaba era la llamada del abismo. Había estado a punto de dar un paso al vacío, de lanzarse a sus tinieblas cuando...

—Me salvaste la vida —dijo a Chillido.

*Siento no haber podido advertírtelo*, respondió Chillido.

—Bien, no te reprocho nada. Hiciste lo que debías.

Annabelle miró a su alrededor. Se encontraban en un túnel y ella estaba sentada junto a Chillido. Cerca descansaban Tomás y Sidi, con sus miradas clavadas en ella. Pero detrás de ambos se extendía algo que despertó la sensación de vértigo en el interior de Annie. Esta podía ver el final del túnel, percibir el abismo al otro lado.

Tuvo un escalofrío y se apresuró a volver la cabeza.

—Ahora sí que sé lo que es el agradecimiento eterno —dijo a Chillido—. Todo lo que tengo... es tuyo.

La extraterrestre miró a Annabelle con una de sus raras expresiones que pasaban por una sonrisa en sus curiosos rasgos faciales.

*Acepto tu agradecimiento, Annabelle*, respondió ella.

Annabelle se volvió hacia los otros dos.

—¿Tenéis alguna idea de dónde estamos?

—Hemos atravesado la caverna —repuso Sidi—. Aparte de eso, tú sabes tanto como nosotros.

—¿Pero los quananos...?

—Parecían contentos de dejarnos ir.

Annabelle frunció el entrecejo.

—¿Como si hubiera algo aquí dentro que ya se encargará de nosotros? —preguntó pensando en voz alta—. ¿O quizá les gustaron nuestras posaderas?

—Considerando a la mayoría de gente que hemos encontrado por aquí —opinó Sidi—, dudo mucho de que sus intenciones fuesen caritativas.

—En otras palabras, que esperemos lo peor.

—¿Quién sabe? —contestó Sidi—. Quizá tengamos una sorpresa agradable.

Annie se puso en pie, colocó una mano en la pared para apoyarse y comprobó su estado físico. La jaqueca estaba desapareciendo, pero el dolor en la pierna despertaba para tomar su lugar. Aparte de eso, se sentía bastante de una pieza.

Miró a sus compañeros.

—Supongo que tenemos que seguir —dijo.

El túnel no era largo. Después de unas vueltas que (para tranquilidad de Annabelle) dejaban la cueva y su abismo muy atrás, se abría en una nueva gruta. Aquí

la fosforescencia era menos intensa, con lo cual la iluminación era más tenue, exceptuando un rincón, donde había un agujero en el suelo, de donde salía un fulgor brillante de color oro miel. Aparte del agujero del túnel por el que acababan de llegar, no había otra entrada o salida de la gruta.

Buscaron concienzudamente en los muros antes de reunirse por fin alrededor del agujero. Miraron hacia dentro; el resplandor amarillo era muy brillante. En su interior flotaban centellas, como motas de polvo incendiadas. No había modo de decir lo que era, o adonde llevaba, pero había una escala, clavada en la pared de roca, que conducía a su interior.

Annabelle dio un paso atrás, apartándose del borde.

—Mastica una de las hojas de byrr de Chobba —le aconsejó Sidi.

Era muy extraño, pero el agujero no producía en Annabelle una sensación de auténtica profundidad. La respiración de Annie era normal, los músculos de su pecho estaban relajados. La huella de miedo que parpadeaba en la corteza de su cerebro era sólo el recuerdo del abismo y de su voz seductora.

—No es eso —dijo Annabelle—. Es sólo que no me gusta porque no tenemos elección acerca de adonde ir. Es así: o bajamos por aquí o regresamos por el mismo camino. Si los quananos están vigilando la puerta de entrada... quiere decir que no podemos salir. Así pues descendemos por esta escala o...

Dejó el resto de su pensamiento sin expresar, aunque yacía pesadamente en su mente: «... o nos echamos al abismo».

Observó a sus compañeros. ¿Había llegado a oír alguno de ellos la voz de las tinieblas? ¿Las promesas que había hecho? ¿Y si había tirado por la borda su única oportunidad de regresar de nuevo a casa por no haberle hecho caso? Si Amanda hubiera desaparecido para siempre...

—¿O qué? —preguntó Tomás.

—O nada —contestó Annabelle—. O nos quedamos aquí, lo cual no es muy buen plan, ¿verdad?

Tomás asintió. Junto a él, Sidi observaba a Annie meditabundo.

—La bolsa... —empezó.

—Me parece que no voy a necesitar ninguna de esas hojitas —lo interrumpió ella.

En aquellos precisos momentos, lo que quería era tener todas sus capacidades alerta, no relajadas.

—Pero... —empezó de nuevo Sidi.

Annabelle movió negativamente la cabeza.

—¡No! ¡Vamos chicos: tonto el último!

Y, sin esperar respuesta, se acercó al agujero y bajó el pie hasta el primer peldaño. Entonces dudó un momento, esperando que el terror se apoderara de su cuerpo, pero todo seguía normal. Estaba un poco tensa, pero no más de lo lógico, teniendo en cuenta que se dirigía a lo desconocido. Aspiró y espiró un par de veces, lentamente, y emprendió el descenso.

Una vez que su cabeza estuvo por debajo del borde del agujero, no pudo ver nada más y tuvo que proseguir a tientas. El resplandor oro miel era tan intenso, con tantas chispas revoloteando y parpadeando ante sus ojos, que acabó cerrándolos. Incluso entonces, el resplandor era un brillo escarlata a través de sus párpados cerrados. El aire empezó a notarse más denso, aunque ello no afectaba a su respiración. Sólo era... realmente como miel, pensó. Y las chispas, como partículas de cristal en un líquido, totalmente claro por otra parte. Descender era como sumergirse en un agua respirable.

Con el pie tanteaba en el aire en busca del siguiente peldaño, poniendo especial cuidado cuando apoyaba el peso en la pierna herida.

El resplandor proseguía intensificándose en brillantez, pero no irradiaba calor; el aire continuaba aumentando su densidad. Notaba que los demás la seguían, por la vibración que sus movimientos comunicaban a los peldaños metálicos de la escala.

—¿Todos estáis bien ahí arriba? —llamó. Habló casi esperando que saldrían burbujas de su boca.

—*Muito bem* —respondió Tomás—. Ningún problema.

Sidi y Chillido respondieron también, con sus voces un poco más distantes.

Mientras descendía por la escala, Annabelle descubrió que estaba pensando en cosas absolutamente fuera de lugar. Como por ejemplo, en una reciente actuación de los Crackbells, tiempo antes de ser arrebatada por el fulgor azul, cuando un periodista de la revista *Rolling Stone* les había hecho una entrevista. En lugar de dejar que fuese el entrevistador quien formulase las preguntas, fueron ellos quienes lo acribillaron a interrogantes hasta volverlo loco. Preguntándole: ¿Cómo era trabajar para la *Stone*? ¿Había escrito algún artículo sobre The Wailing Men, la última formación de Jimmy Dancer? ¿Había conocido a Hunter S. Thompson...?

Hunter S. Thompson.

«Debería tomar notas», pensó Annie. «Si alguna vez salgo de aquí, podría vender un artículo a la *Stone*. “Terror y aborrecimiento en el País de lo Raro y lo Curioso.” ¿Las cosas no son lo suficientemente extravagantes para ti, Hunter? Tendrías que probar este sitio».

Su pie descendió y tanteó en busca del siguiente escalón, pero no halló nada.

«Espera un momento», pensó.

Bajó el cuerpo un poco más y volvió a tantear cuidadosamente con el pie. Quizás era sólo que faltaba un escalón. Pero no, aquello era el final del camino. De allí en adelante, por cuenta propia.

—Se acabó la escala —avisó hacia arriba.

—¿Estás en suelo firme? —preguntó Sidi.

—No. Al menos que yo sepa.

Por encima de ella, Tomás lanzó un gran suspiro.

—Entonces, de nuevo para arriba —dijo.

—No lo creo —contradijo Annabelle.

—¡Annabelle, no! —gritó Sidi.

—Vamos a ver, ¿qué podemos perder? Si volvemos a subir, tenemos una elección entre el abismo y los quananos. Y esto de aquí debe llevar a alguna parte, digo yo.

—¡Pero es *estúpido*! —le replicó Tomás.

Cierto, tenía razón, pensó Annabelle.

Pero, cuando uno se paraba a meditarlo con detención, todo era igualmente jodido. Aquello podía ser suicidio, pero al menos no había tinieblas allí abajo, tinieblas que la llamasen con voz aterciopelada. De ningún modo quería volver a enfrentarse al abismo. Ni pensarlo. Además, sentía el aire tan espeso que se imaginó que acabaría flotando.

¿Flotaría?

—¡Annabelle! —gritó Sidi.

—¡Adiós! —respondió Annabelle.

Y se soltó.

Con tres enormes ofidios monstruosos acercándose a ellos desde otras tantas direcciones, Clive lo tenía muy difícil para saber hacia adonde debía conducir su pequeña partida. Fuera cual fuese la dirección que tomase, los conduciría a una de aquellas bestias. Para ellos no había lugar seguro en el laberinto. No había lugar seguro en ninguna parte de la maldita Mazmorra, cuando uno estaba metido hasta el cuello en ella, pensó.

—Mi comandante —dijo Smythe—. Tenemos que movernos.

—Sí, bien, de acuerdo; sólo que, ¿adonde vamos? Estoy abierto a todo tipo de sugerencias.

—Lejos —repuso Finnbogg.

Clive miró la expresión esperanzada del enano y le dedicó una fugaz sonrisa. «Lejos, sí. Muy bien, Finn», pensó. «Pero, lejos, ¿hacia adonde es?» Cualquiera que fuese la dirección que eligieran, una de las criaturas los estaría esperando. Y, si permanecían en aquel lugar, llegarían las tres monstruosidades a la vez y allí encontrarían al grupo, mientras él intentaba llegar a una decisión.

«Usa la cabeza, Folliot», se dijo a sí mismo.

Luego, para colmo de su fastidio, sintió que la cabeza se le iba a otra parte, a pensar qué habría hecho Neville en una situación semejante. En primer lugar, no era probable que su hermano se metiera nunca en una tal situación. Oh, no, Neville no. Era demasiado, demasiado inteligente, siempre lo tenía todo bajo control, nunca le faltaba respuesta a ningún problema.

Y, considerando que las cosas ya habían llegado muy lejos para ellos, Clive no se habría sentido extrañado de descubrir que Neville había organizado también aquella sorpresita para ellos.

«Recuerdos de parte de su hermano», había dicho el impostor, el pretendiente a Neville.

Sí, todo formaba parte de un complicadísimo juego, al que Neville estaba jugando. Lo que Clive no podía determinar era si Neville estaba jugando con su propio gemelo como adversario, o si jugaba con alguien más y utilizaba a Clive y a su grupo simplemente como peones del juego. ¿O tenían un mayor rango que ése? ¿Quizás uno de ellos era rey? ¿Bajo la protección de un alfil, un caballo y una torre?

Intentó no pensar en la reina, ya que sería Annabelle. Su pieza había sido retirada del tablero. Perdida o muerta...

Una partida de ajedrez complicada.

Clive sabía que era mejor jugador que Neville, pero era difícil mover cuando uno sólo podía ver a la vez algunos cuadros del tablero, cuando a uno sólo le quedaban cuatro piezas para jugar, mientras que el otro jugador, el adversario, poseía una fila interminable de piezas, dispuestas ya en el tablero; pero las piezas no parecían colocadas en un orden coherente y se movían demasiado al azar para cualquier defensa lógica.

Un movimiento como «serpiente gigante a cinco torre de la reina».

Blancas mueven.

—Sea lo que sea lo que decidas —dijo Guafe—, es mejor que lo decidas pronto.

Con un sobresalto, Clive despertó del ensueño, parpadeó y asintió. Tomar una decisión. Sí. Pero cada vez que su mente iba en busca de un plan de acción regresaba con las manos vacías.

—¿Puede encontrarnos otro de esos callejones sin salida? —preguntó Smythe.

—Seguro.

—Entonces llévenos a él —indicó Smythe—, y quizás aún podamos dar esquinazo a las bestias.

Clive tardó un momento en encontrar su «luna» guía en la encumbrada bóveda de la caverna. Cuando al fin la localizó, giró para que el centelleo quedara sobre su hombro derecho y puso el grupo en marcha. Su ruta los llevaba directamente hacia la segunda criatura que Guafe había divisado.

Tomada ya una decisión, Clive percibió que su mente se aclaraba. Archivó el rompecabezas de Neville y sus complicados propósitos en el fondo de su mente y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Unos diez minutos después de haber reiniciado la marcha, encontró lo que había estado buscando para Smythe. Estaban sobre un callejón sin salida.

—¿Ahora qué? —inquirió.

Smythe no respondió de inmediato. Echó un vistazo en la dirección del monstruo que tenían más cerca y retrocedió un poco por el camino que los había llevado hasta allí. Luego se arrodilló para investigar las piedras del punto donde se hallaba en aquellos instantes.

—¿Puede mover alguna de éstas? —preguntó a Guafe, que se le había acercado.

—¿Quiere decir levantarla? —respondió el ciborg.

Eso, pensó Clive, estaba más allá de las posibilidades de Guafe.

Smythe movió la cabeza negativamente. Dio la linterna a Finnbogg y le indicó que la sostuviera hacia un lado, de tal modo que iluminara el suelo del laberinto.

—Sólo quiero que empuje y haga caer esta piedra —explicó—. Con suerte, accionará una de las trampas del laberinto.

—¿Con qué objetivo? —interrogó Clive.

—Las criaturas son ciegas —contestó Smythe—, y no parece que tengan sentido auditivo. Si estas suposiciones son ciertas, creo que deben de estar siguiéndonos o por la vibración de nuestros pasos en las piedras o por lo que «oyen» de nuestros

pensamientos.

Al recordar la presión producida por la mente de la criatura en la suya propia, Clive asintió lentamente.

—Quizá... —dijo.

—Lo sé, mi comandante. Tampoco yo acabo de ver muy claro eso de la lectura mental, pero los dos sabemos que es posible.

Porque los dos lo habían experimentado: habían compartido las mentes al caer presa de la telaraña neuronal de Chillido.

—Así pues —prosiguió Smythe—, quiero accionar la trampa y provocar que los monstruos vengan corriendo (quiero decir, arrastrándose) hacia aquí. Aquí los esperaremos, llenando nuestras mentes con pensamientos de pánico. Nos vamos a sacar los zapatos y, cuando llegue una bestia, vamos a escurrir el bulto disimuladamente, descalzos y en silencio, manteniendo la mente en blanco, hasta que hayamos colocado la distancia pertinente entre ella y nosotros.

—¿De verdad cree que va a funcionar? —cuestionó Clive con una voz de la cual era difícil despejar toda duda.

—Todo lo que podemos hacer es probarlo.

—¿Y las demás? —preguntó Clive.

—Primero rompamos el cerco en que nos tienen atrapados —repuso Smythe—, y luego nos preocuparemos del resto.

Antes de que nadie más pusiera objeciones, Guafe se agachó y aplicó toda su fuerza a la piedra. Se movió de donde estaba encajada, luego crujió, se inclinó poco a poco y cayó al suelo con gran estrépito. Los cuatro miraron hacia abajo, en espera de que la trampa se accionase. El aire se llenó de polvo y el muro tembló por el impacto, pero no ocurrió nada más.

—Cuando Guafe nos llevó al primer pasillo sin salida —recordó Clive—, no pusimos en marcha ningún mecanismo.

La más cercana de las monstruosas serpientes ya estaba al llegar; las dos restantes continuaban su aproximación.

—Quizá no haya trampas en todos —sugirió Finnbogg.

Smythe no respondió.

—Probemos de dar en la roca de al lado —dijo, volviéndose a Guafe.

Una cosa no sería nada difícil, pensó Clive mientras el ciborg trabajaba para mover el segundo bloque: llenar la mente de pánico.

La segunda piedra golpeó el suelo del laberinto. Durante un largo minuto tampoco hubo respuesta; luego vieron que el suelo comenzaba a hundirse. El muro encima del cual estaban empezó a desplazarse y ellos saltaron a la siguiente sección.

—Zapatos y botas fuera —ordenó Smythe.

Mientras Clive se sacaba las botas, no dejaba de observar la inmensa criatura que se acercaba hacia la trampa, ya accionada, con las antenas ondulando adelante y atrás por encima de sus enormes ojos ciegos. Una de las otras dos serpientes se encontraba

tan sólo a unos pocos pasillos.

—Hay otra que llegará casi al mismo tiempo —dijo Clive.

—No hable, mi comandante —le avisó Smythe—. Tiéndase, manténgase oculto y llene la mente con pensamientos de pánico. Imagínese: usted está atrapado, y no hay manera de huir.

Todo era demasiado cierto, pensó Clive, pero hizo lo que le pedían. Era terriblemente fácil dejarse deslizar en la sensación de pánico.

Con el calzado en la mano y el frío contacto de las rocas del muro en el cuerpo, observaban cómo se acercaba la criatura. Cuando la monstruosa cabeza de la serpiente más próxima llegó a su campo de visión inmediato, Smythe se puso en pie. Se llevó un dedo a los labios e hizo ademán de que lo siguieran.

Clive intentó vaciar su mente, y vio que era más fácil llenarla con pánico que no pensar en nada. Intentó imaginarse que era una de las piedras que formaban parte del muro que tenía bajo sus pies.

Pero dudó de que tuviese ni siquiera un ligero éxito.

Oyeron un chirriar de piedras: era el muro que se apartaba para dejar paso a la criatura hacia donde debería estar atrapada su presa. Clive, el último de la fila, echó un vistazo atrás. La serpiente estaba a punto de entrar y el segundo de los monstruos ya llegaba a escena. Éste, sin un momento de preámbulo, lanzó su cabeza como un dardo y mordió la cola de la primera criatura.

Clive detuvo su huida.

—¡Pst! —llamó hacia adelante.

Los demás se detuvieron para mirar hacia atrás.

A pesar de la estrechez de los confines del pasillo, la primera criatura giró sobre sí misma ondulando su cuerpo sinuosamente y con los fauces abiertas arremetió contra su atacante. Pero la segunda serpiente ya había soltado su mordisco de la cola y levantaba la cabeza como una cobra, oscilando lentamente adelante y atrás, dispuesta para el ataque.

Las mandíbulas de la primera serpiente se cerraron en el aire con un chasquido ensordecedor. Al instante, su adversaria la embistió y la enrolló con sus pálidos y viscosos anillos. En el acto, la primera también puso en juego su potente abrazo.

La lucha por el predominio se convirtió en unos tremendos azotes y sacudidas. Los muros se derrumbaban a cada lado, desprendiendo enormes bloques de piedra que les caían encima, pero las criaturas hacían caso omiso del derrumbe y mantenían toda su atención en su adversario. El aire se llenó de una nube de polvo.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Smythe—. Nos han solucionado el problema.

Se agachó y se puso las botas de nuevo. Un momento más tarde, habiendo los demás seguido su ejemplo, el grupo marchaba ya a paso ligero, con Clive en cabeza una vez más.

Utilizando la «luna» como guía, tuvo pocos problemas con las direcciones a tomar y avanzaron a buen promedio. Aún podían oír a lo lejos el combate de las serpientes,

los muros que caían por su violencia. De la batalla también llegaba una retahíla de gemidos agudísimos, tan estridentes que dañaban sus oídos. Cuando el grupo paró a recuperar el aliento, Clive se volvió hacia el ciborg.

—¿Hay alguna señal de la tercera? —preguntó.

—Creo que se ha añadido a la batalla —repuso Guafe.

A lo lejos se hizo un silencio repentino.

—No hay tiempo para descansar —indicó Smythe—. Sigamos avanzando.

Aunque fatigado, el grupo reemprendió la marcha.

¿Acaso no tenía fin aquel maldito laberinto?, se preguntó Clive. Simplemente continuaba y continuaba, muro tras muro, pasillo zigzagueante tras pasillo zigzagueante. Su linterna producía un halo de luz que se abría paso por la oscuridad, pero lo que iluminaba era siempre lo mismo. Siempre había más de lo mismo, rodeado de tinieblas. Finalmente avistó, muy hacia adelante, un débil resplandor. Al mismo tiempo, Guafe los llamó desde la retaguardia.

—Otra de las bestias nos está siguiendo el rastro. Smythe soltó una maldición, pero Clive señaló el resplandor.

—¿A qué distancia se halla el monstruo? —preguntó.

—A la suficiente —contestó Guafe—. Por ahora. Pero sigue la misma ruta que nosotros, y se mueve con gran rapidez.

Clive no se molestó en volver la vista atrás. Y echó a correr a toda prisa hacia la distante luz. Los muros formaban ahora una increíble maraña de pasillos (los últimos esfuerzos del laberinto para acorralar a los que conseguían acercarse a la salida, supuso Clive), pero, utilizando su guía, no tuvo problema para hallar su camino entre la complicada arquitectura.

El resplandor estaba cada vez más cerca. Pero también, según las informaciones de Guafe, lo estaba la criatura que los perseguía. Clive condujo al grupo por una última y desconcertante serie de curvas; por fin, el resplandor ya no estaba a más de unos pocos muros, tan cerca que casi podía sentirlo.

—¡Casi la tenemos encima! —gritó Guafe.

«No», pensó Clive. «No nos va a coger, no ahora que tenemos la salida al alcance de la mano».

Ya se podía distinguir la fuente de la claridad: era la luz que brotaba de una puerta abierta. El final del laberinto, al menos. ¿Quizá también la entrada al sexto nivel de la Mazmorra? ¿Y qué les aguardaba allí? «De momento no nos preocupemos por ello», dijo para sí. «Primero tratemos de sobrevivir al presente».

Corrieron los últimos metros; ya sólo había un espacio abierto entre la puerta iluminada y ellos. La puerta estaba situada al final de un corto tramo de escaleras, y era lo suficientemente alta como para permitirles el paso a ellos y lo bastante pequeña como para impedir el de la bestia. Pero había un salto de cuatro metros entre la cima del muro y el suelo de donde arrancaban las escaleras.

Clive se agachó, se cogió al canto del muro con las manos, se dejó resbalar y saltó

la distancia restante. Aterrizó con las puntas de los pies para amortiguar el golpe. Guafe y Smythe tomaron tierra uno a cada lado. Arriba sólo quedaba Finnbogg.

—¡Venga, salta, Finn! —lo instó Clive.

—Es demasiado alto para saltar —replicó el enano.

—¡Salta! —gritó Clive—. Te recogeremos.

Mientras Finnbogg se deslizaba nerviosamente por el borde, los tres se situaron bajo él para frenar su caída. Pero entonces vieron la monstruosa serpiente que asomaba por una esquina.

—¡Por el amor de Dios, salta! —lo apremió Clive.

Smythe se alejó de ellos, llevando consigo la lona enrollada en su hombro. Con gran presteza desató los bramantes que la ataban en cada extremo y, de una sacudida, abrió la tela. La enorme cabeza de la serpiente oscilaba a un lado y a otro, a punto de asestar su golpe, pero Smythe mantenía la vista fija en sus mandíbulas, evitando encontrarse con sus ojos ciegos.

Finnbogg se mantuvo asido unos momentos en el canto del muro con los brazos estirados y luego se soltó.

La serpiente lanzó su cabeza como un dardo. En el mismo instante en que las fauces se abrían para cazar a Smythe, éste echó el pedazo de lona en su interior.

Guafe y Clive recogieron al enano, aunque fue el ciborg quien soportó la mayor parte del peso.

La serpiente hincó los dientes en la tela y la sacudió como haría un terrier con un ratón. En un momento la lona quedó hecha trizas entre sus dientes.

—¡Corran hacia la puerta! —gritó Smythe.

Mientras los tres salían disparados hacia las escaleras, Smythe lanzó su barra de hierro directamente a uno de los ojos lácteos de la bestia. El arma se incrustó en el enorme orbe y, de la boca descomunal de la serpiente, surgió aquel gemido agudísimo que habían oído antes. Con las manos apretadas contra los oídos, Smythe echó a correr también hacia la puerta, pisando los talones a los demás.

Guafe la cruzó primero, seguido de Clive y Finnbogg. La serpiente, sin dejar de emitir aquel penetrante grito de dolor, lanzó la cabeza hacia adelante en dirección a Smythe, que subía las escaleras a toda velocidad. En el último instante, Smythe se echó a un lado y la cabeza de la serpiente batió las escaleras, haciendo trizas las piedras. Smythe rodó sobre sí mismo, se puso en pie y se precipitó hacia la puerta mientras la bestia levantaba su cabeza de nuevo para asestar el segundo golpe.

Smythe se zambulló en la salida en el mismo instante en que la serpiente le disparaba sus fauces. Esta vez, su enorme testa se estrelló contra el marco de la puerta y desmoronó sus cantos, lo que ensanchó el paso. La monstruosidad se retrajo y azotó de nuevo, y la puerta, que daba a un túnel, se ensanchó más y más.

Clive, Guafe y Finnbogg recogieron a Smythe cuando aterrizó en el interior del túnel. Otra vez en pie, echaron a correr por aquel nuevo pasillo mientras las resplandecientes luces del techo les herían los ojos. Tras ellos, la serpiente continuaba

batiendo los bordes de la entrada, agrandándola a cada golpe.

El grupo dio la vuelta a una esquina, luego a una segunda y llegó ante otra puerta maciza, tan parecida a aquella con la que los dramaranos los habían encerrado allí dentro, que habría podido ser su gemela. Guafe llamó a la puerta a golpes insistentes. A sus espaldas, el estrépito de piedras que se desmoronaban continuaba.

Una y otra vez el ciborg aporreaba la superficie metálica; los demás se añadieron a su llamada. Al fin la puerta se abrió. En su prisa por huir del túnel entraron de estampida y casi cayeron de bruces. Se encontraban ahora en una gran sala vacía, frente a un individuo.

La puerta, al cerrarse tras ellos, ahogó gran parte del penetrante gemido de la serpiente y de sus golpes atronadores en la entrada del túnel. Lentamente, los miembros del grupo se pusieron en pie. El individuo que los había salvado era un tipo bajo, rechoncho, calvo y de cara redonda; sus ojos tenían un brillo metálico, como los de Guafe.

«Otro hombre de hojalata», pensó Clive. El extraño ser les habló, pero no entendieron sus palabras.

—Lo siento, no comprendemos —dijo Clive.

—¿Son ustedes ingleses? —preguntó entonces, en un correctísimo inglés.

Clive asintió.

—Entonces deben de ser los asesinos que estábamos esperando. —El ancho rostro sonrió—. Esta noche los Señores del Trueno se alimentarán de ustedes.

Sacó un aparato de su cinturón, lo apuntó hacia ellos y con el pulgar pulsó un botón. Una parálisis se abatió sobre los componentes del grupo y, aunque pudieron continuar viendo y oyendo, quedaron incapacitados para mover un solo músculo.

«En el pasado la cagaste un montón de veces, Annie», dijo para sí al soltarse, «pero ésta es probablemente el colmo de todas».

«Soltarse».

Dejarse caer por el hueco, como Alicia por la madriguera. Salvo que aquello no era un sueño del cual iba a despertar, como al fin ocurría con Alicia.

Sus músculos se contrajeron, en previsión de la caída a plomo; sin embargo, al descender como flotando en el aire espeso y dorado, no percibía sensación de caída. El descenso era tan tranquilo como bajar por una escalera mecánica de una planta a otra, tan comfortable como estar tumbada en un lecho de agua cálida, con el colchón balanceándose dulcemente bajo su cuerpo.

Las chispas que salpicaban el resplandor melifluido, parpadeaban como una luz estroboscópica en sus ojos. Cada relampagueo le atravesaba las retinas y llevaba su fuego a los ocultos repliegues de la mente. Una girándula de memorias aparecía por un momento ante su vista, y desaparecía para dejar paso a otra. Cada una llegaba y se iba en una fracción de segundo.

Buenos recuerdos.

La amable sonrisa de un desconocido que la observaba desde arriba mientras su madre la empujaba en el cochecito por una calle bulliciosa.

Su primer beso, cortesía del pecoso Bob Hughes, ocultos tras los escombros del terreno al otro lado de la escuela.

Su segunda *Les Paul* (para reemplazar la primera que le habían robado inmediatamente después de comprarla en la tienda) a la que, con ayuda de Des, había rascado la pintura y pintado de amarillo canario.

La primera vez que había cogido en brazos a Amanda, que berreaba con el rostro enrojecido y se había calmado al recibir sus arrullos.

Oír que el tercer *single* de la banda, «Gotcha in my Heart», entraba como una bala en el número treinta y cuatro de la Lista *Billboard* de Los Cien Principales.

Andar por una resbaladiza y lluviosa calle londinense con Chrissie Nunn y Tripper, camino de las pruebas de sonido de la primera actuación de la primera importante gira europea.

Montones de primeras veces.

Las primeras veces son las mejores. Aquellos momentos iniciales que nunca se olvidan. Buenos recuerdos.

Cuando sus pies tocaron tierra y las chispas se soltaron de su mente, evaporando

los recuerdos, experimentó una sensación de abrupta pérdida que le atravesó dolorosamente el corazón.

«Aún no», quería decirles. «No os vayáis todavía...»

Sus rodillas empezaron a doblarse, produciéndole un agudo dolor en la pierna herida. Parpadeó, deslumbrada por el resplandor dorado, y apoyó una mano en la lisa pared del hueco para mantener el equilibrio. Se dio la vuelta en redondo y se encontró con una puerta cerrada que conducía a...

¿Dónde?

¿Más peligros, más dolor? No quería ver nada más de la Mazmorra. Sólo quería flotar en el hueco dorado, recordar las cosas buenas de su vida. Los tiempos pasados y, ahora, desaparecidos para siempre. Mejores tiempos que los que le aguardaban al otro lado de aquella puerta, estaba segura. El hueco le había regalado lo que el abismo tan sólo le había prometido.

Levantó la cabeza hacia arriba, pero no había posibilidad de retirada. No había peldaños de escala que la subiesen por el vivido resplandor dorado. No había asideros. No había camino hacia arriba.

Pero había voces. Annabelle tardó un largo momento antes de localizarlas y descifrar lo que estaban diciendo.

—¡Annabelle, Annabelle! ¿Me oyes?

Lentamente, consiguió librarse de su sueño. Aquél era Sidi. Al menos había algo bueno en su presente situación. Sidi y Chillido. Buenos amigos. Quizás incluso también Tomás, si era posible hacer borrón y cuenta nueva.

—¡Annabelle!

—Te oigo —respondió.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien?

¿Bien? ¿Cuando acababa de recordar todo lo que había perdido?

—Sí —contestó hacia arriba—. Supongo que estoy bien.

Porque la vida seguía, ¿o no era así? Tanto daba si querías frenarla, como si querías bajar, la vieja noria siempre continuaba girando y girando. Arriba y abajo. Reirás un poco, lo pasarás bien algunas veces y tendrás que pasar por momentos que no serán tan buenos.

Como ahora.

—Se descende con absoluta suavidad —dijo a sus compañeros—. Así que, venga, abajo.

Se apartó del hueco y se dirigió hacia la puerta, con los sentimientos de pesar y de pérdida pegados a su cuerpo como telarañas.

«Nunca solías estar de este humor, Annie», se dijo mientras iba percatándose de su nuevo entorno.

El lugar daba la impresión de ser una sala de espera en una estación de ferrocarril o de autobuses. Nada era permanente allí, todo pasaba. Al otro extremo de la sala débilmente iluminada, estaba la puerta enmarcada en la pared.

«Nivel seis», pensó Annabelle sin verle la gracia. «Otra parada innecesaria. Quizá deberíamos haber tomado un expreso».

Oyó el ruido de algo que se movía a sus espaldas, se volvió y vio a Tomás de pie en el resplandor dorado, con las chispas parpadeando alrededor de su cabeza morena. El español tenía los ojos brillantes de lágrimas no vertidas.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Tomás tardó un momento en localizarla, luego asintió despacio y se le acercó. No le contó nada de lo que había experimentado en el hueco, pero el sentimiento de pérdida estaba escrito en su rostro tan claramente como lo había estado en el de Annabelle.

«Bien, ¿y qué *podrías* decir?», pensó Annabelle.

Fue lo mismo para los demás. Uno tras otro, Chillido y Sidi salieron del hueco y se acercaron a donde Annabelle y Tomás los aguardaban, en la cámara espaciosa y vacía.

—Qué viajejillo, ¿eh? —dijo Annabelle a los pocos momentos.

El sentimiento de pesar nadaba en los ojos de Sidi.

—En un sentido —comentó—, es lo peor que he experimentado desde que estoy en este lugar.

—Sí. Sé lo que quieres decir. No hace falta que nos lo recuerdes.

Annie se volvió hacia Chillido. Los múltiples ojos compuestos de la alienígena no expresaban el dolor de la misma forma en que lo haría un humano, pero Annabelle sabía que Chillido había sufrido las mismas sensaciones de pérdida que el resto.

—Es duro —dijo Annabelle a la arácnida— estar en posesión del pasado durante sólo un momento y volver a perderlo.

*Muy duro*, repuso Chillido.

Su voz resonó raramente abatida en la mente de Annabelle.

Formaban un grupo silencioso e inmóvil, que intentaba superar la melancolía en que los había sumido el hueco. Hasta que al fin Annabelle se agitó.

—Supongo que deberíamos averiguar qué hay tras la Puerta Número Uno —sugirió a sus compañeros—. ¿O nos inclinamos por lo que hay detrás de la cortina<sup>[15]</sup>?

—¿Cortina? —preguntó Tomás, mirando la cámara vacía a su alrededor.

Annabelle meneó la cabeza.

—No me hagáis caso.

Abrió el camino hacia la puerta, cogió el pomo e intentó hacerlo girar. Cerrada.

«Perfecto», pensó.

¿*La derribamos?*, le preguntó Chillido.

—Tratemos primero de entrar educadamente —respondió Annabelle.

Levantó la mano y llamó a la puerta con varios golpes secos. Esperó unos pocos segundos y volvió a llamar. Cuando, después de llamar por tercera vez, continuaba sin haber respuesta, se volvió hacia Chillido para decirle que hiciese su trabajo. Pero entonces oyó que alguien giraba una llave. Y se volvió de nuevo hacia la puerta, que se abría lentamente.

Una copia a escala de Chang Guafe apareció en el umbral.

Bien, no era exactamente como Guafe, decidió Annabelle, pero se le parecía mucho. Tenía la estatura de un chico de doce años, pero era evidente que era mucho mayor; delgado, de sexo masculino, con la mitad de las partes de su cuerpo de metal pulido e implantes en ambos ojos. Llevaba la cabeza afeitada, o era calvo por naturaleza (era difícil de precisar). Vestía pantalones rojos y camisa verde e iba descalzo. Si hubiera tenido las orejas puntiagudas, Annie lo habría identificado como uno de los elfos de Santa Claus bajo los efectos de la quimioterapia.

Cuando habló, su voz sonó del mismo modo hueco que la de Guafe, pero Annie no pudo entender ni una palabra de lo que dijo.

—¿Qué dices? —preguntó ella.

Annabelle casi pudo oír el zumbido de los circuitos en su cabeza mientras comprobaba las palabras y las comparaba con las que tenía almacenadas en la memoria.

—¿Habla inglés? —dijo al cabo.

—Ya lo creo. ¿Cómo te llamas?

—Binro.

—Bien. Yo soy Annabelle. —Y uno a uno presentó al resto del grupo—. ¿Es esto el sexto nivel?

Binro asintió.

—Bienvenidos a la Ciudad Santa de Tawn, peregrinos.

—¿Peregrinos?

—Seguramente han venido a visitar el Oráculo de los Señores del Trueno.

Annabelle parpadeó, pero enseguida esbozó una sonrisa.

—Seguro —respondió—. ¿Qué más?

—¿Son Ricos o Pobres?

—Ah...

Annabelle echó un vistazo a los demás, pero tenían las mismas dificultades que ella para seguir la conversación. «Estupendo».

«Vamos, muchachos», quería decirles. «Ya es hora de que alguien me eche una mano».

Pero dieron claras señales de que era ella quien estaba al mando.

Ricos o Pobres. Parecía una pregunta engañosa. ¿Qué ocurría si daban la respuesta equivocada?

—Pobres —contestó Annie, decidiendo que poseían menos de lo que deberían.

Binro sonrió radiante.

—Entonces tres veces bienvenidos, peregrinos.

—Estamos... ejem... poco al corriente de las cuestiones protocolarias —dijo Annabelle—. ¿Cómo funciona esto del Oráculo? ¿Podemos preguntarle todo lo que queramos?

—Eso depende de si sus nombres salen elegidos o no en el sorteo —respondió

Binro—. Pero están de suerte. Esta noche tiene lugar una lotería. Con el consentimiento de los Señores, pueden ganar una oportunidad para hablar con ellos a través de la Voz de Su Luz.

Aquello estaba cada vez más liado, pensó Annabelle. Sorteos. ¿De qué diablos estaba hablando?

—Ah... ¿y qué hacemos hasta entonces? —preguntó ella—. Ya sabes, hasta que empiece la lotería.

—Siempre tenemos habitaciones a disposición de los peregrinos Pobres —le aseguró Binro—. Vengan, síganme.

Los invitó a entrar y cerró con cuidado la puerta tras de sí. Se puso la llave en el bolsillo y los condujo por un largo pasillo, y después subieron por unas escaleras. Cuatro pisos más arriba, entraron en otro corredor. A lo largo de sus paredes, se abrían una serie de puertas.

«Es como un hotel», pensó Annabelle. Se preguntaba con qué esperaban que lo pagarían.

—¿Prefieren habitaciones separadas? —preguntó Binro.

La primera intención de Annabelle fue decidirse por esto, pero luego pensó que sería mejor permanecer juntos en un solo grupo.

—Quizá no —contestó—. Aquí somos extranjeros y, ya sabes, nos gustaría estar juntos.

—Como deseen.

Los acompañó hasta la mitad del pasillo y allí abrió una puerta que daba a una gran habitación alfombrada. Por las ventanas entraba la brillante luz del sol, ante la cual todos parpadearon. En el interior había dos camas dobles, un tocador, un espejo, un sofá y algunas sillas junto a las ventanas y dos puertas más en una pared.

«Un armario y un lavabo», pensó Annabelle. Dios, el lugar era como un hotel de vacaciones. Se preguntó si tendría ducha.

—¿Les parece bien ésta? —inquirió Binro.

—Oh, sí. Es estupenda.

—Hay ropa limpia en el armario. —Y, al darse cuenta de la multiplicidad de extremidades de Chillido, apretó los labios un momento y agregó—: Haré que le dispongan un vestido hecho a medida, señorita Chillido, que le será entregado antes de media hora.

—*No será necesario, Binro* —repuso la arácnida.

Binro farfulló una respuesta; había hablado en el idioma nativo de Chillido, comprendió Annabelle.

Maravilloso. La Ciudad Santa de Tawn. Con un Oráculo que atiende a los peregrinos. Se hablan todos los idiomas. Hospédese en nuestro magnífico Hotel Hilton, en el centro de la ciudad, mientras espera los resultados de la lotería.

—Por favor, siéntanse como en su casa —añadió Binro.

Luego desapareció.

Annabelle cerró despacio la puerta tras él.

—¿Alguien sabe lo que está pasando? —preguntó.

Sidi y Tomás menearon la cabeza. Chillido, que había cruzado la habitación para echar un vistazo por la ventana, los llamó repentinamente, señalando algo que había visto fuera. Los demás corrieron a su lado.

*Mirad*, dijo la arácnida indicando una figura en una esquina de la calle de abajo.

Annabelle tardó un momento en localizar la figura. Primero se percató de la vasta extensión de edificios y de calles: era como estar en pleno centro de Nueva York. Rascacielos altísimos y relucientes se alzaban a su alrededor. Las calles eran un bullicio de tráfico, tanto de vehículos como de peatones, aunque los primeros no eran los que uno hubiera esperado encontrar. Al menos, no en las ciudades con las que Annabelle estaba familiarizada. O eran transportes públicos (como viejos tranvías) o eran cochecitos (de una o dos plazas) parecidos a los coches de golf.

—Jesús —murmuró.

Chillido tiraba de su brazo, sin dejar de señalar. Annabelle bajó la vista hacia la figura que había atraído la atención de la alienígena.

—¡Clive! —gritó Annie.

Pero Sidi sacudió la cabeza y dijo:

—No. Éste es Neville Folliot.

Annabelle echó a correr hasta la puerta.

—Debemos echarle el guante antes de que levante el vuelo otra vez.

—Demasiado tarde —repuso Sidi—. Ya se ha ido; se ha perdido entre la muchedumbre. Nunca lo encontraremos.

—Pero está aquí...

Y Clive no estaba. Jesús. ¿Iban a pasarse el resto de sus vidas corriendo uno tras de otro como el ratón y el gato, captando visiones fugaces uno del otro, sin lograr nunca volver a estar juntos? El simple pensamiento la deprimía.

—Voy a ver si tienen o no tienen ducha —dijo.

Más tarde, recuperados con las largas duchas que tomaron y la comida que Binro les trajo, se sentaron a descansar. A excepción de Chillido, todos se habían puesto las ropas que habían encontrado en el armario.

«Parecemos un hatajo de acólitos de un monasterio exótico», pensó Annabelle mientras se echaba en una de las camas, con las manos en la nuca. «¡Dios, qué bien sienta sentirse limpia otra vez!»

Los demás habían querido salir a explorar, pero ella se negó a moverse de allí hasta que su propia ropa, que había lavado después de ducharse, se secase lo suficiente para poder llevarla. De ninguna manera iba a salir así y que la tomaran por una Hare Krishna. Y además tenía muchas cosas en que pensar.

Al final todos se quedaron; ninguno de ellos quiso separarse. Chillido y Sidi estaban sentados junto a la ventana, fascinados por el inacabable desfile de gente y vehículos calle arriba y abajo. Tomás dormía en la otra cama. Aburrida, Annabelle

abrió el cajón de la mesita de noche de su cama.

Estaba acostumbrada a las habitaciones de los hoteles y éste, dejando de lado el misterio de *dónde* se encontraba, no era diferente en nada de los cientos de hoteles en que se había alojado durante sus giras. La intrigaba lo que podía encontrar en el cajón. Una Biblia no, por supuesto. Allí no... ¿aunque quizás una versión tawnana?

Sus dedos se cerraron en un libro. Lo sacó del cajón. Y, cuando vio lo que era, un sudor frío le recorrió la espalda.

—Oh, mierda.

Sidi desvió la vista de la ventana.

—¿Qué pasa, Annabelle?

Petrificada, Annabelle sostenía su hallazgo en alto. Era el diario de Neville Folliot.

Clive nunca se había sentido tan indefenso como en aquellos momentos. Fuera lo que fuese el instrumento (una cajita) que sostenía su capturador, había conseguido, no sabía cómo, congelar todos sus músculos, como si hubiera atado a los miembros del grupo con unos nudos tan apretados que nadie podía moverse, ni siquiera Guafe, quien estaba compuesto, al menos en una tercera parte, de piezas mecánicas. Ni siquiera podían pestañear.

Silbando una cancioncilla para sí mismo, el capturador descolgó otra cajita de su cinturón y habló para ella. Pero lo que dijo fue totalmente incomprensible.

—No van a estar mucho así —les dijo a ellos, cambiando al inglés—. Pronto los transportaremos a una bonita celdita donde los libraremos de su estado de éxtasis.

¿Por qué?, quería preguntarle Clive. ¿Qué significaba todo aquello?

—Supongo que no creían realmente poder asesinar a los Señores del Trueno, ¿verdad? —preguntó su capturador, como si estuviera leyendo el pensamiento de Clive.

«Otra vez con lo mismo», pensó Clive. El hombre mecánico pensaba que eran asesinos. Pero si lo único que sabían de los Señores del Trueno era su nombre, nada más. Lo único que querían era encontrar a su hermano y salir de la Mazmorra. Si pudiese hallar algún medio de hablar con el hombre...

—No son los primeros en intentarlo, naturalmente —prosiguió su capturador—. Ni serán los últimos, me parece. Pero nadie lo ha conseguido, ni lo conseguirá jamás.

Simplemente, es imposible. Los Señores están más allá del alcance de la muerte. Sin embargo, los sujetos como ustedes les proporcionan algo de diversión. Me pregunto si son agentes libres, en busca de un botín, o si los envió la Madonna.

¿Qué tenía que ver la Madre de Dios en aquel asunto?, pensó Clive. Pero entonces se percató de que, allí, en la Mazmorra, el nombre podía significar cualquier cosa. Cualquier ente.

—Ah, aquí llega su transporte —dijo el capturador al abrirse una puerta corrediza en lo que parecía ser una pared lisa.

Un pequeño carro sin caballos, con unas ruedas anchas y bajas, cruzó la puerta y se detuvo frente al grupo. El motor producía un zumbido suave. En la parte delantera había dos asientos (uno ocupado por el conductor, el otro vacío) y en la parte posterior una zona de carga, donde, con toda seguridad, depositarían sus cuerpos rígidos.

El conductor, aunque sin duda pertenecía a la misma raza semihumana y

semimecánica que su capturador, se diferenciaba por completo del primer hombre, como la noche del día. Era delgado como un palo de escoba, casi cadavérico, y los huesos sobresalían de su piel apergaminada; tenía los ojos hundidos y rodeados de círculos negruzcos, y la piel era muy pálida. Mientras el primer hombre poseía un aspecto jovial en toda su persona, el recién llegado parecía tan austero como un clérigo escocés.

Puesto que el trabajo de aquella pareja era transportar «cuerpos», aunque vivos, Clive rápidamente los bautizó como Burke y Haré<sup>[16]</sup>. Burke era el recién llegado; Haré, el rollizo capturador que los había petrificado.

—Con cuidado —dijo Haré mientras dejaban a Smythe en la parte trasera del carro—. ¿No querrás estropear la carga antes de que los Señores se hallan divertido con ella? ¿No querrás que nos pongan en su lugar?

Burke murmuró algo ininteligible en su propia lengua.

—Sólo era una broma —replicó Haré—. Es evidente que los Señores nunca se alimentarán de nosotros. *Nosotros* nunca hemos querido hacerles daño.

Era evidente, pensó Clive, que Haré seguía hablando en inglés sólo para inquietarlos más. No quería que dejaran de pensar en lo que los aguardaba.

Clive fue el último en ser cargado en el carro. Cuando le llegó el turno y lo levantaron para depositarlo junto a los demás, sintió un mareo horrible y el contacto de otras manos en su piel indefensa le produjo un espeluznante hormigueo. Incapaz de moverse, incapaz incluso de hablar, indefenso... Si Clive hubiera tenido un arma a mano, con mucho gusto habría matado a aquel par a sangre fría.

—Oh, rebosa usted de odio, ¿no? —dijo Haré escrutando su rostro—. Contenga su odio, asesino. Los Señores se alimentan de él.

Y, sonriendo, se subió al asiento del pasajero. Burke se sentó al volante y el carro se puso en marcha suavemente, cruzó la puerta y siguió por un largo pasillo. En el trayecto, Clive sólo pudo distinguir el parpadeo de las luces del techo. Trató de contarlas, en un intento de memorizar la ruta, pero pronto perdió el hilo, tanto del número de luces como de las curvas que habían tomado.

Al cabo, después de lo que pareció un viaje de una duración desmesurada, a través de pasillos dispuestos de forma más desconcertante que los del laberinto del que acababan de escapar, el carro se detuvo, Burke y Haré los descargaron del remolque y los llevaron a una celda de rejas. El par de mozos apoyaron a Clive y a sus compañeros en una pared, salieron de la celda y cerraron la puerta tras de sí. No fue hasta entonces que Haré tomó de nuevo la cajita de su cinturón y apuntó a los cuatro.

Cuando soltó el botón de control, Clive y el resto recuperaron el uso de los músculos. Pero sus piernas se doblaron bajo su peso y apenas si lograron evitar romperse la crisma contra el suelo.

—¡Hasta luego! —se despidió Haré alegremente.

—¡E... espere...! —replicó Clive.

Pero Burke ya había puesto el carro en marcha y la curiosa pareja desapareció de

la escena con un zumbido.

Clive se sentó lentamente. Sentía los músculos magullados y entumecidos. Le dolía la cabeza. Tenía hambre y sed, y la poca paciencia que poseía se había agotado completamente.

—¡Malditos sean todos juntos! —gritó.

—Tómeselo con calma, amigo.

La voz era familiar, aunque no pertenecía a ninguno de sus compañeros. Clive se volvió hacia el lugar de donde provenía, y su mirada captó el par de literas (una a cada lado del muro posterior), el cubo de agua y otro cubo para los excrementos, hasta posarse al fin en el hombre que había hablado.

Aquello era demasiado.

—¡Usted! —exclamó—. Por su culpa estamos aquí.

—¿Mía? ¿Si no los he visto en mi vida!

Pero, si aquel hombre no era el padre Neville de los dramaranos (el que había usurpado la historia y el nombre del hermano gemelo de Clive, el que los había abandonado en la caverna, con su laberinto y sus monstruos), era entonces su gemelo idéntico.

Clive se levantó y, a grandes zancadas, cruzó la celda hasta llegar a los barrotes que lindaban con la otra.

—Estoy harto de sus mentiras —dijo Clive.

—Se lo repito, nunca los he visto en mi vida.

Clive introdujo un brazo por entre los barrotes y el hombre retrocedió rápidamente, incluso a pesar de que Clive no podía alcanzar tanto como para producirle algún daño.

—Espere un minuto, mi comandante —terció Smythe—. Dejemos primero que se explique.

—¿Para qué? ¿Para que nos suelte otra sarta de mentiras?

—Fíjese en él —insistió Smythe—. El tipo cree que está diciendo la verdad. Yo aseguraría que no nos ha visto nunca. Y, además, ¿cómo podría haber llegado aquí antes que nosotros?

Smythe tiró del brazo de Clive, alejándolo de los barrotes mientras le hablaba, e hizo que se sentara en una de las camas inferiores de las literas de la celda.

—El parecido es singular —comentó Guafe—. Hasta en el más pequeño detalle. Smythe asintió.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó al hombre de la celda contigua.

—Edgar Howlett —contestó él—. Llegué a la Mazmorra hace doce años, de un continente conocido como Norteamérica, en un planeta llamado Tierra. Me sustrajeron en el año mil novecientos ochenta y tres.

Clive, que ya se había tranquilizado un tanto, recogió aquella información. Pero más importante para él fue sopesar la manera de expresarse del hombre. Y Horace tenía razón: sea como fuere, el hombre creía verdaderamente que era quien afirmaba

ser.

—¿Tiene usted un hermano? —preguntó Smythe.

—Ninguno —negó Howlett—. Y ahora es mi turno de preguntas. ¿Cómo se llaman ustedes? ¿De dónde son?

Del mismo modo en que lo había hecho Howlett, le informaron de sus nombres, de sus lugares de origen y de los años que hacía que habían desaparecido de su país natal. Finnbogg fue el último en hablar.

—¿Diez mil años? —repitió Howlett, incrédulo—. ¿Tanto tiempo hace que estás aquí?

El can-enano asintió.

—Este lugar tiene que ser el Infierno —concluyó Howlett.

En lo cual todos estuvieron de acuerdo, salvo, naturalmente, Guafe.

—Pero aquí se pueden aprender muchas cosas —refutó el ciborg.

—¡A la porra con aprender! —le replicó Howlett—. Acabé el instituto. Soy fontanero, ¿comprende? ¿Qué más tengo que saber? Lo que quiero es regresar a casa, eso es lo único que quiero; ver a mi mujer y al niño. ¡Por Cristo!, Tommy debe de tener... ¡qué!, dieciocho años ahora. Me he perdido el verlo crecer. Bueno, la cosa es que imagino que esto es la muerte. ¿Saben?, allí, en Milwaukee, no creía que fuera un mal chico, pero estoy seguro de que esto no es el Cielo, sino el Infierno.

—No estamos muertos —aseguró Guafe—. Yo lo sabría si hubiese muerto.

—¡Vaya por Dios! Miren quién habló. El mismísimo Hombre Biónico.

—Tengo la impresión de que no me ha gustado el tono de su voz —dijo Guafe.

—¿Y cómo lo va a arreglar? ¿Va a llamar al carcelero? —se burló Howlett.

Guafe avanzó con decisión hacia los barrotes que separaban sus celdas. Los agarró fuertemente y empezó a ejercer presión en ellos. Muy despacio, las gruesas barras empezaron a doblarse.

Antes de que las cosas llegaran demasiado lejos, Smythe se acercó a Guafe y le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Estoy seguro de que podemos aprender mucho del señor Howlett —afirmó.

Guafe se volvió, con sus ojos metálicos relampagueando, pero Howlett, que tenía los suyos desorbitados al ver los barrotes doblados por la fuerza del ciborg, se levantó y estiró los brazos en un gesto apaciguador.

—Ea, tranquilo —dijo—. Me ha comprendido mal. Me gustaba *El Hombre Biónico*. Era mi telefilm favorito, ¿comprende?

Guafe soltó los barrotes y dejó caer las manos. Y Howlett soltó un audible suspiro de alivio. Luego, antes de que nadie más pudiese hablar, se volvió hacia Clive.

—¿Dijo que su apellido era Folliot? —preguntó.

Clive asintió.

—¿Tiene algo que ver con un tipo llamado Neville Folliot?

Las sospechas de Clive se despertaron una vez más.

—Es mi hermano gemelo —repuso—. ¿Cómo sabe su nombre?

—También es así como su hermano gemelo se hacía llamar la última vez que lo vimos —lo interrumpió Smythe.

—Les dije —replicó Howlett— que no tengo hermanos ni hermanas. El tipo que dicen que vieron debía de ser un clon, pero yo conozco a Neville Folliot. Él es la causa de que esté metido entre rejas.

—Un clon —repitió Guafe—. ¡Claro!

—¿Qué es un clon? —inquirió Smythe.

—Un clon es una copia totalmente exacta de un ser, creada a partir de una sola célula del donante, por medio de una manipulación genética.

—¿Son posibles ese tipo de cosas? —preguntó Howlett.

—Muy posibles —replicó Guafe.

—Yo sólo lo he visto en las películas, ¿saben? —comentó Howlett—. Nunca creí que llegaría a ser real.

—¿Qué tiene que ver mi hermano con su actual situación? —interrogó Clive.

—Bien, lo conocí hace cinco o seis años, en un nivel anterior. Durante cierto tiempo deambulamos juntos, descendimos del tercer nivel, pasamos por el cuarto, cruzamos el quinto (¿vieron los dinosaurios en el quinto?), hasta que al fin llegamos aquí. La patrulla de fronteras (o lo que diablos fuera) nos detuvo, y entonces fue cuando el simpático Neville me clavó el cuchillo por la espalda.

—¿Lo atacó? —preguntó Clive.

—No. Me la jugó, me traicionó. Dijo a las autoridades que yo era un agente de la Madonna. ¿Oyeron hablar de ella?

—Hace muy poco —respondió Smythe—. En nuestra época, con el nombre Madonna nos referíamos a la Madre de Cristo.

—¿Sí? Bien, en la mía era una cantante de música pop, terriblemente sexy. Pero la de aquí es una especie de... no sé... creo que demagoga es la palabra que Neville utilizó para describirla.

—¿Es ren o chaffri? —inquirió Clive.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Howlett—. Nunca pude delimitar correctamente los dos bandos. Ni creo que nadie pueda. De cualquier forma, puede que esto sea algo estrictamente local. Hay un montón de asuntos en la Mazmorra en que ni los chaffris ni los rens se han molestado en tomar parte, aunque sean los jefes gordos.

—¿Y qué hay de Green? —intervino Smythe.

—¿Green qué?

—Un hombre llamado Green. ¿Se lo mencionó el comandante Folliot, Neville? ¿Es un aliado o un enemigo? ¿Ren o chaffri?

—Nunca oí hablar de él.

Clive meneó la cabeza descorazonado. ¿No encontrarían nunca dos piezas de información que coincidiesen entre sí?

Howlett prosiguió su historia.

—Bien, pues Neville dijo a las autoridades que yo era un agente de la Madonna, y no sólo eso, sino que ella había enviado una partida de asesinos para matar a los Señores y que los reconocerían porque hablaban inglés.

»Los de aquí sólo lo creyeron en parte. Lo tuvieron encerrado en la mismita celda en que están ustedes ahora hace sólo media hora. Supongo que fue cuando los cogieron y vieron que decía la verdad. O, al menos, lo que suponían que era la verdad. Así que lo soltaron. O se lo llevaron de aquí, que es lo mismo.

—¿Estaba aquí? —gritó Clive—. ¿En esta celda? ¿Hace media hora?

—Me temo que sí.

—¡Maldito sea! ¿A qué está jugando?

—¡Que me aspen si lo sé! —repuso Howlett—. Pensaba que éramos amigos, él y yo. —Hizo una pausa, meditando un momento—. ¿Aquel otro tipo era exactamente igual que yo?

—Hasta el detalle más pequeño —afirmó Smythe.

—Cristo, es para poner la piel de gallina.

—Lo que deberíamos también tener en cuenta —dijo Guafe— es la posibilidad de que el Neville Folliot que estamos persiguiendo sea otro clon. ¿Quién sabe cuántos de ellos puede haber desparramados por la Mazmorra?

—¿Un clon? —repitió Clive—. ¿Igual que el hermano gemelo de este hombre? ¿Es realmente posible?

—En mi mundo lo es —aseguró Guafe—. Y en esta Mazmorra... —Y dejó que la frase muriera por sí sola, inacabada.

Clive se volvió a sentar en la litera y se inclinó hacia adelante, ocultando el rostro entre las manos.

—Me parece que me estoy volviendo loco —declaró.

—Lo primero es lo primero —repuso Smythe—. Salgamos de este agujero, y *luego* vuélvase loco.

—Pero, Horace, cuando pienso en ello... Dos, quizá docenas de Nevilles corriendo por ahí...

—Lo sé, mi comandante. No es una idea encantadora, en ningún sentido. Pero seguimos teniendo que escapar.

Se volvió lentamente y detuvo su mirada en los barrotes que Guafe había doblado entre la celda de Howlett y la suya.

—Necesitamos su fuerza para eso —dijo al ciborg—. ¿Puede separar los barrotes lo suficiente para que Howlett se reúna con nosotros y luego repetirlo con los barrotes que dan al pasillo?

Guafe asintió. Volvió al lugar donde ya había intentado abrir un paso entre las rejas, las aferró una vez más y aplicó todas sus fuerzas al hierro. Poco a poco, el paso se ensanchó hasta que fue lo bastante grande como para que Howlett se escurriese a través de él. Guafe se volvió y se dirigió a las barras que daban al pasillo y repitió la operación.

Momentos después se encontraban todos en el pasillo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clive.

—O encontramos a su hermano o encontramos un modo de salir de aquí —respondió Smythe—. Lo que venga primero.

—Déjenme un pedazo para mí —musitó Howlett, pero entonces se dio cuenta de con quién estaba hablando—. Lo siento. Olvidé que es su hermano. Sólo que, después de la jugada que me hizo...

—Lo comprendo perfectamente —aseguró Clive—. Pero, si quiere «un pedazo» para usted, me temo que tendrá que aguardar turno.

—No entiendo nada —dijo Annabelle hojeando al azar el diario de Neville Folliot—. ¿Qué está haciendo esto aquí?

No lo expresó, pero detrás de sus palabras subyacía un pensamiento: «Si el diario está aquí, entonces, ¿qué les ha ocurrido a Clive y a los demás? La última vez que pusimos la vista en el libro, estaba en manos de Clive».

¿Podría ser una copia?, preguntó Chillido.

—No lo creo —contestó Annabelle. Se dirigió a los demás—: ¿Tenéis alguna idea, Sidi, Tomás?

—Algo le ha ocurrido al otro grupo —dijo Tomás—, ¿nao?

—Sí. Y presiento que algo realmente malo. —Paseó la mirada por la habitación—. Me pregunto cómo se llama al servicio de habitaciones en este lugar.

—¿Servicio de habitaciones? —repitió Sidi.

—Para hablar con Binro, o quien sea que esté a cargo. Quiero saber qué está haciendo esto aquí.

—Quizá no sea una buena idea, Annabelle. Si el diario está aquí y algo les ha ocurrido a los demás, es absolutamente evidente que nuestros anfitriones están involucrados en ello.

—Cierto. Entonces salgamos de aquí.

Levantó los pies de la cama, los hizo girar por encima con un ágil movimiento y los depositó en el suelo, y, diario en mano, se dirigió hacia la puerta. Intentó hacer girar el pomo pero éste no se movió.

—Perfecto. Estamos encerrados. ¡Dios, en qué hatajo de imbéciles nos hemos convertido! Peregrinos, bien. Huéspedes, quizá. ¿Y qué tal prisioneros?

Se volvió hacia Chillido, para ver si la alienígena podía derribar la puerta.

—¿Dice algo el diario acerca de Tawn? —intervino Sidi.

«Buena pregunta», pensó Annabelle.

Volvió a la cama, se sentó y empezó a hojear el diario. Pasó páginas donde los apuntes al natural de Clive llenaban los espacios en blanco donde antes habían estado las anotaciones de Neville. Había suficiente información ilustrada para deducir que Clive y su grupo habían cruzado con éxito el veld del quinto nivel y habían llegado a una ciudad. Pero no quiso pensar qué podía significar el retrato de la mujer. Al final encontró un nuevo mensaje.

—Aquí está —anunció.

Por lo que pudieron descifrar de las palabras más bien crípticas de Neville, Tawn

era el centro de una antigua e inacabable guerra entre las facciones acaudilladas por los Señores del Trueno, por un lado, y las de una tal Madonna, por el otro.

—Jesús —dijo Annabelle en voz baja después de leer un fragmento más. Luego levantó la vista hacia sus compañeros.

—¿Qué veis a través de la ventana?

—Una gran ciudad, muy parecida a Calcuta —repuso Sidi—. Debajo mismo de la ventana hay un mercado.

Tomás hizo un signo negativo con la cabeza.

—No. Es un puerto, repleto de barcos de todas las naciones.

Cuando formularon la pregunta a Chillido, ésta describió un paisaje urbano, pero extraterrestre.

«Y yo veo una variación de la ciudad de Nueva York», pensó Annabelle.

—Allí fuera no hay nada —aseguró—, según lo que cuenta Neville.

—¿Nada? —repitió Sidi. Se volvió hacia la ventana—. Pero parece tan real...

—Están jugando con nuestras mentes —explicó Annabelle—. Todo no es más que una ilusión. Escuchad esto:

«No confiéis en Tawn, ni siquiera en lo que os digan vuestros ojos, ya que llenan el vacío con lo que es conocido. Guardad un enigma de esfinge para los Señores del Trueno, pues, en caso contrario, os convertirán en pienso». Un enigma de esfinge es una pregunta que no tiene respuesta. Y no tengo muchos deseos de descubrir en mi propia piel a qué se refiere cuando dice «os convertirán en pienso».

Annabelle cerró el diario con un golpe seco.

—No necesitamos esta basura —declaró—. Chillido, ¿nos puedes abrir la puerta?

La arácnida flexionó sus múltiples brazos, avanzó hasta la puerta y aplicó las palmas de las manos superiores en ella para obtener una impresión de su densidad.

*Dadme una silla*, dijo.

Annabelle le llevó una, pero, antes de que Chillido pudiera usarla como un improvisado ariete, la puerta se abrió y Binro apareció en el umbral, con una sonrisa dibujada en sus facciones. En la mano sostenía un pequeño aparato que a Annabelle le recordó un mando a distancia para un aparato de televisión.

—Felicidades —dijo Binro—. Me tomé la libertad de introducir sus nombres en grupo en la lotería, y han ganado ustedes el privilegio de hablar con el Oráculo.

—¿Por nuestra oposición a ser convertidos en pienso sin intentar confundir al Oráculo? —preguntó Annabelle.

Binro parpadeó.

—¿Usted dispense?

—Apártate del medio, capullo. Hemos decidido buscar otro alojamiento.

El hombrecito, al ver que Annabelle avanzaba hacia él, exhaló un suspiro. Pero antes de que ella o Chillido pudieran cogerlo, pulsó un botón del aparato que tenía en

la mano.

No vieron ni sintieron casi nada, excepto un hormigueo eléctrico que corrió hacia sus terminaciones nerviosas. Pero, cuando Annabelle intentó moverse, se dio cuenta de que todos y cada uno de sus músculos estaban paralizados. De la falta de movimiento de sus compañeros dedujo que todos habían quedado bajo los efectos de un invisible rayo paralizador.

«Oh, precioso», pensó. Aquel tipejo era un monstruo de la ciencia ficción. Salvo que aquello no era una película. Era la vida real, y se encontraban en un aprieto, en el sentido más exacto de la palabra.

Annie estaba encendida de cólera, pero todo lo que podía hacer era mirar cómo Binro llamaba lo que parecía un cochecito de golf, para transportar a los cuatro al Oráculo. El conductor era mucho más alto que Binro: un individuo flacucho, cadavérico, que a Annabelle le recordó a un yonkie. Con la ayuda del conductor, Binro los cargó en el remolque, situado en la parte posterior del carro, y los transportaron por una serie de largos corredores y por un ascensor.

Binro se inclinó hacia atrás y miró hacia la cara petrificada de Annabelle.

—Realmente no hay necesidad de ser desagradables —le comentó—. Es un gran honor para ustedes hablar con el Oráculo, y luego ser recibidos por los Señores del Trueno.

«¡Que te zurzan!», pensó Annabelle.

Binro debía de haberle leído los pensamientos en la expresión de los ojos, ya que frunció el entrecejo, se encogió de hombros y se sentó de nuevo, sin hacer más caso de Annabelle.

«Cuando salga de esto...», pensó Annabelle.

Las puertas corredizas del ascensor se abrieron y el carro salió a una vasta sala de techo catedralicio. Binro y su compañero los descargaron. Cuando los cuatro estuvieron en el suelo, contemplando el enorme techo, el carro se retiró de nuevo hacia el ascensor. Aunque Annabelle no pudo volver la cabeza para ver lo que estaban haciendo, supuso que Binro había pulsado de nuevo el aparato inmovilizador, porque empezó a sentir otra vez el hormigueo en sus terminaciones nerviosas y sus músculos quedaron flácidos. Volvió la cabeza justo a tiempo de ver cómo la puerta corrediza del ascensor se cerraba.

En todo su cuerpo tenía aquella sensación de entumecimiento y hormigueo de cuando se duerme un brazo o una pierna. Pasaron unos minutos antes de que el efecto se disipara lo suficiente para poder sentarse y examinar la situación.

—¿Estáis todos bien?

El rayo paralizador parecía haber dejado peores secuelas en Chillido, probablemente debido a su musculatura extraterrestre. La arácnida fue la última en recuperarse, y Annabelle la ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué es este lugar? —murmuró Sidi.

—La Casa de Dios —contestó Annabelle—. ¡No te digo!

Pero a pesar de la ligereza del tono de sus palabras, el lugar provocaba repeluznos. La sala era descomunal, impresión producida por el inmenso techo que se elevaba a una altura de tres pisos. Entre su arquitectura había cúpulas de cristal, a través de las cuales llegaba una luz pálida, amarillo-anaranjada. El suelo era del tamaño de medio campo de fútbol.

Colocados en las paredes, en una larga hilera que ocupaba dos costados de la nave, había lo que se asemejaba en gran manera a sarcófagos gigantes. Aunque estaban decorados con jeroglíficos y dibujos, los motivos no le parecieron a Annabelle más egipcios que *heavy-metal-punk*. Figuras esculpidas con todo detalle adornaban las tapas de los sarcófagos; los ropajes de estas estatuas representaban ser de cuero, con cadenas, tachones y cientos de objetos cortantes, como navajas, cuchillos y pequeñas espadas.

En el muro que se alzaba frente a ellos, había una escalinata que conducía a una plataforma elevada. Una figura inmóvil de color cadavérico, enorme, yacía en una losa. Annabelle pensó que era otra escultura, hasta que se acercó y vio que era el cuerpo de un gigante muerto.

Vivo y en pie, habría alcanzado el doble de la estatura de Annabelle. Su piel era lisa; el pelo, negro y suave, estaba extendido sobre la piedra gris, abierto en un abanico. El cuerpo vestía la misma clase de atavíos de cuero que los bajorrelieves esculpidos en los sarcófagos: falda de cuero, correaes de cuero cruzados en su pecho, como bandoleras, y montones de tachones plateados. Pequeñas y afiladas hojas le colgaban de las orejas como pendientes: seis en cada oreja, empezando por el lóbulo y subiendo hacia la parte superior del pabellón. Dos más le colgaban de cada ventanilla de la nariz, y también a lo largo de los brazos, clavados en la carne de color alabastro.

Se acercaron a la losa donde yacía el cuerpo y, situándose a su alrededor, lo contemplaron inmóviles.

—¿Qué es? —preguntó Sidi. Su voz, aunque fue un susurro, sonó estentórea en el silencio de la nave.

—El Oráculo —contestó Annabelle.

Se llevó la mano hacia el bulto que hacía el diario de Neville Folliot, guardado en el bolsillo interior de su chaqueta. Tenían que formular al Oráculo una pregunta que éste no pudiese responder. Era la única salida. Porque si no... Su mirada erró por los sarcófagos alineados en los muros.

¿Había más cadáveres en su interior? ¿Y qué era de los Señores?

Tomás, aspirando aire bruscamente, produjo un repentino ruido. Annabelle dirigió su mirada al cadáver y dio un paso atrás. El cuerpo parpadeó y abrió unos ojos fríos y azules que miraron fijamente el techo. El pulso de Annabelle dobló el ritmo.

—¿Qué queréis preguntarme? —dijo el cuerpo.

*Me, me, me...*

Su voz retumbó huecamente y sus ecos resonaron a través de toda la inconmensurable sala. Annabelle y su grupo se echaron atrás. Annabelle alargó el

brazo hacia un lado en busca de la mano de Sidi y la agarró con fuerza.

—Peregrinos, ¿qué queréis preguntarme? —repitió el cadáver.

*Me, me, me...*, sonaron de nuevo los ecos. «Oh, Jesús», pensó. «¡Si tuviésemos la pregunta!»

—Peregrinos —dijo el cuerpo una vez más.

*nos, nos, nos...*

—Danos un momento —soltó Annabelle.

Lentamente, la enorme cabeza se volvió y fijó su fría y azul mirada acerada en ella. Annabelle intentó dar otro paso atrás, pero aquellas pupilas heladas la mantuvieron clavada en el suelo. Las entrañas empezaron a removérsele. Tenía un gran nudo en el estómago, como si estuviera cargado con una pesada piedra. Un gusto agrio le subió por la garganta.

Una levisima sonrisa curvó las comisuras de los labios del gigante.

—No hay prisa —contestó.

*Isa, isa, isa...*, corearon los ecos.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

*Undo, undo, undo...*

La voz pareció provenir de todas partes y las palabras repetidas por el eco se entrecruzaron entre sí hasta crear una maraña de sonidos.

Annabelle tragó saliva, tragó mucha saliva, y consiguió responder al cadáver.

—D... de acuerdo —dijo—. Todo el tiempo.

—Los misterios os aguardan.

*Dan, dan, dan...*

Con las rodillas que apenas la sostenían, Annabelle continuó retrocediendo. Habría caído por las escaleras de no ser por Sidi, que estaba allí y la ayudó a recuperar el equilibrio. El reducido grupo bajó despacio los escalones uno a uno, en franca retirada, incapaces de arrancar la mirada de la monstruosa figura muerta.

—Placeres divinos.

*Vinos, vinos, vinos...*

«Me tomaría una copa ahora», fue el pensamiento que le pasó por la cabeza a Annabelle, y casi suelta una carcajada ante la incongruencia de la idea.

Una copa. Correcto. Lo que ocurría es que perdía los sentidos. El miedo la mareaba.

«Serénate, Annie», se dijo.

Retrocediendo, cruzaron toda la extensión de la nave y llegaron hasta el ascensor. La mirada del cadáver los siguió hasta que se detuvieron; luego, lentamente, volvió los ojos hacia arriba y contempló el techo de nuevo.

Libres de la prisión de su mirada, Annabelle se desplomó contra el muro que tenía a sus espaldas.

—¿Y si se levanta? —dijo—. ¿Y si se levanta y nos persigue?

—No hay lugar donde esconderse —señaló Tomás.

—Y no hay vía de escape —agregó Sidi—. Tenemos que hacerle una pregunta.

—Dios. —Annabelle se frotó el rostro—. ¿Qué clase de pregunta?

Sin embargo ya había pasado por una situación similar. Un oscuro fragmento de su época de estudiante emergió burbujeante en su mente. Tiempo de preguntas y de respuestas. Examen final. Sonrisita del profesor, que sabía que ella no había estudiado.

Tenía que ser un enigma. El Oráculo era como la esfinge griega de Tebas; pero, en lugar de ser ella quien ponía el enigma y luego devoraba a los que eran incapaces de responderlo, eran ellos quienes debían formular la pregunta y, si el Oráculo les daba una respuesta, convertirse en comida para los dioses.

Edipo, ¿dónde estás cuando se te necesita?

—¿Qué preguntamos? —insistió.

Sus compañeros movieron la cabeza dubitativamente.

—Tiene que ser algo oscuro, quizás algo de nuestras propias experiencias, algo que no pueda saberlo de ninguna manera. Como quien era el guitarra solista en The Wailing Men antes de Lee Sands.

Pero no creía que sirviese.

—El diario decía simplemente una pregunta —comentó Sidi—. Cualquier pregunta.

—Sí. Pero ¿de veras confiamos en lo que nos cuenta Neville Folliot?

—Entonces pregúntales esto, Annabelle: ¿Dónde podemos encontrar a Neville Folliot?

—Y, cuando nos lo diga, ¿qué? Simplemente seremos comida para dioses.

*Hazle esa pregunta*, dijo Chillido. Echó un vistazo largo y pensativo al Oráculo. *Yo detendré al Oráculo.*

—Apuesto a que hay más gigantes en los sarcófagos. —Annabelle los señaló—. Gigantes muertos que pueden moverse. Y apuesto a que son los Señores del Trueno.

*Haz la pregunta*, repitió Chillido con firmeza.

Annabelle lanzó un profundo suspiro.

—Claro —repuso—. Muy bien. Además, ¿qué podemos perder, no?

«Nada más y nada menos que todo», pensó ella mientras conducía al grupo otra vez hacia el estrado donde yacía el Oráculo.

Al aproximarse, la enorme cabeza se volvió hacia ellos.

—Peregrinos —dijo—. ¿Qué queréis preguntarme?

*Me, me, me...*

El peso de su mirada en Annabelle hizo que las piernas le flaquearan nuevamente. Se aclaró la garganta.

—Ejem... Queremos saber dónde podemos encontrar a Neville Folliot —dijo.

—¿Cuál Neville Folliot? —replicó el Oráculo.

*Ot, ot, ot...*

Annabelle y sus compañeros intercambiaron miradas de total desconcierto.

—¿Qué quieres decir con «cuál»? —inquirió al fin Annabelle.

—Hay más de uno.

*Uno, uno, uno...*

¿No era magnífica la idea?, pensó Annabelle. Ya era bastante locura intentar seguir la pista de un solo gemelo de Clive... ¡Pero encontrarse ahora con que el maldito había ido a hacerse copias de sí mismo al estilo clon, era demasiado!

—El auténtico —contestó ella.

—¿Sabe cómo podemos salir de este agujero? —preguntó Clive a Howlett.

—Bien, veamos. —Howlett señaló a su izquierda—. De esta dirección los trajeron a ustedes. Y hacia aquella dirección —señaló el camino opuesto— se llevaron a su hermano.

—Entonces es la que vamos a tomar —decidió Clive.

Se puso en cabeza del grupo, con Smythe a su lado, y dejó que los demás los siguiesen a su gusto.

—Esta vez lo vamos a coger de veras —aseguró Clive—. Sólo nos lleva una hora de ventaja, o poco más. Casi puedo percibir su presencia.

—Me sentiría mejor con un arma en la mano —respondió Smythe—, para cuando nos topemos con nuestros capturadores.

—Yo me sentiré mejor cuando pueda agarrar a Neville por el cuello.

Smythe asintió.

—El farsante nos ha manejado absolutamente a su antojo.

—Y, ¿sabe? —dijo Clive mirando a su compañero—, puede estar seguro de que cuando lo cacemos nos soltará cualquier cuento de viejas que parezca convincente para excusar todas sus jugarretas.

—Si *es* él —contestó Smythe—. Ya ha oído lo que ha dicho Guafe acerca de los clones.

—Oh, conozco a mi hermano. No se preocupe por eso, Horace.

Pero entonces pensó en el impostor de Dramara y en Howlett y en lo difícil que había sido para él aceptar que no eran la misma persona. ¿Podrían ser las copias tan exactas que sería imposible distinguir las del original?

—¿Esos clones —preguntó a Guafe, mirando por encima del hombro— también tienen los mismos recuerdos?

—Improbable.

—Entonces... —dijo Clive—, ¿ve, Horace? Todo lo que tenemos que hacer es poner un par de preguntas al hombre, cuando lo tengamos, y de inmediato sabremos si es o no una copia.

Llegaron a una bifurcación del pasillo y se detuvieron. En el que conducía a la derecha pudieron distinguir más celdas de rejas, las cuales, desde la perspectiva que tenían de ellas, aparecían vacías. Hacia la otra dirección había un largo y ancho pasillo, pero cerca de su extremo se distinguía una serie de puertas.

—¿Qué le parece, Edgar? —preguntó Clive.

Howlett se encogió de hombros.

—Su decisión será tan buena como la mía.

—Entonces hacia la izquierda —repuso Clive.

La compañía avanzó a grandes zancadas por el pasillo con una expresión torva. Mentiras y trampas había sido lo único que habían hallado desde el primer momento de entrar en la Mazmorra y estaban más que hartos de que los trataran como a unas marionetas.

—Es como las cajas chinas —había descrito Smythe los distintos niveles—. Cada vez que uno piensa que el final está a la vuelta de la esquina, otro rompecabezas aguarda, hay otra caja por abrir.

«Bien, ya no más», pensó Clive. Un hombre de verdad no podía aguantarlo más. Era ya tiempo de alzarse como un auténtico inglés y de ser dueño del propio destino, y por Dios que sería así.

Cuando llegaron a la primera de las puertas, todas cerradas, se detuvieron en seco. Smythe cogió el pomo. A una señal de Clive lo probó con cautela; luego lo giró bruscamente y abrió la puerta de par en par. Clive entró disparado como un rayo, con Guafe y Finnbogg pisándole los talones. Howlett permaneció vigilando en el corredor.

En la habitación había otro hombre mecánico sentado tras una mesa de trabajo. Levantó la cabeza, sobresaltado por aquella súbita entrada, y alargó la mano hacia una de las cajitas de color negro, con que Haré los había incapacitado minutos antes. Pero Clive no le dio tiempo a usarla.

Como una bala cruzó la habitación, agarró el puño del hombre con una mano y con la otra lanzó la cajita al suelo. Antes de que el individuo pudiera librarse de su abrazo, Guafe ya estaba allí, ayudando a Clive con su férrea fuerza. Ante la presión de la mano del ciborg en su brazo, el cautivo renunció a toda lucha.

Habló apresuradamente en un idioma desconocido.

—Hable inglés —le ordenó Clive—, o cierre el pico.

—Por favor —rogó el hombre, pasándose al inglés—. No me hagan daño.

—No son tan valientes cuando tienen las de perder, ¿verdad? —comentó Clive, a nadie en concreto.

Su cautivo tembló.

—Manténgalo sujeto, ¿quiere, Guafe?, mientras miramos que no tenga armas.

Aunque, de momento, el modo como iban a reconocer un arma estaba más allá del alcance de Clive. Con cajitas que lanzaban rayos invisibles que dejaban a un hombre sin el uso de sus fuerzas, ¿quién sabía qué más podían tener?

Vaciaron los bolsillos de su cautivo y esparcieron encima del escritorio todo lo que le sacaron. Luego lo ataron a su silla. Guafe fue a recoger la cajita de donde había caído.

—Primitiva —sentenció observándola con atención—, pero eficaz.

—¿Ha recibido algún daño el arma? —preguntó Smythe.

El ciborg la apuntó a su prisionero y apretó el control. El hombre quedó

inmovilizado. Cuando Guafe pulsó el control de nuevo, el cautivo se desplomó en sus ataduras.

—No lo parece.

—Mirad —llamó Finnbogg.

Estaba sacando de un armario un montón de variadas piezas de equipamiento, cosas que evidentemente los tawnanos habían quitado a sus prisioneros, ya que Smythe encontró su propio puñal casi en lo alto del montón. Clive sonrió cuando el enano le tendió un sable enfundado en una simple vaina de cuero. Lo tomó y se lo colgó en el cinturón.

—Eso ya es otra cosa —dijo Clive.

Desenfundó el sable y comprobó su equilibrio. Era un arma de una artesanía preciosa, sin una mancha en el metal pulido. El equilibrio era perfecto.

Por entonces, Howlett ya había entrado en la habitación y estaba agachado junto a Finnbogg en la puerta del armario. Cuando se levantó, tenía en la mano una pistola de aspecto moderno.

—Vaya, es más de lo que hubiera deseado —comentó.

—¿Qué es? —inquirió Smythe.

—Esto, amigo mío, es una Magnum 44, Smith & Wesson, una de las pistolas más potentes del mundo, como diría Harry el Sucio.

—¿Y quién es ése?

Howlett le echó una mirada de extrañeza.

—Lo olvidaba. Ustedes no saben nada de mi época. Harry es tan sólo un maldito finísimo tirador..., un papel representado por un actor de cine llamado Clint Eastwood.

—Ah..., ya veo —repuso Smythe.

Howlett abrió el tambor de la Magnum y vació los cartuchos en la palma de la mano.

—Maldición —musitó, apartando las vainas vacías—. Sólo tres balas. ¿Ves si hay más munición por ahí, Finn?

—Finnbogg ha encontrado esto.

Se retiró del armario cargando con una maza de aspecto mortífero y cabeza claveteada de gruesas espinas de acero, y dio un par de golpes secos como práctica. Mientras Guafe y Smythe revolvían entre el montón en busca de armas para ellos, Clive dirigió la atención a su cautivo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—M... merdor, para complacerlo.

—Nada de este lugar me complace. ¿Cuál es su trabajo aquí?

—Soy el encargado del registro de... prisioneros —dijo Merdor. Tenía la frente llena de gotitas de sudor.

—¿Y?

—Y clasifico sus pertenencias. Eso es todo, ¡lo juro! No tengo nada que ver con los

que deciden quién debe ser el pienso de los Señores y quién no.

—¿Su registro —inquirió Clive— está al día?

—Oh, sí, señor. Completamente al día.

—Entonces, enséñeme cuanto tenga acerca de un tal Neville Folliot.

—¿Folliot? Acaban de dejarlo libre, hace apenas una hora. Su expediente ya ha sido transferido arriba.

—¿Y qué ha sido del prisionero?

—Yo... yo... no estoy muy seguro —respondió Merdor—. Supongo que lo han dejado libre para que siga su camino hacia el siguiente nivel.

—¡Maldición! —gritó Clive—. Dígame dónde puedo encontrarlo.

—Pero... no lo sé... juro que no lo sé.

Smythe apareció junto a Clive, ciñéndose un sable en su propio cinturón.

—¿Qué hay del siguiente nivel? —le preguntó—. ¿Dónde está la entrada más cercana?

Merdor parpadeó.

—En la Sala de los Señores del Trueno, donde duerme el Oráculo.

—¿Qué son exactamente esos Señores del Trueno? —interrogó Guafe.

Ahora Merdor pareció estupefacto.

—Son los que mandan en este nivel —repuso a los pocos momentos—. Siempre han mandado y siempre mandarán.

—Hasta que una tal Madonna les ponga el cuchillo en el cuello —dijo Smythe.

—Ustedes lo sabrán mejor que yo —replicó Merdor. Y sentándose tan firmemente en la silla como se lo permitieron las ataduras agregó—: Ustedes son los asesinos, no.

—Nosotros no somos asesinos —empezó Clive, pero entonces pensó que por qué diablos iba a molestarse en explicárselo—. ¿Cuál es el camino más rápido para llegar a la Sala que ha mencionado?

Merdor se lo dijo sin dudar ni un instante.

—Se ha quedado muy tranquilo cuando lo ha soltado —comentó Smythe—. Quizá sea mejor que nos lo llevemos para evitar cualquier... sorpresa que pudiera estar allí aguardándonos.

—Por favor, no...

Smythe sonrió levemente.

—¡Ajá! ¿Qué le dije?

—No es eso —replicó Merdor—. Les juro que no tendrán ningún problema para llegar a la Sala. Sólo que cuando estén dentro...

—¿Sí? —lo urgió Clive.

—Bien, son los Señores. No les va a gustar. Y lo que no les gusta lo utilizan como pienso.

—Quiere decir, como comida, ¿no? —especificó Howlett.

Merdor dudó.

—Hable —le ordenó Smythe.

—Bien, en cierto sentido sí —contestó Merdor—. Sí, los Señores convierten a los vivos en alimento para sus cuerpos.

Smythe echó un vistazo a Clive, quien le respondió con un gesto de asentimiento. Smythe desató al prisionero y luego le volvió a atar las manos en la espalda.

—Condúzcanos —dijo.

—Por favor —rogó Merdor—. Los Señores no ven la diferencia entre los prisioneros que les entregamos y nosotros los carceleros. Si quieren arriesgar su vida, allá ustedes; es evidente que *no puedo* detenerlos; pero ¿por qué llevarme a mí también?

—Pura curiosidad —repuso Clive—. Simplemente queremos ver con exactitud cómo los Señores «convierten» a un hombre en pienso. Naturalmente, no estamos lo bastante interesados en el experimento como para que usen a alguien de nuestro grupo.

Smythe pudo percibir los temblores de Merdor bajo su mano mientras lo empujaba hacia la puerta. Lo pusieron en cabeza del grupo; Clive y Smythe se situaron inmediatamente detrás. Luego venía Howlett, con la Magnum metida en su cinturón. No había hallado más munición para su arma. Guafe y Finnbogg cubrían la retaguardia.

Clive prestó mucha atención a la ruta que seguían; al mismo tiempo, su mente examinaba lo que les había dicho su cautivo. Hasta el momento no podía ver ningún engaño. Quizá Merdor había dicho la verdad. Pero ¿qué era aquella Sala donde había ido su hermano? ¿Sobreviviría Neville a su encuentro con los Señores? ¿Habría cruzado ya la Puerta hacia el siguiente nivel?

Sin duda, el sentido del tiempo en la Mazmorra era muy especial. Porque, para que Neville —o sus dobles— pudiera haber pasado más de cinco años en determinado lugar, el tiempo tenía que marchar a diferentes velocidades para cada ser concreto atrapado en la Mazmorra. Uno podía llegar al mismo tiempo que sus compañeros, separarse de ellos y, al volver a encontrarse, haber pasado un año para uno y sólo un día para los demás.

No tenía lógica. Pero, como siempre, como se repetían incansablemente unos a otros, allí nada tenía lógica.

Pero debía haber un hilo conductor de todo, una razón para todo, aunque fuera una razón ajena por completo al modo de pensar humano. Clive no se podía sacudir la sensación de que todos habían sido elegidos específicamente para la Mazmorra; al menos todos salvo Horace, Sidi y él mismo, que habían caído allí por casualidad, cuando iban en busca de Neville. ¿Era esto lo que relacionaba a su hermano con Guafe, con Chillido y con un marinero español? ¿Y con la propia descendiente de Clive, Annabelle?

Volver a pensar en ella le provocó una punzada de dolor. Nunca debiera haberla dejado...

—¡Dios mío! —exclamó Smythe de repente—. ¡Es él!

Habían llegado a otra bifurcación del pasillo. Al final del ramal de la izquierda había un grupo de tawnanos, con la inequívoca figura de su hermano entre ellos. Uno de los tawnanos levantó la cajita negra apuntándola hacia ellos, pero Howlett apartó a Clive y a Smythe de un empujón.

—¡Pónganse a cubierto! —gritó.

Estaba sosteniendo la Magnum en la mano derecha y apuntaba al grupo, agarrando con la izquierda la muñeca derecha para absorber el retroceso del arma. Disparó, y Clive tuvo la certeza de que sus tímpanos iban a reventar, tan poderoso fue el estrépito provocado por el tiro en los estrechos límites del pasillo; incluso mucho después continuaron silbándole. En el otro extremo del pasillo, el tawnano de la cajita negra salió despedido hacia atrás como una marioneta a la que hubieran tirado de los hilos bruscamente. El tawnano se estrelló contra una pared y resbaló por ella hasta el suelo, dejando una alargada mancha roja en su superficie.

—Que a nadie más se le pase por la cabeza —gritó Howlett al ver que otro de los tawnanos ponía la mano en su cajita negra—. Cristo, siempre había deseado usar un trasto de éstos —dijo a Clive torciendo la boca.

Howlett no dejó ni un instante de mirar al grupo. Además del hermano de Clive, había tres tawnanos más, todos parecidos a los anteriores, parte hombres, parte máquinas. Habían quedado estupefactos, y desplazaban la mirada del arma en la mano de Howlett a su compañero y a lo que le había hecho. Sus facciones mostraban un auténtico asombro.

Con Howlett al frente, el grupo avanzó hacia los tawnanos. Clive tenía la mirada fija en el rostro de su hermano, buscando identificar la familiaridad en cada rasgo. No podía haber error: era Neville, no era un doble. Tenía aquella postura, aquella inclinación engreída de la cabeza, aquella mirada sarcástica en los ojos.

—Bien, hermanito —dijo Neville—. Por una vez has llegado a tiempo a rescatarme.

Los oídos de Clive aún silbaban por el estrépito del disparo, aunque no tanto como antes. Podía oír de nuevo... lo suficiente para saber que el hombre que estaba ante él tenía incluso el tono irónico de Neville.

—Con cuidado, ahora —admitió Smythe en voz baja a Clive.

Clive asintió. Tendría cuidado.

—¿Qué? —preguntó Neville—. ¿No dices nada?

«Tranquilo», dijo Clive para sí. «No muerdas el anzuelo tan fácilmente».

Era muy raro: por fin había alcanzado a su hermano y se sentía extrañamente indulgente. El odio que había estado cocinando en su interior a fuego intenso se había enfriado. Se sentía curiosamente abatido, falto de emoción.

—Desármenlos —ordenó.

Sus compañeros se acercaron a los tawnanos, atentos a no colocarse en la línea de tiro entre el arma que Howlett mantenía apuntada y los tres que continuaban vivos. Los tawnanos se sometieron al registro pero, cuando Guafe se acercó a Neville, éste

dio un paso atrás, colocando una mano en la empuñadura del sable que colgaba de su cinturón.

—Creo que es mejor que no lo haga —le advirtió.

El arma de Howlett se desplazó para cubrirlo, pero Clive se interpuso para hacer frente a su hermano.

—¿Cómo se llamaba el perro faldero de Nany? —le preguntó.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Por el amor de Dios, Clive. No tenemos tiempo para juegos.

—Si eres mi auténtico hermano, sabrás la respuesta.

—Clive, ¿adonde quieres llegar?

«No sabe la respuesta», pensó Clive. «Que Dios se apiade de nosotros, se parece tanto a Neville que podría ser su idéntico hermano gemelo, más que yo mismo».

—El juego ha terminado —le dijo Clive—. Quien quiera que sea, o crea que sea, usted no es Neville Folliot.

El doble dio unos pasos atrás y desenfundó el sable. Pero, en el mismo momento en que lo tuvo libre de la vaina, Clive ya empuñaba su propia hoja, desnuda.

—Apártese del medio —gritó Howlett.

Dio algunos pasos hacia adelante, intentando buscar vía libre para su disparo, pero Smythe lo retuvo.

—Todos ustedes, manténgase al margen —ordenó Clive, sin dejar de mirar ni un solo instante a los ojos del doble.

El Oráculo sonrió ante la respuesta de Annabelle, pero sólo fue un ligero estiramiento, sin alegría, de los labios.

—¿El auténtico Neville Folliot? —repitió.

*Ot, ot, ot...*

—Es un juego de niños.

*Ños, ños, ños...*

—Esperaba algo mejor de vosotros.

*Tros, tros, tros...*

Al ver que el Oráculo se levantaba lentamente de su posición supina, Annabelle y sus compañeros retrocedieron de la losa una vez más. Los confusos ecos que siguieron a su voz resonaron a un lado y a otro de la nave, aumentando de volumen más que desvaneciéndose. Un chirrido sonó en sus oídos y la superficie del suelo pareció temblar bajo sus pies.

Sentado en la losa, el Oráculo dominaba por encima de ellos. Levantó un enorme brazo pálidamente mortal y señaló al más cercano de los sarcófagos.

—Aquí está el que buscáis.

*Ais, ais, ais...*

—Carne fresca para el Señor.

*Ñor, ñor, ñor...*

Los ecos retumbaron tanto que Annabelle tuvo que llevarse las manos a los oídos. «Señores del Trueno», pensó. «Los llaman así a causa de ser tan bocazas». Pero aquel momento de humor negro fue muy efímero.

La tapa del sarcófago que el Oráculo había indicado se abría con toda lentitud, con un ensordecedor crujido de piedras. En pie en su interior había un hermano gemelo de la enorme forma del Oráculo: su tamaño era igualmente descomunal; su piel, del mismo color alabastro; sus atavíos, del exacto estilo *heavy-metal*. Pero el monstruo no estaba solo en su cripta. Colgando de él había una figura humana, balanceándose en su pecho como una marioneta con los hilos cortados. De la boca del Señor salían varios tubos, que estaban conectados a la espalda del hombre.

El Señor se alimentaba de él.

—¿N... Neville...? —preguntó Annabelle, con la voz quebrada.

Quiso vomitar.

—Un pequeño tentempié —dijo el Oráculo.

*Pie, pie, pie...*

—Pero mi hermano no se aumenta tan bien como voy a hacerlo yo.

*Yo, yo, yo...*

—Cuatro bocados de cardenal.

*Nal, nal, nal...*

El Oráculo ya se había levantado de su losa y se dirigía hacia ellos. Annabelle, al volver la vista y contemplar aquel volumen sobrecogedor, comprendió repentinamente cómo estaba montado el juego: los Señores se turnaban para representar el papel del Oráculo y se alimentaban con las desventuradas víctimas que no podían presentarles una pregunta decente.

¿Cómo diablos se las iban a apañar con algo de aquel tamaño?

Las facciones de su hija se dibujaron en su mente: aquella mirada expectante, aquellos ojos que expresaban una mezcla de esperanza y temor.

*¿Volverás, mamá?*

«Lo prometí, ¿no? Lo intenté, pero, Cristo, Amanda...». *No me olvidarás, ¿verdad?*

No había otra solución. Iba a hacerlo. Todos iban a hacerlo. De ninguna manera iba a consentir que acabaran convirtiéndola en pienso para dioses, al menos no sin antes oponer una feroz resistencia.

—¡Chillido! —gritó señalando hacia el estrado.

La arácnida se arrancó un puñado de pelos-púas y los lanzó, en rápida sucesión y con toda furia, al Oráculo, pero la descarga no contuvo al monstruo ni un milímetro. Así que arremetió contra él, con Sidi a su lado, mientras Annabelle corría hacia el sarcófago abierto. Con la ayuda de Tomás arrancó el cuerpo flácido del pecho del Señor. Le desconectaron los tubos, que produjeron unos sonidos parecidos a los «plops» de una ventosa y que dejaron unas marcas redondas y rojas en la pálida piel de Neville. Pero su cuerpo aún se notaba cálido. Aún vivía.

A rastras lo apartaron del sarcófago. Al mismo tiempo, los ojos del Señor parpadearon hasta quedar abiertos y el frío acero de su mirada se aferró a ellos. Durante un largo momento, Annabelle permaneció paralizada en el sitio.

—¿Cómo osáis? —bramó el monstruo.

*Sais, sais, sais...*

«Quizás estoy loca», pensó Annabelle, «pero sí, oso».

Annabelle sacudió con ferocidad la cabeza y, gracias a una fuerza renovada que corrió por sus venas, continuó arrastrando el cuerpo de Neville para situarlo fuera del alcance del monstruo. Tomás, junto a ella, tuvo un momento de duda cuando el Señor se tragó sus tubos alimentadores y empezó a avanzar hacia ellos.

En el estrado, Chillido prosiguió su carrera y embistió al Oráculo, golpeándole una de sus piernas con todo su empuje y alienígena fuerza. El monstruo se tambaleó, intentó mantener el equilibrio, pero Sidi lo golpeó en la parte posterior de la rodilla de la misma pierna. Y la pierna cedió. Y, al ver que la criatura caía con gran estrépito, de un salto se apartaron hacia los lados.

Un brazo del gigante se agitó hacia un lado y propinó a Sidi un golpe que lo envió

a patinar por el suelo de la nave. Chillido saltó a su cabeza, y con sus brazos inferiores se cogió a su cuello y con los superiores le dirigió una serie de puñetazos a los ojos. Pero, tan pronto como se hubo aferrado al monstruo, las enormes manos de éste la cogieron también, y los tubos alimentadores salieron serpenteando de su boca para fijarse en el tronco de Chillido.

La punzada de dolor arrancó a la araña un ululato terrible.

Annabelle se volvió al oír el grito y vio a Chillido descargando una lluvia de golpes al Oráculo. Pero fue una furia inútil. Este simplemente se la acercó más, al tiempo que más tubos alimentadores de su boca se conectaron a ella.

Oh, Jesús. No sabía qué hacer: ¿ayudar a Chillido o a Neville?

En realidad no había elección. Chillido era su amiga. Todo lo que sabía de Neville era que los había estado conduciendo a un safari de ocas, desde el mismo momento en que se había juntado con su hermano gemelo.

Pero, cuando iba a soltar el brazo a Neville, vio que Sidi se levantaba de donde había caído y embestía de nuevo al Oráculo. El gigante caído giró su brazo en un barrido, pero Sidi saltó ágilmente por encima de él y se lanzó a su cara. Y descargó un puñetazo en uno de los ojos abiertos del Oráculo.

El gigante soltó un bramido que sacudió el suelo bajo sus pies. Extendió la mano para coger a Sidi, pero el indio se escabulló de entre sus dedos, agarró los dos tubos alimentadores, los soltó de la espalda de Chillido y continuó tirando de ellos hasta arrancarlos de la boca del Oráculo. El grito de dolor del gigante, que brotó de sus labios acompañado de borbotones de sangre, se redujo sólo a un gorgoteo húmedo.

Entonces Annabelle se concentró en sus propios problemas. Ella y Tomás arrastraron a Neville hacia el centro de la nave; pero ahora el Señor, ya fuera del sarcófago, se les acercaba paso a paso. Annabelle se encontraba entre Neville y el Señor.

«¿Qué hago?»

Entonces se le ocurrió. Se separarían, ella y Tomás. El Señor perseguiría a uno de los dos y el otro lo atacaría por detrás para hacerlo caer tal como lo había hecho Sidi, golpeándolo en la parte posterior de la rodilla.

Se volvió hacia Tomás para contarle su plan, pero el español la empujó súbitamente a la ruta del gigante que se aproximaba y echó a correr hacia las puertas del ascensor. Annabelle intentó mantener el equilibrio, pero cayó al suelo, frenando el golpe con sus brazos.

—¡Bastardo! —chilló Annabelle a Tomás.

De un salto se puso en pie y, al ver al monstruo ya encima de ella, se arrojó hacia un lado. El Señor se dejó caer de rodillas y agitó un puño carnoso en su dirección. Ella intentó imitar el movimiento de Sidi, pero no saltó lo bastante arriba y el brazo del monstruo le barrió las piernas. Lo único que evitó que chocara de cabeza contra el suelo y se la abriera fue que cayó de espaldas contra el brazo del Señor. Este alargó su otro brazo para cogerla.

En el estrado, Sidi tiró de dos tubos más; por entonces Chillido ya estaba lo suficientemente recuperada como para poner sus propias fuerzas a la obra. El Oráculo lanzó sus puños hacia ellos, pero esta vez Chillido agarró el gran brazo con sus cuatro manos. Tensó los músculos y partió en dos los huesos del antebrazo.

En el ascensor, Tomás golpeaba sin descanso la puerta metálica, levantando ecos que se mezclaban con el estruendo general de los aullidos de los monstruos, formando en conjunto una especie de trueno que retronaba contra el techo catedralicio.

Annabelle esquivó la mano del Señor. Utilizando el brazo en que había caído como pivote, saltó por encima de la mano del Señor y se dispuso a correr como un rayo. Pero la pierna herida horas antes cedió bajo su peso y ella no se recobró con suficiente rapidez.

Esta vez, la gruesa manaza del Señor la alcanzó y la cogió. La acercó hacia él, mientras los tubos alimentadores salían serpenteando de su boca. Annabelle se debatió en su apretón, pero él la mantuvo aferrada como en un torno.

El primer tubo le golpeó el cuello y se pegó a su piel con un sonido húmedo, absorbente.

En el estrado, Chillido había cogido el otro brazo del Oráculo. El gigante intentó golpearla con la cabeza, pero Sidi se lanzó sobre él y le propinó una patada directamente debajo del ojo bueno, con tal fuerza que el globo ocular salió de su órbita.

El gigante rugió. Intentó pescar su ojo, pero Chillido le tenía asido el brazo con fuerza suprema. Y también se lo rompió. El monstruo cayó al suelo, y ella y Sidi lo cogieron por las orejas y le hicieron chocar la cabeza contra el canto de la losa donde había estado yaciendo.

Una vez, dos veces, batieron el cráneo contra el ángulo de la piedra hasta que aquél se abrió. El Oráculo empezó a convulsionarse y Chillido y Sidi saltaron, apartándose de las salvajes sacudidas espasmódicas de sus miembros, y corrieron en ayuda de Annabelle.

Sidi agarró el tubo alimentador conectado a su cuello y se lo soltó. Como más tubos se dirigieron al indio, Chillido agarró una pierna del Señor con sus cuatro brazos y lo tumbó. El monstruo cayó de espaldas, con el peso de Annabelle en su pecho. Sin sus manos libres para frenar la caída, la nuca del Señor golpeó el suelo con gran estrépito. Y allí quedó inmóvil.

El silencio inundó en el acto la inmensa nave.

Chillido alzó a Annabelle del pecho del monstruo y la ayudó a incorporarse.

—Oh, Jesús, oh, Jesús —musitó Annabelle.

—Ya ha pasado todo, Annabelle —le dijo Sidi.

Y le acarició el pelo mientras Chillido la hacía sentarse en el suelo.

—A... aquella cosa... me estaba sorbiendo...

—Ahora está muerto —la tranquilizó Sidi—. Es lo único que importa.

Muerto.

Miró al Señor tumbado en el suelo, y luego al estrado, donde el Oráculo yacía también inmóvil.

Ahora estaban realmente muertos.

—Cristo, lo conseguimos —murmuró ella.

Sidi asintió y le sonrió cansadamente. La mirada de Annabelle se desplazó hasta el otro extremo de la nave, donde se encontraba Tomás, muy quieto ahora, apoyado de espaldas contra las piernas del ascensor.

—Bastardo —le dijo—. Te voy a sacar las tripas y...

Pero no terminó. Su corazón no estaba en ello. Con el terror que había experimentado, se le hacía muy difícil no comprender el pánico del español. Así que era un cobarde. Magnífico. Bien, también lo era ella. Sencillamente había tenido la suerte de escapar de las manos de aquellos monstruos, aquello era todo. ¡Como si no supieran que la comadreja era una comadreja!

*Mataré a Tomás*, ofreció Chillido con una total indiferencia. Lo miró y sus múltiples ojos relampaguearon peligrosamente.

Annabelle hizo un gesto negativo con la cabeza. No valía la pena.

—No —dijo—. Déjalo en paz.

Lentamente, con la ayuda de Sidi, Annabelle se puso en pie.

—¿Qué hay de Neville? —preguntó—. ¿Todavía vive?

Apoyándose en el hombro de Sidi y cojeando, se acercó a donde yacía el hermano de Clive. Se arrodilló junto a él y, al observarlo con mayor detenimiento, un escalofrío le recorrió el cuerpo: tenía la piel recubierta de pequeñas y redondas manchas rojas.

—Jesús, pero ¿qué le estaba sacando?

—Su fuerza vital.

Annabelle empezaba a sentirse mareada de nuevo.

—Me pregunto cuánto tiempo hará que lo tienen aquí dentro.

Alargó una mano para tocar la pálida mejilla de Neville y, al moverse éste, se sobresaltó. Neville parpadeó e, inesperadamente, clavó los ojos en ella; pero era evidente que no la veía.

Débilmente, intentó apartarla de su vista.

—Todo ha terminado —le dijo ella—. Hemos matado al monstruo que te tenía cogido.

Con gran esfuerzo, su mirada se fijó en la de ella.

—¿Q... quiénes son ustedes...?

—Amigos de tu hermano.

—¿Clive? ¿E... está... aquí?

«Ah, mierda», pensó Annabelle. «¿Y qué le decimos ahora? ¿Que nos separamos y que su hermano probablemente está muerto?»

—Algo así —contestó—. Nos fuimos por caminos diferentes hace algunos días. Escucha, necesitamos algunas informaciones, como por ejemplo: ¿qué diablos está

ocurriendo aquí? ¿Qué pasa con el diario? ¿Qué son todos estos juegos mentales con que has estado liando nuestras cabezas?

—¿El diario? ¿Lo encontrasteis?

—Clive lo encontró —repuso ella—. Y lo perdió en alguna parte. Ahora lo tenemos nosotros. Por lo cual tengo el mal presentimiento de que tu hermano está muerto.

Neville movió la cabeza lentamente, haciendo una mueca por el dolor que le causaba el esfuerzo.

—Eh, tómatelo con calma —lo tranquilizó Annabelle.

—Clive... no puede estar muerto. Yo lo sabría si... lo estuviera...

Vale. El vínculo entre gemelos y todo el rollo. ¡Enchufado a una aspiradora que le chupaba la sangre y aún tenía tiempo para pensar en esas cosas, bah!

—Ahora mismo —dijo ella— lo que queremos saber es cómo se sale de aquí.

Neville cerró los ojos y se quedó inmóvil.

—No te desmayes ahora, Neville. —Y lo zarandeó con suavidad—. ¡Neville! ¡Maldición! ¡Y cuando más lo necesitábamos!

Sidi se inclinó hacia él.

—¿Está muerto? —interrogó.

—Para lo que nos va a servir ahora, daría lo mismo; pero no, sólo ha perdido el sentido. —Pasó la mirada de Sidi a Chillido—. Así pues, ¿qué vamos a hacer ahora?

Al oír unas pisadas en el suelo, miró por encima de su hombro y vio a Tomás que se les acercaba nervioso.

—He sido *muito estúpido* —murmuró. Una sonrisa leve y esperanzada se dibujó en sus labios—. Estoy... tenía tanto miedo en el cuerpo...

—Tuviste un ataque de pánico —repuso Annabelle—. Claro y simple. Sucede a veces.

—No comprendo cómo puedes perdonarlo con tanta facilidad —refunfuñó Sidi.

Lanzó una feroz mirada al español, aunque no tan furiosa como lo había sido la de Chillido.

—En esto estamos todos metidos —replicó Annabelle—. No me preguntes por qué no estoy furiosa. Quiero decir que soy yo la que se quedó en la estacada por causa suya, ¿no? Pero no creo que lo hiciera con mala intención. Sólo se dejó llevar por el terror. Como me ocurrió a mí al entrar por la última puerta, cuando me quedé paralizada ante la pasarela. Así que mejor dejarlo como está.

—*Mae de Deus* —dijo Tomás—. Siempre estaré en deuda con vuestra merced.

Annabelle le hizo ademán de que se callara.

—Déjalo ya, ¿quieres? He dicho que lo olvidaba. Lo que tenemos que hacer ahora es dejar de perder el tiempo y...

Su voz se desvaneció a la par que un sonido retumbante llenaba la vasta sala. Sabiendo lo que iba a ver, no quería mirar; pero, incapaz de evitarlo, se volvió hacia los sarcófagos alineados en dos muros de la nave: una a una, las tapas se abrían y

revelaban más y más Señores del Trueno. Al menos había veinte de ellos. Y empezaban a moverse. Con sus frías miradas fijas en el grupo.

—Oh, mierda —fue el comentario de Annabelle.

Conseguiría una satisfacción, pensó Clive mientras se enfrentaba al doble de su hermano. Ya bastaba (y sobraba, por Dios) de deambular perdiendo el tiempo, saliendo de un desastre para caer en otro, siempre siguiendo la nebulosa pista de su hermano Neville. Tenía que saldar una cuenta con su hermano y con quien fuera que estuviese tras aquella Mazmorra. Y, aunque el hombre que estaba ante sí podía no ser Neville, y ni siquiera uno de los responsables del mando de aquel maldito lugar, estaba allí, al alcance de la mano, y Clive conseguiría que le diese una satisfacción.

El sable era un peso reconfortante en su mano y no tenía dudas acerca de su destreza en el manejo del arma, por muy distinto que fuese aquel sable en particular del suyo. En cuanto al doble, si seguía el ejemplo de Neville, confiaría más en la fuerza y en la osadía de su estocada que en su habilidad. Esta última siempre había sido el punto fuerte de Clive.

El doble miró más allá de su sable, hacia Clive. Una sonrisa sarcástica curvó las comisuras de sus labios.

—¿Qué? —dijo suavemente—. ¿Tomando las armas contra tu propio hermano?

—Usted no es mi hermano —replicó Clive—. Es así de simple.

—¡Y yo digo que lo soy! Estás perdiendo el tiempo.

—Al contrario, es usted quien está perdiendo el tiempo.

—No sabes nada de este lugar.

—Exactamente —concedió Clive—. Sin embargo sé que quiero una satisfacción, y que la voy a obtener de su pellejo.

—El Buen Dios se horroriza ante el fratricidio —le recordó la réplica de su hermano.

Clive sabía lo que éste trataba de hacer. Si conseguía mantener viva una duda, por más pequeña que fuera, acerca de la auténtica identidad de su adversario en el duelo, aquella vaga indecisión trabajaría en contra del ánimo de Clive. No demasiado, pero lo suficiente para echar por la borda su ventaja. Y, dada la fuerza física superior del doble, eso sería crucial.

—Y estoy seguro de que también se horroriza ante las réplicas que los mortales hacen de Sus propias creaciones —contestó Clive.

—No soy una réplica.

—Entonces responda a la pregunta.

—Tu pregunta es un insulto para mí.

Clive se encogió de hombros.

—Entonces, ¡defiéndete!

Lanzó un paso adelante, con la mano izquierda en la cintura y el arma en posición de ataque. Los dos sables chocaron con un estrépito metálico que resonó a lo largo del pasillo. Y del impacto saltaron chispas. Esquivando y avanzando, Clive obligó a su adversario a retroceder por el corredor.

El doble paraba los golpes con movimientos perfectos, pero era tal el ímpetu del ataque de Clive que aquél no tenía ni una oportunidad para organizar su propia ofensiva. Se veía obligado a batirse en retirada, manteniéndose continuamente a la defensiva.

Los compañeros de Clive y los prisioneros tawnanos estaban situados a espaldas de Clive. Oyó un súbito tumulto en aquella dirección y tuvo la tentación de volver la vista atrás para ver lo que ocurría, pero sabía que su adversario estaba esperando una estupidez semejante. Mantuvo la mirada en su contrincante, obligándolo a dirigirse al espacio más abierto de un cruce de pasillos. Luego oyó un disparo de la pistola de Howlett y su ensordecedor estruendo le arrancó una mueca dolorosa del rostro.

Que Dios los ayudase, pensó Clive con angustia. ¿Y ahora qué? Pero no tenía mucho tiempo para pensar en ello.

La encrucijada de pasillos les brindó más amplitud para sus maniobras, y ahora el doble tomó la iniciativa, pasando a la ofensiva. Hizo una finta y lanzó su hoja hacia el flanco izquierdo de Clive. En el mismo momento en que Clive hacía girar su arma para desviar el golpe, el doble cambió abruptamente la dirección de su arma.

Clive se halló restringido a una acción defensiva. Levantó su sable y detuvo con una lluvia de chispas el golpe del replicante, pero fue demasiado tarde para evitar que el filo del arma de su oponente le lamiera el hombro.

—¡Tocado! ¡Primera sangre! —exclamó el doble.

Hubo un momento de inmovilidad durante el cual Clive conservó su energía y no dijo ni una palabra. La herida era superficial, pero sangraba y, si no recibía cura, debilitaría a Clive. Tenía que acabar el asunto rápidamente.

Prestó oídos atentos al pasillo que él y su contrincante habían dejado pocos momentos antes, pero el tumulto se había desvanecido. No oía a ninguno de sus compañeros.

¿Los habrían apresado los tawnanos con otro de sus extraños aparatos?

No había tiempo para volverse, no había tiempo para pensar en nada excepto en el combate que tenía al frente. El doble recuperó sus fuerzas y descargó una nueva lluvia de golpes. Ahora era Clive quien se hallaba en posición defensiva, y fue obligado a retroceder hasta que su espalda topó con una pared. Entonces los sables se encontraron con un tañido, las dos hojas quedaron trabadas y el doble empujó el falso filo de la espada de Clive contra el rostro de éste.

La réplica de su hermano tenía una fuerza superior, como siempre había tenido Neville.

—¿Perdiendo terreno, hermanito? —inquirió el doble.

—Maldito sea —murmuró Clive mientras luchaba por liberarse.

Con una rara fuerza de voluntad, consiguió detener la presión del oponente. Los dos tenían la frente empapada de sudor. El rostro del doble estaba tan cerca del de Clive que éste pudo distinguir cada poro de su piel. El parecido con Neville era atemorizador, extraordinario. Era como si realmente luchase contra Neville, contra el Neville que lo vencía invariablemente, no importaba el juego, excepto quizás el ajedrez.

Pero aquello no era ajedrez. No había piezas blancas ni negras que mover, no había tablero. No era un juego: era la vida o la muerte. Clive pudo percibirlo en los ojos... ¿del doble? ¿De su hermano?

De improviso, el misterioso personaje levantó su rodilla hacia la ingle de Clive. Un auténtico sexto sentido de espadachín había sin embargo advertido a Clive, y éste giró justo a tiempo de parar el golpe con el muslo. La cólera de Clive ante el golpe bajo le infundió la fuerza necesaria para deshacerse del empuje del contrincante. Se volvió de nuevo hacia éste con el rostro encendido.

—Siempre un caballero, ¿no? —dijo, olvidando en el calor del momento que no estaba luchando contra su hermano.

Frente a él sólo veía a Neville.

—No hay caballeros en este lugar —le recordó el doble—. Sólo hay vencedores y vencidos, nada más.

El tono de su voz y el espíritu de sus palabras eran tan propios de Neville que dejaron a Clive completamente confundido. ¡Piedad, por Dios! Si era el auténtico Neville, ¿qué ocurriría? Neville, que era tan terco que podía dejarse estrangular antes que cambiar de opinión; Neville, que...

La réplica de Neville sonrió ante la momentánea distracción de Clive. Y renovó su acometida con un imparable torrente de golpes. Clive necesitó todas sus fuerzas y habilidades para pararlos o esquivarlos. Pero entonces el doble descubrió su guardia y Clive entró. La punta de su sable penetró en el pecho del hombre, directamente por encima del corazón.

Este abrió los ojos desorbitadamente, trastabilló y cayó hacia atrás, liberando la hoja de Clive. La sangre le brotó de la boca y de la herida, y se desparramó por su camisa. Lentamente bajó su arma y se llevó la mano izquierda a la herida. Contempló unos momentos la sangre y luego levantó su mirada para encontrar el rostro estupefacto de Clive.

—Nunca... creí que dentro de ti tuvieras... —consiguió decir el doble.

El sable cayó de su mano y golpeó el suelo con un chasquido metálico. La cabeza se desplomó hacia adelante y él resbaló por la pared hasta llegar al suelo. Estaba muerto.

—¡Dios mío! —gritó Clive dejando caer su propia arma—. ¡Neville!

Ya no distinguía lo verdadero de lo falso, la copia de lo auténtico. Ya no. Todo lo que podía ver era que su hermano yacía allí, muerto a manos suyas.

—Neville —dijo con voz quebrada.

Extendió la mano para tocar la mejilla del hombre muerto, pero entonces Smythe llegó a su lado.

—¡Mi comandante! —le gritó—. No tenemos tiempo.

Clive se volvió lentamente hacia Smythe.

—He matado a mi hermano...

—Usted ha matado a una copia de su hermano. Sabe Dios que incluso a mí me cuesta ver la diferencia, pero usted ya vio al hombre, mi comandante. No pudo responder la simple pregunta que le hizo.

—¿No pudo o no quiso?

Ya que hubiera sido muy propio de Neville, pensó Clive. Que Dios tuviera piedad de él. ¿Cómo podría presentarse ante su padre?

Smythe le puso una mano en el hombro.

—No tenemos tiempo, mi comandante.

Clive le lanzó una mirada vacía: el trastorno producido por su acto aún estaba en pleno efecto.

Neville muerto. Por su mano.

—Más tawnanos atacaron mientras tenía lugar el duelo —prosiguió Smythe—. Howlett puso a uno fuera de combate y Guafe usó el rayo inmovilizador contra ellos, pero otro de ellos tuvo tiempo de disparar un arma de proyectiles y mató a Howlett.

—Es una matanza que no tiene final —dijo Clive.

—No si nos quedamos.

Smythe ayudó a Clive a ponerse en pie. Se agachó a recoger su sable, lo limpió en la camisa del caído y lo introdujo de nuevo en la vaina de Clive. Recogió también el del doble y condujo a Clive hacia el vehículo que habían requisado.

—Van a venir más tawnanos —le recordó Smythe—. Tenemos que irnos.

—Pero Neville...

Finnbogg ayudó a Clive a trepar en la parte posterior del carro. Guafe iba al volante. Tan pronto como vio que todos estaban a bordo, puso en marcha el vehículo y partieron a toda velocidad por el pasillo.

—Aquél no era Neville —aseguró Smythe a Clive.

—Pero ¿cómo podemos *saberlo*?

—Encontraremos al auténtico Neville —lo tranquilizó Smythe—. Está aquí, en algún lugar de la Mazmorra, y no vamos a descansar hasta dar con él.

Pero Clive sólo sacudió la cabeza. Ya no importaba. Fuera o no el doble de Neville, continuaba sintiéndose como si hubiese dado muerte a su propio hermano. Habían tenido sus diferencias, lo sabía Dios, pero nunca le había deseado un mal tan grande.

Ciertamente Neville los había arrastrado a una movida persecución a través de los distintos niveles de la Mazmorra; pero Clive siempre había esperado que, cuando al fin atrapasen a su gemelo, habría una explicación razonable para todo. Clive estaría

furioso, ¿quién no?, pero pronto se calmaría, porque, al fin y al cabo, eran hermanos. Gemelos. Seguro que aquello todavía significaba algo.

Pero había matado a un hombre con el rostro de Neville y con suma facilidad. ¿Y si *hubiera* sido Neville?

Dios, sólo de pensar en ello la cabeza le estallaba de dolor.

Smythe lo dejó sentado junto a Finnbogg, de modo que éste quedó en el lado de su hombro herido. El sargento subió al asiento delantero, junto a Guafe.

—¿Tenemos algún destino en mente? —preguntó.

—Supongo que deberíamos continuar hacia la Sala del Oráculo, tal como habíamos planeado inicialmente —respondió el ciborg.

—Es muy lógico —asintió Smythe—. ¿Qué opina de lo que acaba de ocurrir?

Guafe le lanzó una mirada de soslayo, aunque la expresión de sus ojos fue impenetrable.

—¿Qué hay que opinar?

—¿*Era* aquél sir Neville?

—Realmente no lo sé —contestó Guafe.

—Debemos girar aquí —indicó Smythe cuando llegaron a una señal inconfundible, que Merdor les había descrito anteriormente.

—*Eso* sí lo sé —replicó Guafe—. Toma —agregó, pasándole el aparato de rayos inmovilizadores.

—¿Para qué?

Pero el ciborg no precisó explicarlo, ya que, al volver la esquina (que el vehículo tomó sólo con dos ruedas), se encontraron frente a otro grupo de tawnanos. Smythe pulsó el control del aparato y los tawnanos quedaron paralizados en el acto. Guafe aminoró la marcha del vehículo para que Smythe, inclinado hacia adelante, pudiera apartar los cuerpos rígidos del camino, sin tener que atropellados.

—Un juguetito muy práctico —comentó Smythe al entrar en el último pasillo antes de llegar al ascensor que los llevaría a la Sala del Oráculo.

—Es más que un juguete —repuso Guafe—, pero no por mucha diferencia. Debido a lo diminuto de su tamaño, no puede contener la carga suficiente para inmovilizar a una criatura auténticamente voluminosa.

—¿Como los brontosaurios?

Guafe asintió.

—Quedan por completo fuera del alcance de su efecto. Incluso un ser del doble del tamaño de un hombre... Sólo haría que sus movimientos fuesen más lentos, pero no lo inmovilizaría.

—Entonces roguemos al cielo que no encontremos nada mayor que hombres.

—Rogar es de supersticiosos —dijo Guafe.

Smythe se encogió de hombros. Había llegado ya al ascensor. Bajó del carro y apretó el botón de control situado junto a las puertas cerradas. Las puertas se abrieron y volvió a subir al vehículo, echando una ojeada a Clive; Guafe condujo el carro

adentro.

—¿Se siente mejor? —preguntó Smythe a Clive.

Clive asintió, pero la mirada atormentada de sus ojos desmintieron su respuesta.

Mientras el ascensor los descendía, Clive se sentó más rígidamente, preparándose para la siguiente catástrofe que la Mazmorra había dispuesto para ellos.

Había veintidós sarcófagos en la nave. Uno pertenecía al Oráculo muerto y estaba cerrado. El sarcófago de donde habían rescatado a Neville también estaba vacío. Esto dejaba veinte tapas de sarcófago que se abrían rechinando. Veinte Señores del Trueno saliendo de sus ataúdes, como los muertos vivientes de las películas de terror de Romero.

«Realmente no nos hacía falta esta carroña», pensó Annabelle.

—¡Sacriléjos! —bramó uno de los Señores.

*Egos, egos, egos...*

Los demás Señores repitieron a coro el bramido, hasta que la sala vibró por el trueno de sus voces furiosas.

—¡Por esto vais a morir!

*Orir, orir, orir...*

«¡Oh!», pensó Annabelle. «¿Nos hubierais dejado libres en caso contrario?»

Chillido corrió hacia el Señor derribado, le arrancó las bandoleras del pecho e hizo girar las bandas de cuero para probarlas. Las hojas cortantes que colgaban de ellas constituirían un arma mejor que sus pelos-púas, que ya se habían probado ineficaces.

—¡No va a ser suficiente! —gritó Annabelle, elevando la voz al máximo para que pudiera oírla por encima de los atronadores alaridos de los Señores.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Sidi.

Y se dirigió al estrado para quitar las bandoleras al Oráculo, pero ya era demasiado tarde. Dos Señores habían obstruido el camino. Su movimiento hizo que las cortinas del muro posterior del estrado ondularan y Annabelle, antes de que la tela volviera a su sitio, alcanzó a vislumbrar algo que parecía madera.

¿Una salida, quizás? ¿Una escapatoria? Desafortunadamente, no serían capaces de poder probarla, ya que ahora había cinco Señores entre el estrado y ellos.

El pequeño grupo se movía en retirada, con Sidi y Annabelle arrastrando el cuerpo inerte de Neville, hasta que sus espaldas casi tocaron las puertas del ascensor. No había ningún lugar a donde ir.

Tomás, como si quisiera expiar su anterior cobardía, se colocó unos pocos metros por delante de Annabelle, de tal forma que los Señores tuvieran que atacarlo a él primero. Chillido hacía girar sus bandoleras, esperando a que el más cercano de los monstruos estuviera a tiro. Sidi estaba junto a Annabelle, con los puños apretados a los flancos.

—Bien, chicos —dijo Annabelle tragando saliva—. Ha sido realmente un placer haberos conocido.

—Quizá podríamos abrir una brecha entre ellos e intentar llegar al estrado —sugirió Sidi.

—¿Lo viste también? —le preguntó ella—. ¿No parecía una puerta?

Sidi asintió.

—Alguno de nosotros podría alcanzarla. No era muy probable, pensó Annabelle. Pero ¿qué podían perder?

—De acuerdo —repuso ella—. Tú y Chillido os vais por la derecha. Tomás y yo por la izquierda.

Pero entonces oyeron que las puertas del ascensor se abrían a sus espaldas.

—¡Atención! —gritó Annie.

Se volvió para hacer frente a la nueva amenaza y, al ver uno de los cochecitos de golf de los tawnanos salir con gran chirrido de ruedas del ascensor, saltó a un lado. Annie tardó un largo y convulso momento en reconocer a los tripulantes del carro, pero al fin soltó un grito de alegría.

—¡Hurra! ¡Ha llegado la caballería! ¡A ellos, chicos!

Smythe se inclinó hacia adelante, con uno de los aparatos paralizadores de los tawnanos en la mano. Pulsó el botón y movió el aparato en un arco horizontal, barriendo la sala. Los Señores se detuvieron abruptamente; luego, muy despacio, volvieron a iniciar su avance, pero ahora a bandazos, como personajes de una película en cámara lenta.

—Ya te lo dije —comentó Chang Guafe a Smythe.

Annabelle podría haber besado al ciborg, a pesar de su actitud de sabelotodo.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó Smythe a Annie.

—¿Hay una aquí? —contestó ella. Y, ante el asentimiento de Smythe, señaló hacia el estrado—. Entonces tiene que estar tras aquella cortina.

Ella y Sidi alzaron el cuerpo de Neville y lo introdujeron en el carro. Un Clive palidísimo y Finnbogg los ayudaron.

—Ea, Clive, ¿cómo va eso?

—¿Quién es éste? —repuso Clive al tiempo que tiraba del cuerpo inerte hacia el remolque.

—Tu hermano. ¿Quién creías? ¿Errol Flynn?

—¿No es un doble?

—Tengo el original —aseguró Annie—. Vaya, al menos el Oráculo ha dicho que era el auténtico.

Clive tocó la mejilla pálida de su hermano gemelo.

—Gracias, Dios mío.

—¿Quieren subir, el resto de ustedes? —gritó Smythe.

Annabelle, Tomás y Sidi se encaramaron al remolque. Chillido subió en la parte delantera del carro, haciendo girar las bandoleras ante los gigantes que se

aproximaban a cámara lenta. Y, avanzando, retrocediendo y zigzagueando con el cochecito, y gracias a los movimientos retardados de los Señores, llegaron al pie de la escalinata que conducía al estrado sin que nadie sufriera el menor daño.

—Toma el volante —dijo Guafe a Smythe—. Tú ayúdame —añadió a Chillido.

Los Señores dieron la vuelta, despacio, muy despacio, y continuaron acercándose lenta pero irremisiblemente. Smythe puso el coche en marcha y Chillido y Guafe lo fueron empujando para hacerle subir la escalinata, levantando el vehículo en cada escalón Annabelle saltó del carro al final de la escalinata, echó a correr hacia la cortina y la descorrió.

Allí había una puerta, lo suficientemente ancha para dejar paso al cochecito. Pero tenía un candado. Chillido y Chang Guafe tomaron, uno por cada lado, la gran argolla y la escacharon. Empujaron la puerta, y ésta se abrió revelando otro pasillo, con el techo iluminado, que se perdía en la distancia.

—¡Muy bien, chicos! —exclamó Annabelle—. ¡Allá vamos!

Smythe cruzó la puerta con el coche. Chillido y Guafe empujaron y cerraron la gran puerta tras de sí. Apoyada en un muro del corredor había una viga; la levantaron y la colocaron atrancando la puerta desde el interior. Enseguida oyeron los espaciados puñetazos de los Señores en la madera, pero la puerta resistía.

—No lo puedo creer —dijo Annabelle, apoyándose de espaldas en una pared del remolque—. Es como un milagro. No sólo hemos sobrevivido todos, sino que volvemos a estar todos juntos.

—¿Este es realmente mi hermano? —preguntó Clive.

Annabelle asintió y lanzó una mirada interrogativa a Smythe. Clive no parecía el mismo, al menos por su actitud para con Annie.

—El comandante Clive combatió en duelo con un doble exacto a sir Neville —explicó Smythe—. Combatió y lo mató. Fue una experiencia... turbadora.

—Me lo imagino —repuso Annabelle—. Yo misma no me siento recuperada del todo.

Se volvió hacia Sidi, le puso los brazos alrededor y lo acercó hacia sí.

—No puedo creer que lo hayamos conseguido —dijo.

Sidi le acarició el pelo.

—Pero sólo hasta aquí, Annabelle.

—¡Oh, no me agües la fiesta!

Entonces sintió una misteriosa tensión en el aire y, mirando por encima de su hombro, vio a Clive que la contemplaba con expresión dolorida. «Cierto», pensó ella. «Confraternizando con el subalterno, y un indio, para colmo».

—No se te ocurra decir nada —lo conminó ella, abrazando más fuerte a Sidi.

Con todo lo que habían pasado (su huida, la muerte de la réplica de Neville, los monstruosos Señores, el encuentro con Neville...) el estado mental de Clive era un torbellino. Y ver a Annabelle abrazada al indio fue demasiado.

—Annabelle —empezó, pero Smythe le cogió el hombro, para evitar que prosiguiese.

Era su hombro herido. El dolor corrió por sus nervios como un relámpago. Se volvió, petrificado por esta nueva traición, pero Smythe ya le soltaba el hombro.

—Dios mío —dijo Smythe—. Olvidé su herida, mi comandante.

—Al infierno con mi herida. Lo que...

Smythe lo interrumpió antes de que Clive pudiera continuar.

—Tiene que estar satisfecho de que estén a salvo y de que estemos juntos otra vez. Compañeros en una pésima situación, cierto, pero juntos.

—Hemos encontrado a tu hermano, aunque no a los míos —dijo Finnbogg—. Ahora podemos escapar juntos.

Clive frunció el entrecejo.

—Pero...

—Lo que te están diciendo, Clive —le explicó Annabelle—, es que no es asunto tuyo lo que hagan los demás, a menos que no fastidie los planes del grupo en conjunto.

—Luchar entre nosotros es *estúpido* —dijo Tomás mostrando su acuerdo.

Lentamente, el rojo ardor abandonó las mejillas de Clive.

—Tenéis razón —dijo al cabo—. No es asunto mío.

—Además, no es lo que piensas —aseguró Annabelle.

Clive tocó la frente de Neville y acarició su piel pálida. A pesar de su débil estado, nunca había tenido mejor aspecto, según la opinión de Clive. Dio un vistazo a sus compañeros, dejando que su presencia inundase como un bálsamo su corazón trastornado.

—Lo siento —se disculpó—. De veras que lo siento.

Annabelle sacó su brazo de la cintura de Sidi, se inclinó hacia Clive y le dio un beso.

—Estoy muy contenta de volver a verte, antepasado. Y también estoy muy contenta de veros a todos, a todos.

Annabelle estiró el brazo y rascó la cabeza de Finnbogg.

—Incluso a ti, Finnbogg.

—¿Annie ya no está enfadada con Finn?

—Annie ya no está enfadada —repuso con un suspiro—. No podría olvidar a un amigo como tú. Soy muy feliz de volver a verte.

Annabelle volvió a su asiento y prosiguió:

—Estupendo. Pero mejor que celebremos la fiesta por el camino. Tenemos lugares adonde ir, gente que conocer, cosas que contar como por ejemplo... —y sacó el diario de Neville del bolsillo interior de su cazadora y lo ofreció a Clive—, ¿cómo es que esto nos esperaba en Tawn?

—¿Cómo lo encontraste?

—Mejor aún, ¿cómo lo perdiste *tú*?

Mientras Guafe ponía el coche en marcha de nuevo, el resto empezó a intercambiar sus historias. Iban muy apretados en la parte posterior del vehículo, y Guafe, Smythe y Tomás estaban estrujados en los asientos delanteros, pero habían logrado hacer sitio para todos.

El pasillo seguía hacia adelante. Detrás dejaban a los Señores del Trueno, todavía golpeando la puerta, y todos los peligros a los que habían conseguido sobrevivir hasta entonces. Delante los esperaba el siguiente nivel de la Mazmorra y, cuando Neville despertara, por fin tendrían algunas respuestas. Habría más obstáculos, estaban seguros, pero al menos estarían juntos para hacerles frente.

De momento, bastaba.

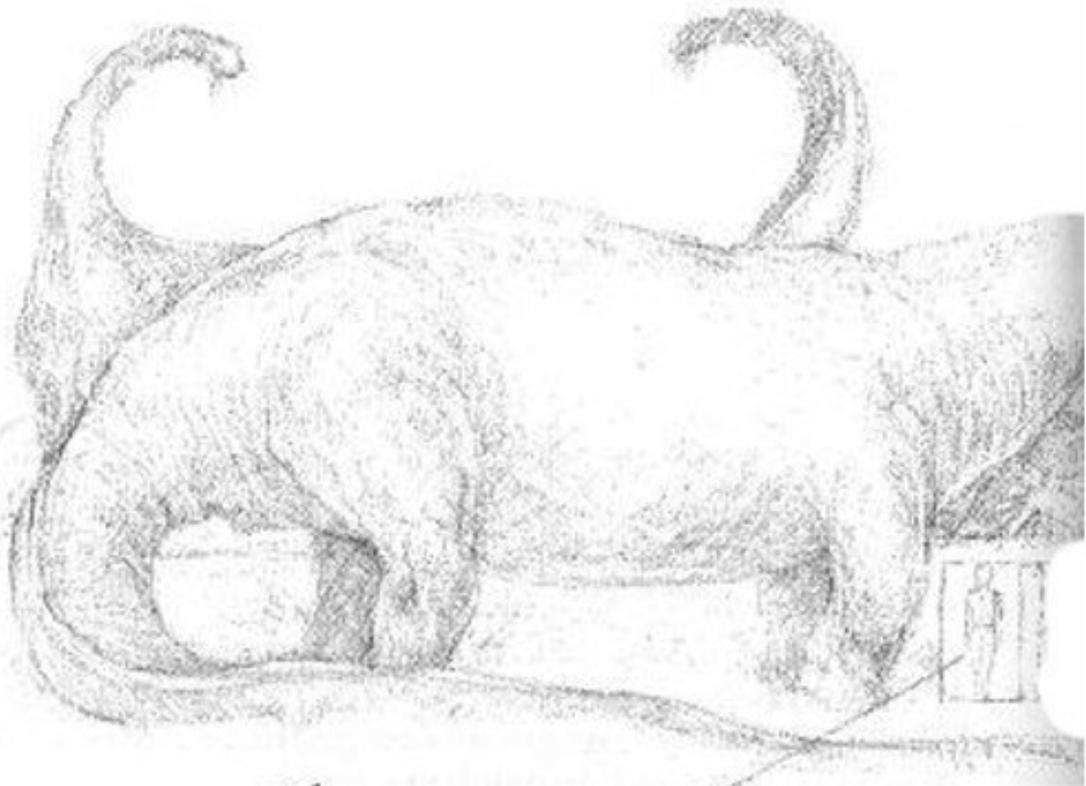
## Selecciones del cuaderno de apuntes del comandante Clive Folliot

Los siguientes dibujos pertenecen al cuaderno particular de apuntes del comandante Clive Folliot, que apareció misteriosamente junto a la puerta del *The London Illustrated Recorder and Dispatch*, periódico que proporcionó los fondos a su expedición. No había otra explicación que acompañase el paquete, excepto una enigmática inscripción de la misma mano del comandante Folliot.

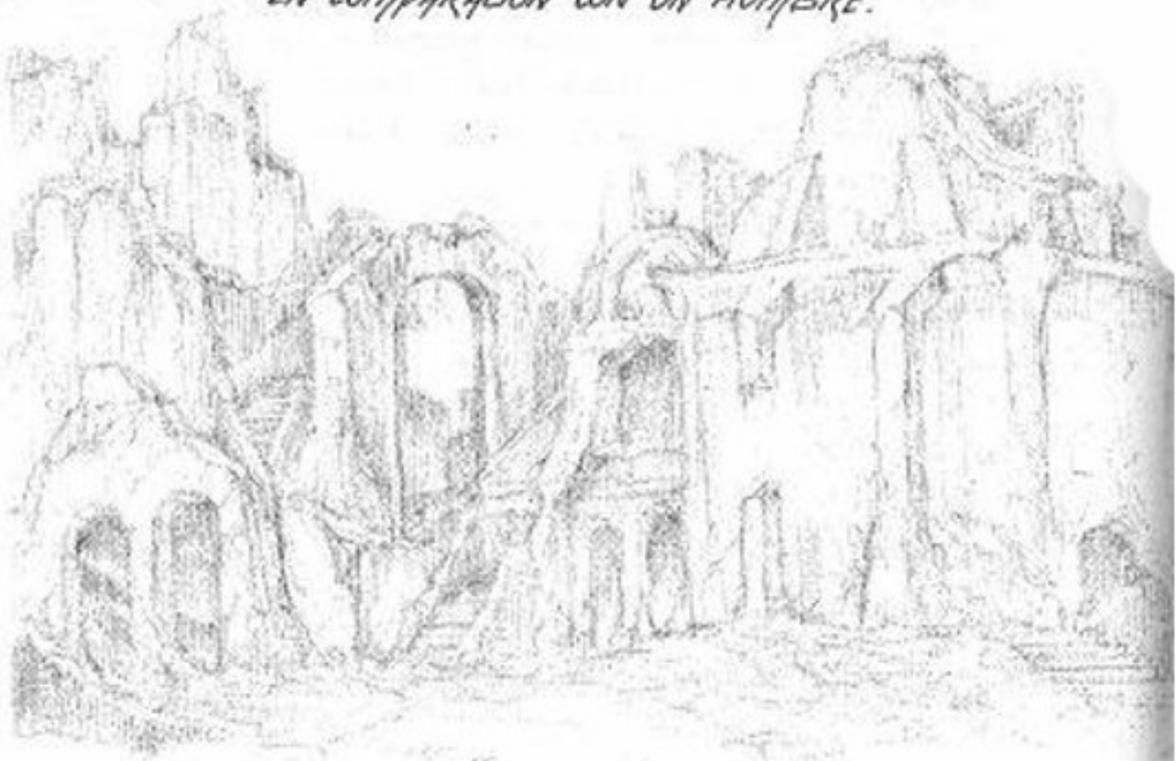
«Nuestro viaje nos ha conducido a otro nivel en la misteriosa Mazmorra. Como nuestro grupo se dividió temporalmente en dos, he realizado estos esbozos de mis recuerdos y también de los de Annabelle. ¡Qué imágenes más extrañas les parecerán!

»Ahora el grupo de Annabelle y el mío se han reunido de nuevo, y hemos encontrado a mi hermano. ¡Ojalá tengamos la suerte de escapar de esta cárcel y podamos regresar a Inglaterra sanos y salvos!»

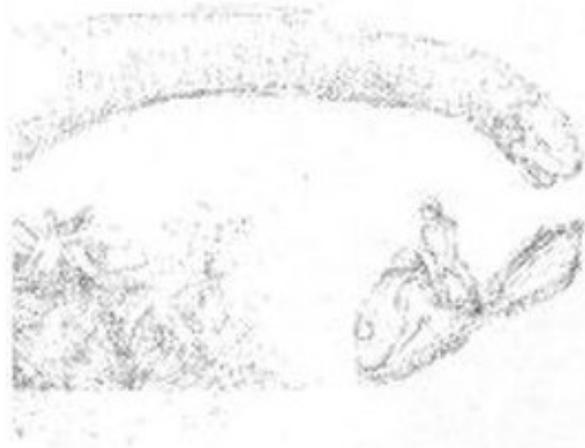
*LAS MONTAÑAS ANDANTES DEL VÉLD.*



*TAMANO APROXIMADO  
EN COMPARACION CON UN HOMBRE.*



*LA CIUDAD EN RUINAS DE DRAMARA.*



FUIMOS RECIBIDOS POR LOS  
PASTORES DE LOS DINOSAURIOS,  
CUYOS VEHICULOS CIRCULABAN  
POR EL AIRE.

KEOTI VICHLO  
PRIMERA EXPLORADORA  
DE LA DINASTIA DRAMARANA Y  
NUESTRA VALIOSA GUIA.  
APUNTE DEL NATURAL.



(SEGUN DESCRIPCIONES DE ANNABELLE)  
EL JEFE DE LOS HOMBRES-TIBURON,  
CON LOS CRANEOS DE LOS ROSHRS,  
EL PUEBLO DE LOS SIMIOS,  
COLGANDO DE SU  
CINTURON.

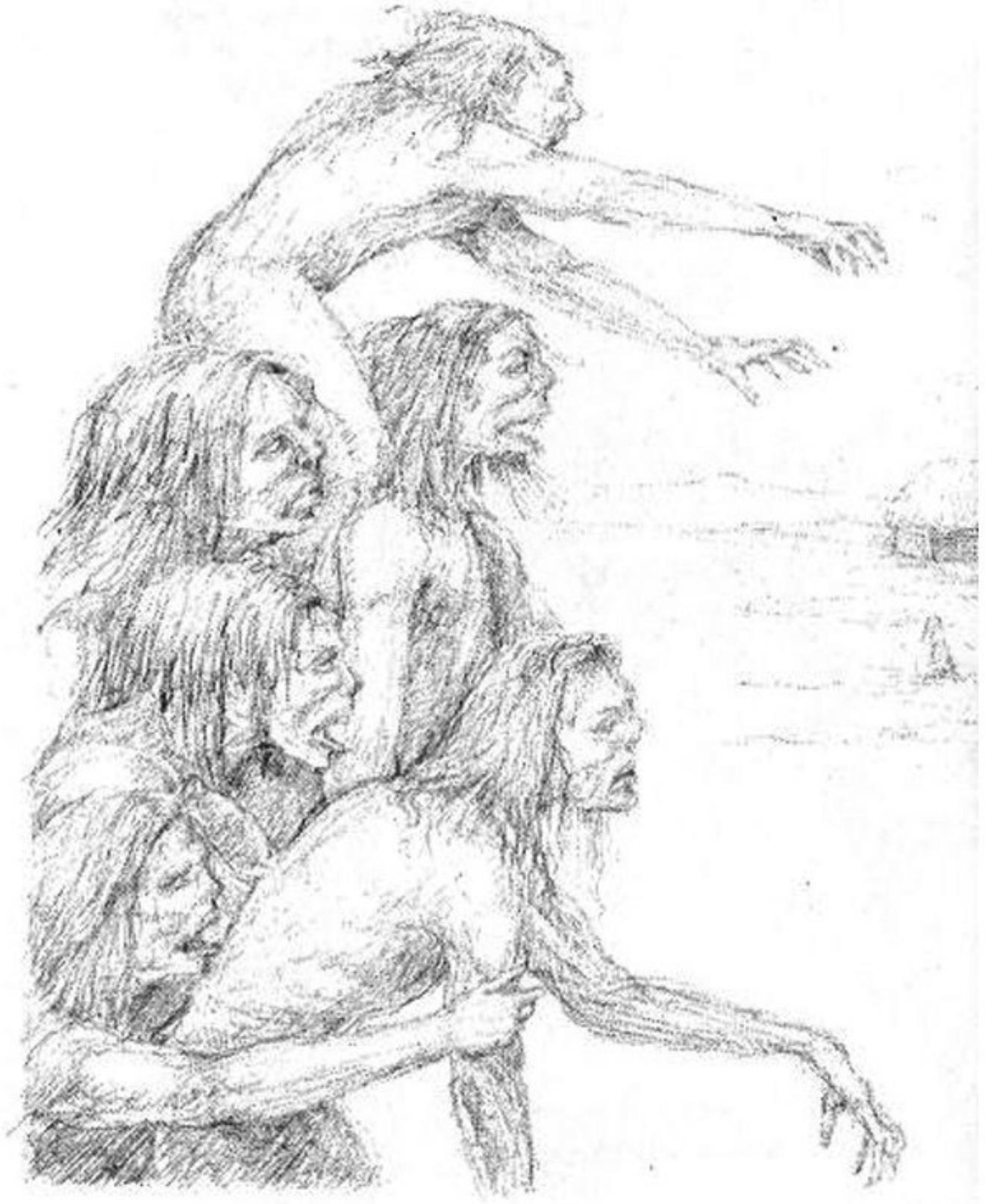


LUKE DRÉW, EL TERRANOVÉS, A QUIÉN EL GRUPO DE ANNABELLE ENCONTRÓ EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES CON LOS ROGHAS.

REENA, LA FÉTICHERA DE LOS ROGHAS, QUE ADVIERTE A ANNABELLE DE SU DESTINO EN LA MAZMORRA.



CRATURAS CAVERNÍCOLAS CON QUIÉNES  
ENTABLAMOS BATALLA Y QUE ANIQUILAMOS  
A CIENTOS, EN EL LABERINTO BAJO DRAMARA.

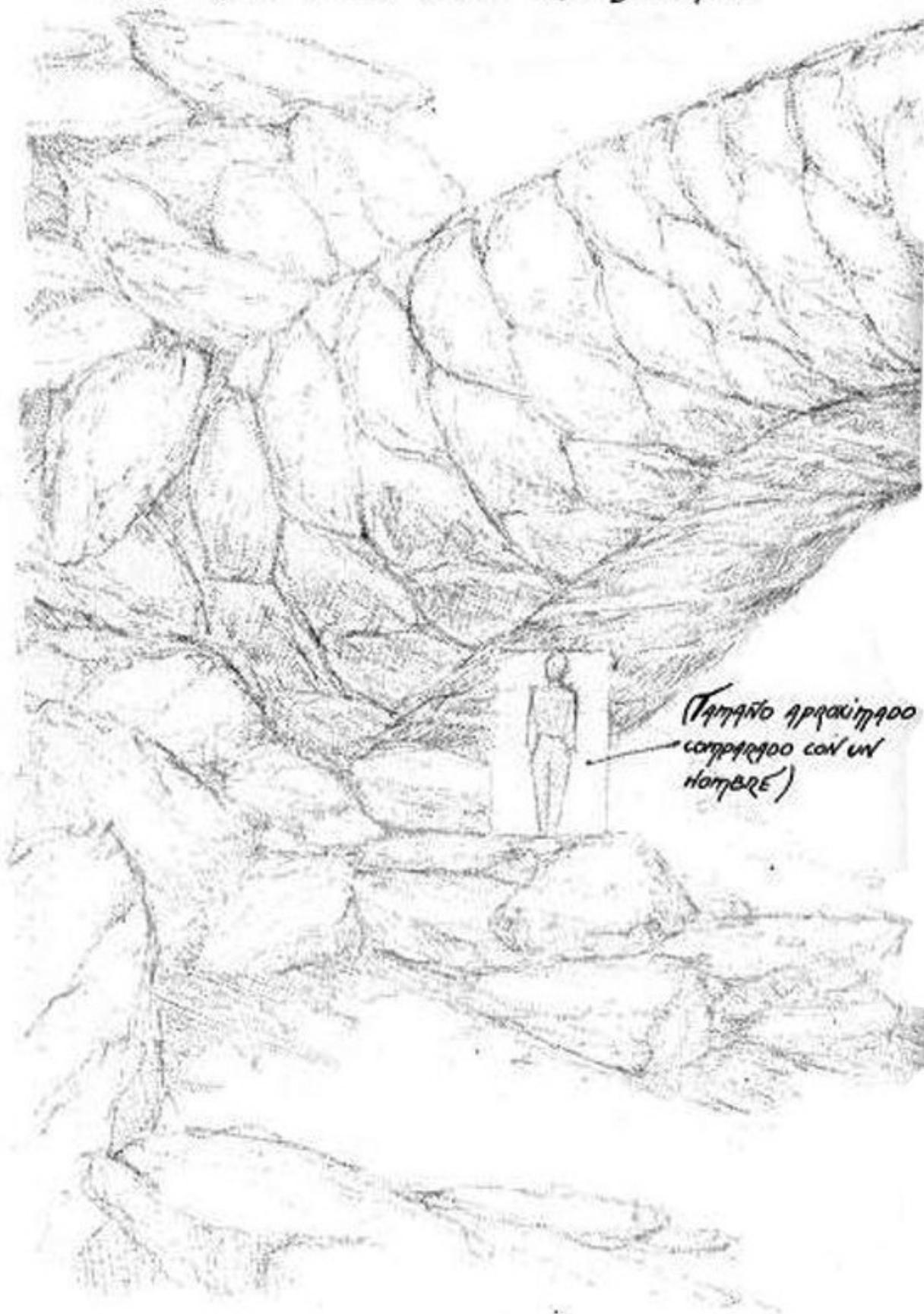


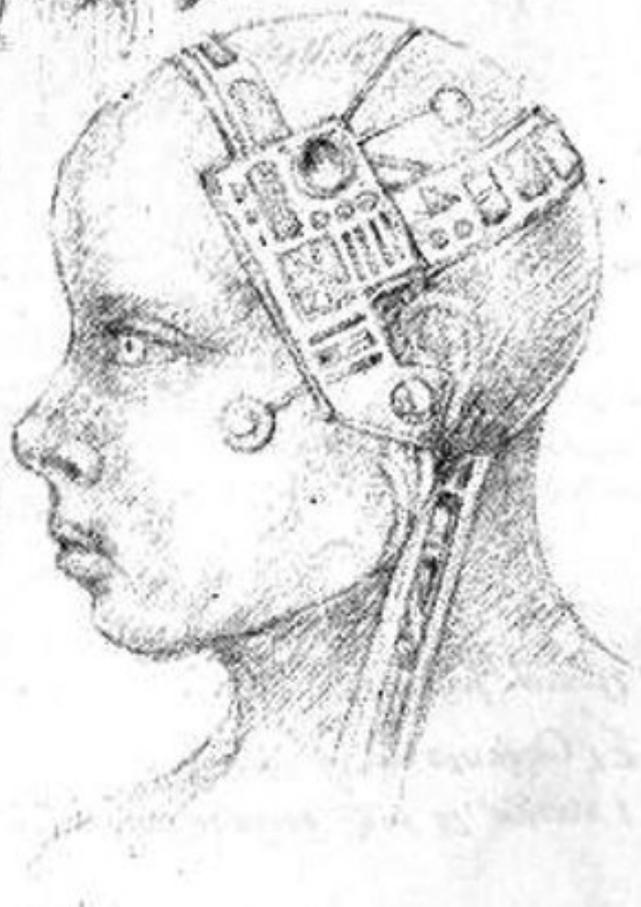
(SEGUN EL RELATO DE ANNABELLE)  
EL POBLADO DE QUAN Y EL  
MEGALITO RESPLANDECIENTE.



SIN EMBARGO, ESTA  
ROCA PROBO SER OTRA  
PUERTA.

UNO DE LOS ENORMES GUSANOS BLANCOS DE LA CAVERNA  
LABERÍNTICA. EL EFECTO HIPNÓTICO DE SUS OJOS  
ERA AUN MÁS PELIGROSO QUE SU GRANDIOSO TAMAÑO.

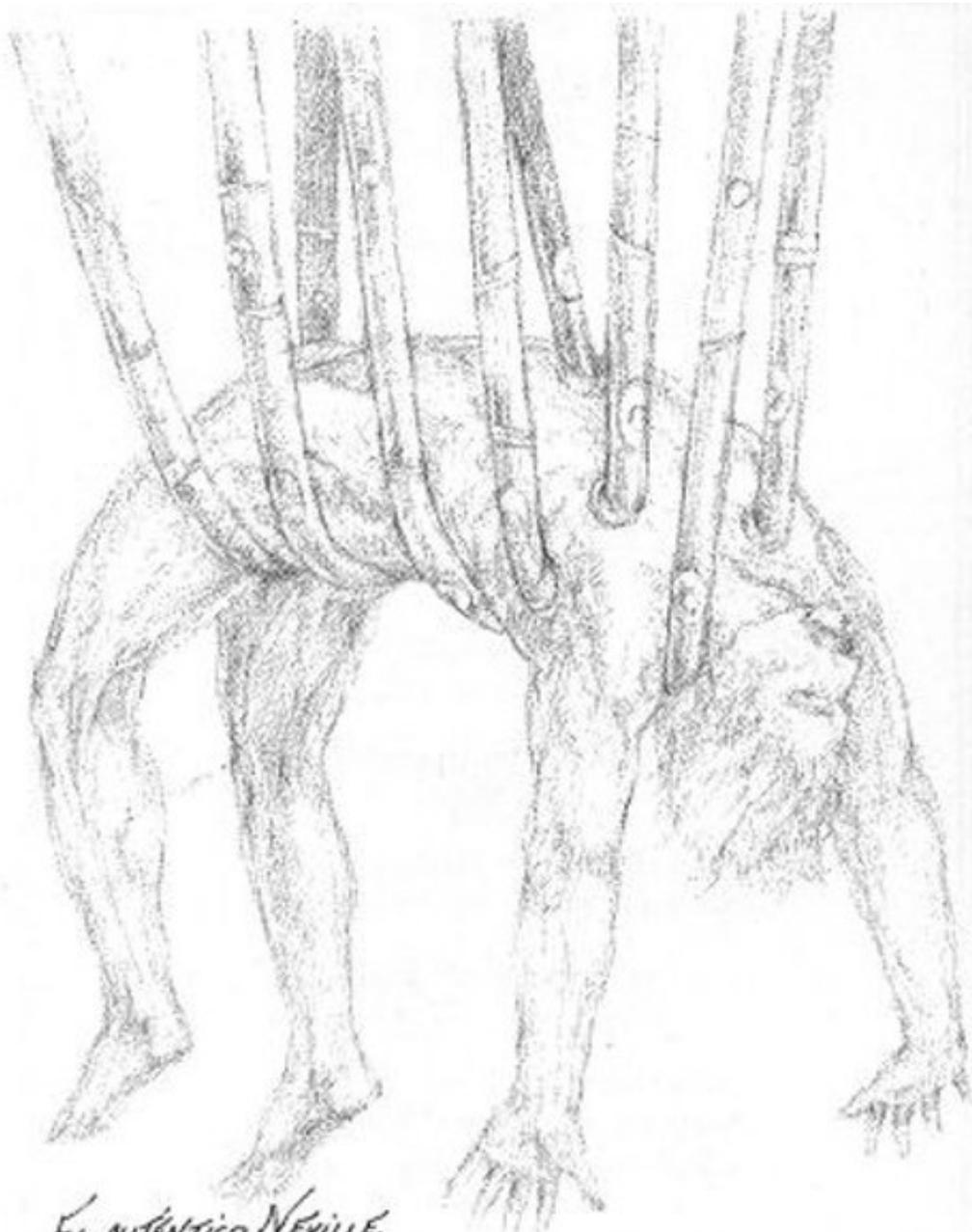




BINRO, EL ÚNICO LIBORG  
QUE CONDUJO AL GRUPO  
DE ANNABELLE  
POR TAWN.



(SEGUN ANNABELLE)  
EL ORACULO EN LA LOSA.  
¡NOTEN LA PIEL AGUJERADA!



EL AUTÉNTICO NEVILLE,  
MIENTRAS LE ABSORBÉN LA VIDA EN  
LA CÁMARA DE LOS SEÑORES  
DEL TRUENO.

MIENTRAS, MI DUELO  
CON EL DOBLE DE  
NEVILLE.



# Notas

[1] El 4 de julio es el día en que se celebra la independencia de los Estados Unidos de América. (N. del T.) <<

[2] *Cockney*: acento característico del inglés de algunos barrios populares de Londres y, por extensión, de todo Londres. (N. del T.) <<

[3] *Bedlam*: antiguo Hospital de Belén, en Londres, convertido más tarde en manicomio. (N. del T.) <<

[4] *Seven Dials, Spitalfields*: barrios bajos de Londres. (N. del T.) <<

[5] Tipo de llanura mesetaria sin apenas vegetación arbórea característica de regiones sudafricanas. (*N. del T.*) <<

[6] «Ordenanza» en inglés es *bat man*. De ahí la ironía de Annie. (N. del T.) <<

[7] *Folly* es una palabra inglesa que significa «locura», «desatino». (N. del T.) <<

[8] *Behemot*: monstruo descrito en *Job*, 40, 15-24; aquí se utiliza en sentido figurado.  
(N. del T.) <<

[9] Se refiere al Palacio de Cristal de la Gran Exposición de Londres del 1851. (N. del T.) <<

[10] *Burns*: poeta escocés precursor del romanticismo, 1759-1784. (N. del T.) <<

[11] *Les Paul*: marca de guitarra eléctrica de los años 50. (N. del T.) <<

[12] *Death Squad*: en inglés «Escuadra de la Muerte». (N. del T.) <<

[13] *Kobolds*: duendes domésticos de la mitología germánica. También se los identifica con los gnomos. (N. del T.) <<

[14] *Motown*. Tipo de música similar al *rhythm & blues*. (N. del T.) <<

[15] *Puerta... cortina*: se refiere a un episodio del libro *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. (N. del T.) <<

[16] *Burke y Hare*: personajes reales que vendían cadáveres para disecciones y que acabaron asesinando para vender los cuerpos. Burke fue ejecutado en Edimburgo en 1829. La pareja ha dado pie a varias recreaciones literarias. (N. del T.) <<